Seix Barral

Ta-Nehisi Coates

El baile del agua

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
I
- Cita
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9

II
- Cita
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21

22
23
24
25
26
27
III
Cita
28
29
30
31
32
33
34
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

El joven Hiram Walker ha crecido en una plantación de esclavos. Cuando su madre fue vendida, le robaron todos sus recuerdos de ella, pero a cambio recibió un don misterioso. Años más tarde, cuando Hiram casi se ahoga en el río, ese mismo poder le salvará la vida. Esta experiencia con la muerte genera en él una necesidad: la de escapar del único hogar que ha conocido. Así comienza un viaje inesperado que le llevará desde la grandeza corrupta de las orgullosas plantaciones de Virginia a las desesperadas células guerrilleras en el desierto, desde el sur profundo hasta los movimientos que luchan por la libertad de los negros en el norte. Incluso mientras se alista en la guerra clandestina entre esclavistas y esclavizados, la determinación de Hiram de rescatar a la familia que dejó atrás perdura.

Esta es la dramática historia de una atrocidad infligida a generaciones de mujeres, hombres y niños —la separación violenta y caprichosa de familias— y la guerra que libraron para simplemente ganarse la vida con las personas que amaban. Escrita por uno de los escritores afroamericanos más relevantes de la actualidad, es una obra que cobra aún más fuerza en los tiempos actuales y que busca devolver la humanidad a aquellos a quienes les fue robada.

El baile del agua

Ta-Nehisi Coates

Traducción del inglés por Javier Calvo

Seix Barral

Para Chana

I

Mi tarea ha sido contar la historia del esclavo. A la historia del amo nunca le han faltado cronistas.

FREDERICK DOUGLASS

1

Y si la pude ver en aquel puente de piedra, bailando envuelta en una luz azul espectral, fue solo porque ese era el puente por donde se la debieron de llevar cuando yo era niño, cuando la tierra de Virginia todavía era roja como el ladrillo y estaba roja de vida, y aunque había otros puentes sobre el río Goose, se la debieron de llevar cautiva por allí, porque era el que daba a la carretera que serpenteaba entre las colinas verdes y valle abajo antes de girar en una única dirección: el sur.

Yo siempre había evitado aquel puente porque estaba contaminado por el recuerdo de las madres, tíos y primos que habían acabado en Natchez. Pero consciente ahora del magnífico poder de la memoria, del hecho de que puede abrir una puerta azul entre un mundo y otro, de que puede llevarnos de las montañas a los prados, de los verdes bosques a los campos cubiertos de nieve; sabiendo que la memoria puede plegar la tierra como si fuera una tela, y sabiendo también que yo había relegado su recuerdo al «allá abajo» de mi mente y luego me había olvidado, pero no me había olvidado, ahora sé que esta historia, esta Conducción, tenía que empezar allí, en aquel puente fantástico que iba de la tierra de los vivos a la tierra de los desaparecidos.

Y ella estaba palmeando una yuba en el puente mientras sostenía una jarra de arcilla sobre la cabeza y una densa niebla que se elevaba del río le mordisqueaba los talones desnudos, que golpeaban los adoquines, sacudiéndole el collar de conchas. La jarra no se movía; casi parecía una parte de ella, de tal manera que no importaba que levantara las rodillas, no importaba que se inclinara y se agachara, no importaba que extendiera los brazos, la jarra permanecía pegada a su cabeza como si fuera una corona. Y al presenciar aquella hazaña increíble supe que la mujer que

palmeaba la yuba, envuelta en un azul espectral, era mi madre.

Nadie más la vio: ni Maynard, que iba en la parte de atrás del carruaje Millennium nuevo; tampoco la señorita de compañía, que lo mantenía embelesado con sus encantos, ni tampoco —y eso fue lo más extraño de todo— el caballo, pese a que me habían contado que los caballos tienen olfato para las cosas que se escabullen de otros mundos y se cuelan en el nuestro. No, yo fui el único que la vio, desde el pescante del cochero, y era tal como me la habían descrito, exactamente como me habían contado que era en los viejos tiempos, cuando se metía de un salto en un corro formado por toda mi gente —la tía Emma, el Pequeño P., Honas y el tío John— y ellos la aplaudían, se golpeaban el pecho y se palmeaban las rodillas, espoleándola para que redoblara el ritmo, y ella taconeaba con fuerza en el suelo de tierra, como si estuviera aplastando un bicho con los pies, y doblaba las caderas y los codos, y luego torcía y giraba las rodillas flexionadas al unísono con las manos, con la jarra de arcilla todavía encima de la cabeza. Mi madre era la mejor bailarina de Lockless, según me habían contado, y me acordaba porque no me había legado su don, pero más aún porque era la danza lo que había llamado la atención de mi padre, y por tanto lo que me había llevado a existir. Y, por encima de todo, me acordaba porque yo siempre lo recordaba todo; todo, al parecer, menos a ella.

Ya era otoño, la estación en que llegaban al sur las carreras. Aquella tarde, Maynard había tenido suerte apostando a un purasangre con pocos números de ganar y había creído que aquello podría granjearle por fin la estima de la Alta Cuna de Virginia, esa que tanto anhelaba. Pero cuando dio una vuelta por la enorme plaza del pueblo, repanchingado en el carruaje y con una sonrisa enorme en la cara, los hombres de la alta sociedad le dieron la espalda y siguieron dando caladas a sus puros. No hubo aplausos. Era lo que siempre iba a ser: Maynard el Patoso, Maynard el Torpe, Maynard el Tonto, la oveja negra que había defraudado todas las expectativas de su familia. De manera que se puso furioso y me hizo llevarlo al caserón de las afueras de nuestro pueblo, Starfall, donde se compró una noche con una señorita, y tuvo la brillante

idea de llevársela con él a la mansión de Lockless, y, lo que fue más fatídico, en un arranque repentino de vergüenza insistió en salir del pueblo por la parte de atrás, por Dumb Silk Road, que conectaba con la vieja carretera, y eso nos llevó de vuelta a orillas del río Goose.

Conduje el carruaje bajo una lluvia fría e incesante, con el agua cayéndome del ala del sombrero y formando un charco sobre mis pantalones. Oía a Maynard en la parte de atrás, haciendo sus niñerías, soltándole sus bravuconadas carnales a la señorita de compañía. Azucé al caballo tanto como pude, porque solo quería llegar a casa y verme libre de la voz de Maynard, pese a que mientras viviera nunca podría liberarme de él. Maynard, que empuñaba mi cadena. Maynard, mi hermano y también mi amo. E hice lo que pude para no oírlo, intentando pensar en algo que me distrajera: recuerdos de descascarar el maíz o de partidas infantiles a la gallinita ciega. Pero nunca llegaron esas distracciones, únicamente un silencio repentino que no solo borró la voz de Maynard, sino también todos los ruidos de fondo del mundo circundante. Y entonces, cuando me asomé a la casilla de mi mente, lo que me encontré fueron recuerdos de la gente desaparecida: hombres conteniendo sus emociones en el aniversario de la emancipación, mujeres recorriendo por última vez los huertos de manzanos, solteronas encomendando sus huertos a otras personas, vejestorios maldiciendo la gran casa de Lockless. Legiones de desaparecidos a quienes se habían llevado por aquel puente siniestro, legiones enteras encarnadas en el baile de mi madre.

Tiré de las riendas, pero fue demasiado tarde. Cruzamos el puente al galope, y lo que pasó a continuación trastornó para siempre mi noción del orden cósmico. Pero yo estaba allí y lo vi, y desde entonces he visto muchas cosas más que revelan los límites de nuestro conocimiento y de todo lo que existe más allá.

Desapareció la carretera de debajo de las ruedas y se esfumó el puente entero, y por un momento tuve la sensación de estar flotando sobre la luz azul, o quizá dentro de ella. Y se estaba caliente allí dentro. Recuerdo aquella breve calidez porque, en el

momento mismo en que salí de ella, me vi en el agua, bajo el agua, y mientras os estoy contando esto, me vuelvo a sentir allí, en las garras heladas del río Goose, con el agua entrándome en el cuerpo, y experimentando esa particular agonía ardiente que solo viven quienes se están ahogando.

No hay otra sensación parecida al ahogamiento, porque lo que experimentas no es solo agonía, sino también perplejidad ante una circunstancia tan ajena. La mente cree que debería haber aire, porque siempre hay aire disponible, y el impulso de respirar es algo tan instintivo que hace falta cierta concentración para postergar la orden. Si me hubiera tirado deliberadamente desde el puente, mi nueva coyuntura tendría una explicación. Si me hubiera caído por un costado, lo habría entendido, aunque solo fuera porque se trataba de una situación concebible. Pero era como si alguien me hubiera empujado por una ventana hasta las profundidades mismas del río. No hubo aviso previo. Yo no paraba de intentar respirar. Recuerdo que pedía aire a gritos y recuerdo todavía más la agonía de la respuesta, la agonía de que me entrara el agua a chorros por la boca, y recuerdo que respondí a esa agonía pataleando, lo cual únicamente propició que entrara más agua.

Pero de alguna forma recobré la serenidad, de algún modo llegué a entender que todos aquellos pataleos únicamente acelerarían mi fallecimiento. Y una vez conseguido esto, reparé en que había luz en una dirección y deduje que la oscuridad era lo más hondo y la luz, lo opuesto. Me impulsé con las piernas y extendí los brazos hacia la luz, apartando el agua hasta que por fin, entre toses y arcadas, salí a la superficie.

Y cuando por fin emergí, cuando broté del agua oscura al diorama del mundo —nubes de tormenta suspendidas con hilos invisibles, un sol rojo clavado en su parte baja y, por debajo del sol, colinas espolvoreadas de hierba—, me giré para mirar el puente de piedra y vi que debía de estar, Dios mío, a media milla.

Parecía que el puente se alejaba de mí a toda velocidad, porque me estaba arrastrando la corriente, y cuando orienté el cuerpo para nadar en dirección a la orilla, fue aquella misma corriente, o quizá algún remolino invisible que había debajo, lo

que me siguió llevando río abajo. No había ni rastro de la mujer cuyo tiempo Maynard había comprado de forma tan irreflexiva. Cualquier consideración que yo pudiera tener por su bienestar, sin embargo, se vio interrumpida por la irrupción del propio Maynard llamando la atención sobre sí, tal como había hecho tantas veces, con gran alboroto, decidido a marcharse de este mundo exactamente de la misma forma en que había pasado por él. Estaba cerca de mí, arrastrado por la misma corriente. Lo vi dar manotazos en el agua, gritar, menear las piernas y desaparecer bajo la superficie, solo para reaparecer al cabo de unos segundos, gritando, agitando un poco las piernas, dando manotazos.

—¡Ayúdame, Hi!

Y allí estaba yo, con mi propia vida suspendida sobre un oscuro precipicio y siendo llamado para salvar otra. Había intentado en muchas ocasiones enseñar a nadar a Maynard, y él se había tomado mis lecciones igual que se tomaba todas las enseñanzas, con descuido y oponiéndose a cualquier esfuerzo, y luego herido en su amor propio e indignado cuando aquella negligencia no rendía frutos. Ahora puedo decir que el esclavismo lo asesinó, que el esclavismo lo convirtió en niño, y que en aquel río, arrojado a un mundo donde el esclavismo no tenía poder alguno, Maynard murió nada más tocar el agua. Yo siempre había sido su protector. Había sido yo, por una mera cuestión de buena disposición, y a base de degradarme, quien había impedido que Charles Lee le pegara un tiro. Y había sido yo, a base de apelar a nuestro padre, quien lo había salvado incontables veces de su cólera; y era yo quien lo acostaba por las noches. Pero ahora yo estaba fatigado, de cuerpo y de mente, y me vi allí lidiando con la fuerza de la corriente, con los eventos fantásticos que me habían depositado en ese río, y lidiando también con la exigencia de ser yo de nuevo quien salvara a otro cuando no podía ni siquiera invocar la energía necesaria para salvarme a mí mismo.

—¡Ayúdame! —volvió a gritar, y luego chilló—: ¡Por favor! —Lo dijo como el niño que siempre había sido, en tono de súplica. Y me fijé, por poco caritativo que esto fuera y afrontando mi propia muerte en el río Goose, en que no recordaba haberlo oído nunca

hablar de una forma que reflejara la naturaleza verdadera de nuestras posiciones.

—¡Por favor!

—¡No puedo! —grité por encima del agua—. ¡Estamos al borde de la muerte!

Con aquella admisión de muerte inminente, los recuerdos de mi vida me invadieron espontáneamente, y la misma luz azul que yo había visto en el puente regresó y me volvió a envolver. Me acordé de Lockless y de todos mis seres queridos, y allí, en mitad del puente rodeado de niebla, vi a Thena, en pleno día de hacer la colada, una anciana levantando los enormes baldes de agua humeante y paleando al límite del agotamiento las prendas empapadas hasta dejarlas escurridas y quedarse con las manos en carne viva. Y vi a Sophia con sus guantes y su bonete, como si fuera la mujer de un amo, porque era lo que su servidumbre requería de ella, y contemplé, como tantas otras veces, cómo se subía el vuelo de la falda hasta los tobillos y bajaba por un camino trasero para ir a ver al hombre que empuñaba su cadena. Sentí que mis extremidades se rendían y que ya no me incordiaban el misterio y la confusión de los acontecimientos que me habían depositado en aquellas profundidades, y esta vez, cuando me sumergí, no hubo quemazón, ya no luché para respirar. Me sentí ingrávido hasta el punto de que, aun mientras me hundía en el río, me pareció estar elevándome hacia otro lugar. El agua se alejó de mí y me encontré a solas en un remanso cálido y azul, con el río fuera de mí y a mi alrededor. Y supe que estaba encaminándome por fin hacia mi recompensa.

Mi mente se remontó a un pasado todavía más lejano, hasta aquellos a quienes se habían llevado de aquella Virginia, rumbo a Natchez, y me pregunté si habría muchos que hubieran seguido su camino todavía más allá, lo bastante más allá como para recibirme en el otro mundo al que ahora me aproximaba. Y vi a mi tía Emma, que tantos años había trabajado en las cocinas, pasar a mi lado con una bandeja de galletas de jengibre para todos los Walker congregados, aunque no había ninguna para mí ni para el resto de su familia. Pensé que quizá estaría allí mi madre, y entonces, a la

velocidad del pensamiento, la vi agitarse ante mis ojos y hacer el baile del agua en medio del corro. Y cuando me acordé de todo esto, de todas estas historias, me sentí en paz —y hasta contento— de elevarme hacia la oscuridad, de caer hacia la luz. Había paz en aquella luz azul, más paz de la que concedía el sueño, e incluso había libertad, y supe que mis mayores no me habían mentido, que realmente teníamos un hogar para nosotros, una vida más allá de la Servidumbre, donde cada momento era como el amanecer en las montañas. Y tan grande era aquella libertad que de pronto fui consciente de una carga agobiante que siempre me había parecido inmutable, una carga que además ahora se proponía seguirme hasta la eternidad. Me giré y en mi estela vi aquella carga, que era mi hermano, aullando, dando manotazos, chillando y suplicando por sobrevivir.

Llevaba toda mi vida sometido a sus caprichos. Yo era su brazo derecho y por tanto carecía de brazo propio. Pero todo eso ya se había terminado. Porque me estaba elevando, emergía de aquel mundo de la Alta Cuna y la Servidumbre. Mi última visión de Maynard me lo mostró dando manotazos en el agua e intentando agarrarse a aquello a lo que ya no podía aferrarse, hasta que empezó a apagarse delante de mí, como la luz que reverbera en una ola, y sus gritos se extinguieron bajo aquella nada estruendosa que me rodeaba por todas partes. Y por fin desapareció. Me gustaría decir que lloré su muerte en aquellos momentos, o que me afectó de alguna manera. Pero no fue así. Yo me encaminaba a mi fin y él al suyo.

Al cabo las apariciones remitieron frente a mí y me concentré en mi madre, que ya no estaba bailando, sino que se encontraba arrodillada delante de un niño. Y vi que le acariciaba la mejilla a aquel niño, y que lo besaba en la cabeza, y le ponía el collar de conchas en la mano, y le cerraba la mano en torno al collar, y entonces se puso de pie, cubriéndose la boca con las manos, y se dio la vuelta y se alejó caminando, y el niño se la quedó mirando, y luego la llamó a gritos, y luego echó a andar detrás de ella, y luego empezó a correr detrás de ella, y luego se cayó mientras corría y se quedó llorando con la cara apoyada en los brazos, y

luego se volvió a levantar y se giró, esta vez hacia mí, y se me acercó y me ofreció el collar, y recibí entonces, por fin, mi recompensa.

2

Llevaba toda la vida queriendo salir de allí. En esto no era nada original; todos los Sirvientes se sentían igual. Pero, a diferencia de ellos, y a diferencia de todo el mundo en Lockless, yo poseía los medios.

Siempre había sido un niño extraño. Ya hablaba antes de caminar, aunque nunca hablé mucho, porque por encima de todo me dedicaba a observar y a recordar. Oía hablar a los demás, pero más que oírlos los veía, sus palabras se materializaban ante mí en forma de imágenes, cadenas de colores, líneas, texturas y formas que yo era capaz de almacenar en mi interior. Y tenía el don de recuperar aquellas imágenes a voluntad y traducirlas de vuelta a las palabras exactas con las que se habían conjurado.

Para cuando cumplí cinco años ya podía, habiéndola oído una sola vez, vociferar una canción de trabajo, sus llamadas y respuestas, y añadirle mis propias improvisaciones, para sorpresa y deleite de mis mayores. Les ponía nombres propios a las bestias, determinados por el lugar donde las había visto, la hora del día y lo que hubiera estado haciendo el animal, de forma que, por ejemplo, había un ciervo que se llamaba Hierba en Primavera, y otro Rama Rota de Roble, y lo mismo hacía con la jauría de perros de la que los mayores me advertían a menudo que tuviera cuidado, aunque para mí no eran ninguna jauría, sino que cada uno de ellos era singular, singular por mucho que no lo volviera a ver nunca, singular como cualquier dama o caballero a los que viera una sola vez y nunca más, porque de ellos también me acordaba.

Y no era necesario contarme ninguna historia dos veces, porque si me explicabas que Hank Powers había llorado tres horas seguidas al nacer su hija, me acordaba; y si me contabas que Lucille Simms se había hecho un vestido nuevo con la ropa de

trabajo de su madre por Navidad, me acordaba; y si me hablabas de la vez en que Johnny Blackwell le había sacado un cuchillo a su hermano, me acordaba; y si me decías de corrillo todos los antepasados de Horace Collins y en qué parte del condado de Elm habían nacido, me acordaba; y si Jane Jackson recitaba todas sus generaciones, el nombre de su madre, el de la madre de su madre y el de todas las madres sucesivas hasta llegar a la orilla del Atlántico, me acordaba. De forma que me resultó natural recordar —incluso en las fauces del Goose, incluso después de que se hundiera el puente y yo contemplara mi propio final— que no era mi primera peregrinación a la puerta azul.

Había sucedido antes. Había sucedido cuando yo tenía nueve años, el día después de que se llevaran a mi madre y la vendieran. Aquella fría mañana de invierno me desperté sabiendo a ciencia cierta que mi madre ya no estaba. Pero no guardaba ninguna imagen o recuerdo de haberme despedido de ella, ni tampoco imagen mental alguna de ella. De mi madre solo tenía recuerdos de segunda mano; es decir, estaba seguro de que se la habían llevado igual que estaba seguro de que había leones en África, no importaba que nunca hubiera visto ninguno. Busqué algún recuerdo completo, pero solo encontré pedazos. Gritos. Súplicas, alguien que me imploraba algo. Un fuerte olor a caballos. Y en medio de aquella confusión, una imagen dibujándose y desdibujándose: un largo abrevadero. Me sentía aterrado, y no solo porque hubiera perdido a mi madre, sino también porque era un niño que siempre se acordaba de todo lo vivido en los colores más vivos y con unas texturas tan ricas que podía beberlas. Y allí estaba ahora, despertándome con un sobresalto para no recordar nada más que detalles, sombras y gritos.

Tengo que salir. Esto también me llegó más en forma de sensación que de pensamiento. Sentía un dolor, un ultraje, sentía que me habían robado algo y que no había sido capaz de impedirlo. Mi madre se había ido y yo tenía que seguirla. De manera que aquella mañana de invierno me puse la camisa y los pantalones de arpillera, enfundé los brazos en mi chaqueta negra y me até las botas de trabajo. Salí a la Calle, la zona común que

había entre las dos largas hileras de cabañas de troncos con tejado a dos aguas donde vivíamos quienes servíamos en los tabacales. Un viento helado levantaba el polvo del suelo de entre las cabañas y me azotaba la cara. Era domingo, dos semanas después de Navidad, en las horas inmediatamente previas al alba. A la luz de la luna vi elevarse el humo en forma de penachos de las chimeneas de las cabañas, y detrás de las cabañas distinguí unos árboles negros y desnudos que se mecían como borrachos bajo el viento silbante. Si hubiera sido verano, la Calle habría estado llena, incluso a aquella hora, de los trajines del huerto: repollos y zanahorias recién desenterrados, huevos de gallina recién recogidos para intercambiarlos o incluso para llevarlos a la casa y venderlos. Habrían estado allí Lem y los chicos mayores, con las cañas de pescar echadas al hombro, sonrientes, saludándome con la mano y gritándome «¡Vente, Hi!» mientras se encaminaban al Goose. Habría visto allí a Arabella con su hermano Jack, los dos con las miradas todavía adormiladas pero listos para ponerse a jugar a las canicas dentro de un círculo que habían dibujado en la tierra de entre dos cabañas. Y Thena, la mujer más huraña de la Calle, habría estado barriendo el patio de su casa, azotando una alfombra vieja o bien poniendo los ojos en blanco y chasqueando la lengua al enterarse de la tontería que había hecho alguien. Pero era invierno en Virginia, así que no había nadie en la Calle, no había nadie asomado a la puerta de su cabaña, nadie que me cogiera del brazo, que me diera un par de azotes en el trasero y me gritara: «¡Eh, que te vas a morir de un resfriado con este frío! ¿Y dónde está tu madre, chaval?».

Me alejé por el camino serpenteante hacia la oscuridad del bosque. Me detuve justo antes de llegar adonde me pudiera ver el jefe Harlan desde su cabaña. ¿Acaso él formaba parte de aquello? El jefe Harlan era el capataz de Lockless, un blanco de baja estofa que impartía «correctivos» cuando se juzgaba oportuno. Era el brazo físico del esclavismo y presidía los campos mientras su mujer, Desi, gobernaba la casa. Pero cuando hurgaba en mis recuerdos fragmentarios, no encontraba entre ellos al jefe Harlan. Veía el abrevadero. Olía los caballos. Tenía que llegar a los

establos. Estaba seguro de que allí me esperaba algo que no podía nombrar, algo crucial acerca de mi madre, un camino secreto quizá que me llevaría con ella. Mientras me adentraba en aquellos bosques soportando la mordedura del viento invernal, volví a oír las voces en apariencia inanes; y en mi mente se volvieron a convertir en una visión: el abrevadero.

Y luego eché a correr, todo lo deprisa que me permitían mis cortas piernas. Tenía que llegar a los establos. Mi mundo entero parecía depender de ello. Me acerqué a las puertas blancas de madera y empujé el cerrojo hasta que las puertas se abrieron de golpe y me hicieron caer al suelo. Me levanté a toda prisa, entré corriendo y encontré los elementos de mi visión matinal desperdigados delante de mí: los caballos y el abrevadero. Me acerqué a los caballos uno por uno y los miré a los ojos. Los caballos se limitaron a devolverme estúpidamente la mirada. Caminé hasta el abrevadero y me quedé mirando su negrura como de tinta. Regresaron las voces. Alguien suplicándome algo. Y de pronto se formaron unas visiones en la negrura del agua. Vi a los Sirvientes que antaño habían vivido en la Calle, pero que ya habían desaparecido. De la oscuridad como de tinta empezó a elevarse una niebla azul, iluminada desde dentro por alguna fuente de luz. Sentí que la luz tiraba de mí, que tiraba de mí hacia el interior del abrevadero. Y entonces miré a mi alrededor y vi que el establo se desdibujaba, igual que pasaría con el puente muchos años más tarde, y se me ocurrió que quizá aquel fuera el significado del sueño: un camino secreto que me liberaría de Lockless para reunirme con mi madre. Pero cuando se disipó la luz azul no encontré a mi madre, sino solo un techo de madera a dos aguas, que reconocí como el techo de la cabaña de la que había salido hacía apenas unos minutos.

Estaba tumbado en el suelo, bocarriba. Intenté ponerme de pie, pero notaba los brazos y las piernas lastrados y encadenados. Me las apañé para levantarme y caminar dando tumbos hasta la cama con somier de cuerdas que compartía con mi madre. Su fuerte olor aún perduraba en nuestra habitación, en nuestra cama, y traté de seguir aquel aroma por los callejones de mi mente, pero

aunque veía con claridad ante mí todos los giros y recodos que habían determinado mi corta vida, mi madre solo aparecía en forma de humo y niebla. Intenté recordar su cara y, como no vino a mí, pensé en sus brazos, en sus manos, pero solo había humo, y cuando busqué el recuerdo de sus correctivos y de sus afectos, solo encontré humo. Mi madre había pasado de la cálida colcha de los recuerdos a la fría biblioteca de los datos.

Me quedé dormido. Y cuando me desperté aquella misma tarde, fui consciente de que estaba solo. Desde entonces he visto a muchos niños en la misma situación en que me encontraba yo aquel día, huérfanos, sintiéndose abandonados y expuestos ante todos los elementos del mundo, y he visto a algunos tener rabietas explosivas y a otros caminar en un estado cercano al estupor, a algunos llorar durante días enteros y a otros moverse con una concentración asombrosa, centrándose únicamente en el momento que tenían delante. Una parte de ellos se había muerto, y eran como cirujanos conscientes de que había que amputar de inmediato. Y así estaba yo aquel domingo por la tarde, cuando me desperté con las mismas botas de trabajo y la misma ropa de arpillera, y volví a salir de la cabaña, esta vez con rumbo al almacén donde tenía que recoger el cuarto de fanega semanal de harina de maíz y la libra de carne de cerdo que le correspondía a mi familia. Me lo llevé todo a casa, pero no me quedé allí. Lo que hice fue recoger mis canicas, que eran mi única posesión además del saco de provisiones y de la ropa que llevaba, y poner rumbo a la última edificación de la Calle, una cabaña grande y apartada de las otras. La casa de Thena.

La Calle era un lugar comunitario, pero Thena vivía aparte y nunca se sumaba a las habladurías, a la charla trivial ni a las canciones. Trabajaba en el tabacal y al terminar se volvía a su casa. Tenía la costumbre de ponernos mala cara a los niños por dedicarnos a nuestros juegos tumultuosos cerca de ella, o a veces de salir casi cómicamente de su cabaña, con la mirada frenética y blandiendo una escoba en nuestra dirección. A cualquier otra persona esto le habría causado alguna clase de conflicto. Pero yo había oído que Thena no siempre había sido así; que en otra vida,

una que había vivido aquí en la Calle, no solo habría criado a cinco hijos suyos, sino también a todos los niños de la Calle.

Aquello había sido en otra época, una que yo no recordaba. Pero sí sabía que sus hijos se habían ido. ¿Cómo se me ocurría presentarme delante de su puerta, con mi saco de harina de maíz y mi carne de cerdo? Seguro que había otra gente dispuesta a acogerme y que incluso disfrutaría de la compañía de un niño. Pero en la Calle solo había una persona que yo sabía que entendería el sufrimiento que por entonces se estaba acumulando en mí. Incluso cuando blandía la escoba para amenazarnos, yo sentía la profundidad de aquella pérdida, de su dolor, una rabia que ella, a diferencia de nosotros, se negaba a esconder, y esa rabia me parecía verdadera y correcta. No era la mujer más huraña de Lockless, sino la más sincera.

Llamé a la puerta y, como no recibí respuesta y empezaba a tener frío, la empujé para abrirla. Dejé mis raciones junto a la puerta y subí la escalera de mano del altillo, donde me tumbé mirando hacia abajo y esperando a que volviera. Entró al cabo de unos minutos, levantó la vista y me puso su mala cara de siempre. Pero luego se acercó a la chimenea, la encendió y bajó una sartén de la repisa de encima, y en cuestión de minutos la cabaña se llenó del olor familiar a cerdo y tortas de maíz. Por fin volvió a levantar la vista y me dijo:

—Si quieres comer, tienes que bajar.

Pasé un año y medio viviendo con Thena antes de averiguar la causa exacta de su rabia. Una noche cálida de verano yo estaba durmiendo en el pequeño catre que tenía en el altillo de su cabaña cuando me despertaron unos fuertes gemidos. Era Thena, hablando en sueños. «Tranquilo, John, no pasa nada.» Y lo dijo con tanta claridad que la primera vez que lo oí me pareció que estaba hablando con alguien presente. Pero cuando me asomé desde el altillo, vi que ella todavía estaba durmiendo. Ya había cogido la costumbre de dejar a Thena a solas con sus fantasmas, pero esta vez, cuanto más hablaba, más me parecía que le estaba pasando

algo malo. Bajé la escalera para despertarla. Mientras me acercaba, oí que seguía gimiendo y hablando: «Tranquilo, ya te lo he dicho. Tranquilo, John». Estiré el brazo, le cogí el hombro y la zarandeé hasta que se despertó con un sobresalto.

Thena me miró y después contempló la cabaña a oscuras, sin saber muy bien dónde estaba. Luego entrecerró los ojos y volvió a concentrarse en mí. Durante el último año y medio casi no me habían afectado sus rabietas. Ciertamente, para gran alivio de la Calle, las rabietas de Thena habían disminuido, como si mi presencia hubiera empezado a curar una vieja herida. Pero no era así, y me di cuenta en cuanto me miró.

—¿Qué demonios haces aquí? —me dijo—. ¡Lárgate de aquí, mocoso! ¡Largo de aquí, demonios!

Salí atropelladamente y vi que ya casi había amanecido. Pronto asomaría por encima de los árboles la espuma amarilla del sol. Caminé de vuelta hasta la vieja cabaña que había compartido con mi madre y me senté en los escalones esperando a que llegara la hora de Servir.

Yo tenía once años. Era pequeño para mi edad, pero no se hacían excepciones y me tocaba trabajar como un hombre. Pulía la madera de la cabaña y tapaba los agujeros. En verano trabajaba con la azada y en otoño colgaba hojas para secar igual que todos los demás. Ponía trampas y pescaba. Cuidaba el huerto, aun después de que ya no estuviera mi madre. Pero en los días de calor como el que se avecinaba me mandaban junto con los demás niños a traer agua a quienes servían en los campos. De manera que durante todo aquel día ocupé mi lugar en una cadena de niños que se extendía desde el pozo situado junto a la mansión de la hacienda hasta los campos de tabaco. Cuando sonó la campana y todo el mundo se fue a cenar, no volví a casa de Thena. Lo que hice fue apostarme en un sitio alto y seguro del bosque para mirar. La Calle estaba llena de trajín pero yo tenía la mirada puesta en la cabaña de Thena. Cada veinte minutos, más o menos, la veía salir y mirar a un lado y al otro, como si estuviera esperando a un invitado, y luego volver a entrar. Cuando por fin regresé a la cabaña ya era tarde y me la encontré sentada en una silla junto a la

cama. Supe por los dos cuencos vacíos que había en la repisa que todavía no había cenado.

Cenamos, y cuando ya era hora de retirarse, se giró hacia mí y me dijo en un susurro ronco:

—John, Big John, era mi marido. Murió. De fiebres. Creo que deberías saberlo. Creo que deberías entender unas cuantas cosas de mí, de ti mismo, de este sitio.

Hizo una pausa y miró la chimenea, donde estaban muriendo las últimas brasas de la cena.

—Intento no darle muchas vueltas. La muerte es lo más natural que hay, más natural que este sitio. Pero esta muerte de la que te hablo, la de mi Big John, es una muerte que no tuvo nada de natural. Fue un asesinato.

Se había apagado el alboroto de la Calle y ya solo quedaba el zumbido bajo y rítmico de los insectos nocturnos. Teníamos la puerta abierta para dejar entrar la tranquila brisa de julio. Thena cogió su pipa de encima de la chimenea, la encendió y se puso a dar caladas.

—Big John era el capataz. Sabes qué significa eso, ¿verdad?

—Significa que era el jefe de los campos.

—Eso mismo —dijo—. Lo habían elegido para supervisar los equipos de trabajo del tabacal. Big John no era capataz porque fuera el más cruel, como Harlan. Era capataz porque era el más sabio, más sabio que ninguno de los blancos, y las vidas de todos dependían de él. Esos campos no son simples campos. Son el corazón de todo. Tú has vivido aquí. Has visto este sitio y todos sus lujos. Ya sabes lo que tienen.

Lo sabía. Lockless era un lugar enorme, miles de acres robados a las montañas. Me encantaba hurtar tiempo de los campos para explorar aquellos acres, y lo que había encontrado eran huertos atiborrados de melocotones dorados, campos de trigo ondeando bajo la brisa estival, tallos de maíz coronados de seda amarilla, una lechería, una fundición, una carpintería, un almacén de hielo, jardines llenos de lilas y lirios del valle, todo ello proyectado con una geometría exacta, una simetría resplandeciente, cuyo aspecto matemático yo era demasiado joven

para comprender.

—Bonito, ¿verdad? —dijo Thena—. Pero todo empezó con eso que hay en los campos y con esto que hay en la pipa. Y quien lo dirigía todo era mi Big John. No había nadie que conociera mejor que mi hombre las técnicas y los trucos de la hoja dorada. Te podía decir la mejor manera de sacar a las polillas del tabaco, qué hojas tienes que cortar y qué otras es mejor dejar en paz. De manera que eso le daba cierto trato de favor con los blancos. Fue así como conseguimos esta casa tan grande.

»Y hacíamos nuestra tarea con bondad. Dábamos raciones extra de suministros a quienes no tenían. Era John quien insistía en ello.

Hizo una pausa para dar otra calada a su pipa. Vi cómo entraban las luciérnagas y emitían su resplandor amarillo en las sombras.

—Amaba a aquel hombre, pero se murió, y después de su muerte todo se torció. La primera cosecha terrible que recuerdo fue justo después de que muriera John. Luego vino otra. Y otra. La gente te dirá que ni siquiera John nos podría haber salvado. Era la tierra, que maldecía a estos blancos por lo que le habían hecho, por haberla agotado. Todavía queda un poco de la Virginia roja, pero pronto todo será arena. Y ellos lo saben. Así que todo ha sido un infierno desde que se murió John. Un infierno para mí. Y un infierno para ti.

»Me acuerdo de tu tía Emma. Me acuerdo de tu madre. Me viene el recuerdo de las dos, de Rose y de Emma. Menuda pareja. Se querían con locura. Les encantaba bailar. Me vienen las dos a la cabeza, como digo. Y aunque a veces duele, no se puede olvidar, Hi. No se puede olvidar.

Seguí mirándola en silencio mientras hablaba, y se me vino encima toda la carga de lo que yo ya había olvidado.

—Sé que no me olvidaré de mis pequeños —dijo Thena—. Se los llevaron a los cinco al hipódromo, los pusieron en un lote con el resto y los vendieron, igual que venden esas cubas de tabaco.

Thena agachó la cabeza y se llevó las manos a la frente. Cuando me volvió a mirar, vi que le resbalaban lágrimas por la

cara.

—Cuando se los llevaron, me pasé la mayor parte del tiempo maldiciendo a John, porque pensaba que, si John no se hubiera muerto, mis criaturas seguirían aquí conmigo. No solo porque él tuviera aquel conocimiento especial, sino porque me daba la sensación de que John habría hecho lo que yo no había encontrado la valentía para hacer: no habría dejado que se los llevaran.

»Ya sabes cómo soy. Has oído lo que dicen de mí, pero también sabes que hay algo roto en la vieja Thena, y cuando te vi ahí en el altillo, me dio la sensación de que a ti se te había roto lo mismo. Y que me habías elegido a mí, que usando algún razonamiento de niño me habías escogido a mí.

Se puso de pie y, como todas las noches, emprendió su rutina de ordenar su casa. Trepé al altillo.

—Hi —me llamó.

Me asomé y vi que me estaba mirando.

—¿Sí, señora? —respondí.

—No puedo ser tu madre. No puedo ser Rose. Era una mujer preciosa con un corazón de oro. Me caía bien, y ya no hay mucha gente que me caiga bien. No cotilleaba y no se metía en las cosas de los demás. No puedo ser lo que ella era para ti. Pero me has elegido a mí y lo entiendo. Quiero que sepas que lo entiendo.

Aquella noche me quedé despierto hasta tarde contemplando las vigas y pensando en lo que había dicho Thena. *Una mujer preciosa con un corazón de oro. No cotilleaba y no se metía en las cosas de los demás*. Añadí aquellas palabras a los recuerdos de mi madre que yo había ido recogiendo de la gente de la Calle. Thena no podía saber lo mucho que yo necesitaba aquellos pequeños rompecabezas, aquellas piezas que había reunido a lo largo de los años y con las cuales iba forjando el retrato de la mujer que vivía en sueños, como Big John pero solo en forma de humo.

¿Y qué decir de mi padre? ¿Qué decir del dueño de Lockless? Ya desde muy pequeño supe quién era mi padre, porque mi madre no me lo había ocultado, ni él tampoco. De vez en cuando lo veía

recorrer sus propiedades a caballo, y cuando su mirada se encontraba con la mía, se detenía y se llevaba la mano al sombrero para saludarme. Yo sabía que había vendido a mi madre, porque Thena nunca dejaba de recordármelo. Pero era un niño, y veía en él eso que los niños no pueden evitar ver en sus padres: un molde en el que se podía verter mi hombría. Y, además, por aquel entonces estaba empezando a entender el enorme abismo que separaba a la Alta Cuna de los Sirvientes; el hecho de que los Sirvientes, encorvados en los campos, cargando con el tabaco desde las lomas hasta las cubas, llevaban una vida que les rompía las espaldas, y que la Alta Cuna, que vivía en la mansión de la cima, la casa Lockless, no. Y, sabiendo esto, era natural que mirara a mi padre, porque en él veía un emblema de otra vida, una existencia de esplendor y lujos. Y sabía que tenía un hermano allí arriba, un chico que disfrutaba de la vida mientras yo trabajaba, y me preguntaba qué derecho tenía él a disfrutar de aquella ociosidad, y qué ley me consignaba a mí a la Servidumbre. Lo único que necesitaba era alguna estrategia para elevar mi estatus, para situarme en un cargo donde pudiera mostrar mi calidad. En eso pensaba yo el domingo en que mi padre hizo su fatídica aparición en la Calle.

Thena estaba de mejor humor que de costumbre, sentada en el escalón de la entrada, sin fruncir el ceño ni echar a los niños pequeños que pasaban corriendo. Yo estaba detrás de los barracones, entre los campos y la Calle, vociferando una canción:

Oh, Lord, trouble so hard
Oh, Lord, trouble so hard
Nobody know my troubles but my God
Nobody know nothing but my God.

Continué estrofa tras estrofa, llevando la canción desde los problemas y el trabajo hasta los problemas y la esperanza y a los problemas y la libertad. Cuando cantaba la llamada, cambiaba la voz para imitar el sonido del líder de la cuadrilla del campo, audaz y exagerada. Cuando cantaba la respuesta, adoptaba las voces de la

gente que me rodeaba, imitando a uno tras otro. A los adultos les encantaba oírme, y su placer aumentaba a medida que la canción avanzaba, estrofa tras estrofa, hasta darme la oportunidad de imitarlos a todos. Pero aquel día yo no estaba mirando a mis mayores. Estaba mirando al hombre blanco que se acercaba a lomos de un caballo de paseo de raza Tennessee, con el sombrero calado y una sonrisa de aprobación por mi interpretación. Era mi padre. Se quitó el sombrero, se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente. Luego se volvió a poner el sombrero, se metió la mano en el bolsillo y sacó algo que arrojó en mi dirección. Yo, sin quitarle la vista de encima, lo cogí al vuelo con una mano. Me quedé allí un momento largo, mirándolo a los ojos. Sentí una tensión detrás de mí: eran los adultos, ahora temerosos de que mi insolencia pudiera desencadenar la ira de Harlan. Pero mi padre se limitó a seguir sonriendo, luego me saludó con la cabeza y se alejó.

La tensión se redujo, volví a la cabaña de Thena y subí a mi espacio en el altillo. Me saqué del bolsillo la moneda que me había tirado mi padre justo antes de marcharse al trote y vi que era de cobre, con los bordes ásperos y desiguales, la imagen de un hombre blanco en la parte delantera y la de una cabra en la de atrás. Allí arriba en el altillo, toqueteé los bordes ásperos y tuve la sensación de haber encontrado mi estrategia, mi señal, mi billete para salir de los campos y de la Calle.

Y sucedió al día siguiente, después de cenar. Me asomé desde el altillo y vi a Desi y al jefe Harlan hablando con Thena en voz baja. Sentí miedo por ella. Nunca había visto a Desi ni a Harlan encolerizados, pero me bastaba con las historias que había oído. Se decía que el jefe Harlan le había pegado un tiro una vez a un hombre por equivocarse de azada, y que Desi una vez le había pegado una paliza a una chica en la lechería con una fusta de carruaje. Bajé la vista y vi a Thena mirando al suelo y asintiendo con la cabeza de vez en cuando. Cuando Desi y Harlan se marcharon, Thena me hizo bajar.

Me llevó en silencio hasta los campos, donde nadie nos podía

escuchar a hurtadillas. Ya estaba oscureciendo. Sentí cómo se despertaba en la noche la fuerte brisa estival. Estaba lleno de expectación, creía saber lo que se avecinaba, y cuando oí los sonidos nocturnos de la naturaleza, me pareció que estaban cantándole a un futuro magnífico.

—Hiram, sé lo mucho que ves. Y sé que, aunque todos tenemos que aguantar la brutalidad de este mundo, tú la has soportado mejor que algunos de tus mayores. Pero todo está a punto de volverse más brutal —me dijo.

—Sí, señora.

—Han venido unos blancos a decir que se te han acabado los días en el campo, que vas a ir a la casa. Pero no son tu familia, Hiram, quiero que lo entiendas. Cuando estés allí arriba, no te puedes olvidar de ti mismo, y tampoco nos podemos olvidar el uno del otro. Ahora nos están llamando, ¿me oyes? *A los dos*. Ese truco tuyo, y lo he visto, lo hemos visto todos, también se me lleva a mí. A mí me toca subir para cuidar de ti, y puede que creas que me has salvado de algo, pero lo que has hecho en realidad es ponerme delante de su vista.

»Aquí abajo tenemos nuestro mundo; nuestras formas de ser y de hablar y de reír, por mucho que no me veas hacer gran cosa de todo eso. Pero aquí abajo puedo elegir. Y no es ninguna maravilla, pero es nuestro. Ahí arriba, cuando los tienes encima..., en fin, es distinto.

»Tendrás que vigilar lo que haces, hijo. Ten cuidado. Acuérdate de lo que te he dicho. No son tu familia, chaval. Yo soy más tu madre, aquí donde me ves, de lo que ningún blanco montado a caballo es tu padre.

Me lo estaba intentando explicar, me estaba intentando avisar de lo que se avecinaba. Pero mi don era la memoria, no la sabiduría. Y al día siguiente, cuando nos vino a buscar Roscoe, el afable y mofletudo mayordomo de mi padre, tuve que esforzarme mucho para esconder toda mi emoción. Subimos a pie desde los campos de tabaco, pasando por entre los jornaleros que bramaban sus canciones:

When you get to heaven, say you remember me
Remember me and my fallen soul
Remember my poor and fallen soul.

A continuación dejamos atrás los campos de trigo y cruzamos el césped y después los jardines de flores hasta que vi, posada sobre una pequeña colina, la mansión Lockless, reluciendo como el mismo sol. Cuando la tuvimos más cerca, pude admirar las columnas de piedra, el soportal y el montante de abanico que había encima de la entrada. Todo magnífico. Aquella casa, sentí con un estremecimiento repentino, me pertenecía a mí. Era mía por derecho de sangre. Y tenía razón, pero no en el sentido en que yo creía.

Roscoe me echó un vistazo y creo que hizo una mueca al ver cómo me brillaban los ojos.

—Vamos por aquí —dijo.

Y nos llevó lejos de la puerta, hasta el pie de la pequeña colina donde estaba la casa, y allí divisé la entrada de un túnel. Mientras nos adentrábamos por él, vimos a otros sirvientes salir de las habitaciones laterales para saludar a Thena y a Roscoe cuando se cruzaban con nosotros de camino a otros túneles contiguos más pequeños. Estábamos en un laberinto, en un submundo que discurría por debajo de la mansión.

Nos detuvimos frente a una de las habitaciones que se abrían a los lados y que era obviamente la mía. Había una cama, una mesa, un lavamanos, una jarra y un paño. No había altillo. No había espacio debajo del suelo. No había ventana. Roscoe se quedó un momento en la puerta, conmigo a su lado, mientras Thena dejaba en el suelo la bolsa con sus cosas. Thena no me quitaba la vista de encima, y sentí que sus palabras se repetían en aquella mirada: *no son tu familia*. Al cabo de un momento, sin embargo, apartó la mirada y se limitó a decir: «Será mejor que te lo lleves arriba». Roscoe me puso la mano en el hombro y me llevó de vuelta a los Túneles y después escaleras arriba hasta que nos cortó el paso una pared. Roscoe tocó algo que no vi y la pared se corrió a un lado y salimos de la oscuridad para entrar en un amplio salón

bañado en luz y lleno de libros.

Me quedé en la puerta, con los sentidos abrumados: la luz que lo bañaba todo, el olor a aguarrás, las alfombras persas azules y doradas, el brillo de los suelos de madera de debajo, pero lo que más me llamó la atención fueron los libros. Yo había visto libros antes —siempre había un par de los nuestros en la Calle que sabían leer y que tenían viejos diarios y libros de canciones en sus cabañas —, pero nunca tantos, todas las paredes cubiertas de estantes del suelo al techo. Hice un gran esfuerzo para no quedármelos mirando. Sabía lo que le pasaba a la gente de color que mostraba demasiada curiosidad por el mundo de más allá de Virginia.

Aparté la vista de los libros y vi a mi padre, en chaleco y mangas de camisa, sentado en una esquina de la sala, mirándonos a Roscoe y a mí. Y cuando giré la cabeza, vi en la otra esquina a un chico, mayor que yo y blanco. Gracias a algún truco de la sangre, supe al instante que era mi hermano. Mi padre blandió la mano con ligereza, sin esfuerzo, y vi que Roscoe reconocía en aquel gesto la orden de marcharse. De manera que giró en redondo, como si estuviera ejecutando una maniobra militar, y desapareció al otro lado de la puerta corredera. Y allí me quedé, a solas con mi padre, Howell Walker, y con mi hermano, los dos mirándome con curiosidad silenciosa. Me metí la mano en el bolsillo, encontré la moneda de cobre y toqueteé sus bordes ásperos e irregulares.

3

Mi padre le comunicó mi función a Desi, ella a Thena y Thena a mí: tenía que encontrar cosas que hacer. Así que cada día me levantaba antes del alba, como todos los Sirvientes, y me paseaba por la casa, encajando allí donde podía: encendiéndole los fogones de la cocina a Ella, la jefa de cocina, trayendo la leche de la lechería o bien recogiendo las bandejas del desayuno. Otras veces trabajaba fuera con Roscoe, lavando y peinando a los caballos, o en el huerto de los manzanos con Pete, podando los arbolitos jóvenes. Siempre había trabajo por hacer porque, aunque no se habían reducido las necesidades de la casa, el número de los Sirvientes sí, y fue entonces cuando entendí por primera vez que a los Sirvientes de la casa también se los podía enviar a Natchez. Trabajaba enérgicamente, y más todavía cuando pillaba a mi padre mirando en mi dirección con una sonrisa fina y torcida. Me había encontrado una utilidad.

Corría el otoño de mi decimotercer año, cuatro meses después de que me afincara en la mansión. Mi padre había organizado una fiesta para celebrar la temporada. Aquel día pesó una especie de fatiga privada sobre quienes servían en la casa. A primera hora de la mañana, le llevé los huevos a Ella, cuya sonrisa amplia y acogedora yo había llegado a considerar una parte natural de la mañana. Pero aquella mañana la naturaleza estaba trastocada, de forma que cuando acudí a Ella con mi canasto de mimbre lleno de huevos, se limitó a negar con la cabeza y me hizo un gesto para que dejara los huevos sobre la mesa, donde Pete estaba seleccionando una fanega de manzanas.

Ella se puso junto a Pete, cascó y separó seis huevos y batió las claras. Luego le habló apenas en un susurro y sin terminar de dar rienda suelta a sus sentimientos:

—No piensan en nada ni en nadie —dijo Ella—. No está bien, Pete. Y tú sabes que no está bien.

—Tranquila, Ella —dijo él—. Hay cosas peores por las que sulfurarse.

—No me estoy sulfurando. Solo quiero un poco de consideración. ¿Es demasiado pedir? Se suponía que la de esta noche iba a ser una cena pequeña. ¿Cómo es que al final viene el condado entero?

—Ya sabes por qué —dijo Pete—. Ya sabes qué situación tienen.

—No, no lo sé —repuso Ella—. Hi, dame ese rodillo. Y enciende el fuego, por favor.

—No eres ciega, ¿verdad que no? Las cosas han cambiado. Los tiempos de bonanza han terminado. Las familias de antaño se han ido al oeste. A Tennessee. A Baton Rouge. A Natchez. A sitios así. No hay muchos que se hayan quedado. Y los que siguen aquí se sienten muy unidos. Están resistiendo. Para ellos esta pequeña cena es grande. Nadie sabe quién va a ser el próximo en irse. Esta despedida puede ser la última.

Ella se rio por lo bajo, pero a mí me pareció una risa bulliciosa y burlona, lo bastante expansiva como para darme ganas de unirme a ella, por mucho que no estuviera pasando nada gracioso.

—Hi, tráeme eso de ahí, tesoro —me dijo, señalando la estantería.

Cada vez que me llamaba tesoro, me llegaba al alma. Dejé el fuego, cogí la cuchilla para masa del estante y se la llevé. Ella todavía se estaba riendo sola. Levantó la vista y me dedicó aquella sonrisa amplia y acogedora.

Luego se le disipó la sonrisa y me miró fijamente, casi como si pudiera ver a través de mí. Después se volvió hacia Pete.

—Me da igual cómo se sientan. Este chico sabe más de adioses que todos ellos juntos. Y es una criatura.

Todo aquel día se estuvo viviendo entre los Sirvientes la misma tensión que yo había visto en Ella. Pero ni mi padre ni Desi se enteraron, ni tampoco les importó, y cuando por la noche

empezaron a llegar los carruajes y las calesas, fuimos todo sonrisas y amabilidad. Me pusieron a hacer de camarero. Para entonces ya había aprendido a lavarme y a acicalarme hasta brillar, a sostener la bandeja de plata con la mano izquierda y servir con la derecha, a desaparecer en los rincones, emerger para recoger las migas del pan y volver a fundirme con las sombras. Cuando la fiesta se trasladó al salón, recogimos los platos, nos plantamos en el salón de color rojo cereza y esperamos en posición de firmes mientras los invitados se acomodaban en los sillones y divanes.

Miré al otro lado del salón e intercambié miradas con los otros tres sirvientes encargados de atender a cualquier necesidad que les surgiera a nuestros invitados. Luego miré a los invitados en sí, intentando adelantarme a cualquier necesidad que les surgiera. Me fijé en el tutor de Maynard, el señor Fields, un joven muy solemne de ojos hundidos que estaba reclinado hacia atrás en su sillón. Era difícil no distraerse. Me sorprendí a mí mismo admirando la indumentaria de las mujeres: sus bonetes blancos, sus abanicos de color rosa, sus tirabuzones, las flores de espuma blanca y las margaritas que llevaban en el pelo. En los hombres había menos que ver, porque iban todos de negro. Aun así me parecían hermosos, porque había distinción en sus andares y elegancia en sus movimientos más insignificantes, como cuando abrían las puertas de la galería, salían a la parte de atrás, acercándose a alguno de los Sirvientes para que les encendieran los puros, y hablaban de cosas de caballeros. Me imaginé a mí mismo entre ellos, apoltronado en un sillón o bien murmurando al oído de una dama.

Jugaron diecisiete manos de cartas. Bebieron ocho damajuanas de sidra. Comieron pastel de almendras hasta casi reventar. Luego, pasada la medianoche, una mujer con el bonete puesto del revés se deshizo en risotadas histéricas. Uno de los hombres de negro se puso a regañar a su mujer. Otro se quedó adormilado en la esquina. Los Sirvientes que hacían de camareros se pusieron tensos, presa de un nerviosismo sutil que estoy seguro de que los invitados no pudieron detectar. Mi padre estaba sentado mirando el fuego y el señor Fields, apoltronado en su sillón con

aspecto aburrido. La mujer dejó de reírse y se quitó el bonete, revelando una máscara rota de maquillaje corrido.

La mujer era una Caulley —Alice Caulley—, una familia escindida desde hacía mucho tiempo. Una mitad se había ido a Kentucky y la otra mitad se había quedado. Me acordé porque los Caulley que se habían ido se habían llevado a quienes los servían, entre ellos la hermana de Pete, Maddie. Yo no había llegado a conocerla. Pero Pete hablaba de ella a menudo, y siempre que le llegaban noticias suyas por la red de Sirvientes que iban y venían entre las ramas de los Caulley —noticias de que estaba viva y de una pieza, acompañada del resto de la familia que había viajado con ella— la cara se le iluminaba y se le quedaba así para el resto de la semana.

—¡Cantadnos algo! —dijo Alice en tono cortante. Y como no le contestó nadie, caminó hasta Cassius, uno de los camareros, y le dio una bofetada. Y volvió a gritar—: ¡Canta, maldito seas!

Siempre pasaba lo mismo, o eso me habían contado. Cuando los blancos se aburrían, se volvían unos bárbaros. Mientras estaban jugando a los aristócratas, éramos sus asistentes estoicos y de punta en blanco. Pero en cuanto se cansaban de comportarse con dignidad, todo se venía abajo. Se nombraban juegos nuevos y pasábamos a ser simples piezas en el tablero. Era aterrador. No había límite a lo que podían hacer cuando llegaban a aquel estado, ni tampoco a lo que mi padre les permitía hacer.

Pero ahora la bofetada despertó a mi padre. Se puso de pie y miró con nerviosismo a su alrededor.

—Tranquilízate, Alice. Tenemos algo mejor que una canción de negros —dijo, volviéndose hacia mí, y aunque no añadió ni una palabra más, supe al instante lo que quería.

Examiné la sala con la vista y divisé un mazo de cartas de dimensiones grandes que había sobre una de las mesillas de café. Reconocí las cartas como las que Maynard usaba para sus lecciones de lectura. Por una cara todas mostraban lo mismo: un mapa del mundo conocido. Por la otra cara cada carta representaba a un acróbata contorsionado para formar una letra distinta, con un poemilla corto debajo. Yo había oído a Maynard recitar aquellas

cartas en compañía de su tutor. De tanto echarles vistazos de reojo y de estudiarlas unos minutos de vez en cuando, las había memorizado, sin más razón que disfrutar de los poemillas graciosos que tenían por una cara. Ahora recogí las cartas de la mesa y me giré hacia Alice Caulley.

—Señora Caulley, ¿quiere hacer el favor de barajar?

Ella se acercó con pasos tambaleantes, me cogió las cartas de la mano y las barajó. A continuación le pregunté si tendría la amabilidad de dejarme inspeccionarlas. Cuando terminé, se las devolví y le pedí que las pusiera todas en la mesa, bocabajo y en cualquier orden. Me dediqué a mirarle las manos hasta que la mesilla de café quedó cubierta de mapas en miniatura.

—¿Y ahora qué, chaval? —preguntó ella con recelo.

Le pedí que eligiera una carta y que se la enseñara a quien quisiera, salvo a mí. Cuando terminó, se giró en mi dirección con las cejas enarcadas.

—Con el resto bien concuerda —dije— si de la letra E se acuerda.

Sus cejas regresaron a su posición natural mientras el escepticismo se convertía en resentimiento.

—Otra vez —dijo, y eligió otra carta y esta vez se la enseñó a más gente.

—Una curva y otra traza —dije— para hacer una S de raza.

Y entonces el resentimiento se convirtió en una pequeña sonrisa. Sentí que se aligeraba un poco la tensión de la sala. Eligió otra, la mostró a los presentes y le dije:

—Mucho esfuerzo es necesario para dibujar la C a diario.

Ahora Alice Caulley se rio, y cuando miré en su dirección, vi que mi padre esbozaba una pequeña sonrisa; y aunque el resto de los Sirvientes de la velada seguían en posición de firmes, sentí que el miedo se escapaba de sus caras estoicas. Alice Caulley no paraba de echar mano a las cartas y de darles la vuelta ahora más deprisa. Pero yo no me quedaba atrás:

—Ahora dibujo este pico y la letra V te dedico... Pongo las manos en alto y la letra H exalto.

Para cuando terminé con el mazo entero, ya todos se estaban

riendo y también aplaudiendo. El hombre de la esquina dejó de roncar y levantó la vista, intentando entender a qué venía todo aquel revuelo. Cuando se apagaron los aplausos, Alice Caulley, con una sonrisa que transmitía un toque de amenaza, me miró y dijo:

—¿Y qué más, chaval?

Me la quedé mirando un momento más largo de lo que era apropiado para ningún sirviente y asentí con la cabeza. Solo tenía doce años, pero sentía una confianza plena en lo que estaba a punto de hacer, un truco que llevaba tiempo practicando en la Calle. Ahora que los invitados confiaban en mí, les pedí que se pusieran formando una hilera contra la pared del salón. Primero me dirigí a Edward Mackley, que llevaba los rizos rubios recogidos como una mujer, y le pedí que me contara en qué momento había sabido que amaba a su mujer. Luego le pregunté a Armatine Caulley, la prima de Alice, cuál era su lugar favorito en el mundo entero, y a continuación fui hacia Morris Beacham y le pedí que me dijera cuándo había cazado su primer faisán. Recorrí la fila entera haciendo lo mismo hasta tener en la cabeza un puñado de historias, tantas que nadie más podía acordarse de quién había dicho qué ni tampoco de los detalles concretos. El único que se negó a contestarme fue el señor Fields, el huraño tutor de Maynard. Pero cuando volví a recorrer la fila, repitiéndole a cada participante sus propias historias con todo detalle, pero embellecidas y llenas de dramatismo, vi que el tutor se acercaba al borde de su asiento y que le brillaban los ojos igual que a los demás, que le brillaban como solían brillarles a mis mayores cuando vivía entre los Sirvientes, allí en la lejana Calle.

Ahora incluso los camareros tuvieron que abandonar sus expresiones solemnes para sonreír. De hecho, de todo el grupo, el señor Fields fue el único que consiguió mantener su aspecto huraño de costumbre, a excepción del brillo de sus ojos entrecerrados. Ya era tarde. Mi padre indicó a cada uno de sus invitados sus aposentos distribuidos por el viejo caserón y a nosotros nos mandaron a asegurarnos de que estuvieran todos cómodos. Cuando los invitados estuvieron hospedados, nos retiramos a los Túneles, agotados, sabiendo que nuestras tareas se

reanudarían al cabo de pocas horas, porque todos los invitados esperarían que el desayuno estuviera listo y aguardándolos cuando se despertaran.

La mañana del lunes después de la fiesta, yo estaba ayudando a Thena a preparar la colada cuando me llamó Roscoe y me mandó a ver a mi padre en el salón lateral. Pasé primero por mi habitación, me puse el uniforme y subí por la escalera de atrás hasta emerger en el pasillo central, al final del cual me encontré a mi padre allí de pie, como si me estuviera esperando. Detrás de él vi a Maynard sentado a un escritorio y escribiendo y a un caballero de pie a su lado. El caballero en cuestión era el señor Fields, que le hacía de tutor tres veces por semana. Ahora el tutor tenía una cara de frustración amarga, y la expresión de Maynard también era de aflicción.

Mi padre me sonrió, pero decir esto no transmite por completo la mirada que me dirigió, porque mi padre tenía una amplia gama de sonrisas: sonrisas de desagrado, o de desinterés, o de escándalo o asombro; la verdad es que sonreía tanto que costaba interpretar lo que le pasaba por la cabeza, pero yo reconocí la sonrisa que le vi aquella mañana porque era la misma que le había visto hacía unos meses, en la Calle, en los campos donde me había tirado la moneda de cobre.

—Buenos días, Hiram —me dijo—. ¿Cómo estás?

—Bien, señor —le respondí.

—Bien. Bien —me dijo—. Hiram, quiero que pases un rato con el señor Fields. ¿Querrías hacerme ese favor?

—Sí, señor —repuse.

—Gracias, Hiram —me dijo.

A continuación, mi padre miró a Maynard, sin dejar de sonreír, y le dijo:

—Venga, hijo.

Vi que una expresión de alivio se extendía al instante por la cara de Maynard en cuanto dejó su trabajo. No miró en mi dirección cuando mi padre y él salieron de la sala. En aquella época de nuestras vidas, Maynard y yo no teníamos una relación estrecha. Solo hablábamos de banalidades, sin reconocer lo que

éramos el uno para el otro.

El señor Fields hablaba con un acento que yo no había oído nunca, y me imaginé de inmediato que sería originario de aquel Natchez del que tanto hablaban mis mayores.

—El otro día —me dijo— hiciste un buen truco.

Asentí en silencio con la cabeza, sin saber todavía cuáles eran sus intenciones. Había castigos para los Sirvientes que aprendían a leer, y ahora se me ocurrió que quizá mi truco había despertado alguna clase de cólera. Pero mi truco no se basaba en leer. Simplemente había archivado en la memoria lo que había oído a hurtadillas de los intentos fallidos de Maynard y luego lo había hecho concordar con las cartas desplegadas sobre la mesilla. Pero el señor Fields no conocía mi técnica, y yo no estaba seguro de si tenía que explicársela ni de cómo.

Me observó un momento y luego sacó un mazo de naipes y me lo dio.

—Míralos bien.

Examiné los naipes de la baraja uno por uno, tomándome mi tiempo con cada uno y frunciendo el ceño, más de cara a la galería que porque estuviera notando ningún esfuerzo. Cuando terminé, el señor Fields me dijo:

—Ahora ponlos todos bocabajo sobre la mesa.

Hice lo que me pedía, desplegándolos en cuatro pulcras filas de trece naipes. Luego el señor Fields fue cogiendo de la mesa un naipe tras otro, de manera que solo él pudiera ver el anverso, y me pidió que le confirmara el palo de cada uno. Lo hice con todos. Al señor Fields no se le iluminó la cara.

Luego metió la mano en su bolsa y sacó una caja. Cuando la abrió, vi que era una colección de fichas redondas, pequeños discos de marfil, cada una de las cuales tenía tallada una cara, un animal o un símbolo. Las fue dejando sobre la mesa bocarriba, me pidió que las mirara un minuto y después les dio la vuelta para que solo se vieran sus reversos sin tallar. Pero cuando me pidió que encontrara la ficha que tenía una imagen de un viejo narigudo, o de una chica guapa de largos rizos, o de un pájaro posado en una rama, fue como si no les hubiera dado la vuelta y todavía

estuvieran mirándome cara arriba.

Por último, el señor Fields se sacó del macuto primero una hoja de papel y después un cuaderno lleno de dibujos. Abrió el cuaderno por el dibujo de un puente y me dijo que lo mirara, que me concentrara en él, y al cabo de un minuto cerró el cuaderno, me dio una pluma y me ordenó que dibujara el mismo puente. Yo nunca había hecho nada así, y como no estaba seguro de cuáles eran las intenciones del señor Fields, y sabiendo ya entonces que la Alta Cuna odiaba el orgullo en los Sirvientes, lo miré con expresión perpleja y fingí que no lo entendía. Él repitió la orden y se quedó mirando cómo yo cogía la pluma, con cautela al principio, y empezaba mi boceto. Me dediqué a levantar la vista teatralmente, como si necesitara esforzarme para recordar la imagen que tenía en la mente. Pero en realidad no me hacía falta acordarme de nada, porque era como si el puente estuviera allí mismo, sobre el papel en blanco, y lo único que necesitara hacer yo era reseguir las líneas para revelarlo. De forma que tracé el arco de piedra, la pequeña abertura del lado derecho, el arco superior, el saliente rocoso del fondo y el barranco lleno de árboles que el puente salvaba. Cuando el señor Fields vio aquello, se le pusieron unos ojos como platos. Se levantó de la mesa y se ajustó la chaqueta. Luego cogió el papel, me dijo que esperara y salió.

El señor Fields volvió con mi padre, que había sacado de su surtido de sonrisas una que delataba su satisfacción consigo mismo.

—Hiram —me dijo mi padre—. ¿Te gustaría trabajar con el señor Fields de forma regular?

Miré el suelo y fingí que le daba vueltas a la pregunta en mi cabeza. No tuve otro remedio, porque lo que sentí en aquel momento fue la avenida que se me abría delante, con la luz asomando en la otra punta. No quería parecer demasiado ansioso. Lockless seguía siendo Virginia. Todavía no podía admitir todo lo que presagiaba aquel momento.

—¿Debería, señor? —pregunté.

—Sí, Hiram —dijo mi padre—. Creo que deberías.

—Entonces, sí, señor —dije—. Así lo haré.

Y así empezaron las lecciones —lectura, aritmética y algo de oratoria—, y con ellas floreció mi mundo, la memoria hambrienta se me llenó de imágenes y ahora también de palabras, que resultaron ser mucho más de lo que yo había creído hasta entonces, palabras provistas de su propia forma, ritmo y color, palabras que eran imágenes en sí mismas. Nos juntábamos tres veces por semana durante una hora, que siempre venía después de la hora de Maynard, y aunque yo me daba cuenta de que hacía lo que podía para que no se le viera, siempre notaba el alivio en la mirada del señor Fields cuando se marchaba Maynard y entraba yo. Ese momento no solo me producía orgullo, sino también una burla silenciosa: yo era mejor que mi hermano, me habían dado mucho menos pero estaba hecho de mucho más.

Maynard era torpe. Iba todo el tiempo con los ojos entrecerrados, como si nunca supiera qué hacer a continuación. Era descuidado y maleducado. Mi padre tenía invitados para el té y a él solo se le ocurría entrar como si nada y soltar lo primero que le pasara por la cabeza. Le encantaba bromear, y ese era su lado bueno; pero incluso esa cualidad lo llevaba a contarles chistes groseros a las jóvenes hijas de la Alta Cuna. A la hora de la cena estiraba el brazo por encima de la mesa para coger panecillos y hablaba con la boca llena de comida.

No me cabía duda de que mi padre veía las cosas igual que yo, y me preguntaba cómo de frustrante debía de resultar ver que lo mejor de ti emergía así, donde no te lo esperabas; ciertamente en el sitio donde tu vida entera dependía de que no apareciera.

Intenté acordarme de la Calle y de la advertencia de Thena: *No son tu familia*. Pero viendo la hacienda como la veía ahora —las amplias colinas verdes en verano, el estallido rojo y dorado de los bosques en otoño y la nieve que lo espolvoreaba todo en invierno —, y viendo, gracias al hecho de vivir justo debajo, la mansión Lockless, las grandes columnas del soportal, el sol poniente que se proyectaba a través del montante de abanico, viendo los pasillos serpenteantes, y viendo los majestuosos retratos de mi abuelo y mi

abuela, viendo mis ojos en los suyos, empecé, en mis momentos de recogimiento, a imaginarme a mí mismo entre sus filas. Y a eso se le sumaba mi padre, que me cogía a solas y me contaba que su linaje se remontaba a través de su padre, John Walker, hasta el fundador, Archibald Walker, que había llegado allí a pie con una mula, dos caballos, su esposa, Judith, dos chicos de corta edad y diez sirvientes. Me contaba aquellas historias como si en aquellos apartes me estuviera entregando una porción simbólica de mi herencia. Y jamás las olvidé.

Había veladas en las que, tras terminar de servir, deambulaba hasta el extremo oriental de la propiedad, más allá de los campos de bohordillos y de tréboles, y me plantaba con reverencia frente al monumento de piedra que marcaba el lugar donde se habían desbrozado las primeras parcelas que se convertirían en Lockless. Y cuando mi padre me contaba aquellas historias, que a su vez le había contado su abuelo, cuyos protagonistas ahuyentaban a pumas, cazaban osos con un cuchillo de monte, derribaban árboles enormes, cargaban rocas, desviaban arroyos y levantaban con sus propias manos la hacienda que yo ahora contemplaba, ¿cómo podía yo no querer reclamar aquello, el valor y el ingenio y toda la gloria que había construido con sus fuertes brazos, como mi herencia?

Pero al mismo tiempo, junto con todas aquellas imágenes, empezó a hacerse manifiesta la realidad de Lockless. Estaban, por supuesto, las historias de Pete y Ella, sus invocaciones de Natchez y de Baton Rouge. Estaban las tragedias de Big John y de mi madre. Y a todo esto empecé ahora a añadir mis propias lecturas erráticas, cuando me dejaban a solas en el despacho de mi padre, de la *De Bow's Review*, que no paraba de machacar con la caída del precio del tabaco, y por fin las conversaciones de la misma Alta Cuna. Era el tabaco lo que constituía la riqueza de Lockless, y ciertamente la riqueza del condado de Elm. Y cada año que disminuían las ganancias del tabaco, la herencia de aquellas grandes familias de Virginia se restringía también. Ya había pasado la época de las hojas de tabaco grandes como orejas de elefante, por lo menos en el condado de Elm, donde las cosechas sucesivas habían terminado

agotando la tierra. Pero en el oeste, más allá del valle y de las montañas, a orillas del Misisipi, en la zona de Natchez, había tierra necesitada de mejoras, necesitada de amos que la supervisaran y de hombres que araran y cosecharan, hombres como los que había en los campos cada vez más menguados de Lockless.

—Hubo un tiempo en que les avergonzaba vender a un hombre —oí que decía una vez Pete mientras yo trabajaba en la cocina.

—Es más fácil sentir vergüenza cuando tienes la cosecha en el almacén —le contestó Ella—. Prueba a sentirla cuando estás malviviendo de un trozo de tierra.

Fue lo último que le oí decir a Ella. Al cabo de una semana ya no estaba.

Mi forma juvenil de entender todo esto era singular y se basaba en la idea de que lo que realmente había condenado a Lockless no era la tierra, sino los hombres que la gestionaban. Empecé a ver a Maynard como un ejemplo escandaloso de la clase a la que pertenecía. Los envidiaba. Y me horrorizaban.

A medida que iba conociendo la casa y empezaba a leer y a ver más cosas de la Alta Cuna, comprendí que, igual que los campos y sus trabajadores eran el motor de todo, la mansión en sí habría estado perdida sin quienes servían en ella. Mi padre, como todos los amos, había construido todo un artificio para camuflar esta debilidad, para esconder lo abatidos que estaban en realidad. El túnel por donde yo había entrado por primera vez en la casa era la única entrada que se nos permitía usar a los Sirvientes, y esto no pretendía únicamente exaltar a los amos, sino también escondernos a nosotros, porque el túnel no era más que uno de los muchos prodigios de ingeniería incorporados a Lockless para dar la impresión de que el lugar estaba alimentado por una energía invisible. Había montacargas que hacían aparecer de la nada las suntuosas cenas, palancas que parecían traer por arte de magia la botella correcta de vino, que había permanecido hasta entonces oculta en las entrañas de la mansión, catres en los dormitorios, recogidos debajo de las camas con dosel, porque quienes se encargaban de vaciar los orinales tenían que estar todavía más

escondidos que los orinales mismos. La pared mágica que se había corrido a un lado en mi primer día y había desvelado el mundo resplandeciente de la casa también escondía la escalera que descendía hasta los Túneles, la sala de máquinas de Lockless, adonde nunca iba ningún invitado. Y cuando aparecíamos en las zonas pulidas de la casa, como hacíamos en las veladas sociales, se nos hacía aparecer con una indumentaria tan elegante y tan acicalados que podía dar la impresión de que en vez de esclavos éramos ornamentos místicos, parte del encanto de la mansión. Pero ahora yo conocía la verdad, que era que la estupidez de Maynard, aunque más profana, no era original. Los amos no sabían hervir agua, ensillar un caballo ni ponerse las ligas de la ropa interior sin nosotros. Éramos mejores que ellos, teníamos que serlo. Para nosotros, la pereza representaba la muerte, mientras que para ellos era su única ambición en la vida.

Se me ocurrió entonces que ni siquiera mi inteligencia era excepcional, porque no se podía posar la mirada en ninguna parte de Lockless sin ver la genialidad de sus artífices: genialidad en las manos que habían tallado las columnas del soportal, genialidad en las canciones que evocaban, incluso en los blancos, los placeres y penas más grandes, genialidad en los hombres que hacían gemir y trinar las cuerdas del violín en los bailes, genialidad en el surtido de sabores que se servía desde las cocinas, genialidad en todos aquellos a quienes habíamos perdido, genialidad en Big John. Genialidad en mi madre.

Me imaginaba que quizá algún día se reconocerían también mis cualidades, y que quizá algún día a mí, que entendía el funcionamiento de la casa, el funcionamiento del campo y la magnitud del mundo de más allá, se me nombraría el heredero verdadero, *el heredero legítimo*, de Lockless. Gracias a mi amplio conocimiento haría florecer de nuevo los campos, y de esa forma nos salvaría a todos de las subastas y de las separaciones, del descenso a las tinieblas de Natchez, que era el ataúd, y que yo sabía que era lo único que nos esperaba bajo el gobierno de Maynard.

Un día subí la escalera de atrás que llevaba al estudio para hacer mi clase con el señor Fields; estaba emocionado porque acabábamos de empezar a estudiar astronomía y cartas celestes, empezando por la Osa Menor, y el tutor me había prometido más en nuestra siguiente sesión. Cuando llegué al estudio, sin embargo, no me encontré allí al señor Fields, sino a mi padre, sentado a solas.

—Hiram —me dijo—. Ha llegado la hora.

Al oír aquellas palabras me sobrevino un miedo mortal. Ya llevaba un año estudiando con el señor Fields. Se me ocurrió que quizá aquello solo hubiera sido el engorde, y que a fin de cuentas iba a compartir el destino de Ella. Quizá de alguna manera me habían leído el pensamiento o me habían visto en la mirada mi sueño neblinoso de usurpación. Quizá habían hecho los mismos cálculos y se habían dado cuenta de que mi educación solo podía terminar en un golpe de estado.

—Sí, señor —contesté sin tener ni idea de qué hora había llegado. Rechiné los dientes con la boca cerrada, intentando esconder el miedo que ahora me subía de la tripa en forma de latidos.

—Cuando te vi en el campo y luego reparé en tus trucos de salón, supe que había algo en ti, chico, algo que no podía ver el resto de la gente de ahí abajo. Tenías un talento particular, y me pareció que podía resultar útil, porque no vivimos tiempos prósperos y aquí en la casa necesitamos todo el talento que podamos conseguir.

Lo miré con cara inexpresiva, ocultando mi confusión. Me limité a asentir con la cabeza y a esperar que todo se aclarara frente a mí.

—Es hora de que te hagas cargo de Maynard. No voy a estar siempre aquí, y va a necesitar un buen criado; alguien como tú, que sepa algo de los campos, algo de la casa y hasta algo del mundo de fuera. Te he estado observando, chico, y si algo sé es que nunca olvidas nada. A mi Hiram le dices algo una vez y ya se le queda para siempre. No hay mucha gente como tú, no hay

mucha gente con esas cualidades.

Y ahora me miró y le resplandecieron un poco los ojos.

—La mayoría de la gente de por aquí cogería a un chaval como tú y lo pondría a subasta. Y se sacarían una fortuna, ya sabes. No hay nada más valioso que un negro con la cabeza bien amueblada. Pero yo no soy así. Creo en Lockless. Creo en el condado de Elm. Creo en Virginia. Tenemos el deber de salvar esta región: la región que tu bisabuelo le robó al monte no volverá al monte. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor —le dije.

—Es nuestro deber. El de todos, Hiram. Y empieza aquí. Te necesito, chico. Maynard te necesita a su lado y tú tendrás el gran honor de estar ahí.

—Gracias, señor.

—Muy bien —me dijo—. Empezaremos mañana.

Y así fue como mis lecciones tocaron a su fin a la vez que se revelaba su propósito. Me habían asignado a Maynard, para ser su criado personal durante los siguientes siete años de mi vida. Ahora puede parecer extraño, pero por entonces no fui inmediatamente consciente de lo insultante de mi situación. Fui cayendo en la cuenta de forma gradual e inexorable a lo largo de los años, mientras veía a Maynard en acción. Y había muchísimo en juego: las vidas de todos aquellos a quienes yo había dejado en la Calle, e incluso de los que estábamos en aquel palacio resplandeciente que se hundía; todo dependía de que Maynard madurara hasta convertirse en un administrador competente, por injusto que fuera el edificio entero. Pero Maynard no era ese hombre.

Todo se me hizo evidente de golpe la noche antes del fatídico día en las carreras. Yo tenía diecinueve años. Estaba en el estudio de mi padre en la segunda planta de la casa, acababa de clasificar su correspondencia en las casillas del secreter de caoba y bajo los brazos de plata de la lámpara de aceite me vi transportado por el último número de la *De Bow's Review*. Me deslumbró la presentación que hacía aquel volumen de las tierras de Oregón,

una región que yo conocía por los mapas que había colgados inanemente por la casa, pero que ahora cobró vida para mí gracias a aquellas páginas como una especie de paraíso, una tierra lo bastante rica como para albergar a muchas Virginias, una tierra de colinas, valles y bosques, abarrotada de caza y de una tierra negra tan fértil que casi se levantaba sola del suelo.

Todavía recuerdo las palabras que más me elevaron: «Es aquí donde ha de estar la sede de la libertad, la prosperidad y la riqueza». Me puse de pie. Cerré el volumen. Caminé de un lado a otro. Miré por la ventana, contemplé el otro lado del río Goose y vi las Tres Colinas al sur, elevándose como gigantes negros en la lejanía. Me giré y pasé unos minutos mirando un grabado que había en la pared. Un Cupido encadenado y una Afrodita riendo.

Y luego pensé en Maynard, mi hermano. El pelo rubio se le había convertido en una melena rebelde. Su barba era un mosaico de pelusa discontinua. Ni siquiera la hombría le había traído el instinto social ni la elegancia. Jugaba y bebía en exceso, porque podía. Se peleaba en la calle, porque, por mucho que lo vapulearan, nunca lo podrían sacar de su trono. Perdía fortunas en los brazos de señoritas de compañía, porque el trabajo de los Sirvientes —y a veces su venta— siempre cubría lo que perdía. Las conversaciones de los parientes que todavía quedaban en Elm a menudo terminaban girando en torno al destino de Lockless, y cuando Maynard no estaba presente yo los oía maldecir su nombre y plantearse toda clase de planes para encontrar a otro heredero que administrara el patrimonio familiar. Pero la realidad era que ya no quedaban herederos, porque cuando aquellos primos buscaban en el linaje de los Walker, se encontraban con que todo el mundo de la generación de Maynard se había marchado adonde la tierra fuera rica y floreciera. Virginia era vieja. Virginia era el pasado. Virginia era donde la tierra estaba muriendo y el tabaco menguando. Así pues, sin un heredero adecuado, los amos de la familia Walker miraban a Lockless con preocupación.

Mi padre tenía sus propios planes: encontrarle a Maynard una mujer apropiada y con talento, y de esa manera implicar a otra familia en la lucha por salvar Lockless. Y por increíble que parezca,

la encontró en Corrine Quinn, que por entonces quizá fuera la mujer más rica de todo el condado de Elm tras heredar una fortuna de sus difuntos padres. Entre los Sirvientes corrían rumores acerca de la naturaleza de aquella herencia y de la forma en que habían muerto los padres de Corrine Quinn. Pero entre la Alta Cuna se la consideraba superior a Maynard en todos los sentidos. Y necesitaba un marido, porque en Virginia se seguía funcionando con el código de los caballeros, lo cual quería decir que seguía habiendo cosas que le estaban vedadas a una mujer, sitios a los que no podía ir, tratos de los que no podía formar parte. De manera que aquellos dos se necesitaban el uno al otro: Maynard necesitaba una mujer inteligente que salvara sus tierras y su patrimonio, y Corrine necesitaba un caballero que representara sus intereses.

Aquella noche salí del estudio, inquieto y agitado, y deambulé por la casa hasta encontrarme en el umbral del salón, desde donde podía ver el resplandor de la chimenea y oír la conversación entre Maynard y mi padre. Estaban hablando de Edwin Cox, patriarca de una de las familias más antiguas y afamadas de la región. El invierno pasado, Edwin Cox se había alejado de su casa y se había visto atrapado por un enorme temporal de nieve que aquella misma mañana había cruzado las montañas y había cubierto el condado entero. Se había perdido y lo habían encontrado al día siguiente, congelado, a pocos metros de la mansión de sus ancestros. Permanecí un momento al otro lado de la puerta del salón, escuchando.

—Dicen que salió a ver cómo estaba su caballo —expuso mi padre—. Estaba loco por aquel condenado caballo, pero en cuanto salió a la intemperie, ya no pudo distinguir el establo del ahumadero. Yo salí al porche aquel mismo día, y aquel viento, por Dios, te aseguro que si extendía el brazo no podía verme la mano.

—¿Por qué no mandó a su criado? —preguntó Maynard.

—Los había liberado a casi todos el verano anterior. Se los llevó a Baltimore, donde tenía parientes, y los dejó allí a su suerte. Pobres desgraciados. No creo que duraran ni una semana.

En aquel momento, Maynard me vio al otro lado de la puerta.

—¿Qué haces ahí fuera, Hi? —me dijo—. Ven a avivar el

fuego.

Entré y miré a mi padre, que me contempló como me contemplaba a menudo en aquellos días, es decir, como si estuviera indeciso entre dos ideas y no supiera por cuál de las dos decantarse. Había adoptado una sonrisa particular para mí; una media sonrisa congelada en un rictus macabro. Dudo que tuviera intención de hacerla así de siniestra. No creo que pensara mucho en la cuestión. Howell Walker no era un hombre dado a la reflexión, por mucho que pudiera creer que debía serlo, siendo como era miembro de una generación que había adoptado como modelos a los académicos revolucionarios de la era de sus abuelos: Franklin, Adams, Jefferson y Madison. Por toda la mansión Lockless había instrumentos de ciencia y descubrimiento: grandes mapas del mundo, generadores electrostáticos y aquella biblioteca que tan a menudo había sido mi hogar. Pero casi nunca se hacía referencia a los mapas, los artefactos se usaban principalmente como trucos de salón y si los volúmenes estaban más desgastados era por mi mano. Las lecturas de mi padre se restringían a los asuntos útiles: la *De Bow's Review*, el *Christian Intelligencer* y el *Register*. Para él, los libros eran pura fachada, signos de pedigrí y de estatus, que lo distinguían de los blancos de baja estofa del condado, con sus casuchas con el suelo de tierra y sus haciendas irrisorias de maíz y trigo. Pero ¿qué significaba encontrarme a mí, a un esclavo, soñando entre aquellos libros?

Mi padre había tenido su familia a una edad más avanzada de lo habitual. Ya había cumplido setenta años y estaba perdiendo vigor. Sus ojos azules, siempre intensos y penetrantes, estaban asediados por las ojeras que tenía debajo y las patas de gallo que se extendían a los lados. Siempre hay muchas cosas en los ojos —el destello de la cólera, la calidez del placer, la acumulación de la tristeza—, pero mi padre lo había perdido todo. Supongo que en sus tiempos había sido apuesto. O quizá solo me gustara imaginármelo así. Pero lo que recuerdo de aquel día, junto con aquellos ojos perdidos, son las líneas de preocupación que se le habían marcado en la cara, el pelo desaliñado y echado hacia atrás, la barba alborotada y encrespada. Todavía llevaba la indumentaria

señorial de un caballero de la Alta Cuna, las medias de seda, las muchas capas: la camisa, el chaleco de colores vivos, la levita negra. Pero era el último de su especie y tenía la extinción escrita en todas partes.

—Mañana hay carreras, papá —dijo Maynard—. Esta vez les voy a dar una lección. Voy a apostar una montaña de dinero a ese caballo, Diamond, y me lo voy a traer todo a casa.

—No tienes que darles ninguna lección, May —dijo mi padre —. Esos tipos no importan. Lo único que importa de verdad está aquí.

—Ya lo creo que sí —dijo Maynard, estallando de rabia—. Ese tipo me echó del club de equitación y luego me sacó una pistola. Se van a enterar. Voy a ir en esa calesa Millennium nueva y recordarles...

—Quizá no deberías. Quizá deberías evitar todo eso.

—Voy a ir. Y al infierno con ellos. Alguien tiene que defender el apellido Walker.

Mi padre se volvió hacia el fuego con un suspiro apenas perceptible.

—Ya lo verás —dijo Maynard—. Creo que mañana va a ser un gran día.

A través de las sombras vi que mi padre, agotado por las necesidades de su primogénito, me dedicaba una mirada angustiada con el rabillo del ojo y después se tiraba de la barba, un gesto que entendí perfectamente. *Protege a tu hermano*, me estaba diciendo, y lo entendí porque llevaba media vida viéndolo.

—Más me vale empezar a prepararme para mañana —dijo Maynard—. Hi, ve a ver cómo están los caballos.

Bajé la escalera que llevaba a los Túneles y salí al túnel principal. Pasé revista a los caballos y regresé a la casa por el mismo camino por donde había ido. Maynard ya no estaba, pero vi que mi padre seguía sentado frente al fuego. Era su costumbre, a veces, quedarse dormido allí hasta que Roscoe venía a despertarlo y lo preparaba para acostarlo en la cama. Me acerqué para echar otro leño al fuego.

—Deja que se apague, Hiram —me dijo mi padre—. Ya casi

he terminado aquí.

—Sí, señor —dije—. ¿Quiere que le traiga algo?

—No —respondió.

Le pregunté si Roscoe todavía le estaba atendiendo.

—No. Le he dejado que se fuera temprano —me dijo.

Roscoe tenía dos hijos jóvenes que vivían a diez millas al oeste de la casa, y siempre que podía se iba a verlos. A veces, si mi padre estaba de humor, liberaba a Roscoe temprano de sus obligaciones para que pudiera pasar unas horas de más con ellos.

—¿Por qué no te sientas un momento conmigo? —dijo mi padre.

Era inusual hacerle una petición así a un Sirviente, pero no lo era tanto entre nosotros, en los momentos en que estábamos solos, y parecía que cada día había más momentos así. En el último año había vendido a la mitad del personal de cocina. La herrería y el taller de carpintería se habían quedado vacíos. Carl, Emmanuel, Theseus, todos los hombres que habían servido allí habían sido mandados a Natchez. El almacén de hielo llevaba dos años en desuso. Una sola doncella, Ida, se ocupaba de la casa entera, lo cual significaba que el orden que yo recordaba de mi infancia ya no existía, y, además de eso, que ya no estaban la cálida sonrisa de Beth ni la risa de Leah ni los ojos tristes y vacíos de Eva. En la cocina había una chica nueva, Lucille, que parecía completamente perdida, y por tanto sufría a menudo las iras de Maynard. Lockless había empezado a parecer un lugar gris y desolado, y no solo Lockless, sino también el resto de las mansiones del margen del Goose, ya despojadas de su vigor a medida que el corazón del país se desplazaba hacia el oeste.

Tomé asiento, el mismo que había abandonado Maynard, y mi padre se pasó un rato largo sin decir nada. Se limitó a contemplar el fuego, que se estaba apagando, de manera que lo único que yo podía ver ahora era una huella amarilla cada vez más pequeña en su cara.

—Vas a cuidar de tu hermano, ¿verdad? —me dijo.

—Sí, señor —repuse.

—Bien —dijo él—. Bien.

E hizo una breve pausa antes de hablar otra vez.

—Hiram, sé que no se me ha permitido darte mucho —me dijo—. Pero creo que, con lo que se me ha permitido darte, he dejado claro que te tengo en muy alta estima. No es justo, lo sé, nada de esto es justo. Pero me ha caído la condena de vivir en esta época en que he de ver cómo se llevan a mi gente al otro lado del puente y a Dios sabe dónde.

Hizo otra pausa y negó con la cabeza. Por fin se puso de pie y caminó hasta la repisa de la chimenea para encender el quinqué, de forma que los retratos del salón y los bustos de marfil de nuestros ancestros quedaron iluminados entre sombras parpadeantes.

—Soy viejo —siguió diciendo—. No me puedo reinventar para este mundo nuevo. Moriré con esta Virginia, y estos tiempos difíciles recaerán en Maynard, lo cual quiere decir que recaerán en ti. Tienes que salvarlo, hijo. Tienes que protegerlo. Y no te hablo solo de mañana en las carreras. Se avecinan muchas cosas, se avecinan muchos problemas para todos nosotros, y Maynard, a quien quiero más que a nada en el mundo, no está listo. Cuida de él, hijo. Cuida de mi muchacho.

Hizo una pausa y me miró fijamente.

—Cuida de tu hermano, ¿me oyes?

—Sí, señor —le dije.

Y nos quedamos allí sentados durante quizá otra media hora, hasta que mi padre anunció que se retiraba a sus aposentos. Me marché y bajé a los Túneles, a mi habitación. Me senté en el borde de la cama y me acordé del día en que mi padre me había hecho subir de los campos, del día en que me había sonreído y me había arrojado la moneda. Mi vida entera provenía de aquella decisión. Eso me impedía ver lo peor de nuestra situación. Casi cualquier sirviente de Lockless habría cambiado su vida por la mía. Pero estar tan cerca de ellos representaba una carga, la carga sobre la que había intentado advertirme Thena, y no solo eso, sino también la carga aplastante de ver cómo vivía en realidad la Alta Cuna, con todo su lujo, y cuánto nos costaba ese lujo a nosotros.

Aquella noche soñé que volvía a estar en los campos de tabaco, en compañía de los Sirvientes, y que estábamos todos unidos por una cadena, y que esa cadena permanecía unida a otra cadena más larga, y que al final de ella estaba Maynard, distraído y perdido en sus pensamientos, sin apenas darse cuenta de que nos tenía a todos cogidos en la palma de la mano. Y luego miré a mi alrededor y vi que éramos todos viejos, yo incluido, y al mirar atrás descubrí a Maynard ya no como el joven al que yo conocía, sino como un bebé gateando por un campo de césped de bolos, y luego vi que los Sirvientes iban desapareciendo lentamente ante mis ojos, que sus caras y cuerpos familiares se desvanecían uno a uno, hasta quedar solo yo, un viejo unido por una cadena a un bebé. Luego todo desapareció: las cadenas, Maynard y el campo entero, y me vi envuelto en la negrura de la noche. A continuación brotaron a mi alrededor las ramas negras de un bosque y me encontré solo, y atemorizado y perdido, hasta que al levantar la vista vi una franja de luna, y luego los cielos surgieron de golpe de la negrura, y pude distinguir entre ellos la Osa Menor, aquella osa mística que escondía a los antiguos dioses. Yo lo sabía porque en nuestro último día de clase el señor Fields me había enseñado una carta celeste. Y cuando miré la cola de la osa, vi algo distinto: la marca de mis días por venir, envuelta en un azul brillante pero fantasmal, y la marca era la Estrella Polar.

4

Me desperté de aquel sueño agitado y temblando. Me incorporé para sentarme en la cama un momento y luego me acosté de nuevo, pero no pude volver a dormir. Cogí del rincón mi jarra de piedra y salí del túnel a la oscuridad matinal para caminar hasta el pozo. Icé el cubo del agua, llené la jarra y volví caminando por entre el frío aire otoñal hasta los Túneles.

Volví a acordarme del sueño. Era posible que algún día mi familia se contara entre aquellas otras almas encadenadas conmigo que iban desapareciendo, todas esclavas de las manos disolutas de Maynard, que podía tirar de ellos hacia un lado y otro o bien soltarlos cuando le placiera. Aquella idea me angustiaba. Yo tenía esa edad en que lo natural es buscarse una mujer, pero para entonces ya había visto a muchas mujeres sirvientes prometidas a hombres sirvientes y luego había visto cómo se mantenían aquellas «promesas». Me acuerdo de cómo se abrazaban aquellas parejas jóvenes todas las mañanas antes de partir rumbo a sus respectivas servidumbres, de cómo se cogían de la mano por las noches, sentados en los escalones de entrada de sus barracones, de cómo peleaban y sacaban cuchillos y se mataban entre ellos antes que estar el uno sin el otro, se mataban entre ellos porque ir a Natchez era peor que la muerte, era la muerte en vida, la agonía de saber que en alguna parte de la enormidad de Norteamérica a la persona a la que más amabas la habían apartado de ti, y que nunca más os ibais a encontrar en este mundo de sometimiento y miseria. Aquel era el amor que tenían los Sirvientes, y era aquel amor lo que todavía ocupaba mis pensamientos cuando me llegó la hora de ocuparme de Maynard: la realidad de aquellas familias que se formaban en la sombra y a toda prisa para desintegrarse después con el simple gesto de una mano blanca.

Ahora, tras salir de mi habitación y adentrarme en los Túneles, pasé frente a la puerta de Sophia, que estaba abierta, de forma que la pude ver allí tejiendo a la luz del quinqué. Y cuando me detuve frente a la puerta, la vi de perfil: la nariz pequeña, el suave saliente de la boca, los bucles de pelo que le asomaban de debajo de la tela que le envolvía la cabeza. Estaba sentada en un taburete, con la espalda igual de recta que una pared de piedra, la luz del quinqué proyectando su sombra en el pasillo de fuera, los largos brazos de araña entrecruzando dos agujas una y otra vez, convirtiendo la lana en algo que todavía no tenía forma discernible.

—¿Vienes a despedirte? —me preguntó.

Aquello me sobresaltó un poco, porque no se había girado, sino que seguía teniendo la vista clavada en aquella cosa inescrutable que tenía suspendida entre las dos agujas. Murmuré algo incoherente y confuso. Al oírlo se giró y vi que se le iluminaban aquellos ojos caídos y que se le formaba una sonrisa cálida en la suave boca. Sophia destacaba entre los Sirvientes porque no parecía tener ninguna tarea asignada. Le encantaba tejer y a menudo se la veía caminar por los jardines y los huertos, manejando sus agujas, de manera que se podía interpretar que su único trabajo era tejer. Pero todo Lockless sabía la verdad. Pertenecía a mi tío, el hermano de mi padre, Nathaniel Walker. A nadie le hacía falta adivinar la naturaleza de aquel «arreglo». Pero por si me había quedado alguna duda, esta se disipó rápidamente cuando recibí la tarea de llevarla todos los fines de semana en carruaje hasta la propiedad de Nathaniel y después recogerla.

Aquel «arreglo» no era nada inusual, y ciertamente era tradición entre los caballeros de la Alta Cuna. Pero una parte de Nathaniel se rebelaba contra el concubinato, por mucho que lo practicara. E igual que los montacargas y los pasadizos secretos que la Alta Cuna empleaba para enmascarar su robo, Nathaniel también usaba subterfugios para coger como si no cogiera y para disfrazar aquel asalto de caridad. De forma que tenía a Sophia viviendo allí abajo, en los Túneles de la plantación de su hermano. Insistía en que se vistiera como una dama de la Alta Cuna cuando

lo visitaba, pero prefería que usara el camino de atrás de su hacienda para entrar. Se mantenía al corriente de quién la visitaba y hacía saber entre la comunidad de los Túneles que la tenía vigilada, a fin de mantener a raya a los hombres del servicio, o a todos, al parecer, salvo a mí.

—¿Has venido a despedirte, Hiram? —repitió.

—No, hum, más bien a darte los buenos días —dije, recuperándome.

—Ah, bueno, pues buenos días, Hi —me dijo. Y me dio la espalda para volver a tejer—. Perdóname, supongo que me he hecho un lío —siguió diciendo—. Resulta que estaba pensando en ti ahora mismo, justo antes de que pasaras. Estaba pensando en ti y en el señorito y en el día de las carreras. Estaba pensando en cómo me alegraba de no tener que ir con vosotros, y en mis pensamientos tenía una conversación entera contigo y era como si estuvieras aquí. Así que, cuando te he visto en la puerta, me ha parecido que estábamos terminando de hablar.

—Ajá —dije. Apenas me sentía capaz de formar palabras. Me daba miedo lo que pudiera decir. Me acordaba del sueño de la noche anterior; aquel sueño en que nos hacíamos viejos mientras Maynard seguía siendo joven y sosteniendo la cadena que nos unía a todos.

Ella soltó aire vigorosamente, como si estuviera frustrada consigo misma, y dijo:

—No me hagas caso.

Levantó la vista para mirarme otra vez y puso cara de darse cuenta de algo.

—Muy bien —dijo—, ya estoy de vuelta aquí. ¿Cómo estás, Hi?

—Estoy bien —dije—. Todo lo bien que se puede esperar. He pasado una mala noche.

—¿Quieres hablar? —me preguntó ella—. Siéntate un rato. Dios sabe que siempre estoy hablando contigo, contándote mis historias y mis observaciones sobre el mundo.

—No —le dije—. Tengo que ir con el señorito. Estoy bien.

—Pues no se te ve bien —me dijo.

—Se me ve normal —repuse.

—¿Y cómo lo sabes? —me preguntó, y se rio.

—No te preocupes por cómo lo sé —le dije, devolviéndole su risa—. ¿Por qué no te preocupas por cómo se te ve a ti?

—¿Y cómo se me ve esta mañana?

Salí de vuelta al pasillo, alejándome de la puerta, y le dije:

—No muy mal. No muy mal, si se me permite decirlo.

—Gracias —dijo ella—. Bueno, como no estás de humor para conversar, lo único que te quiero decir es que tengas un buen sábado. Y no dejes que te agobie el señorito.

Asentí con la cabeza y enfilé aquella escalera trasera de secretos ignominiosos que llevaba a aquella casa de opresión. Y con cada escalón que subía sentí que se asentaba en mí la lógica terrible de la Servidumbre, de mi Servidumbre. No era el simple hecho de que nunca fuera a heredar ni un palmo de Lockless. Y tampoco era el mero hecho de saber que nunca cosecharía los frutos de mi esfuerzo. Era también la conciencia de que iba a tener que guardarme mis deseos naturales para siempre, de que debería vivir con miedo a aquellos deseos, lo cual significaba que iba a tener que vivir necesariamente con más miedo a mí mismo que a la Alta Cuna.

Salimos ya entrada la mañana con la calesa Millennium y tomamos la carretera principal de la hacienda, dejando atrás los huertos de frutales, el taller y los campos de trigo, hasta salir de Lockless y coger West Road, que pasaba por entre lo que quedaba de las antiguas haciendas, Altbrook, Lowridge, Belleview, nombres que por entonces seguían resonando en Virginia pero que ahora, en esta era eléctrica de telegrafía y ascensores, ya no son más que polvo en el viento. Maynard iba hablando todo el tiempo, lo cual no era nada nuevo, simplemente se limitaba a repetir su discurso habitual de a quién le iba a dar una lección y cómo. Lo estuve escuchando un rato y después simplemente le dejé que siguiera hablando mientras me perdía en mis propios pensamientos.

Y luego cruzamos el puente y doblamos rumbo a Starfall, y

hacía un día fresco y hermoso de noviembre, de manera que se podía mirar al oeste y ver los colores otoñales de los árboles, aquellas manchas de color amarillo y naranja que florecían en las montañas. Atamos el caballo y la calesa y continuamos a pie hasta Market Street, donde nos recibió todo un desfile de esplendor virginiano. Estaban todos allí, la Alta Cuna, con sus máscaras y su ropa fastuosa, las damas con las caras empolvadas, los guantes blancos y los pañuelos de seda, los pechos henchidos y los parasoles sostenidos por chicas de color a fin de preservar el tinte de marfil de la piel. Los hombres parecían todos uniformados: levitas negras ceñidas en la cintura, pantalones grises, cuellos altos de crin tejida, sombreros de copa alta, bastones y botas altas de piel de becerro. Como siempre, la porción mayor del glamur se la cedían a sus mujeres, amarradas dentro de corsés y corpiños que las obligaban a caminar despacio, midiendo todos sus movimientos. Pero también había una danza en su forma de moverse, con los cuellos estirados y las caderas bamboleantes. Yo sabía que llevaban toda la vida aprendiendo a caminar así, siguiendo órdenes de sus institutrices y sus madres, porque nunca era el atuendo lo que hacía a la Alta Cuna, sino la forma en que la dama lo llevaba. Los norteños de Nuevo Hampshire, los pioneros de Paducah y Natchez y los blancos de baja estofa de Elm, todos caminaban con ellos, pero parecían más observadores que participantes, mientras aquel desfile de los hermosos y los divinos marchaba por la avenida principal de nuestro Starfall, con aspecto de no ir a morir nunca, como si Virginia no fuera a morir nunca, y aquel imperio de tabaco y cuerpos fuera a seguir resplandeciendo como una antigua ciudad en la colina, obligando al mundo entero a preguntarse por qué no vivía también en el esplendor eterno de aquellas antiguas familias del condado de Elm.

Reconocí a muchos e incluso me acordé de algunos a quienes no había conocido nunca, me acordé por alguno de sus comentarios o acciones. Y también había otros a quienes conocía muy bien, como mi antiguo tutor, el señor Fields, a quien avisté caminando a solas en mitad del desfile. Parecía estar examinando a la multitud, y al verme me ofreció una sonrisa tenue y fina y se

llevó la mano al ala del sombrero. Llevaba sin verlo desde nuestra última lección de hacía años, aunque ahora sé que el punto en que habíamos terminado, en la cola de la Osa Menor, había sido una señal en sí mismo. Miré a ver si Maynard había visto al señor Fields, pero mi hermano estaba hipnotizado por el glamur, con unos ojos como platos y una sonrisa dentuda que se le extendía por la cara. Maynard no era como ellos, y recuerdo que sentí vergüenza por mi parte de culpa en aquello. Aquella mañana había hecho lo que había podido por él, enfundándolo en sus mejores galas, pero entre sus proporciones y su costumbre de tirarse del chaleco y del cuello alto, no había conjunto que le quedara bien. Aun así, estaba encantado de encontrarse allí. Se había pasado todo el año atormentado por sus humillaciones, pero ahora confiaba en que lo volvieran a admitir en el redil gracias a sus méritos en la arena deportiva. Aquella era *su* gente, suya por derecho de sangre, de manera que allí estaba ahora, delante de aquel desfile, aunque sin capacidad para encontrar su sitio en él. Se volvió a tirar del cuello alto de la camisa, se rio estrepitosamente y se adentró en el lento desfile de la Alta Cuna, todos rumbo a las carreras.

Maynard divisó a Adeline Jones, a quien había cortejado en el pasado, en la medida en que Maynard era capaz de cortejar a alguien. Yo sabía que Adeline se había marchado del condado de Elm, que se había marchado de Virginia, con un abogado del norte. Pero las carreras la habían traído de vuelta, supuse, aunque solo fuera para ver los cambios que había experimentado su antiguo hogar. Era una mujer amable, y Maynard siempre había interpretado aquella amabilidad como una invitación a prodigarle sus afectos. De manera que se abrió paso entre la multitud, agitando el sombrero a modo de saludo, y cuando la tuvo cerca le dijo:

—¡Hola, Addie! ¿Cómo estás?

Adeline se giró y saludó a Maynard con una sonrisa nerviosa. Estuvieron hablando unos minutos y por fin echaron a andar otra

vez con el resto del cortejo, Adeline incómoda y Maynard excitado por haberse pegado a alguien. Me puse a seguirlos desde el margen de la avenida, que era como todos los sirvientes seguían a la gente a su cargo, contemplando de lejos cómo Maynard se iba emocionando cada vez más con la conversación y cómo la tolerancia de Adeline se veía puesta a prueba. Pero mantenía la compostura, tal como enseñaban a hacer a todas las damas de la Alta Cuna. Su error había sido aparecer allí sin un caballero a su lado que la pudiera escudar de la conversación de Maynard, que ahora hablaba tan fuerte que su voz me llegaba por encima del bullicio de la multitud. No paraba de hablar de Lockless, de su prosperidad y sus encantos y de cómo ella se había equivocado al no sucumbir a dichos encantos, y todo esto lo decía en forma de bromas tediosas que a duras penas escondían su fanfarronería, y Adeline se veía obligada a aguantarlo todo con una sonrisa.

En cuanto llegaron al hipódromo, vi que por fin la rescataba un caballero con el que se cruzaron, que le tendió la mano a Maynard y enseguida, evaluando la situación, le hizo gestos a ella para que se alejara. Maynard se detuvo frente a las puertas y levantó la vista hacia las gradas del club de equitación, que ya empezaba a llenarse de abonados; eran las mismas gradas donde antaño él había pontificado, pero de las que al final fue expulsado sin ceremonias. Ahora que ya no estaba Adeline, me acerqué un poco para después hacerme a un lado y observar a Maynard, que se encontraba perdido en un mundo de añoranza dolorosa, de carreras pasadas en las que sí había sido bienvenido o por lo menos tolerado, entre los caballeros del condado. A continuación vi cómo se agravaba la humillación de Maynard cuando su mirada se desplazó de los caballeros al área demarcada para las damas de Virginia, que disponían de un espacio propio para no tener que soportar las apuestas, el habla grosera y los puros de los hombres, y en medio de aquella zona divisé a la prometida de Maynard, Corrine Quinn, cuyo estatus no parecía haberse resentido en absoluto de su relación con él. Y él dejó de sonreír, porque ahora se sentía un calzonazos. Allí estaba su futura esposa, elevada a una posición social superior a la suya.

Contemplé el club femenino con toda la discreción que pude a fin de ver mejor a aquella mujer. Corrine Quinn parecía salida de otra época. Se mantenía por encima de la ostentación del desfile, de aquellos atuendos que, con su enorme extravagancia y con su desafío, daban fe de la agonía de la tierra, de la división de las familias de sirvientes, de la merma del tabaco y de la decadencia que estaba en todas partes. Estaba en las gradas, con vestido de calicó y guantes, hablando con otra de las damas, bajo la mirada rencorosa de Maynard. Luego él negó con la cabeza y se alejó para ocupar su puesto, que no se encontraba entre los caballeros, sino entre la revoltura de los blancos de baja estofa, una clase cuya posición en nuestra sociedad nunca dejaba de asombrarme. Los blancos de clase baja, hombres como nuestro Harlan, eran tolerados en público por la Alta Cuna, pero denostados en privado; sus nombres eran escupidos con desprecio en los banquetes; sus hijos eran objeto de burla en los salones y sus esposas e hijas podían ser seducidas y abandonadas. Eran una nación degradada y pisoteada bajo las botas de la Alta Cuna, a cambio únicamente del derecho a poner a su vez su bota sobre los Sirvientes.

Mi lugar estaba entre la gente de color, algunos Sirvientes y otros libertos, todos sentados sobre la cerca de madera alta hasta la cintura, al lado mismo de los establos, donde otros hombres de color se ocupaban de los caballos, de alimentarlos y cuidar su salud. Conocía a unos cuantos, entre ellos el criado de Corrine, Hawkins, a quien vi ahora sentado en la cerca junto con otros. Lo saludé con la cabeza. Me devolvió el saludo pero sin sonreír. Era algo habitual en Hawkins. Tenía un temperamento algo frío y distante. Siempre hacía gala de esa expresión típica de quien no tolera a los idiotas pero se siente rodeado de ellos. A mí me daba miedo. Había algo duro en él, y solo por sus modales ya me daba cuenta de que había sufrido alguna situación terrible e innombrable de la Servidumbre. Miré en aquella dirección y vi cómo los demás hombres de color de la cerca gritaban y se reían mientras otros seguían trabajando en los establos. Y mientras contemplaba todo aquello en silencio, como era mi costumbre, me maravillé de los lazos que nos unían: de la forma en que

abreviábamos nuestras palabras o a veces incluso hablábamos sin palabras, de los recuerdos que compartíamos de descascarar el maíz, de huracanes, de héroes que no vivían en los libros, sino en nuestras conversaciones, de un mundo entero que nos pertenecía, escondido de ellos; y ya por entonces me daba la sensación de que formar parte de aquel mundo era ser partícipe de un secreto, de un secreto que estaba en ti. Entre nosotros no había Alta Cuna ni Baja Estofa, no había clubes de equitación de los que te pudieran echar, y eso ya era una Norteamérica en sí misma, una grandeza en sí misma; una grandeza que desafiaba a Maynard, a quien le tocaba vivir siempre quejándose de su lugar en aquel orden.

Ya era pasado el mediodía, el cielo seguía despejado y las carreras estaban a punto de empezar. Cuando la primera tanda de caballos echó a galopar, sin embargo, yo ya no los estaba mirando; estaba observando a Maynard, que parecía haberse olvidado de todos los insultos y desaires y estaba riendo y jactándose con los blancos de clase baja, y daba la impresión de que Maynard, muy a su pesar, había encontrado a su gente. O bien su gente lo había encontrado a él. La idea de que un Walker de buena familia se mezclara con ellos también permitía a aquellos blancos de clase baja regodearse en el glamur de la jornada. Y aquella estima se incrementó todavía más cuando llegó la carrera de Maynard y su caballo, Diamond, arrancó a correr entre los demás en medio de una enorme nube negra y marrón, todo hocicos y patas, emergió de la nube claramente en cabeza y mantuvo aquel liderazgo hasta la meta. Maynard estalló. Gritó y abrazó a todos los que lo rodeaban, puso los brazos en alto, señaló en dirección al palco donde estaba el club de equitación y vociferó un comentario altivo y descortés. Y cuando avistó a su Corrine en el palco de señoras, hizo lo mismo. Los hombres del club de equitación permanecieron estoicos, viendo su encantador deporte execrado por aquel palurdo que había nacido entre ellos, y cada una de cuyas victorias degradaba el juego entero.

Al terminarse la última carrera, me reuní con Maynard en Market Street. No lo había visto tan feliz en su corta vida. Me miró con una sonrisa enorme y me dijo:

—Carajo, Hiram, te lo dije, ¿no? Te dije que era mi día.

Asentí con la cabeza y le respondí:

—Lo dijiste.

—Se lo dije —repitió, subiéndose a la calesa—. ¡Se lo dije a todos!

—Así es.

Y luego, recordando la advertencia de mi padre, di media vuelta con el carruaje para salir del pueblo y volver a casa.

—¡No, no! ¿Qué estás haciendo? —me dijo—. ¡Vuelve! Quiero verlos. Se lo dije y no me hicieron caso. ¡Tenemos que hacérselo ver! ¡Tienen que verlo!

De manera que di media vuelta y me dirigí al centro del pueblo, donde la aristocracia local ya se había congregado en las calles para alternar un rato más antes de despedirse. Pero cuando pasamos con la calesa Millennium, en vez de ofrecernos sus muestras de respeto, los hombres y mujeres de la Alta Cuna nos miraron, saludaron con la cabeza sin sonreír y regresaron a sus conversaciones. No sé qué había pretendido exactamente Maynard ni por qué había esperado conseguirlo. No sé qué había en él que le hiciera creer que aquella vez por fin le reconocerían el mérito de su sangre o bien le perdonarían sus impulsos y pataletas. Pero cuando quedó claro que no iba a lograr ninguna satisfacción, gruñó y me ordenó que pusiera rumbo a la otra punta del pueblo, que lo dejara en la casa de lenocinio y volviera a recogerlo al cabo de una hora.

Así es como me vi por fin solo y agradecido por encontrarme a solas con mis pensamientos. Até el caballo al poste y me fui a deambular por el pueblo. Me vinieron otra vez a la cabeza una serie de acontecimientos recientes: mi sueño, la conciencia de que la noche de la esclavitud no terminaría nunca y el encuentro de aquella mañana en que había visto apagarse la luz de Sophia como si fuera el sol poniente sobre las montañas azules de Virginia. No estoy diciendo que por entonces amara a Sophia, aunque yo creía que sí. Era joven, y para mí el amor era una mecha que se encendía, no un jardín que se cultivaba. Al amor no le interesaba ningún conocimiento profundo de su objeto, de sus deseos y

sueños, sino únicamente el placer que se experimentaba en su presencia y el dolor que producía su marcha. Y en sus momentos privados, ¿acaso Sophia sí me amaba? No lo creo, pero en otro mundo, un mundo libre de la Servidumbre, me parecía posible.

Había dos caminos que llevaban a ese mundo: comprar tu libertad o escaparte. Lo que yo conocía del primero era un puñado de libertos de color que vivían en el confín sur de Starfall, y a quienes, en la era de la tierra roja y el bum del tabaco, se había permitido ahorrar parte de su salario y comprar la propiedad de sus cuerpos. Pero aquel camino me estaba vedado. Virginia había cambiado. Aun en plena decadencia de las tierras del condado de Elm y de Lockless, seguía subiendo el precio de quienes servían en ellas. Lo que se perdía de su trabajo en la tierra se podía recuperar con su venta, con creces, en Natchez, donde la tierra seguía floreciendo. Así pues, mientras que antaño los Sirvientes podían obtener la libertad mediante el trabajo, ahora eran demasiado valiosos para que se les concediera el derecho a pagar su propio rescate.

Y si la primera vía estaba bloqueada, la segunda era impensable. Hasta la última persona que yo había conocido que se había escapado de Lockless había sido o bien devuelta por los Perros de Ryland, las patrullas de blancos de baja estofa que mantenían el orden de la Alta Cuna, o bien se había desanimado y había vuelto por su propio pie. En cualquier caso, mi ignorancia del mundo de fuera de Virginia era tan absoluta que escaparme me parecía una locura. Sin embargo, se decía que había alguien que sabía más.

No había nadie que gozara de mayor estima tanto entre la gente de color como entre los blancos del condado de Elm que Georgie Parks. Era el alcalde, el embajador, el sueño, aunque lo que daba sentido al sueño era la atalaya desde la que eligieras contemplarlo. En sus años de sirviente, Georgie había trabajado en los campos e, igual que Big John, parecía tener un entendimiento preternatural de la agricultura y de todos sus ciclos. Era capaz de pasarse una hora caminando entre tus campos de trigo y hablarte de la cosecha que habría dentro de tres años, o bien de poner la

mano sobre montículos de tus tabacales, buscar el latido del corazón de la tierra y revelarte si tus hojas de tabaco iban a ser como orejas de elefante o de ratón. Y hasta había avisado a la Alta Cuna de lo que estaban cortejando con su amor al tabaco, de forma sutil para que no recordaran su advertencia con rencor, sino con arrepentimiento benévolo. Pero a Georgie lo rodeaba un halo de misterio. Desaparecía durante largos periodos, o bien se lo avistaba en Starfall o en los bosques a horas intempestivas. Teníamos una explicación para aquellos misterios. Georgie estaba vinculado al Tren Subterráneo.

¿Y qué era aquel Tren Subterráneo? Pues entre los Sirvientes se contaba que una sociedad secreta de hombres de color había construido un mundo propio aparte en las profundidades de las ciénagas de Virginia. Yo no sabía qué poderes los protegían allí. Lo único que conocía eran las historias que contaban que los Perros de Ryland habían emprendido varias expediciones para descubrir el Tren Subterráneo y acabar con él, y en las historias aquellas expediciones siempre regresaban con sus filas mermadas, heridos y llenos de cicatrices, dando fe de serpientes y de extrañas enfermedades, venenos y brujos que invocaban a cocodrilos y linces para que lucharan por ellos. Y de vez en cuando aquel Tren Subterráneo, según me habían contado, admitía en sus filas a nuevos miembros que preferían la libertad de la vida salvaje en las ciénagas a la esclavitud civilizada en el condado de Elm. Parecía tener todo el sentido del mundo que el noble Georgie, alabado y estimado por los blancos, y a quien la gente de color atribuía una vida secreta, fuera su representante.

Me sacó de mis ensoñaciones sobre Georgie un ruido de disparos. Me encontraba en la punta sur de la plaza del pueblo. Seguí el origen del sonido y vi a un caballero con su uniforme negro formal, riendo bulliciosamente y apuntando con su escopeta al aire. La atmósfera estaba cambiando. Ahora el cielo estaba encapotado. Dos hombres salieron dando tumbos y peleando de una taberna a la calle, uno de ellos mayor y con una cicatriz alargada en la mejilla, y cuando aquel hombre mayor se vio derrotado, con un solo movimiento sacó un cuchillo largo y le rajó

la cara al más joven. Luego salieron corriendo de la taberna dos hombres más y asaltaron al tipo mayor. Me alejé a toda prisa mientras empezaban a pegarle una paliza. En la manzana siguiente vi cómo una mujer blanca de baja estofa agarraba a una chica holandesa por el pelo y la abofeteaba. Su acompañante masculino se rio, sacó una petaca, dio un trago y le vació el resto sobre la cabeza a la chica holandesa. Seguí caminando. Era el alboroto sobre el cual me había advertido mi padre y del que me había suplicado que mantuviera lejos a Maynard. Pero siempre pasaba lo mismo con aquella gente, una raza de Alice Caulleys de risas siniestras. Igual que sucedía en las fiestas de Lockless, el día de las carreras empezaba con gran pompa y luego todos se ponían a beber, se oscurecía el espíritu festivo y se venían abajo todas las máscaras de sofisticación y buena crianza, dejando al descubierto la cara marcada de viruelas y purulenta del condado de Elm.

No había más gente de color en las calles, porque todos sabíamos lo que venía a continuación: que la inquina que se estaba adueñando de los blancos no tardaría en volverse contra nosotros. Resulta extraño decirlo, pero eran los libertos quienes más debían temer bajo aquellas circunstancias. Los Sirvientes pertenecíamos a alguien. Éramos propiedad privada y por tanto no se nos podía infligir daño alguno, salvo por orden de nuestros amos, ya que, igual que no podías azotar a un caballo de otro hombre, tampoco podías azotar a su esclavo. Pero aun desde mi seguridad relativa, me sentía intranquilo. Y con ese estado de ánimo decidí recorrer el camino que iba de la plaza al vecindario de los libertos, que era donde vivía Georgie Parks.

La comunidad de los libertos era tan pequeña y tenía unos lazos tan estrechos que yo conocía a todo el mundo que vivía allí. Conocía a Edgar Combs, que había trabajado de herrero en el rancho de Carter y ahora hacía lo mismo en la herrería del pueblo, y Edgar estaba casado con Patience, cuyo primer marido había muerto hacía muchos años en la epidemia de fiebre. Y al otro lado de la calle vivían Pap y Grease, hermanos, y a su lado, Georgie Parks. De manera que abandoné la locura de la plaza y eché a andar hacia el extremo sur del pueblo, y pronto me encontré

delante de la cárcel de Ryland, que marcaba el inicio del sector de los libertos de color de Starfall.

El lugar estaba planificado así, tenía que estarlo, porque la cárcel de Ryland no era una cárcel para criminales. Ocupando dos manzanas enteras, albergaba a los Sirvientes a quienes habían pillado escapándose o a quienes se estaba reteniendo antes de su venta. La cárcel era un recordatorio diario de que, independientemente de su libertad, la gente de color de Starfall existía a la sombra de un poder tremendo, capaz de volver a ponerles las cadenas cuando le diera la gana. Quienes dirigían la cárcel de Ryland y quienes trabajaban en ella eran blancos de baja estofa. Se trataba de hombres que se enriquecían con la venta de esclavos, pero cuyos apellidos eran de cosecha demasiado reciente y cuyo trabajo tenía demasiada mala reputación como para permitirles que se elevaran por encima de su posición social. Era la fuerte conexión entre la cárcel y aquellos blancos de clase baja que la abastecían y la servían la que les granjeaba el apodo de Perros de Ryland. Los temíamos y los odiábamos quizá más de lo que temíamos y odiábamos a la Alta Cuna que nos oprimía, porque todos éramos de clase baja, todos éramos Sirvientes, y deberíamos haber estado unidos y alineados contra la Alta Cuna si los blancos de clase baja hubieran estado dispuestos a arriesgar sus migajas por una rodaja del pastel entero.

La mujer de Georgie, Amber, me dio la bienvenida en la puerta con una sonrisa.

—Ya sospechaba que quizá pasarías hoy por aquí —me dijo —. Y a la hora perfecta, justo antes de la cena. ¿Tienes hambre, Hiram?

Sonreí, saludé a Amber y entré en su choza de una sola habitación, porque no era más que eso, apenas mejor de lo que yo tenía en los Túneles. El olor a tortas de maíz y cerdo me envolvió y me di cuenta de que sí tenía hambre. Vi entonces a Georgie, sentado en la cama al lado de su hijo recién nacido, que estaba acostado y dando manotazos al aire.

—Caramba, mírate —me dijo—. El chico de Rosie se está haciendo mayor.

El chico de Rosie, así era como me llamaban en la Calle, aunque ya hacía tiempo que yo no oía que nadie me saludara así, porque quedaban muy pocos que todavía me recordaran como tal. Abracé a Georgie y le pregunté cómo estaba. Sonrió y me dijo:

—Bueno, conseguí una mujer y ahora he conseguido un niño. —Y se acercó al bebé y le frotó la barriga—. Así que supongo que me va bien.

—¿Por qué no te llevas a Hiram atrás? —dijo Amber.

Salimos a una pequeña zona donde Georgie tenía el huerto y el corral de los pollos y nos sentamos en sendos troncos volcados. Me metí la mano en el bolsillo, saqué un caballito de madera que había tallado para su hijo y se lo di.

—Para tu niño —le dije.

Georgie cogió el caballo, asintió con la cabeza para darme las gracias y se lo guardó en el bolsillo.

Al cabo de unos minutos, Amber salió con las tortas y el cerdo frito en dos platos, me dio uno a mí y el otro a Georgie, y me quedé allí sentado comiendo en silencio. Amber volvió a entrar y luego regresó con el niño balbuceando en brazos. Ya era media tarde.

—No has comido nada en todo el día, ¿verdad? —me preguntó Georgie con una amplia sonrisa, y dio la impresión de que el pelo castaño rojizo le llameaba sobre el fondo de la última luz del atardecer de otoño.

—No, supongo que no —le dije—. Se me debe de haber olvidado.

—¿Tenías otra cosa en la mente, quizá?

Levanté la vista para mirar a Georgie y empecé a hablar. Pero luego, por miedo a lo que sabía que quería decir, me detuve. Dejé el plato junto al tronco. Amber había vuelto adentro. Esperé un momento y oí risas apagadas y los chillidos del bebé, y deduje que Amber debía de estar frente a la casa disfrutando de la compañía de otras visitas.

—Georgie, ¿cómo te sentiste cuando te marchaste de la hacienda del amo Howell?

Georgie tragó medio bocado y se tomó un momento antes de

contestar.

—Como un hombre —dijo, y luego masticó y tragó el resto—. Lo cual no quiere decir que no lo fuera antes, pero nunca lo había sentido. Mi vida entera dependía de que no lo sintiera, ¿sabes?

—Lo sé —dije.

—No hace falta que te diga esto, o quizá sí, porque siempre te han dado un trato especial, pero lo voy a decir de todas maneras y te lo puedes tomar como quieras. Ahora me levanto cuando quiero y me voy a dormir cuando me place. Me llamo Parks porque lo digo yo. Me saqué el apellido de la manga, lo invoqué como un regalo para mi hijo. No tiene más significado que ese; yo lo elegí. Su significado está en ese hecho. ¿Me entiendes, Hiram?

Asentí con la cabeza y le dejé seguir.

—No sé si te lo he dicho alguna vez, Hiram, pero todos estábamos locamente enamorados de tu Rosie.

Me reí.

—Era una preciosidad, y eso que había muchas chicas preciosas en la Calle. No estaba solo Rose, ya sabes, también estaba su hermana, tu tía Emma. Qué bonitas eran.

Emma era otro nombre como el de mi madre, perdido en el humo. Yo sabía que era mi tía, que había trabajado en las cocinas y que bailaba de maravilla, pero por lo demás había desaparecido en las simples palabras de la gente y en la niebla de mi mente. Pero Georgie lo tenía todo, tenía el pasado desplegado frente a sí como si fuera un mapa, y vi cómo le brillaban los ojos mientras narraba sus viajes por todos aquellos puertos de montaña y hondonadas y barrancos.

—Muchacho —me dijo—, me acuerdo de aquella época y del brío con que bailábamos. Dios bendito. Tu madre y Emma no podían ser más distintas: Rose era callada y Emma bulliciosa, pero cuando iban al baile se notaba que tenían la misma sangre. Te digo que yo estaba allí, todas aquellas noches de sábado. Estaba allí con Jim *el Fenómeno* y su hijo, el Pequeño P. Le dábamos al banjo, la guimbarda y el violín, aporreábamos las ollas y las sartenes y golpeábamos los huesos de oveja, y cuando la cosa se calentaba, Emma y Rose salían a bailar. Y era increíble verlas, te lo digo, con

las jarras de agua en la cabeza, meneándose a un lado y al otro hasta que a alguna se le derramaba un poco. Luego sonreían y hacían una reverencia, y la que hubiera ganado la competición buscaba con la vista a alguien más que quisiera salir a la pista. Pero nadie quería. —George soltó una risotada y me preguntó—: ¿Alguna vez hiciste el baile del agua, Hi?

—No —le dije—. No era lo mío.

—Lástima, lástima —dijo George—. Qué lástima tener toda esa belleza y no pasarla a tus hijos. Y aquello estaba lleno de belleza. Chicas preciosas. Y chicos preciosos.

Georgie ya había terminado de comer. Dejó su plato y soltó un suspiro largo.

—Y a veces me acuerdo de toda aquella belleza, de cómo se marchitó bajo las cadenas... Hijo, te lo aseguro, cuando me junté con Amber, juré que la sacaría de allí. Me daba igual a qué precio. Creo que habría sido capaz de matar para sacarla, Hiram. Lo que fuera con tal de no verla...

Y Georgie se detuvo llegado a ese punto porque se dio cuenta de la importancia de lo que estaba diciendo, de lo que significaba para mí y de lo que significaba para mi madre.

—Y ahora estás fuera —le dije—. Lo has conseguido. Estás fuera.

Georgie se rio por lo bajo y dijo:

—Aquí no ha salido nadie, hijo, ¿me oyes? No ha salido nadie. Todo el mundo ha de servir. Prefiero servir aquí que servir a otro en un sitio como Lockless, eso lo reconozco, pero sigo sirviendo, te lo aseguro.

Nos quedamos sentados unos minutos en silencio. Las voces de delante de la casa se apagaron y oí que se cerraba la puerta principal y que se abría la de atrás. Amber salió y nos recogió los platos a Georgie y a mí.

Me miró, enarcó una ceja y dijo:

—¿Georgie te está llenando otra vez de mentiras?

—Cuesta de saber —le dije.

—Ajá —dijo ella, entrando otra vez en casa—. Ten cuidado con él, ¿me oyes? Cuidado con Georgie. No es de fiar.

Desde el jardín que se extendía por detrás de Georgie podía ver la otra orilla del río Goose. Ahora el sol estaba bajo y las nubes llamaban a filas y el día estaba refrescando. Pronto sería la hora. Maynard estaría listo. De manera que decidí decirle a Georgie Parks algo que me cambiaría la vida.

—Georgie, creo que tengo que marcharme.

Creo que él entendió lo que le estaba diciendo, pero decidió fingir que no y me dijo:

—Supongo que sí. Todavía tienes que cruzar el río, ¿no?

—No —le dije—. Lo que te estoy diciendo es que me hago mayor, y que estoy viendo desaparecer a la gente, estoy viendo cómo se los llevan a Natchez y cómo todo esto se hunde. La tierra está muerta, Georgie. El suelo se ha convertido en arena, y lo saben, todos lo saben. He venido andando y he visto cómo apuñalaban a un hombre y cómo daban una paliza a una chica en la calle. Ya no hay ley. Me gusta pensar que antaño sí la hubo, la gente mayor habla de esos tiempos, y aunque no los he vivido, sí que puedo sentir los cambios. Hay un hombre floreciéndome por dentro, Georgie, y no le puedo poner grilletes. Sabe demasiado. Ha visto demasiado. Tiene que salir, ese hombre, o no va a poder vivir. Te juro que tengo miedo de lo que se avecina. Tengo miedo de mis propias manos.

Georgie empezó a decir algo, pero lo interrumpí.

—Dicen que eres un hombre con conocimientos —le dije—, que conoces más que este pequeño sector de libertos, que estás conectado con gente que trabaja en estas cosas. Quiero el tren, Georgie. Quiero el tren que me puede sacar de aquí, y me han dicho que tú sabes de esas cosas.

Georgie se puso de pie, se limpió la boca y se frotó las manos en el mono de trabajo. Luego, sin mirarme, se volvió a sentar.

—Hiram, vete a casa —me dijo—. No hay ningún hombre floreciendo en ti. Ya floreció. Esto es lo que eres. Esta es tu condición, y si estás planeando cambiarla, tendrás que hacerlo como lo hice yo.

—Eso ya no funciona —le dije—. No hay sirviente que pueda ganar lo bastante para librarse de Natchez.

—Entonces, tu vida es tu vida. Y permíteme decirte que es una buena vida. Solo tienes que hacerte cargo de ese tonto de hermano tuyo. Vete a casa, Hiram. Búscate una mujer. Y finge que eres feliz.

No contesté. Y él lo repitió:

—Vete a casa.

Aquel fue el mandato de Georgie, y lo seguí. Pero lo que creí entonces era que Georgie me había mentido, que realmente era lo que se decía que era: un agente de la libertad, de otra vida, de un Oregón para los hombres de color. Ni siquiera me lo había negado, de forma que para mí la cuestión se simplificó: solo tenía que demostrarle quién y qué era yo, y que a aquellas alturas ya no podía dejarme persuadir, y que estaba seguro de que era capaz de hacer lo que quería hacer, y así pues, mientras volvía caminando para reunirme con Maynard y la calesa, atravesando otra vez la plaza, supe que Georgie me ayudaría, supe que me sacaría, porque allí ya no había futuro, y esto me resultaba claro incluso durante mi breve caminata a través de lo poco que quedaba del día.

Las calles estaban llenas de escoria. Un hombre de la Alta Cuna, a quien reconocí por su atuendo, yacía inconsciente bocabajo sobre el estiércol mientras sus compatriotas, reducidos a la indignidad de ir en mangas de camisa, se reían de él. Vi sombreros rotos y las flores que los habían adornado. Vi pañuelos de color azul celeste en la calle. Vi a hombres jugando a los dados al lado de la taberna y frente a las puertas vi cómo preparaban unos gallos para la pelea. Aquella era su civilización: una máscara tan fina que por primera vez en la vida me pregunté a qué había aspirado yo en aquellos días en que vivía en la Calle, con mi truco de memoria, diseñado para llamar la atención del Faraón de Lockless, y volví a darme cuenta de que había puesto el listón demasiado bajo. Porque en los Túneles vivíamos entre ellos, sabíamos de primera mano que usaban la letrina igual que todos los demás, que eran jóvenes y tontos, y viejos y frágiles, y que sus poderes eran una ficción. No eran mejores que nosotros, y en

muchos sentidos eran peores.

Maynard me estaba esperando delante del lupanar con su señorita de compañía, y a su lado volví a ver al criado de Corrine, Hawkins. Maynard se estaba riendo de alguna broma mientras Hawkins lo contemplaba con un desprecio mudo que Maynard no podía ni llegar a intuir, porque estaba demasiado borracho. Cuando Maynard me vio, se rio todavía más fuerte, echó a andar hacia mí y dio un traspié y cayó, arrastrando a la chica con él. Ayudé a levantarse a la chica mientras Hawkins se movía rápidamente para ayudar a Maynard, que ahora tenía los bombachos y el chaleco manchados de barro.

—¡Carajo, Hiram! —me gritó—. ¡Se supone que me has de coger para que no me caiga! —Y tenía razón. Eso era lo que yo había hecho siempre—. Esta noche, esta chica es para mí —gritó —. ¡Es mía, carajo! ¡Tal como les he dicho, Hiram! ¡Tal como les he dicho a todas! ¡Como les he dicho a todas las chicas!

Luego le echó un vistazo al asqueado Hawkins.

—Ni una palabra de esto a tu señora, chaval. Ni una palabra. ¿Lo entiendes?

—¿Ni una palabra de qué, señor? —dijo Hawkins.

Al cabo de un momento de fruncir el ceño, Maynard se volvió a reír.

—Sí, señor, nos vamos a llevar bien tú y yo.

—Como buenos parientes —dijo Hawkins.

—¡Como buenos parientes! —vociferó Maynard, subiéndose a la calesa.

Ayudé a entrar a la chica y arrancamos hacia la misma dirección por la que habíamos venido. Pero luego, y quién sabe por qué, le vino un momento de lucidez, una vergüenza que lo había acongojado toda su vida, y me ordenó que diéramos media vuelta y que cogiéramos Dumb Silk Road. De manera que salimos de Starfall, y dejamos el mundo tal como lo habíamos conocido, porque mientras yo conducía la calesa afuera del pueblo y los edificios dejaban paso a los árboles, engalanados en tonos dorados y anaranjados, y mientras oía los cuervos a lo lejos y el caballo trotando delante de mí, y sentía el viento en la cara, supe que ya

había visto hasta el último palmo del único mundo que había conocido. Supe cómo tocarían mis días a su fin. Un día mi padre fallecería y lo que quedara caería en manos de Maynard, y yo sabía que cuando llegara aquel día todos los caminos llevarían a Natchez.

Conduje embargado por aquellos sentimientos de las últimas horas, el sueño, el terror, la cólera, la noche interminable, el sol de Sophia poniéndose sobre las montañas, la pérdida de mi madre y de mi tía Emma. Y también sentía un ansia, un deseo de escaparme de Maynard y de la condenación de su señorío. Y entonces fue cuando pasó.

Divisé el río Goose y vi que se levantaba una extraña niebla del agua; una neblina fina y ahora también una lluvia que se hacía eco del oscurecimiento del día. Y allí estaba, una niebla azul elevándose, ocultando la otra punta del río. Y por fin, y esto lo recuerdo de forma más clara, porque habíamos estado avanzando con buen ritmo, se apagó el clop, clop veloz y regular de las herraduras del caballo. Pude ver al caballo frente a mí tirando de nosotros pero en silencio total, y se me ocurrió que quizá fueran imaginaciones mías, alguna sordera temporal, pero no le di muchas vueltas porque quería llegar a casa, quería librarme de Maynard, aunque solo fuera para el resto de la velada, y ya estábamos en el puente, y la fina niebla había escampado de repente, y ese fue el momento en que la vi, en que vi a mi madre haciendo el baile del agua, la vi salir de la negrura de mi mente haciendo el baile del agua, y traté de frenar al caballo tirando de las riendas, de eso me acuerdo, pero el caballo siguió disparado, aunque ahora me pregunto si realmente yo estaba tirando de las riendas, si realmente me encontraba en aquel espacio, en aquel puente, porque incluso ahora, habiéndola realizado ya, no puedo decir que entienda del todo la Conducción, salvo por un elemento fundamental: es necesario recordar.

5

Me vi en el agua y luego cayendo hacia la luz, guiado por el baile de mi madre, hasta que la luz se impuso, y cuando se atenuó primero, y se apagó después, mi madre ya no estaba y sentí la tierra bajo mis pies. Era de noche. La niebla se retiró como si fuera una cortina hasta que el cielo quedó despejado y las estrellas, parpadeando en las alturas. Cuando me di la vuelta, buscando con la vista el río cubierto de bruma del que acababa de emerger, lo único que vi fueron hierbas altas ondeando, negras, al viento. Estaba apoyado en una piedra de gran tamaño, y a lo lejos, más allá del campo, pude ver el bosque alzándose imponente. Conocía aquel lugar. Conocía la distancia que había entre aquella piedra y los árboles, conocía aquella hierba, sabía que era un campo en barbecho de mi Lockless. Y sabía que la piedra no era un mojón cualquiera, sino el monumento a mi antepasado, Archibald Walker. Mi bisabuelo. El viento soplaba por el campo, arrancándome escalofríos, y noté las botas de trabajo empapadas en los pies como si fueran de hielo. Di un paso adelante, giré sobre mí mismo y me caí, y tirado en aquella hierba me sobrevino una poderosa necesidad de dormir. Quizá había entrado en una especie de purgatorio, basado en un mundo que yo conocía, que debía soportar antes de que se revelara mi recompensa. De manera que me quedé allí inmóvil, sin hacer esfuerzo alguno para moverme. Me busqué en el bolsillo la moneda que llevaba conmigo a todas partes y palpé sus bordes ásperos mientras me envolvía la oscuridad.

Pero no hubo recompensa. Por lo menos, no una de aquellas recompensas de las que hablaba en la Calle la gente de edad avanzada. Aquí estoy, contando esta historia, y no desde la tumba, todavía no, sino desde el aquí y el ahora, rememorando otros

tiempos en los que éramos Sirvientes y estábamos apegados a la tierra, y apegados a un poder que desconcertaba a los académicos y dejaba pasmada a la Alta Cuna, un poder, como nuestra música, como nuestros bailes, que ellos no pueden entender, porque no pueden recordar.

Y fue nuestra música lo que seguí para emerger de la oscuridad, para salir de los tres días, según me contarían más adelante, que pasé en la cuerda floja entre la vida y la muerte, tres días de murmullos incoherentes y fiebres aterradoras. Mi primer atisbo de conciencia fue alguien que canturreaba por lo bajo, desde lo que parecía una gran distancia, y luego aquella melodía canturreada se repetía, apagándose durante un minuto o dos y regresando, seguida por la vaga conciencia de que yo conocía aquella melodía, hasta que empecé a repetir mentalmente las palabras:

All the heavenly band a-churning
Aubrey spying and good girls turning.

Olí a vinagre y a sales de lavar, un olor tan fuerte que me llegaba en forma de sabor. Sentí la calidez de una manta y la suavidad de una almohada bajo mi cabeza y por fin, al abrir los ojos, vi que estaba en una habitación bañada por el sol. No podía moverme. Tenía la cabeza apoyada en una almohada y ladeada. Estaba mirando desde una cama empotrada en la pared, con las cortinas descorridas. Al otro lado de la habitación había un escritorio, y encima del escritorio se encontraba el busto del patriarca, y a su lado, un taburete de madera de caoba, y allí sentada, con la espalda recta y el cuello largo, vi también a Sophia, trabajando con sus agujas en un ovillo de lana, moviendo los brazos de un lado a otro. Me entró el pánico, porque me vino el miedo a haber sufrido una lesión que me hubiera dejado prisionero de mi cuerpo. Miré desesperadamente, confiando en que Sophia echara algún vistazo en mi dirección; pero lo único que hizo fue ponerse de pie, sin dejar de tararear la vieja melodía, y sin dejar de tejer, y salió por la puerta.

¿Cuánto tiempo pasé allí acostado, sumido en aquel gran terror, preguntándome si me habría quedado sepultado en mi propio cuerpo? No lo sé, pero la oscuridad regresó y cuando me volví a despertar la parálisis se había retirado parcialmente. Ahora podía mover las puntas de los pies. Podía abrir la boca y sacar la lengua. Podía girar la cabeza y había recuperado el movimiento de los brazos, de manera que empujando, y con gran esfuerzo, conseguí incorporarme hasta sentarme en la cama. Miré a mi alrededor y, viendo nuevamente el sol, el busto y la luz, supe que estaba en la habitación de Maynard. Miré más allá del taburete y vi su ropero, su escritorio y el espejo frente al cual le había hecho ponerse para vestirlo en su última mañana. Y entonces me acordé del agua.

Me quedé allí sentado intentando hablar, intentando llamar a alguien, pero tenía las palabras encalladas en la garganta. Sophia volvió a entrar en la habitación, cabizbaja y sin dejar de tejer, pero en cuanto oyó mi intento jadeante de hablar, levantó la vista, dejó caer la lana, vino corriendo y me cogió con sus largos brazos de araña. Luego se apartó para mirarme.

—Bienvenido de vuelta, Hi —dijo.

Me acuerdo de que intenté sonreír, pero la cara se me debió de contorsionar en una máscara lamentable, porque de pronto a ella se le fue toda la alegría. Sophia se llevó la mano a la cara y se tapó la boca. Me apoyó una mano en el hombro y la otra en la espalda y me guio de vuelta a la cama.

—Ni se te ocurra hablar —dijo—. Puede que creas que has salido del Goose, pero el Goose todavía no ha terminado de salir de ti.

Me quedé tumbado y el mundo se fue apagando en el mismo orden en que había venido a mí: primero desapareció la luz de la habitación, después el olor a sales de lavar y por fin Sophia, cuya mano podía sentir en la frente y cuyo suave tarareo todavía podía oír. Luego me quedé dormido y soñé con mi zambullida en el Goose. Esta vez, toda la escena se desarrollaba a lo lejos. Vi mi cabeza emerger del agua, escrutar el terreno y decidir que había encontrado mi fin. Y vi también a Maynard, forcejeando contra el

agua y luchando para salvarse. Y vi que la luz azul abría los cielos y bajaba a buscarme, y esta vez estiré el brazo hacia Maynard, mi único hermano, y traté de salvarlo, pero él apartó bruscamente el brazo, soltó una palabrota y desapareció en la oscuridad de las profundidades.

Cuando me volví a despertar todavía me dolían los brazos, pero ya sentía las manos flexibles y ágiles. El olor a vinagre no se había ido de la habitación, pero al menos no era tan fuerte. Me incorporé sin demasiado esfuerzo hasta sentarme, vi que las cortinas blancas del nicho de la cama estaban cerradas y a través de ellas distinguí una silueta sentada en el taburete, velándome en solitario. Me acordé de que la última persona que había estado allí era Sophia y sentí que la expectación me aceleraba el pulso. Oí el canto matinal de los pájaros y me sentí repentinamente lleno de una gran alegría por el hecho de estar vivo. Pero entonces abrí las cortinas y vi que la silueta era la de mi padre, sentado en el taburete con los codos apoyados en las piernas y las manos cubriéndole la cara, y cuando levantó la vista hacia mí, vi que tenía los ojillos inyectados en sangre e inflados.

—Lo hemos perdido —dijo, negando con la cabeza—. Mi Pequeño May se ha ido, y esta gran casa y todo el condado de Elm están de duelo.

Luego se puso de pie, se me acercó y se sentó en el borde de la cama. Estiró el brazo y me cogió con fuerza del hombro. Dejé vagar la mirada hasta mi propio cuerpo y me di cuenta de que alguien me había vestido con un camisón largo de dormir, que reconocí como uno de los de Maynard. Volví a mirar a mi padre y vi que se le abría paso por la cara la conciencia de algo, y en aquel momento establecimos una especie de comunicación secreta que solo puede existir entre un padre y su hijo, por monstruosa que sea su relación. Entrecerró los ojillos enrojecidos por el dolor, como si se estuviera esforzando para comprender un mensaje, pugnando por entender cómo era posible que todo lo que quedaba de él estuviera allí delante de su vista y fuera un esclavo. Y en cuanto cobró plena conciencia de esto se echó atrás, sepultó la cara en las manos, se puso de pie llorando ruidosamente y salió de la

habitación.

Me puse de pie y caminé hasta la ventana. El día estaba despejado, y desde la parte de atrás de Lockless pude ver hasta las colinas, aunque borrosas por la lejanía. Me aparté de la ventana y vi que mi padre regresaba a la habitación. Tenía detrás a Roscoe, que me había traído de la Calle tantos años atrás. Y por toda su cara anciana y arrugada había una expresión de gravedad y de preocupación, y me acordé de que había gente que me había conocido y me había querido, gente mayor que había disfrutado de mis canciones y de mis juegos. Roscoe dejó un atuendo completo sobre el vestidor de Maynard: mi ropa. Luego quitó las sábanas del colchón, hizo una bola con ellas y salió llevándoselas bajo el brazo. Mi padre se volvió a sentar en el taburete.

—Hemos buscado su cuerpo en el río, pero el agua... —dijo, con la voz rota. Ahora estaba temblando—. Cuando pienso en mi chico en el fondo de ese río... —se interrumpió—. Y no puedo pensar en otra cosa, ¿me oyes, Hiram? Cuando pienso en él atrapado en el lecho del río... Perdóname, no puedo ni imaginar lo que viste allí. Pero tengo que confesártelo, porque no hay nadie más digno de oírlo: Maynard era lo único que me quedaba de su madre. Cuando se le llenaban de felicidad los ojos, yo veía los de ella. Cuando él se olvidaba de las cosas, yo veía ese hábito de ella. Cuando se mostraba compasivo, que era siempre, yo la veía a ella. —Ahora estaba llorando—. Y ya no está, y yo me he muerto dos veces.

Roscoe regresó con un paño, una jofaina pequeña llena de agua y otra más grande y vacía, y lo dejó todo sobre el vestidor.

—Pero así es, hijo —dijo mi padre—. Se harán disposiciones. Su recuerdo no morirá, da igual dónde descanse su cuerpo. Lo que debes saber, lo que seguro que sabes, es que Maynard te quería, y no dudo de que dio su propia vida para sacarte del río.

Cuando mi padre se marchó, cogí el paño y el agua y me lavé, pero las manos me temblaban mientras luchaba por desentrañar la locura de sus últimas palabras: *Maynard te quería*. Aquella misma idea —que Maynard pudiera querer a alguien, que Maynard pudiera dar su vida por alguien, y encima por mí— me tenía

perplejo. Pero mientras me vestía y le daba vueltas en la cabeza llegué a entender algo: que mi padre se creía aquella locura. No tenía otro remedio. Maynard era él, era su mujer, y de alguna forma aquel retrato glorificado concordaba con la advertencia que mi padre siempre me había transmitido: que había que cuidar de Maynard, que no era capaz de ocuparse de sí mismo. Mientras bajaba la escalera de atrás supe que la declaración de mi padre solo podía tener sentido en el seno de la peculiar religión de Virginia: Virginia, donde se sostenía que una raza entera debía estar encadenada; Virginia, donde aquella misma raza poseía el conocimiento de la fórmula exacta para moldear el hierro y tallar el mármol y aun así se la consideraba una raza de animales; Virginia, donde un hombre podía afirmar que te amaba y venderte al cabo de un momento. Oh, qué improperios le dedicó mi mente al necio de mi padre, a aquella tierra donde los hombres disfrazaban el pecado de pompa y elegancia, de cotillones y crinolina, y donde escondían el ejercicio de dicho pecado debajo de todo, en el sótano de la mente, en aquella escalera para esclavos que yo estaba bajando ahora para ir a los Túneles, a aquella ciudad secreta que abastecía un imperio tan grande que nadie se atrevía a pronunciar su verdadero nombre.

Cuando volví a los Túneles me encontré a Thena de pie frente a su puerta, en la penumbra, hablando con Sophia. Thena me miró fijamente. Le sonreí. Se me acercó negando con la cabeza. Luego me puso la mano en la mejilla y me miró a los ojos. No sonrió, se limitó a mirarme de arriba abajo, y me dio la sensación de que se estaba asegurando de que yo lo tuviera todo en su sitio.

—Bueno —me dijo—. No tienes pinta de haberte caído en un río.

No era una mujer cálida, Thena, aquella otra madre mía. Existía la creencia generalizada de que, si no te estaba insultando ni echándote con malos modos, quizá te tuviera cierto afecto. Por lo general, yo le devolvía ese afecto con mi propio cariño silencioso. Y no era motivo de ofensa. Teníamos nuestro propio

lenguaje para afirmar lo que significábamos el uno para el otro.

Pero aquel día, sin pensarlo, hablé un lenguaje distinto. Rodeé a Thena con los brazos, la atraje hacia mí y la abracé bien fuerte, como si estuviera dejando salir toda mi alegría por seguir vivo, la abracé como si ella fuera un pecio y yo todavía estuviera en el Goose.

Al cabo de unos segundos se apartó de mí y me volvió a mirar de arriba abajo. Por fin se dio la vuelta y se marchó.

Sophia observó cómo se alejaba, y en cuanto Thena dobló un recodo, me miró a mí y se rio.

—Mira que te quiere esa mujer —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Lo digo en serio. Conmigo no habla mucho. Pero desde que te encontraron no ha parado de hacerme preguntas, sutilmente, intentando enterarse de todo lo que podía.

—¿Ha venido a verme?

—Ni una vez; por eso sé que te quiere. Yo se lo pedía y ella se ponía muy nerviosa, y yo sabía por qué; porque no te podía ver así. Ha sido duro, Hiram. Hasta para mí ha sido duro, y eso que yo no te quiero; ni siquiera me caes bien.

Y al decirme aquello me dio una palmada en el hombro y los dos nos reímos por lo bajo, aunque el corazón me había dado un vuelco en el pecho.

—¿Cómo te encuentras, pues? —me preguntó Sophia.

—He estado mejor —respondí—. Pero me alegro de haber vuelto a mi sitio.

—O sea, de no estar en el fondo del Goose —dijo Sophia.

—Eso mismo quería decir.

Se hizo el silencio entre nosotros durante unos momentos que acabaron resultando inciertos y hasta descorteses. De manera que invité a Sophia a mi habitación. Y aceptó. Le saqué una silla y tras sentarse se metió la mano en el delantal, sacó un ovillo de lana y sus agujas y se puso a tejer una de sus prendas inescrutables. Me senté en la cama, casi tocando sus rodillas con las mías.

—Me alegro de ver que te recuperas —me dijo.

—Sí, ya estoy mejor —le dije—. No han tardado mucho en

echarme de la habitación de Maynard, ¿verdad?

—Es mejor así, ¿no? —me dijo—. A mí al menos no me gustaría estar en la cama de un muerto.

—Es mejor así —afirmé.

Por puro instinto me busqué la moneda en el bolsillo, pero no estaba. Seguramente se había perdido, y eso me entristeció. Había sido mi amuleto, mi recuerdo de la Calle, por mucho que mis grandes planes hubieran quedado en nada.

—¿Cómo me encontraron? —le pregunté.

—Fue el criado de Corrine —dijo Sophia, sin dejar de tejer—. ¿Lo conoces? Hawkins.

—¿Hawkins? —dije—. ¿Dónde?

—En la orilla —contó Sophia—. La orilla del Goose. Bocabajo en el barro. Imposible saber cómo conseguiste salir, con lo fría que estaba el agua. Debes de tener a alguien que cuida de ti.

—Puede ser —le dije. Pero no estaba pensando en cómo había salido. Estaba pensando en Hawkins; en el hecho de haberlo visto dos veces durante el día de las carreras y en que hubiera sido él quien me había encontrado.

—Hawkins, ¿eh? —repetí.

—Pues sí —dijo ella—. Corrine ha estado viniendo casi a diario desde entonces, con él y con su doncella, Amy. Estaría bien que le dieras las gracias.

—Lo haré —dije—. Dalo por seguro.

Ella se levantó para marcharse y sentí aquel suave dolor que me acechaba siempre que se iba.

Después de marcharse Sophia, me senté en el borde de la cama para contemplar mi situación. Había algo que no encajaba. Sophia había dicho que Hawkins me había encontrado en la orilla del río, pero yo tenía un recuerdo muy claro de haberme desplomado en los campos en barbecho. Recordaba haber visto el monumento, aquella piedra plantada para conmemorar los primeros trabajos del patriarca, Archibald Walker. Pero los campos en barbecho quedaban a dos millas del río, y yo no recordaba haber recorrido la

distancia entre ambos sitios. Quizá me lo había imaginado todo, estando al borde mismo de la muerte, quizá había evocado aquella última visión de mis antepasados —el baile de mi madre, el monumento a mi bisabuelo— a modo de despedida del mundo.

Me puse de pie y salí de mi habitación. Se me había ocurrido bajar hasta los campos en barbecho, hasta el monumento, con la esperanza de encontrar algo allí que conciliara mis recuerdos con la historia de Hawkins. Recorrí el estrecho pasadizo junto al que vivía, pasé frente a la habitación de Thena y me adentré en el túnel que llevaba afuera. La luz del sol que entraba a raudales me cegó. Me quedé allí, asomándome al exterior, poniéndome la mano izquierda sobre el ceño como si fuera el ala de un sombrero. Me pasó al lado un equipo de sirvientes, con bolsas echadas a la espalda y palas, y entre ellos vi a Pete, el jardinero, que era, igual que Thena, uno de los más veteranos que habían conseguido a base de ingenio escapar de Natchez.

—Eh, Hi, ¿cómo estás? —me preguntó Pete cuando nos cruzamos.

—Bien, bien —le dije.

—Me alegro —me dijo—. Cuídate, hijo, ¿me oyes? Y asegúrate...

Todavía me estaba hablando, pero la distancia y mis propios pensamientos se impusieron sobre sus palabras, de manera que me quedé allí mirando cómo sus hombres y él desaparecían bajo aquella luz cegadora. Y en aquel momento, por razones que desconozco, me invadió un pánico enorme. Tenía que ver con Pete y con la forma en que había desaparecido en la luz del sol, igual que yo me había sentido desaparecer hacía apenas unos días, aunque en mi caso había sido en la oscuridad. Volví a toda prisa a mis aposentos con aquel pánico dentro del cuerpo y me tumbé en la cama.

Nuevamente, y por instinto, me busqué en el bolsillo la moneda que no estaba. Me quedé allí el resto del día. Volví a acordarme de la historia de Hawkins, que decía haberme encontrado en la orilla del río. Estaba seguro de haberme desplomado entre las hierbas altas, me acordaba con claridad,

recordaba haber visto el enorme monumento de piedra antes de perder el conocimiento, y la memoria no me fallaba nunca.

Allí acostado oí cómo los ruidos de la casa, aquel lugar de esclavitud secreta, se elevaban a medida que avanzaba la tarde y por fin se apagaban, indicando que había llegado el anochecer. Cuando todo estuvo en silencio, volví a salir del túnel, dejando atrás la luz del fanal, y emergí a la noche. La luna se asomaba desde detrás de una espuma de nubes negras y finas, de tal forma que parecía un simple charco de luz sobre el fondo del cielo salpicado de estrellas.

Cuando llegué al borde del campo de bolos vi a alguien cruzando el césped, y al acortarse la distancia, distinguí que era Sophia. Iba envuelta desde la cabeza a los pies en un largo chal.

—Es un poco tarde para que andes por aquí fuera —me dijo —. Sobre todo en tu estado.

—Llevo todo el día en cama —le dije—. Necesito aire.

Sophia se arrebujó más en el chal mientras una ráfaga de viento suave soplaba desde la hilera de árboles en dirección oeste. Se puso a contemplar el camino, como si otra cosa le hubiera ocupado los pensamientos.

—Debería dejarte en paz —le dije—. Creo que voy a dar un paseo.

—¿Eh? —dijo, mirándome otra vez—. Ah, no, siento mucho tener esta costumbre, seguro que la has visto. A menudo me viene algo a la cabeza y me olvido de dónde estoy. Aunque a veces resulta útil, te lo aseguro.

—¿Y qué te ha venido a la cabeza? —le pregunté.

Ella me volvió a mirar, negó con la cabeza y se rio para sí misma.

—¿Dices que estás de paseo? —me preguntó.

—Eso he dicho.

—¿Me dejas pasear contigo?

—Por mí, bien.

Lo dije como si me diera igual, pero si Sophia me hubiera visto en aquel momento, se habría dado cuenta de que no me daba igual. Bajamos en silencio por el camino serpenteante, dejando

atrás los establos, en dirección a la Calle, el mismo camino por el que yo había subido corriendo hacía muchos años en busca de mi madre. Por fin, el camino desembocó en la larga hilera de cabañas con tejado a dos aguas que antaño había sido mi hogar.

—Antes vivías aquí, ¿verdad? —me dijo.

—En esa cabaña de ahí —le dije, señalándosela—. Y cuando me fui a vivir con Thena, un poco más allá.

—¿Lo echas de menos? —me preguntó.

—A veces, supongo —le dije—. Pero si te he de ser sincero, quería subir a la casa. Por entonces tenía sueños. Sueños ambiciosos y estúpidos. Ya no me queda nada de ellos.

—¿Y con qué sueñas ahora? —me preguntó.

—¿Después de lo que acabo de pasar? —le dije—. Con respirar. Solo sueño con respirar.

Mirando en dirección a las cabañas, divisamos un par de figuras, apenas sombras, que emergían de una de ellas y se quedaban de pie frente a la entrada. Una de las sombras atrajo a la otra hacia sí y las dos permanecieron un par de minutos así antes de separarse, lentamente; luego, una sombra volvió a entrar mientras la otra doblaba hacia la parte de atrás de la cabaña, desaparecía y volvía a aparecer en los campos, corriendo ahora hacia el bosque que había al otro lado. No me cupo duda de que la sombra que corría era un hombre, y que la sombra que había entrado en la cabaña era su mujer. Era algo normal de ver por entonces, porque había muchos matrimonios que se extendían a través de muchas millas del campo. Cuando yo era pequeño, solía preguntarme por qué iba un hombre a complicarse así la vida. Ahora, en cambio, viendo la sombra que cruzaba a toda prisa los campos, y allí plantado con Sophia, me pareció entenderlo.

—Sabes que soy de otra parte, ¿verdad? —me dijo—. Antes de todo esto tenía una vida. Tenía familia.

—¿Y qué vida era esa?

—Carolina —me dijo—. Nací allí el mismo año que Helen, la mujer de Nathaniel. Pero no te hablo de ella ni de él, ya sabes. Te hablo de lo que tenía yo allí.

—¿Y qué tenías? —le pregunté.

—Bueno, para empezar tenía a un hombre. Un buen hombre. Grande. Fuerte. Íbamos a bailar, ya sabes. Los sábados bajábamos con nuestras familias a un viejo ahumadero destartalado y movíamos el esqueleto.

Hizo una pausa, quizá para saborear el recuerdo.

—¿Bailas, Hi? —me preguntó.

—Ni una pizca —le dije—. Me han contado que mi madre tenía el don. Pero parece que en esas cuestiones he salido a mi padre.

—No es cuestión de «salir» a nadie. Es cuestión de lo que haces. Lo mejor que tenía el baile es que en realidad no importaba quién tuviera el don y quién no. El único crimen que podías cometer era pasarte la noche entera solo y pegado a la pared de aquel ahumadero.

—¿En serio? —dije.

—En serio —me dijo—. A ver, entiéndeme: yo era un desastre. Cada vez que me meneaba hacía que se escaparan las gallinas.

Los dos nos reímos.

—Siento no haberlo visto nunca; siento no haberos visto bailar —le dije—. Para cuando llegué yo, aquí ya había cambiado todo, ya sabes. Y yo era una clase distinta de chaval. Y ahora soy una clase distinta de hombre.

—Sí, ya lo veo —dijo—. Me recuerdas un poco a mi Mercury. También era callado. Era lo que me gustaba de él. Daba igual lo que pasara, yo sabía que quedaba entre nosotros. Tendría que haber sabido que no podía durar. Pero él sí que bailaba. Caramba, en aquella época preferíamos bailar que comer. Bailábamos hasta que aquel viejo ahumadero se venía abajo, y mi Mercury, aunque llevaba unas botas de trabajo gruesas como bizcochos, era ligero como una paloma.

—¿Y qué pasó? —le pregunté.

—Lo mismo que está pasando aquí. Lo mismo que está pasando en todas partes. Yo tenía a mi gente, ya sabes, a Kansas, Millard, Summer… Mi gente, ¿sabes? Bueno, no lo puedes saber, pero lo entiendes.

—Sí —le dije—. Lo entiendo.

—Pero no había ninguno como mi Mercury —me dijo—. Espero que le haya ido bien. Espero que haya encontrado una mujer bien cebada del Misisipi.

Dio media vuelta sin decir palabra y echó a andar de regreso.

—No tengo ni idea de por qué te estoy contando todo esto —me dijo.

Asentí con la cabeza y escuché. Pasaba siempre. La gente hablaba conmigo. Me contaban sus historias, me las daban para que se las guardara, y eso hacía yo, siempre escuchando, siempre recordando.

A la mañana siguiente me lavé y salí a caminar mientras el sol ascendía por encima de los árboles. Pasé por el campo de bolos y después por los frutales, donde Pete y su equipo —Isaiah, Gabriel y Wild Jack— ya estaban recogiendo manzanas y depositándolas cuidadosamente en sus sacas de arpillera. Caminé hasta llegar a los barbechos, cubiertos de tréboles, caminé hasta ver el monumento de piedra. Me quedé un momento allí, dejando que todo volviera a mí: el río, la niebla, las hierbas altas meciéndose, negras, al viento, y la aparición repentina de la piedra del patriarca. Di una vuelta al monumento, seguida de otra, hasta que vi algo que relucía bajo el sol matinal. Y antes incluso de agacharme, antes de recogerla, antes de manosearle los bordes, antes de guardármela en el bolsillo, ya supe que era la moneda, mi billete de entrada al Reino, aunque no al Reino que siempre había pensado.

6

Yo había estado allí, en el campo en barbecho. Y si había estado allí, entonces todo lo demás —el río, la niebla, la luz azul— también debía de ser verdad. Me quedé petrificado entre los bohordillos y los tréboles, con la moneda en el bolsillo, y sentí una presión enorme en la cabeza que hizo que el mundo pareciera girar y dar vueltas a mi alrededor. Me arrodillé entre las hierbas altas. El corazón me latía desbocado. Me saqué un pañuelo del chaleco y me sequé la llovizna repentina de sudor que me caía de la frente. Cerré los ojos. Respiré hondo varias veces, despacio.

—¿Hiram?

Abrí los ojos y vi a Thena allí de pie. Me levanté como pude y sentí que me caía el sudor por la cara.

—Dios mío —dijo, y me puso la mano en la frente—. ¿Qué estás haciendo, chico?

Me sentía débil. No podía hablar. Thena me cogió un brazo, se lo pasó por los hombros y empezó a llevarme de vuelta a los campos. Yo era consciente de que nos estábamos moviendo, pero a través de mi fiebre todo parecía un vendaval de tonos castaños y rojos otoñales. El olor de Lockless, el hedor de los establos, la quema de rastrojos, los frutales junto a los que pasábamos arrastrando los pies, incluso el dulce sudor de Thena, de pronto todo me resultaba intenso y abrumador. Recuerdo que vi parpadear frente a mí el pasadizo de entrada de los Túneles, borroso, y que luego me incliné hacia delante y vomité en una jofaina. Thena esperó a que me recuperara.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, sí —dije.

De vuelta en mi habitación, Thena me ayudó a quedarme en ropa interior. Después me dio unos calzones limpios y salió un

momento. Cuando volvió, yo estaba tumbado en mi cama con somier de cuerdas y tapado con la manta hasta los hombros. Thena cogió la jarra de piedra de mi repisa y se fue al pozo. Cuando volvió, dejó la jarra en la mesa, cogió un vaso de la repisa, lo llenó de agua y me lo dio.

—Tienes que descansar —me dijo.

—Lo sé —le dije.

—Si lo sabes, ¿qué estabas haciendo allí abajo?

—Pues... ¿Cómo me has encontrado?

—Hiram, yo siempre te voy a encontrar —me dijo—. Me llevo esta ropa para lavarla. La tendrás aquí de vuelta el lunes.

Thena se puso de pie y caminó hasta la puerta.

—Tengo que volver al trabajo —me dijo—. Descansa. No hagas tonterías.

Me quedé dormido enseguida y entré en un mundo de sueños, pero hecho de recuerdos. Volvía a estar en los establos, justo después de perder a mi madre. Miré a los ojos al caballo de paseo de raza Tennessee, lo miré hasta desaparecer en ellos y reaparecí en aquel altillo donde tantas veces había jugado entre los pensamientos de mi primera infancia.

A la mañana siguiente, Roscoe vino a mi habitación.

—Tómatelo con calma —me dijo—. Pronto te pondrán a trabajar duro. Ahora descansa.

Pero allí acostado lo único que encontré fueron las preguntas y las paranoias que me daban tumbos por la cabeza: el engaño de Hawkins, el baile de mi madre sobre el puente. Trabajar era la única escapatoria. Me vestí y salí del túnel, di la vuelta a la casa y me encontré con la calesa de Corrine Quinn, que subía lentamente por la carretera. Sus visitas se habían vuelto habituales después de la muerte de Maynard. Corrine llegaba con Hawkins y con su criada Amy y se pasaba la tarde dirigiendo las plegarias de mi padre. Nunca había habido observancia religiosa en la casa. Mi padre era virginiano y, como pasaba con las reliquias de sus padres revolucionarios, había en él cierta impiedad que seguía dando fe

de aquellos viejos tiempos en los que todo había parecido cuestionable. Pero ahora había perdido a su único heredero, su legado en el mundo, y el Dios cristiano parecía ser lo único que le quedaba. Me oculté un poco en el túnel y vi cómo Hawkins ayudaba a su señora a salir de la calesa y después a la doncella, y cómo los tres subían caminando a la casa. Ni siquiera sabía por qué me resultaban tan intimidantes. Lo único que sabía era que en su presencia sentía algo más terrible que ningún Espíritu Santo.

Se me ocurrió regresar a mi hábito de la infancia de intentar ayudar allí donde se me necesitara. Pero cuando caminé de la cocina al ahumadero, y del ahumadero a los establos, y de los establos a los frutales, solo recibí miradas lastimeras, y me quedó claro que alguien —Thena, Roscoe o ambos— había dictado que nadie me pusiera a trabajar. De forma que decidí buscarme yo mismo el trabajo. Regresé a mi habitación y me quité la ropa de estar por casa para ponerme un mono y unas botas de trabajo. Luego salí a un cobertizo de ladrillo situado en el margen del bosque, al oeste de la mansión, donde mi padre tenía una colección de divanes, taburetes, escritorios, burós y otros muebles antiguos que necesitaban una restauración. Era media mañana. El aire era frío y húmedo. Las hojas caídas se me pegaban a la suela de las botas. Abrí el cobertizo. Un haz de luz entraba por un ventanuco cuadrado e iluminaba la colección. Vi un secreter estilo Adams, un sofá de respaldo curvado, un par de sillas esquineras de madera satinada, un sifonier de caoba y otras piezas casi tan antiguas como el mismo Lockless. Decidí trabajar en el sifonier de caoba, por razones sentimentales. Era donde antaño mi padre había guardado cosas secretas y valiosas, algo que yo sabía porque Maynard solía hurgar en sus cajones y le gustaba contarme con detalle sus hallazgos. Una vez elegido mi objetivo, volví a los Túneles. Cogí un fanal del armario de los suministros y rebusqué hasta encontrar un bote de cera, un frasco de aguarrás y un cuenco de arcilla. Delante del cobertizo mezclé la cera y el aguarrás en el cuenco. Dejé reposar la mezcla y luego, con un esfuerzo considerable, saqué el sifonier. Ya me sentía un poco débil. Cuando levanté la vista, vi a Thena mirando desde el césped en dirección a los árboles.

—¡Vuélvete a tu habitación! —me gritó.

Sonreí y la saludé con la mano. Ella negó con la cabeza y se marchó enfurruñada.

Me pasé el resto del día lijando el sifonier. Hacía días que no sentía tanta paz como ahora, dejándome llevar por aquella actividad mecánica.

Aquella noche dormí profundamente y muchas horas, sin soñar, y me desperté lleno de ganas de continuar el trabajo de la jornada anterior y de obtener la misma concentración mecánica. Una vez vestido, caminé de vuelta al cobertizo y me encontré la solución de cera y aguarrás ya lista. A media mañana, el sifonier ya estaba reluciendo bajo el sol. Di un paso atrás para contemplar mi trabajo. Y justo cuando me disponía a entrar otra vez en el cobertizo, con la esperanza de encontrar otro objetivo adecuado para mis afanes, vi que Hawkins caminaba por la hierba en mi dirección. Parecía que Corrine había regresado mientras yo trabajaba.

—Buenos días, Hi —dijo Hawkins—. Así te llaman, ¿no?

—Algunos —contesté.

Al oír mi respuesta sonrió, un gesto que subrayó la arquitectura nítida y huesuda de su cara. Era un hombre flaco con complexión de mulato y una piel muy fina que te permitía ver en lugares selectos el contorno verde de sus vasos sanguíneos. Tenía los ojos muy hundidos en sus cuencas, como gemas incrustadas en un bote de latón.

—Me mandan a buscarte —me dijo—. La señorita Corrine quiere hablar contigo.

Regresé con Hawkins a la casa, donde me retiré a mi habitación y me quité el mono y las botas de trabajo para ponerme un traje y unas alpargatas. Luego subí la escalera de atrás, abrí la puerta oculta y accedí al salón. Mi padre estaba sentado en el sofá de cuero, con Corrine a su lado. Le estaba cogiendo la mano entre las suyas, con expresión angustiada en la cara, y pareció que le intentaba escrutar los ojos, un intento frustrado por el velo negro de viuda que le tapaba la cara a Corrine. Hawkins y Amy estaban cada uno a un lado del sofá, a una distancia respetuosa,

contemplando la sala y esperando órdenes. Corrine estaba hablando con mi padre casi en susurros, aunque lo bastante alto como para que yo captara fragmentos de la conversación desde el otro lado de la larga sala. Estaban hablando de Maynard, compartiendo su añoranza por él, o al menos por una versión embellecida de él, porque aquel Maynard —que ellos representaban como un pecador al borde del arrepentimiento— no era el que yo había conocido. Mi padre asintió con la cabeza mientras ella hablaba y luego me echó un vistazo y le soltó la mano. Se puso de pie y esperó a que Hawkins abriera las puertas correderas del salón. Me dirigió una última mirada, todavía angustiada, y salió. Hawkins cerró las puertas y me pregunté si quizá habría malinterpretado la conversación, porque ahora me asaltó el presagio de que Maynard no había sido el único tema.

Me fijé en que iban todos de negro, Hawkins con traje negro, Amy con vestido negro e, igual que Corrine, con velo, aunque menos recargado. Allí plantados, los sirvientes de Corrine parecían una extensión del estado de ánimo profundo de ella, proyecciones etéreas de su dolor de viuda.

—Conoces a mi gente —dijo ella—. ¿Verdad?

—Creo que sí, señora —dijo Hawkins, con una sonrisa—. Aunque la última vez que vi a este chico apenas conocía su propia vida.

—Tengo que darte las gracias —le dije—. Me han contado que estaría muerto si no me hubieras encontrado en la orilla.

—Se dio la casualidad de que estaba paseando —dijo Hawkins —. Y de repente vislumbré un cabestro tirado en el suelo. Y cuando me acerqué, vi que era un hombre. Pero no hace falta que me des las gracias. Fuiste tú quien salió del río, que es algo impresionante. Si te atrapa el Goose, hermano, se te lleva seguro. Soltarse de su presa... En fin, es impresionante, casi nadie lo hubiera logrado. El Goose es fuerte, tiene una fuerza tremenda, incluso en esta época del año. Te arrastra.

—Bueno, aun así te doy gracias —le dije.

—No fue nada —dijo Amy—. Hizo lo mismo que hubiera hecho cualquiera por alguien que va a formar parte de su familia.

—E íbamos a ser familia —dijo Corrine—. Y creo que todavía deberíamos serlo. La tragedia no debe rompernos. Un hombre echa a andar por un camino determinado. Y recuerda sus pasos, da igual qué diluvio lo espere en el puente.

»La mujer está hecha para completar al hombre —siguió diciendo Corrine—. Nuestro Padre nos hizo así. Unimos las manos en matrimonio y la costilla regresa a su sitio. Eres un chico inteligente, todos lo saben. Tu padre habla de ti como quien habla de un milagro. Habla de tu genialidad, de tus trucos, de tus lecturas, pero no demasiado fuerte, porque la envidia habita en los mismos huesos del hombre. Por envidia, Caín mató a su hermano. Por envidia, Jacob engañó a su padre. De manera que tu genialidad debe permanecer oculta de los hombres. Pero yo estoy al corriente, ya lo creo.

Había poca luz en el salón y las cortinas estaban medio cerradas. Yo solo veía los contornos de las caras de Corrine y de Amy. La voz de Corrine emitía un temblor por debajo de sí misma, de manera que sonaba como si fueran tres voces temblando a la vez, una especie de armonía perversa emanando de la oscuridad que acechaba por debajo del velo de viuda.

Y no solo era el tono de su voz, sino también la naturaleza misma de su discurso lo que resultaba inusual. Cuesta explicar esto ahora, porque por entonces corría otra época llena de rituales, coreografías y modales propios entre las clases y subclases de la Alta Cuna, los Sirvientes y la Baja Estofa. Había cosas que uno decía y cosas que no, y lo que hacías establecía tu lugar en la jerarquía. La Alta Cuna, por ejemplo, no preguntaba por lo que pasaba en el seno de su «gente». Conocían nuestros nombres y sabían quiénes eran nuestros padres. Pero no nos *conocían*, porque ese no conocer era un requisito esencial de su poder. Para vender a una criatura pegada a las faldas de su madre es necesario conocer a la madre de la forma más superficial posible. Para desnudar a un hombre y condenarlo a ser azotado, desollado vivo y ungido con agua salada, no puedes sentir por él lo que sientes por los tuyos. No te puedes ver a ti mismo en él, porque eso detendría tu mano, y tu mano no ha de detenerse nunca, porque en el momento en que

se detenga, los Sirvientes verán que los ves, y que por tanto te ves a ti mismo. Y en ese momento de entendimiento profundo ya estarás acabado, porque no podrás gobernar como es necesario. Ya no podrás asegurarte de que los montículos del tabaco se levanten tal como quieres; de que los brotes se inserten en esos montículos en el momento exacto; de que la tierra del cultivo se desbroce y se remueva con diligencia; de que se corten las flores y se guarden las semillas clasificadas; de que las hojas se queden en el tallo y que el tallo se recorte y se cuelgue a la distancia exacta para que la planta no coja moho ni se seque, sino que se cure en forma de ese oro de Virginia que traslada al hombre vulgar y mortal al panteón de la Alta Cuna. Cada paso es esencial y debe darse con enorme cuidado, y solo hay una forma de asegurarse de que un hombre se tome ese cuidado dentro de un proceso que no le otorga ninguna recompensa, y esa forma es la tortura, el asesinato y la mutilación, es el robo de los hijos, es el terror.

De manera que oír que Corrine me hablaba así, que intentaba crear una conexión humana, me resultó grotesco primero y aterrador después, porque no me cabía duda de que su intento escondía alguna meta más oscura. Y no le podía ver la cara, de manera que no podría buscar ninguna señal que traicionara esa meta. *Estoy al corriente,* me había dicho. Y recordando la historia que había contado Hawkins, y la verdad de lo que había sucedido, me pregunté de qué estaba exactamente al corriente.

Ahora busqué las palabras adecuadas.

—Maynard tenía sus encantos, señora —dije, y fui debidamente corregido.

—No, nada de encantos —dijo—. Era un hombre tosco. No me lo niegues. No me intentes engatusar con elogios, chico.

—Claro que no, señora —le dije.

—Yo lo conocía bien —continuó—. No tenía iniciativa. No tenía habilidad. Pero lo amé, porque soy una sanadora, Hiram.

Hizo una pausa larga. Era media mañana. El sol parpadeaba a través de las persianas venecianas verdes y reinaba un silencio antinatural en la casa, normalmente repleta del ajetreo de los Sirvientes. Me moría de ganas de volverme al cobertizo, de

ponerme a trabajar en el secreter o quizá en las sillas esquineras. Me daba la sensación de que en cualquier momento se me iba a abrir una trampilla debajo de los pies.

—Se reían de nosotros, ya sabes —me dijo—. Toda la sociedad se burlaba: «la duquesa y el bufón», nos llamaban. Quizá sepas algo de la *sociedad*. Quizá sepas algo de esos hombres que esconden sus metas mundanas detrás de la piedad y el pedigrí. Maynard no lo sabía. No tenía encanto ni malicia. No sabía bailar el vals. En el baile de verano era un bruto. Pero era un bruto genuino, era mi bruto.

Cuando dijo eso, la voz le tembló un poco más, percibí un dolor más profundo.

—Estoy destrozada, te lo aseguro —dijo—. Destrozada.

La oí llorar quedamente por debajo del velo de viuda y se me ocurrió que quizá aquello no fuera ningún truco, que quizá era lo que parecía: una joven viuda de luto, y que aquel deseo de acudir a mí no fuera más que la necesidad de ponerse en contacto con quienes habían tenido una relación estrecha con él, dado que yo había sido su esclavo pero aun así era su hermano, y por tanto llevaba algo de él conmigo.

—Quizá tú tengas cierta idea de lo que es sentirse destrozado —me dijo—. Eras su brazo derecho, y ahora que te faltan su guía y su protección, me pregunto cómo te encuentras. No quiero ser descortés contigo. Dicen que tú lo salvaguardabas de los impulsos y la iniquidad. Me han contado que lo aconsejabas en los momentos difíciles. Y que eres un muchacho inteligente. Y los necios desprecian la sabiduría y la instrucción. Y él era tu instrucción, ¿verdad que sí? Y ahora el bueno de Howell Walker me dice que se te ve deambular por la hacienda, todo manos y sin rumbo.

»¿Te sientes acaso como yo, llenando tu tiempo con cualquier actividad, con la esperanza de apartar tus pensamientos de él? La mujer no es tan distinta del hombre, ¿sabes? Todos tenemos nuestras tareas. Y por tanto me pregunto si tú, igual que yo, lo ves en todo lo que haces. Él me rodea por todas partes, Hiram. Veo su cara en las nubes, en la tierra, en mis sueños. Lo veo perdido en las montañas. Y lo veo sepultado en el río, en esos últimos momentos,

en noble pugna con el abismo. Así era Maynard, ¿verdad, Hiram?

»Fuiste el último que lo vio, el único que lo puede contar. No cuestiono su fallecimiento, porque confío en el Señor, y nunca en mi propio entendimiento mundano. Pero estoy angustiada en manos de mi ignorancia y de mis imaginaciones. Dime que murió como corresponde a su apellido, honrando su lugar en el mundo. Dime que miró con la honradez con que vivió.

—Me salvó, señorita Corrine, esa es la verdad. —No sé por qué dije aquello. Había pasado muy poco tiempo en compañía de Corrine Quinn y todo en ella me agitaba. Estaba hablando por puro instinto, y lo que el instinto me decía era que tenía que darle consuelo, que tenía que aliviar su dolor como pudiera, por mi propio bien.

Levantó las manos enguantadas y se las puso debajo del velo. Su silencio me obligó a hablar otra vez.

—Me estaba hundiendo, señora, y estiré los brazos —le dije —. Sentía el agua a mi alrededor como si fueran cuchillos enormes, y ciertamente me vi muerto. Pero él tiró de mí, hasta que tuve las fuerzas necesarias para nadar por mi cuenta. Cuando lo vi por última vez estaba a mi lado, pero el frío y la corriente fueron demasiado fuertes.

Guardó unos momentos de silencio. Cuando volvió a hablar, su voz temblorosa era firme como una vara de hierro.

—¿No le has contado nada de esto al señor Howell?

—No, señora —le dije—. Le he ahorrado los detalles, porque el nombre mismo de su hijo difunto ya le duele en los oídos. La historia nos llena a todos de dolor. Solo la cuento ahora porque usted me lo ha pedido de corazón y porque espero que le proporcione un poco de paz.

—Gracias —me dijo—. Esto te honra más de lo que te imaginas.

Volvió a guardar un momento de silencio. Me quedé allí esperando su siguiente petición. Cuando habló, su tono se había animado:

—Así pues, tu señor te ha dejado. Todavía eres joven, pero ya no tienes qué hacer, por lo que sé. ¿Qué vas a hacer ahora con tu

vida?

—Voy adonde me llaman, señora.

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces, quizá seas llamado a mi lado. Maynard te quería mucho. Tu nombre siempre era objeto de expectación. Mi paladín era tu paladín. Y dio la vida por ti. Quizá, a su debido tiempo, tú también darás la tuya. ¿Lo entiendes, Hiram?

—Lo entiendo —le dije.

Y lo entendí; si no en aquel momento, sí en la hora de reflexión que vino a continuación. Puede que el dolor y el llanto fueran ciertos, pero más cierta todavía era la oscura intención de aquella mujer: arrancarme de Lockless y adueñarse de mis servicios, de mi cuerpo. Hay que recordar lo que yo era: no era un ser humano, sino una propiedad, y además valiosa, una propiedad versada en todas las funciones de la hacienda, de las cosechas, en la lectura y capaz de entretener con mis trucos de memoria. Se me conocía por mi laboriosidad, por mi disposición firme y por mi rectitud. Y a Corrine no le resultaría difícil llevárseme. A fin de cuentas, a través de su unión con Maynard, yo ya le había sido prometido. Y ahora se limitaría a apelar a mi padre para mantener aquella parte del acuerdo, para que yo le fuera entregado como parte de los términos del luto y el duelo. ¿Y dónde encontraría yo mi hogar, entonces? Se sabía que Corrine tenía propiedades en el condado de Elm, pero también otras al oeste, al otro lado de las montañas, en la parte menos desarrollada del estado. Esa era la semilla de su fortuna, porque gracias a la gestión de múltiples intereses —madera, minas de sal, cáñamo— se decía que había evitado el desplome que afectaba al condado de Elm. Fuera como fuera, después de aquel encuentro supe que afrontaba un peligro nuevo, no Natchez, sino la separación de Lockless, el único hogar que yo había conocido nunca.

Nunca se encontró el cuerpo de Maynard. Pero se decidió que todos los miembros dispersos de la familia Walker que pudieran se reunirían aquella Navidad en Lockless para compartir sus

recuerdos del desaparecido heredero. Nos estuvimos preparando todo el mes previo. Limpiamos, barrimos y fregamos el salón de la planta de arriba, que había caído en desuso durante los años posteriores a la muerte de la madre de Maynard. Desempolvé espejos que había almacenados en el cobertizo, reparé dos antiguas camas con somier de cuerdas y las hice llevar a la casa junto con un pequeño piano. Por las noches trabajaba en la Calle con Lorenzo, Bird, Lem y Frank. Era agradable estar de vuelta allí, porque aquellos hombres habían sido mis compañeros de juegos en la infancia. Trabajábamos restaurando las cabañas que se habían vaciado a medida que se reducía la cifra de Sirvientes. Reforzábamos tejados, quitábamos nidos y bajábamos allí mantas para camastros, porque sabíamos que no solo íbamos a tener que alojar a los Walker, sino también a todos los Sirvientes que vendrían con ellos.

Dejé que me embotara la mente el trabajo, que pasó a asumir una especie de ritmo íntimo, y sentíamos ese ritmo con tanta fuerza que Lem se veía llevado a vociferar:

Going away to the great house farm
Going on up to where the house is warm
When you look for me, Gina, I'll be far gone.

Y luego lo volvía a cantar, ahora dejando espacio para el coro, que éramos todos los demás repitiendo cada línea. Y luego nos turnábamos para añadir estrofas de otras versiones, o bien líneas propias, construyendo la balada sala por sala, como si fuera la gran casa sobre la que cantábamos. Cuando llegó mi turno, canté a voz en grito:

Going away to the great house farm
Going up, but won't be long
Be back, Gina, with my heart and my song.

Y luego los ancianos decidieron que nosotros también necesitábamos un banquete, y una mesa adecuada para celebrarlo.

Derribamos un árbol, le quitamos la corteza, le dimos el acabado y le colocamos unas patas, y así conseguimos una mesa de banquetes. Fue un trabajo duro, pero expulsó todas las preguntas difíciles y espinosas de mi mente.

La mañana del día de Nochebuena me planté en la terraza de la casa, contemplando el paisaje, y en el momento mismo en que el sol asomó sobre las montañas, que se habían quedado desnudas y marrones, vi llegar con el alba la larga y serpenteante comitiva de los Walker por la carretera. Conté diez carruajes. Bajé la escalera intercambiando saludos y luego me puse, junto con los sirvientes que habían subido, a ayudar a descargar los equipajes. Lo recuerdo como un momento de felicidad, porque en aquella comitiva de parientes de los Walker había gente de color que me había conocido de niño, que había conocido a mi madre y que hablaba de ella con mucho cariño.

Tal como dictaba por entonces la tradición navideña, se nos dio a todos cantidades extra de vituallas: media fanega de harina de trigo y de maíz, el triple de manteca y de cerdo en salazón y dos terneros recién sacrificados para que hiciéramos con ellos lo que quisiéramos. De nuestros huertos trajimos coles y berzas, y se sacrificó y se desplumó a todos los pollos listos para comer. El día de Navidad nos dividimos: una mitad preparando el banquete de la casa y la otra mitad trabajando en el que íbamos a celebrar nosotros aquella noche en la Calle. Me pasé la mayor parte de la mañana cortando leña y cargando con ella, tanto para las cocinas como para la hoguera. Luego, por la tarde, crucé el bosque y me volví con diez garrafones de ron y cerveza. Al anochecer, el sol se había puesto y los olores suculentos de nuestra cena de medianoche —pollo frito, bizcochos, tortas de maíz y caldo— ya flotaban por la Calle. Los hombres y mujeres de Starfall que todavía tenían parientes en Lockless nos trajeron tartas y dulces para el postre. Georgie y su mujer, Amber, sonrieron cuando desvelaron dos tartas de manzana recién horneadas. Ayudé a los hombres a mover los largos bancos que solo hacía unos días habíamos tallado, pero teníamos más gente que asientos. De manera que trajimos cajas, toneles, troncos, piedras y todo lo que

pudimos encontrar y los pusimos alrededor de la hoguera. Después de que llegara de la casa el personal de cocina, dijimos nuestras plegarias y comimos.

Luego, a la luz de la hoguera, y con todo el mundo atiborrado de comida hasta reventar, empezaron las historias de los fantasmas de Lockless, de toda la gente a la que habíamos perdido. Zev, el primo hermano de mi padre que se había mudado a Tennessee, se había traído de visita a su criado, Conway, que era amigo mío de la infancia, y también a la hermana de Conway, Kat. Habían visto a mi tío Josiah, que ahora tenía una nueva esposa y dos niñas. Habían visto a Clay y a Sheila, que gracias a algún milagro habían sido vendidos pero vendidos juntos, y por tanto tenían ese consuelo. Y también estaban Philipa, Thomas y Brick, a quienes se habían llevado con Zev y que ya eran viejos, pero seguían vivos. Luego la conversación llegó a Maynard.

—Al joven May lo han llorado más después de muerto de lo que lo quiso nadie en vida —dijo Conway. Estaba sentado frente al fuego con las manos extendidas para calentárselas—. Esa gente miente más que habla. Caramba, pero si solían hablar de ese chaval como si fuera una catástrofe de la naturaleza. Y ahora nos dicen que era Cristo resucitado.

—Es una reunión familiar —apuntó Kat—. Supongo que hablarán con detalle de todas sus faltas...

—Espero que sí —dijo Sophia—. Cuando yo me vaya, no digáis mentiras junto a mi cadáver. Contad la verdad, sin saltaros nada.

—Tal como es nuestra vida —dijo Kat—, nadie dirá nada, aparte de «poneos a cavar ya».

—Lo que haga falta —repuso Sophia—. Pero nada de mentiras. Nada de ponerme barniz. Vine aquí sin nada, viví igual y así me moriré. No hace falta contar nada más.

—El problema no es Maynard —dijo Conway—. El problema son quienes lo están enterrando y lavándose las manos después de que se ahogara en el Goose un hombre al que trataban a patadas. Os lo digo, hasta yo lo hacía. Me hartaba de tomarle el pelo a ese chaval. Nunca llegué a conocerlo de mayor. Aunque, por lo que he

oído, Maynard no cambió demasiado. Y, si es cierto, seguro que están llenos de culpa y que necesitan compartirla.

—Realmente sois tan tontos como dicen —soltó Thena. Estaba de pie cerca de la hoguera, mirando directamente las llamas—. ¿Creéis que todo esto es por Maynard?

Nadie contestó y Thena levantó la vista y examinó a su audiencia. La verdad era que todo el mundo le tenía miedo. Pero el silencio que ahora emanó de aquel miedo solo consiguió agitarla más.

—¡Es la tierra, negros, es la tierra! ¡Esta tierra que tenéis aquí! Le están haciendo la pelota a Howell —dijo. Hizo otra pausa y miró a su alrededor. Yo la tenía lo bastante cerca como para ver las sombras de la hoguera que le brincaban en la cara y las nubecillas invernales de su aliento—. Es su herencia lo que buscan. ¡La tierra, negros! ¡La tierra y nosotros! Todo esto que han montado es un juego y el que gane se queda con esta hacienda y se queda con nosotros.

No hacía falta que nos lo explicara. Pero aquella también era nuestra despedida, quizá la última vez que nos reuníamos en comunidad. Y nadie quería estropear el momento anunciando este hecho a los cuatro vientos. Thena, en cambio, debido a sus particulares heridas y a su disposición, era incapaz de sonreír, era incapaz de perderse en las chanzas y en los recuerdos. De manera que negó con la cabeza y chasqueó la lengua, luego se echó por encima su largo chal blanco y se fue dando zancadas.

Todos nos quedamos allí sentados, ahora cabizbajos, devueltos de golpe a la realidad que Thena nos había presentado. Esperé unos minutos y eché a caminar hacia la otra punta de la Calle, hasta llegar a la cabaña más lejana, la misma de la que antaño Thena había salido con su escoba para espantar a los niños y donde yo había aparecido un día muy lejano, sintiendo que aquella mujer en particular entendería la traición que yo sentía. Y ahora la vi allí plantada delante de su vieja cabaña, perdida en sus pensamientos. Caminé hasta allí y me quedé lo bastante cerca de ella como para que fuera consciente de mi presencia. Me miró unos segundos y vi que se le había suavizado la cara; luego se volvió

hacia la cabaña.

Me quedé un momento con ella y luego subí de nuevo, dejándola a solas con sus pensamientos. Cuando regresé, la conversación había vuelto a las historias, remontándose ahora a un pasado lejano que casi era más un mito que un recuerdo.

—Eso no es verdad —estaba diciendo Georgie.

—Yo te digo que sí —repuso Kat.

—Y yo te digo que no —dijo Georgie—. Si alguien de color se hubiera ido andando hasta el Goose y se hubiera esfumado, yo lo sabría.

Ahora Kat se fijó en mí y dijo:

—Tú lo sabes, Hi. Hablo de tu abuela, hablo de Santi Bess.

Negué con la cabeza y le dije:

—No la llegué a conocer. Sabes tanto o más que yo.

Georgie negó con la cabeza, agitó las manos en dirección a Kat y dijo:

—No metas al chico en esto. No sabe nada. Te lo digo yo: si una esclava se hubiera marchado de Lockless y se hubiera llevado con ella a cincuenta y pico de nosotros, yo lo sabría. Estoy cansado de oír esta historia. Es lo mismo todos los años.

—Fue antes de tu época —dijo Kat—. Por entonces vivía por aquí mi tía Elma. Siempre contaba que había perdido a su primer marido cuando se había metido en el Goose con Santi Bess. Decía que había regresado a casa.

—Todos los años —repitió Georgie, negando con la cabeza—. Todos los malditos años volvéis con lo mismo. Pero os lo repito: quien lo sabría soy yo, no vosotros.

Me pareció entonces que todo quedaba en silencio. Georgie estaba en lo cierto. En todas las reuniones se producía la misma disputa acerca de la madre de mi madre, Santi Bess, y acerca de qué había sido de ella. El mito afirmaba que había sido la artífice de la mayor fuga de sirvientes —cuarenta y ocho almas— jamás registrada en los anales del condado de Elm. Y no era solo que se hubieran escapado, sino que estaba también el hecho de adónde se decía que habían huido: a África. Se decía que Santi se había limitado a llevarlos al río Goose, se habían metido en él y habían

vuelto a salir al otro lado del océano.

Era ridículo. O eso había pensado yo siempre. Eso tenía que pensar, porque la historia de Santi me había llegado en una mezcla de rumores y susurros. Y aquella poco convincente narración se encontraba todavía más cuestionada por el hecho de que muchas personas de su generación, y de la siguiente también, habían sido vendidas, de forma que al llegar a mis tiempos ya no quedaba ni una sola persona en el condado de Elm que hubiera conocido a Santi Bess en persona.

Yo estaba de acuerdo con Georgie: ni siquiera estaba seguro de que hubiera existido. Pero no era el hecho de que Georgie cuestionara a Santi Bess lo que había hecho callar a todo el mundo, era su certidumbre: «Lo sé», había dicho.

Kat se acercó a Georgie hasta detenerse justo delante de él. Sonrió y le dijo:

—¿Y eso por qué, Georgie? ¿Cómo es que lo sabes?

Miré fijamente a Georgie Parks. Ya hacía mucho que se había puesto el sol, pero la luz de la hoguera mostraba su cara entera, paralizada en un gesto de incomodidad.

Y ahora Amber se le puso también al lado.

—Sí, Georgie —dijo—. ¿Cómo lo sabes?

Georgie miró a su alrededor. Todas las miradas estaban clavadas en él.

—Por eso no os preocupéis —dijo—. Lo sé y ya está.

Hubo un alboroto de risas nerviosas. Y a continuación todos volvieron a hablar de Maynard y a contar noticias de los lugares remotos donde ahora vivía nuestra gente. Ya era tarde, pero el ambiente hacía que nadie quisiera marcharse. Y no estoy seguro de cómo empezó, ni de cuándo, porque no estaba prestando atención, seguía teniendo en la mente a Thena, pero para cuando lo percibí ya estaba en marcha. Oí el ritmo pero no le hice caso, hasta que empezó a congregarse un grupito al otro lado de la hoguera, y al mirar en aquella dirección vi que uno de los recolectores de tabaco, Amechi, había traído una silla de las cabañas y una palangana de lavar la ropa y unos palos, y con aquello ya estaba marcando un compás, feliz y optimista, y a continuación dos o tres

sirvientes más se pusieron a dar palmadas y a palmearse las rodillas, y entonces Pete, el jardinero, se acercó con un banjo y se puso a rasgar las cuerdas. Me dio la sensación de que todo arrancaba a la vez: cucharas, palos, guimbardas... De repente, el baile estaba con nosotros, había florecido de forma aparentemente espontánea, y ahora había un círculo junto al fuego, y una chica cogiéndose el borde de la falda y meciendo las caderas al son de la música. Entonces me percaté de que la chica llevaba una jarra de cerámica sobre la cabeza, y cuando bajé la vista para mirarle la cara, me di cuenta de que era Sophia.

Levanté la vista hacia el cielo estrellado y sin nubes, y a juzgar por el punto en que se encontraba la media luna, supe que era alrededor de la medianoche. El fuego rugía con llamas altas, derrotando al frío de diciembre, y antes de que pudiera darme cuenta la Calle entera estaba bailando. Retrocedí despacio hasta obtener una vista general. Éramos docenas los que estábamos allí. Una nación entera en movimiento. Algunos en parejas, otros formando pequeños semicírculos, otros a solas. Eché un vistazo hacia las cabañas y descubrí a Thena sentada en los escalones de una de ellas, siguiendo el ritmo con la cabeza.

Observé a Sophia, hecha un revuelo de brazos y piernas, pero un revuelo controlado, y la jarra parecía soldada a su cabeza, completamente inmóvil, y cuando uno de los hombres se le acercó demasiado, vi que ella lo atraía hacia sí y le susurraba algo que debió de ser descortés, porque el hombre se detuvo en seco y se marchó. Y luego Sophia notó que yo la estaba mirando, y me sonrió y caminó hacia mí; y mientras echaba a andar ladeó la cabeza de tal manera que la jarra le resbaló y ella levantó un brazo y la atrapó por el cuello. Ahora, plantada delante de mí, dio un sorbo de la jarra y me la pasó. Me la llevé a los labios y el sabor me arrancó una mueca, porque había dado por sentado que sería agua.

Ella se rio y dijo:

—Demasiado fuerte para ti, ¿eh?

Con la cerveza todavía en las manos, miré a Sophia y me volví a llevar la jarra a los labios, esta vez mirándola a los ojos, y

bebí, bebí y bebí hasta devolvérsela vacía. No sabía qué me había llevado a hacer algo así, o por lo menos no lo supe entonces, aunque sabía muy bien lo que significaba, por mucho que intentara negármelo a mí mismo. Y ella también lo sabía. Y, apartando la vista, Sophia dejó la jarra en el suelo, correteó hasta la otra punta de la mesa y desapareció entre las sombras. Por fin volvió con una damajuana llena y me la dio.

—Caminemos —me dijo.

—Muy bien —le dije yo—. ¿Adónde vamos?

—Dímelo tú —respondió.

De manera que caminamos y dejamos que el sonido de la música se fuera apagando detrás de nosotros a medida que nos alejábamos de la Calle, hasta que volvimos a estar en el margen del césped y de la mansión de Lockless. A un lado había una pequeña pérgola y debajo, el almacén de hielo. Nos sentamos con la damajuana de cerveza y nos la fuimos pasando en silencio hasta que nos subió a la cabeza.

—Entonces, pues —me dijo, rompiendo el silencio—. Thena.

—Sí —le dije.

—No estaba mintiendo, ¿verdad que no?

—No.

—¿Sabes qué le pasó?

—¿Quieres decir qué la hizo ser como es? Sí. Pero creo que es una historia que tiene que contar ella.

—Pero a ti te lo ha contado, ¿no? —me dijo—. Siempre ha tenido debilidad por ti.

—Thena no tiene debilidad por nadie, Sophia. Aun antes de que le pasara lo que le pasó, sospecho que nunca tuvo debilidad por nadie de su gente.

—Ajá —dijo ella—. ¿Y tú?

—¿Qué?

—¿Tú también eres duro con tu gente?

—Por lo general sí —le dije—. Pero, claro, depende de qué gente.

Di otro trago de la damajuana y se la pasé, y ella me miró fijamente, sin sonreír, solo escrutándome. Me quedó claro entonces

que yo había entrado en el Goose por un lado y había salido por el otro. Me pregunté cómo había soportado todos aquellos trayectos a casa de Nathaniel sentado a su lado, me pregunté si algo me había cegado. Era una chica encantadora, y yo quería estar con ella de una forma en que nunca más querría estar con nadie, de una forma que desaparece con la edad y la experiencia, es decir, la quería toda entera, de la piel de color café a los ojos castaños, de la boca suave a los brazos largos, de la voz grave a la risa malvada. Y no estaba pensando en todo el terror que venía con ello, en aquel terror que se había tragado su vida. Solo tenía en la mente la luz que me danzaba por dentro, que danzaba al son de una música que yo confiaba en que solo oyera ella.

—Ajá —dijo. Y apartó la vista.

Dio otro trago, dejó la cerveza a sus pies y levantó la vista al cielo estrellado; cuando la volvió a bajar, me sentí celoso del mismo cielo. Y junto con ese sentimiento, me invadió una serie de pensamientos. Pensé en Corrine y en Hawkins, y en que aquellos podían muy bien ser mis últimos días en Lockless, no para irme a Natchez, pero para irme igualmente. Pensé en Georgie y en todo lo que quizá supiera. Sentí que Sophia me pasaba la mano por el brazo hasta quedar nuestros brazos entrelazados. Suspiró con la cabeza apoyada en mi hombro y permanecimos allí contemplando las estrellas del cielo de Virginia.

7

Pasó la Navidad y por fin nos despedimos, una despedida tan definitiva como la muerte misma, y luego pasó el Año Nuevo, dejando otra vez nuestra población menguada. Corrine seguía con su hábito de visitarnos a diario y murmurando insinuaciones sobre mi destino, y supe entonces, debido a la influencia que ella tenía sobre mi padre, que aquellas insinuaciones no tardarían en hacerse realidad. Mis días en Lockless estaban contados.

Mi padre se había fijado en el sifonier recién restaurado. De manera que mandó a Roscoe para que me informara de que mi nueva tarea sería la resurrección de muebles de épocas pasadas. Leí documentos del estudio de mi padre que detallaban la fecha exacta en que había sido fabricada o adquirida cada pieza, algunas de las cuales se remontaban a la época de nuestro mismo patriarca, de manera que aquellos muebles representaban una historia de nuestro linaje. Un linaje que terminaba conmigo, un esclavo, obligado a irse de nuestras tierras cuando lo vendieran, incapaz de salvarlas ni de salvar a la gente que las había comprado y lustrado y hecho prosperar, una gente destinada a ser dividida y desperdigada a los cuatro vientos, pero que seguía encadenada. Mientras leía se consolidaban mis viejos pensamientos sobre Oregón. No podía salvar Lockless, pero dentro de mí ya se estaba forjando otro plan. Si me separaban de Lockless, quizá me pudieran apartar bajo mis condiciones. Y eso me hizo pensar otra vez en Georgie Parks y en lo que debía de saber.

Era esto lo que me rondaba por la cabeza cuando salí aquel viernes a primera hora para cumplir con el ritual de llevar a Sophia en el carruaje hasta la casa de Nathaniel. Caminé hasta los establos y enganché el caballo a la calesa. Todavía era oscuro, pero había hecho lo mismo tantas veces y estaba tan acostumbrado a trabajar

antes del alba que era capaz de hacerlo todo a ciegas. Acababa de terminar el enganche cuando levanté la vista y la vi.

—Buenos días —me dijo Sophia.

—Buenos días —le respondí yo.

Iba vestida con su atuendo de la cabeza a los pies: bonete, falda de crinolina y abrigo largo. Me pregunté a qué hora se habría levantado para que le diera tiempo de arreglarse. Y viendo la delicadeza con que subía a la silla de caballos, con la ayuda de mi mano, se me ocurrió que no era ningún accidente aquella capacidad que tenía Sophia para ponerse las vestimentas de una dama. A fin de cuentas, se había pasado la vida trabajando como doncella de Helen Walker, la difunta esposa de Nathaniel, ejecutando el difícil ritual de las cremas y el esmalte de uñas, de los corsés y los corpiños. Conocía aquel ritual mejor de lo que lo había conocido la propia Helen.

En mitad de nuestro trayecto, eché un vistazo hacia Sophia y la vi contemplando los árboles congelados, perdida en sus pensamientos, como era su costumbre.

—¿A ti qué te parece? —me preguntó. Yo había pasado el tiempo suficiente en su compañía como para estar familiarizado con aquel hábito de iniciar conversaciones en su cabeza y continuarlas en voz alta.

—Me parece que sí —le dije.

Me miró y su cara adoptó una expresión de incredulidad.

—No tienes ni idea de qué te estoy hablando, ¿verdad? —dijo.

—Pues no —le dije.

Se rio para sus adentros y me preguntó:

—Pero ¿ibas a dejarme que siguiera hablando como si lo supieras?

—¿Por qué no? —le dije—. He supuesto que lo acabaría averiguando.

—¿Y si era algo que no querías oír?

—Bueno, teniendo en cuenta que no lo iba a saber hasta oírlo, supongo que estaba dispuesto a correr ese riesgo. Además, ya has empezado. No te puedes echar atrás.

—Ajá —dijo ella, asintiendo con la cabeza—. Supongo que no. Pero es algo personal, Hi, ¿entiendes? Es algo de antes de que viniera a Lockless.

—De los tiempos de Carolina —dije.

—Sí. De la vieja Carolina. —Sophia dijo esto en voz baja, exhalando cada palabra como un suspiro.

—Por entonces eras la doncella de la mujer de Nathaniel, ¿verdad? —le pregunté.

—No era una doncella cualquiera —me dijo—. Helen y yo éramos amigas. Por lo menos lo fuimos hace un tiempo. Yo la quería, ¿sabes? Creo que lo puedo decir: la quería, y cuando pienso en ella, solo me acuerdo de los mejores momentos.

Me dijo aquello con melancolía, y me dio la sensación de entender cómo era la vida para las chicas como ella, el hecho de que todo empezaba cuando eran niñas, cuando jugaban juntas con las que un día serían sus señoras, sin importarles para nada el color, y cómo se les mandaba que las quisieran, igual que querrían a cualquier otra compañera de juegos. Crecían juntas y, a medida que se iba acabando la época de los juegos, el ritual cambiaba. A las dos se les inculcaba la religión de la sociedad, de la esclavitud, que sostenía que, sin ninguna razón de peso, una de ellas viviría en el palacio y la otra sería condenada a la mazmorra. Era una crueldad hacia las criaturas el hecho de criarlas como si fueran iguales y después enfrentarlas para que una fuera una reina y la otra, un simple taburete.

—Nos dejábamos llevar por nuestros juegos —me dijo Sophia —. Nos disfrazábamos de grandes damas con vestidos recargados. Jugábamos juntas en los campos de Carolina. Una vez me caí rodando en unas zarzas. Debí de chillar como una condenada al infierno. Pero ella vino en mi ayuda. Me ayudó a levantarme y me llevó de vuelta a la casa. Me acuerdo mucho de ella, Hi, y cuando ahora veo unas zarzas, no me acuerdo del dolor, porque solo me acuerdo de ella.

Lo dijo mirando el camino que teníamos delante.

—Lo que te estoy diciendo es que antes de ser de él, ya éramos nosotras —me dijo—. Éramos algo la una para la otra, pero

ahora ya es todo humo. El hombre al que ella amaba me deseaba a mí. Y no era porque me quisiera, Hiram. Yo para él era como una joya. Y lo sabía. Y luego mi Helen murió, murió para darle un hijo, y no te imaginas cuánto dolor y culpa me invadieron.

Hizo una pausa y seguimos nuestro camino en silencio. Lo único que se oía ahora era el caballo y el crujido de las ruedas sobre el camino congelado. Me dio la sensación de que aquello se encaminaba a una revelación terrible.

—¿Sabes que todavía la veo en sueños? —me dijo.

—No me sorprende —le dije—. Yo todavía veo a Maynard, aunque confieso que mis recuerdos no tienen ni la mitad de la magia de los tuyos.

—Pero no es magia —me dijo—. A veces, Hi..., me da la sensación de que Helen se escapó y me dejó con...

Ahora se giró hacia mí y apartó la vista hacia el bosque.

—Nunca me va a soltar, hasta que me haya agotado del todo, ¿lo entiendes? Y entonces me mandará fuera de Elm y elegirá a otra chica de color para divertirse. Realmente no somos más que joyas para ellos. Creo que lo he sabido siempre. Pero me estoy haciendo mayor, Hi, y el hecho de saberlo está muy lejos de verlo realmente.

—Hace falta tiempo —le dije.

Volvió a guardar silencio y durante unos momentos no hubo nada más que el suave golpeteo de los cascos del caballo sobre el camino.

—¿Nunca te preguntas cómo será el resto de tu vida? —me dijo—. ¿Nunca piensas en tener críos? ¿En la vida que te puede estar esperando?

—Últimamente —le dije— me pregunto por todo.

—Yo pienso en tener hijos todo el tiempo —me dijo—. Me imagino cómo debe de ser traer a alguien, quizá a una niña, a todo esto. Y sé que pasará algún día. Ni siquiera dependerá de mí. Va a pasar, Hiram, y tendré que ver cómo se llevan a mi hija, igual que se me llevaron a mí, y... estoy intentando decirte que todo esto me ha llevado a preguntarme si hay algo más, si existe otra vida, más allá del Goose, quizá más allá de las montañas, más allá de...

Se le apagó la voz y se quedó otra vez mirando a un costado de la carretera, y ahora creo que muy a menudo es así como la gente se escapa, creo que es algo que se decide en el momento mismo en que entiendes toda la profundidad del peligro que corres. Porque no es solo con la esclavitud que te capturan, es con una especie de fraude, un fraude que representa a sus ejecutores como guardianes de las puertas, que mantienen a raya el salvajismo de África, cuando en realidad los salvajes son ellos, que son Mordred, que son el dragón, con la ropa de Camelot. Y en ese momento de revelación, de entendimiento, escaparse ya no es una idea, ni siquiera un sueño, sino una necesidad comparable con la urgencia de escaparse de una casa en llamas.

—Hiram —me dijo—. No sé por qué te vengo a ti con esto. Lo único que sé es que siempre has sido alguien que veía más, que sabía más. Y luego conociste el Goose. Te dimos por muerto. Estuviste en las puertas y te vimos dar media vuelta y nos preguntamos cómo se puede volver y seguir viendo el mundo igual.

—Sé de qué me estás hablando —le dije.

—Te estoy hablando de hechos —repuso.

—Estás hablando de adioses —le dije—. Pero ¿adónde? ¿Cómo podríamos vivir, de ninguna forma, fuera de aquí?

Me apoyó una mano en el brazo.

—¿Cómo puedes salir vivo del Goose y seguir viviendo de alguna forma aquí? Te estoy hablando de hechos.

—Ni siquiera le puedes poner nombre —le dije.

—Pero sí puedo ponerle nombre a esto y a cualquier vida que venga después —me dijo—. Podemos irnos juntos, Hi. Tú has leído y conoces las cosas que hay lejos de Lockless y del Goose. Seguro que lo necesitas. Seguro que te has sorprendido soñando con ello, despertándote y volviendo a encontrarte aquí encerrado. Seguro que tienes deseos de saber todo lo que podrías ser, todo lo que podríamos ser si nos liberáramos de esto.

No contesté. Ahora podíamos ver la gran abertura en el camino que señalaba la propiedad de Nathaniel Walker. Pasé de largo de aquella abertura y giré por un caminillo lateral, que era la forma en que solíamos entrar. Detuve el caballo al final del

camino. A través de los árboles vi la mansión de ladrillos de Nathaniel Walker. Vi que bajaba por el camino un sirviente bien vestido. Nos saludó con la cabeza al vernos y llamó a Sophia con un gesto silencioso. Ella salió de la calesa y se giró para mirarme. En aquel momento me di cuenta de que era la primera vez que lo hacía, de que normalmente se marchaba sin más con su acompañante. Pero ahora se detuvo para mirar atrás, y lo que me dijo con aquel silencio era algo resuelto y firme. Y supe en aquel momento, mirándola, que nos teníamos que marchar.

Mientras me alejaba de la casa de Nathaniel Walker, mi mente volvió a centrarse en Georgie Parks. Tenía que encontrarlo. Conocía a Georgie de toda la vida y entendía que debía de temer por mí igual que un padre teme por el hijo que está a punto de irse a la guerra. Lo entendía. Georgie había visto a muchísima gente arrastrada a la tarima de las subastas y mandada a Natchez. Incluso simpatizaba con él. Pero aun así tenía que escaparme. Todo parecía señalar en aquella dirección: el tomo de la biblioteca, la conspiradora Corrine y el grotesco Hawkins, el destino del propio Lockless, que siempre había sido incierto, pero ahora sin heredero era atroz. Y también Sophia, que parecía compartir mi desesperación, mi necesidad de ver qué había más allá de aquellas colinas, más allá de Starfall, más allá del Goose con sus muchos puentes, más allá de la misma Virginia. *Seguro que lo necesitas*. Y era verdad. Pero la única ruta que conocía por entonces se tenía que recorrer bajo la luz de Georgie Parks.

El sábado siguiente por la tarde trabajé en los cajones de un secreter de madera de cerezo hasta asegurarme de que volvieran a abrirse y cerrarse con facilidad. Al terminar me lavé, me cambié de ropa y me fui a casa de Georgie Parks. Acababa de entrar en Starfall cuando divisé a Hawkins y a Amy delante de la taberna, los dos todavía con su ropa de luto. Estaban enfrascados en su conversación y no me vieron, de manera que me mantuve a distancia y los vigilé un momento antes de seguir mi camino. No quería conversar con ellos, porque su hábito de hurgar en todos los

detalles de mi vida y de mis intenciones había terminado resultándome insoportable. Todas sus preguntas daban paso a otras preguntas.

Me encontré a Georgie delante de su casa, que estaba a un tiro de piedra de la cárcel de Ryland. Sonreí. Georgie no sonrió. Me hizo una seña para que caminara con él. Seguimos un rato la carretera, después nos desviamos por un camino más pequeño, allí donde el pueblo empezaba a dejar paso a la naturaleza salvaje, y por fin tomamos un sendero de tierra, que nos llevó a través de un prado de maleza que a su vez daba a un pequeño estanque. Georgie no había dicho nada durante nuestro breve paseo y ahora contempló el estanque un momento antes de hablar:

—Me caes bien, Hiram —dijo Georgie—. En serio. Si tuviera la suerte de tener una hija de tu edad, serías mi única opción. Eres listo. No te vas nunca de la lengua y trataste mejor a Maynard de lo que jamás mereció un hombre así.

Se frotó la barba rojiza y se giró para mirar los árboles. Ahora me estaba dando la espalda. Lo oí decir:

—Y por eso no me cabe en la cabeza que un hombre como tú venga a mi puerta en busca de problemas.

Cuando se giró de nuevo hacia mí, le bullían los ojos de color castaño intenso.

—¿Cómo puede querer mezclarse en esto un hombre respetable? —me preguntó—. ¿Y qué razonamiento te dice que soy yo quien te lo va a conceder?

—Georgie, lo sé —respondí—. Lo sabemos todos. Quizá se lo hayas escondido a la Alta Cuna, pero nosotros siempre hemos sido más listos que ellos.

—No sabes ni la mitad, hijo. Y te repito lo que ya te dije: vuelve a casa. Búscate una mujer. Y sé feliz. Aquí no hay nada para ti.

—Georgie, me voy —le dije—. Y no me voy a ir solo.

—¿Cómo?

—Sophia se viene conmigo.

—¿La chica de Nathaniel Walker? ¿Te has vuelto loco? Llevarte a esa chica sería como escupir a ese hombre. Es una

ofensa enorme contra el honor de cualquier hombre blanco.

—Nos vamos. Y Georgie... —le dije con solo una pizca de la rabia que ahora sentía por dentro—. Sophia no pertenece a ese hombre.

No era solo rabia lo que tenía dentro. Tenía diecinueve años; era un joven cauteloso de diecinueve años que había luchado para no sentir nada de todo aquello, de tal manera que cuando por fin lo sentí, en aquel momento, cuando por fin sentí que la quería, no fue por medio de la razón ni del ritual, ni tampoco de esa manera que construye familias y hogares, sino de la manera que los destruye. Estaba trastornado.

—A ver si queda una cosa bien clara —dijo Georgie—. Sophia es de ese hombre. Todas son de ese hombre. Amber es suya. Thena es suya. Tu madre era suya...

—Cuidado, Georgie —le dije—. Ten mucho cuidado.

—Ah, conque he de tener cuidado, ¿eh? ¿En serio? ¿Tú me dices a mí que tenga cuidado? Son tus *dueños*, Hiram. Eres un esclavo, chico. Me da igual quién sea tu padre. Eres un esclavo, y no te creas que porque vivo aquí, en este barrio de libertos, no soy también un esclavo de otra clase. Y mientras ellos sean tus dueños, serán dueños de ella. Tienes que entenderlo. Estamos prisioneros. Nos hicieron prisioneros. Y no hay nada más. Eso de lo que vienes a hablarme ha mandado a algunos a pasar una semana en la cárcel de Ryland y a casi perder la vida por culpa de las palizas. Tienes un sentimiento en el corazón y lo respeto. Yo también lo he tenido. ¿Qué hombre joven no lo tiene? Pero tú estuviste a punto de morir, Hi. Y si haces esto, desearás haberte muerto.

—Georgie, te estoy diciendo que no tengo opción. No me puedo quedar. Y me tienes que ayudar.

—Aunque yo fuera lo que crees que soy, no te ayudaría.

—No lo entiendes —le dije—. Me voy. Es un hecho. Te estoy pidiendo que me ayudes porque te considero un hombre honorable dedicado a una causa honorable. Te lo estoy pidiendo, Georgie. Pero me voy.

Georgie caminó un momento, ejecutando sus cálculos internos, porque ahora sabía que me iba a ir con su ayuda o sin

ella, y que Sophia me iba a acompañar. Lo que yo no podía saber mientras él me escrutaba, con sus conclusiones visibles en la mirada, era que Georgie debía de haber estado estimando las consecuencias de aquella acción, y una vez establecido el resultado de sus cálculos, y sin importar sus odios, ni tampoco sus amores, sobre todo sus amores, ahora solo veía un camino que seguir.

—Una semana —me dijo—. Tienes una semana. Reúnete conmigo aquí, en este sitio donde estamos ahora, con tu chica. Que sepas que no haría esto si no fuera por lo que me acabas de decir y por tu determinación a hacerlo.

Mi poder siempre había sido la memoria, no el buen juicio. Me alejé de casa de Georgie centrado únicamente en mis sospechas, pero sin sospechar hasta qué punto la realidad las trascendía. Y ni siquiera cuando me volví a encontrar con Amy y Hawkins —y esta vez me vieron claramente desde delante de la tienda del pueblo—, ni siquiera entonces vi cómo encajaban las piezas.

Esta vez no había forma de evitarlos, porque había andado tan perdido en mis pensamientos sobre Georgie y Sophia que me habían visto antes de que los viera yo.

—¿Cómo lo llevas, chavalote? —me dijo Hawkins.

—Bastante bien —le dije.

Ya era pasada media tarde y el crepúsculo había empezado a cernirse sobre el pueblo. Los habitantes del condado de Elm que habían venido al pueblo para hacer sus negocios ya se estaban marchando en sus calesas y sillas de caballos. Observé a Hawkins con recelo, intentando encontrar la forma más rápida de abandonar la conversación.

—¿Qué te trae al pueblo? —me preguntó, y acompañó sus palabras con su característica sonrisa de labios finos.

No contesté y vi que le cambiaba la cara al darse cuenta de que había adoptado una familiaridad que no existía entre nosotros. Pero eso tampoco lo detuvo.

—Oh, lo siento —dijo—. No quería ofenderte ni herir tus sentimientos. Pero la señora dice que tenemos que ser como

familia, ¿verdad?

—He venido a ver a un amigo —le dije.

—¿A un amigo llamado Georgie Parks?

Había toda clase de maneras de servir en Virginia, maneras que iban más allá de los campos, las cocinas o el cobertizo. Había servidumbres que no eran tan materiales. Ofrecer entretenimiento, compartir sabiduría. Y luego había otras más oscuras. Ser sus ojos y oídos, ser sus espías entre los demás sirvientes, de tal manera que ellos, los amos, supieran quién les sonreía a la cara y luego se burlaba a sus espaldas, quién les robaba, quién había quemado el cobertizo, quién envenenaba y quién conspiraba. El resultado era una especie de estado de alerta constante entre los sirvientes, y en particular hacia quienes no conocías. Esto también funcionaba en el sentido contrario, de manera que, si eras nuevo en Lockless o en cualquier otra casa de la esclavitud, te lo tomabas todo con calma, no hacías preguntas ni curioseabas en los asuntos de los demás, porque si lo hacías quizá pensaran que te contabas entre quienes eran ojos y oídos, entre quienes servían más allá de la Servidumbre, y esa era una situación peligrosa porque entonces también te podían envenenar o podían conspirar contra ti. Pero Hawkins no andaba con cautela alguna, lo cual le daba un peso siniestro a su pregunta.

—No lo pregunto por nada en concreto —siguió diciendo—. Simplemente mi hermana, Amy, conoce a gente que sirve por aquí. Y dice que de vez en cuando se te ve en casa de Georgie.

Amy nos estaba mirando a los dos. Y ahora me di cuenta de que parecía nerviosa por algo que iba a pasar pronto o quizá por algún acontecimiento que no se quería perder.

—Sí —le dije, todavía incómodo—. Georgie es conocido mío.

—Ajá —me dijo—. Georgie es todo un personaje.

Volví a mirar a Amy, que había dejado de mirar nerviosamente a su alrededor para contemplar algo situado a una manzana de distancia. Cuando seguí su mirada, vi que se estaba acercando mi antiguo tutor, el señor Fields. Era la segunda vez que lo veía en tres meses, la segunda después de no haberlo visto en siete años. Y lo más curioso era que saltaba a la vista que el señor

Fields estaba caminando hacia Amy, como si tuviera una cita con Hawkins y con ella. Antes de llegar a su lado reparó en mi presencia y se quedó un momento petrificado. Me dio la sensación de que se acababa de frustrar algún plan que el hombre traía entre manos y de que ahora tenía muchas ganas de cambiar de rumbo. Sin embargo, lo que hizo fue llevarse una vez más la mano al sombrero, igual que había hecho tres meses atrás, en el día de las carreras. Hawkins siguió mi mirada hasta el señor Fields, que ahora estaba de pie junto a Amy. Y Hawkins ya no sonreía, sino que también parecía bastante nervioso viendo cómo los otros dos nos miraban. Pero por fin se giró hacia mí y recuperó la sonrisa.

—En fin —dijo—. Supongo que me están llamando.

—Imagino que sí —le dije.

Y me tocó a mí sonreír, no estoy seguro de por qué, salvo quizá porque me daba la sensación de que Hawkins me había estado mintiendo acerca de dónde me había encontrado y mintiendo acerca del propósito de sus preguntas. Y me daba la sensación de que por fin lo había pillado con la guardia baja y me las había apañado para sacar a la luz una parte de sus maquinaciones secretas. Y la incomodidad que eso le produjo me hizo sonreír. De manera que me quedé allí observando cómo se reunía con Amy y el señor Fields, y por fin volví a llevarme la mano al sombrero para despedirme del grupo entero, que ya se alejaba.

Debería haber pensado más en aquellos acontecimientos. Debería haberme preguntado por aquella familiaridad entre dos sirvientes y un hombre culto del norte. Y tendría que haber visto las conexiones con Georgie Parks. Pero mi mente estaba nadando en el océano de posibilidades que se habían abierto con el beneplácito de Georgie. Y, cada vez más, mi mayor preocupación ya no era desvelar las conjuras ajenas, sino encontrar la mejor forma de ocultar la mía.

Al día siguiente conduje el carruaje de vuelta a la hacienda de Nathaniel para recoger a Sophia. A los quince minutos de trayecto,

y todavía cerca de casa, me detuvo una patrulla de blancos de baja estofa —Perros de Ryland— que estaban rondando el bosque en busca de fugitivos. Les enseñé mis documentos y, en cuanto vieron en ellos el nombre de Howell, me dejaron seguir mi camino. Pero el encuentro me agitó, porque para entonces ya había completado un giro interior. Ya había pasado de Sirviente a fugitivo. Y tenía muchísimo miedo a que lo pudieran notar en mí, en alguna sonrisa fuera de lugar o en una desenvoltura excesiva. Pero los Perros de Ryland eran blancos —blancos de baja estofa, pero blancos en cualquier caso—, así que los cegaba su poder.

Sophia y yo regresamos a la casa sin decir palabra. Pero justo antes de llegar a Lockless, detuve la calesa. Era media mañana y hacía frío. No había nadie en la carretera y solo se oía el viento azotar las ramas desnudas, aparte de los latidos de mi corazón. Me pregunté si habrían reclutado a Sophia para algún plan. Me parpadeaban frente a los ojos unos fantasmas parecidos a polillas, y por un momento los hallé a todos compinchados entre sí: Howell, Nathaniel, Corrine, Sophia, e incluso Maynard, que no había muerto, que presidía mis sueños y en ellos emergía de las fauces heladas del Goose recitando la lista de mis pecados. Pero cuando miré hacia ella y la vi contemplar el bosque con sus ojos castaños, como hacía a menudo, sin ser siquiera consciente de que nos habíamos detenido, cuando la vi allí, con un aspecto tan frío y tan por encima de las preocupaciones mundanas, los sentimientos se me agolparon dentro y me abrumaron.

Y luego habló:

—Tengo que irme, Hi —dijo—. No quiero hacerme vieja en este ataúd. No quiero traer ninguna criatura a esto. Aquí no hay sociedad. No hay reglas. No hay prohibiciones. Se las llevaron todas consigo a Kentucky, a Misisipi, a Tennessee. No queda nada. Todo se ha ido a Natchez.

Hizo una pausa y por fin repitió, esta vez más despacio:

—Tengo que irme.

—Muy bien —le dije—. Pues nos vamos.

8

Soy mucho mayor ahora, lo bastante como para entender el hecho de que un embrollo de acontecimientos se puede desenredar hasta revelar un solo hilo. En lo tocante a mi libertad, la situación era la siguiente: yo sabía que en Lockless nunca progresaría más allá del lugar que dictaba mi sangre. Y sabía que, aun en el caso de que lo consiguiera, Lockless, daba igual cuáles hubieran sido sus glorias pasadas, estaba cayendo —igual que estaban cayendo todas las grandes casas de la esclavitud—, y que cuando terminara de caer no me liberarían, sino que me venderían o me pasarían a otras manos. Y ya sabía por entonces que mi genialidad no me salvaría, sino que me convertiría en una mercancía todavía más valiosa. Estaba convencido de que era eso lo que había atraído a Corrine, y que ella, ayudada por la mendacidad de sus criados, estaba empezando a preparar una reclamación todavía en las sombras. Y mi visión de aquella reclamación, y de todo en realidad, había quedado alterada en el momento en que había salido del Goose. Y todo aquello unido —mi conocimiento, mi destino, el hecho de haberme librado de la muerte— era como una bomba en mi pecho, y Sophia y sus intenciones eran la mecha. Así era como la veía por entonces: como la meta necesaria de mis cálculos. Para mí todo tenía sentido, pero habría tenido más lógica si me hubiera dado por pensar que Sophia era una mujer con voluntad propia, provista de intenciones, cálculos y consideraciones propios.

Vino a verme aquella misma semana mientras yo estaba fuera trabajando en un juego de sillas esquineras, y cuando la vi, cuando noté la mecha que me ardía por dentro, sentí una especie de arrojo.

Ella se detuvo y sonrió, miró la silla esquinera y se dispuso a entrar en el cobertizo.

—No te lo recomiendo —le dije—. No es lugar para una dama.

—No soy ninguna dama —dijo mientras entraba.

La seguí adentro y miré cómo quitaba las telarañas y cómo pasaba los dedos por los muebles para ver cuánto polvo podía recoger de una pasada. Caminó por entre los muebles, pasando frente a la butaca de arce tapizada, la mesa Hepplewhite y el reloj reina Ana, con la luz del ventanuco recortándose sobre la oscuridad.

—Ajá —dijo, girándose para mirarme—. ¿Todo esto está aquí para que lo arregles?

—Supongo.

—¿Lo ha mandado Howell?

—Sí. A través de Roscoe. Pero en realidad simplemente me harté de estar allí tumbado esperando a que me dijeran algo. Además, era lo que hacía de niño. Me metía donde podía. Trabajaba donde se me necesitaba.

—Podrías ir a los campos —dijo—. Siempre están buscando un par de manos.

—Ya lo hice bastante, muchas gracias —le dije—. ¿Y tú qué? ¿Has trabajado alguna vez en los campos?

—Me temo que no —dijo Sophia.

Ahora la tenía más cerca, y lo noté porque sentía todo lo que tuviera que ver con ella, y en particular, la distancia exacta que mantenía conmigo. Había una parte de mí que sabía que aquello estaba mal, pero era la parte desacreditada, la parte que había creído que una simple moneda podía dar la vuelta a Virginia y ponerla en contra de sí misma.

—No es lo peor del mundo —dije—. Al menos no tienes a esa gente vigilando todo lo que haces.

Ella se acercó todavía más.

—¿Qué clase de cosas te gustaría esconder? —dijo, acercándose tanto que empecé a sentir que perdía el equilibrio. Apoyé la mano en un mueble, no me acuerdo en cuál.

Ella me miró, se rio y salió del cobertizo.

—¿Podemos seguir hablando? —me dijo, casi en susurros—.

De todo eso.

—Sí, podemos.

—Dentro de una hora —me dijo—. ¿En el barranco?

—Por mí, bien —contesté.

No sé en qué trabajé durante la hora previa a nuestro encuentro. Me pasé la hora entera pensando solo en Sophia. La esclavitud es un anhelo continuo, es nacer en un mundo de artículos prohibidos y seducciones intocables: la tierra que te rodea, la ropa que coses, las galletas que horneas. Así que entierras esos anhelos, porque sabes adónde te van a llevar. Pero ahora aquel anhelo nuevo me planteaba un futuro distinto, en el que mis hijos, fuera cual fuera su suerte, nunca conocerían la tarima del subastador. Y en cuanto vislumbré aquel nuevo futuro, Dios mío, el mundo renació para mí. Estaba encaminado a la libertad, y la libertad se encontraba tanto en mi corazón como en las ciénagas, de forma que la hora que me pasé esperando a nuestro encuentro fue la hora más descuidada que había pasado nunca. Antes incluso de escaparme ya me había marchado de Lockless.

—¿Cómo funciona esto, entonces? —me preguntó. Estábamos en el barranco, mirando más allá de las hierbas silvestres, en dirección al otro lado del bosque.

—Pues no lo sé muy bien —le dije.

Sophia se giró hacia mí con cara de recelo.

—¿No lo sabes? —me preguntó.

—Pongo mi fe en Georgie —le dije—. Es lo único que tengo.

—Georgie, ¿eh?

—Sí, Georgie. No le he hecho demasiadas preguntas; seguro que entiendes por qué. Todo eso en lo que anda metido Georgie... En fin, me imagino que en parte se basa en no hablar demasiado. Así que mi idea es simple. Nos presentamos en el sitio y la hora indicados, sin llevar nada con nosotros, y nos marchamos.

—¿Nos marchamos adónde? —me preguntó.

Me miró fijamente un momento y luego volví a contemplar el barranco.

—A las ciénagas —le dije—. Allí tienen un mundo, todo un mundo clandestino, donde se puede vivir como un hombre.

—¿Y como una mujer?

—Ya sé. Lo he pensado. Quizá no sea el lugar ideal para una dama...

Ella me interrumpió.

—Es la segunda vez que te lo digo hoy, Hi. No soy ninguna dama.

Asentí con la cabeza.

—Me las apañaré —me dijo—. Tú sácame de aquí y lo demás ya lo pensaré por mi cuenta.

Sus últimas palabras —*por mi cuenta*— quedaron flotando en el aire.

—Tú sola, ¿eh? —le pregunté.

Ella me miró sin sonreír.

—Mira, Hiram, necesito que entiendas una cosa. Me caes bien, en serio. —Me estaba mirando fijamente, taladrándome con la mirada, y me dio la sensación de que lo que me decía ahora no podía venir de ningún sitio más hondo—. Me caes bien, y eso que no me caen bien muchos hombres, y cuando te miro veo algo antiguo y familiar, algo como lo que tuve con mi Mercury. Pero me vas a caer mucho peor si tu plan es que lleguemos a ese lugar clandestino y que te conviertas en el nuevo Nathaniel. Para mí eso no es libertad, ¿me entiendes? Para una mujer, la libertad no es cambiar a un hombre blanco por uno de color.

Me di cuenta de que había apoyado la mano en mi brazo. Y de que me lo estaba apretando con firmeza.

—Si eso es lo que quieres, y si es lo que estás pensando, me lo tienes que decir ahora. Si tu plan es esposarme allí y que me ponga a parir terneros, dímelo ahora y ten la decencia de permitirme que decida por mí misma. No eres como los demás. Tienes que hacerme el favor de darme esa opción. Así pues, dímelo. Dime ahora qué intenciones tienes.

Recuerdo su ferocidad en aquel momento. Era un día completamente apacible. A media tarde ya se estaba poniendo el sol en aquella estación de noches largas, que era la estación ideal,

tal como descubriría pronto, para escaparse. No oía pájaros ni insectos ni ramas al viento, de manera que todos mis sentidos estaban concentrados en las palabras de Sophia, unas palabras que por primera vez en mi vida experimenté desprovistas de imágenes por razones que por entonces no pude entender plenamente. Lo que sí entendí fue que ella sentía un miedo terrible de algo, algo que había en mí, y la idea de que yo pudiera representar para ella lo mismo que Nathaniel, de que ella me temiera igual que lo temía a él, me daba miedo y vergüenza a partes iguales.

—No —le dije—. Nunca, Sophia. Quiero que seas libre y deseo que cualquier relación que pueda surgir entre nosotros, si es que surge alguna, sea la que tú elijas.

Ella aflojó la presión y pasó de agarrarme a simplemente tocarme.

—No puedo mentir —le dije—. Espero que algún día, en algún momento, me elijas a mí ahí fuera. Lo confieso. Tengo sueños. Sueños descabellados.

—¿Y con qué sueñas? —me preguntó. Me volvió a sujetar con fuerza el brazo.

—Sueño con hombres y mujeres capaces de lavarse, alimentarse y vestirse por sí mismos. Sueño con jardines de rosales que recompensan a las manos que los cuidan —dije—. Y sueño con poder dirigirme a una mujer por la que tengo sentimientos, y manifestarle esos sentimientos, vociferar esos sentimientos, sin tener que pensar en las consecuencias que eso pueda tener.

Nos quedamos un rato más allí y después nos alejamos juntos del barranco y salimos del bosque. Para entonces el sol ya se estaba poniendo sobre Lockless. Nos detuvimos en el margen del bosque.

—Será mejor que me adelante yo sola —dijo Sophia. Asentí con la cabeza y la vi marcharse hasta desaparecer.

Luego salí del bosque, en dirección a la casa, hasta que pude ver el pasadizo que se adentraba en los Túneles. Y plantada en aquel pasadizo, con los brazos cruzados, estaba Thena.

Thena también había salido transformada de mi cambio de perspectiva. Yo me estaba escapando, un hombre joven con una chica joven, rumbo a una nueva vida, la primera vida de verdad

que íbamos a tener, una vida que aquella gente vieja de color tenía miedo de intentar emprender. Yo había tratado de salvarlos, salvar a todo Lockless, pero ya había renunciado. No eran más que corderos esperando el sacrificio. Todos los ancianos sabían lo que se avecinaba. Sabían lo que susurraba la tierra, porque nadie vive más cerca de la tierra que quienes la trabajan. Yacían despiertos por la noche, escuchando gemir a los fantasmas de los sirvientes pasados, de aquellos a quienes se habían llevado. Sabían lo que se avecinaba y aun así lo esperaban. Y toda la vergüenza y furia que me habían entrado de repente, toda mi rabia y resentimiento hacia quienes habían permitido que eso pasara, hacia quienes habían mirado estoicamente cómo se llevaban a sus hijos, todo esto yo ahora lo estaba descargando sobre Thena, de manera que cuando me vio llegar del bosque, y yo la vi a ella con los brazos cruzados, esperándome a tenerme lo bastante cerca, y vi su cara de desaprobación, me entró una rabia increíble.

—Buenas tardes —le dije.

Thena puso los ojos en blanco a modo de respuesta. Me adentré en el túnel en dirección a mi habitación. Ella me siguió. En cuanto estuvimos dentro, subió el gas de la lámpara de la repisa y cerró la puerta. Se sentó en una silla de la esquina y la llama de la lámpara le proyectó sombras en la cara.

—¿Qué estás haciendo, hijo? —me preguntó.

—No sé qué quieres decir.

—¿Qué pasa, todavía tienes fiebre?

—Thena...

—Has estado muy raro estas últimas semanas, pero que muy raro. ¿Qué pasa, pues? ¿Qué te ha dado?

—No sé a qué te refieres.

—Muy bien, déjame que te lo pregunte así. ¿Qué demonios se te ha metido en la cabeza para que te dediques a rondar por Lockless con la chica de Nathaniel Walker?

—Yo no me dedico a rondar con nadie. Esa chica elige con quién va, igual que yo.

—Eso crees, ¿eh?

—Sí, eso creo.

—Entonces es que eres tan tonto como pareces.

Mi reacción fue fulminar con la mirada a Thena, en un gesto que había aprendido de los hijos que se rebelan contra sus padres. Y yo era un niño, lo sé ahora, un niño dominado por las emociones y destrozado por una pérdida enorme y crucial. Y la estaba sintiendo en aquellos momentos, por mucho que no pudiera ponerle nombre, estaba sintiendo todo lo que había perdido cuando mi madre había caído en aquel agujero negro de la memoria, porque ahora tenía delante a alguien a quien también me exponía a perder. Y no soportaba perderla, era incapaz de mirarla a los ojos y confesarle mi plan, de abandonar a la única madre a la que había conocido. Así que cuando hablé no fue con tristeza ni con sinceridad, sino con rabia y superioridad moral.

—Pero ¿qué te he hecho yo? —le pregunté.

—¿Qué?

—Por todo lo que es sagrado, ¿qué te he hecho para que me hables así?

—¿Para que te hable así? —repitió, y su expresión se volvió casi socarrona—. ¿A ti qué te importa cómo te hablo? Me caíste encima de la nada, yo nunca lo pedí, pero ¿qué hago todas las noches después de romperme la espalda para esa gente? ¿Quién te fríe el beicon y las tortas de maíz? ¿Alguna vez esa chica ha hecho eso por ti? ¿Quién te protege contra todos los planes que hace esa gente para enredarte? ¿Y qué te he pedido a cambio, Hiram? ¿Qué te he pedido?

—¿Y por qué vas a empezar ahora? —le dije. Y le clavé una mirada larga y dura. No era una mirada que nadie mereciera, mucho menos una mujer que me había querido, y menos todavía la mujer que tanto me había cuidado.

Thena me devolvió la mirada como si yo le hubiera pegado un tiro. Pero su dolor pasó enseguida. Fue como si se le hubiera apagado frente a los ojos su última esperanza de que existiera alguna justicia en este mundo malvado, de que existiera alguna luz, y ya solo quedara el final mezquino que ella había esperado.

—Un día te arrepentirás de todo esto —me dijo—. Te arrepentirás todavía más que de los males que te lleguen con esa

chica, y te aseguro que te van a llegar. Pero de hablar así a quien te quiso cuando más indefenso estabas, te aseguro que te vas a arrepentir. —Luego abrió la puerta y solo miró atrás para añadir—: Un chaval como tú debería tener más cuidado con lo que dice. Nunca sabes cuáles son las últimas palabras que le vas a decir a alguien.

No tuve que esperar mucho para que me brotara por dentro el arrepentimiento así prometido, pero cuando llegó fue vencido por otra parte de mí, la parte que solo pensaba en mi huida inminente de aquel viejo mundo, con su tierra agonizante, sus esclavos temerosos y sus blancos pobres y vulgares. Lo iba a dejar todo atrás en pos de la libertad del Tren Subterráneo, y Thena no iba a ser ninguna excepción.

Pasaron los días restantes hasta la mañana de la fatídica promesa de Georgie, que llegó como la vida misma, haciéndose esperar y luego de improviso. Aquel día me desperté lleno de nerviosismo. Me quedé despierto en la cama, confiando en que el día tampoco se quisiera levantar, pero luego oí el movimiento de los Túneles y el ronroneo de la casa de encima, y aquella terrible música me anunció que el día era real, que mi promesa era real y que no me podía echar atrás. De forma que me levanté a oscuras y caminé con mi jarra de arcilla hasta el pozo y de camino vi a Pete, ya vestido y de camino al jardín, y me acuerdo porque fue la última vez que lo vi. En la distancia vi también a Thena en el pozo, sola, sacando agua para hacer la colada. Era un trabajo de lo más duro —sacar el agua, encender la leña, apalear las prendas, preparar el jabón— y lo hacía todo ella. Me acuerdo de que me quedé allí, consciente de lo mal que la había tratado, de que la había despreciado y cubierto de faltas de respeto, sintiendo una intensa vergüenza, y luchando contra ella con mi rabia, con mis «¿quién se ha creído que es?». Esperé a que terminara y me quedé mirando desde el túnel cómo aquella anciana de color cargaba ella sola con el agua, sabiendo ya entonces que me arrepentiría de aquello, de que aquellas últimas palabras que le había dicho a Thena, cuando le di la espalda, me

atormentarían durante el resto de mi vida.

Cuando ya no hubo nadie a la vista caminé hasta el pozo, llené mi jarra y me volví para lavarme y vestirme. Llegué a la boca del túnel y vi salir el sol sobre Lockless, y durante un último momento de emoción sopesé el paso que estaba a punto de dar. Pensé en los océanos y en todos los exploradores sobre los que había leído durante aquellos largos domingos de verano en la biblioteca, y me pregunté qué habían sentido al abandonar tierra firme para poner el pie en la cubierta, contemplando aquel mar y aquellas olas que debían cruzar para llegar a algún reino desconocido. Me pregunté si los había acometido el miedo, si alguna vez habían sentido el impulso de volver corriendo a los brazos de su mujer, de besar a sus hijas y quedarse allí entre ellas, en el mundo que conocían. O bien si habían sido como yo, conscientes de que el mundo que amaban era incierto, de que también debían rendirse al paso del tiempo, de que el cambio era la norma de todas las cosas, y de que si no cruzaban ellos las aguas, pronto las aguas les pasarían a ellos por encima. De forma que tenía que irme, porque mi mundo estaba desapareciendo: Maynard me llamaba desde el Goose y Corrine desde las montañas. Y, por encima de todos, me llamaba Natchez.

Me obligué a salir de mi ensueño. Subí la escalera y hablé con mi padre, que me había encontrado una tarea: trabajar en las cocinas con lo que quedaba del personal de comedor a partir del día siguiente. «Te queda un día de libertad», me dijo. Pero para entonces ya no me importaba nada de todo aquello. Me limité a asentir con la cabeza y lo escruté en busca de señales de que sospechara de mi plan. Pero estaba de buen humor, de hecho hacía semanas que no lo veía de tan buen humor. Mencionó a Corrine Quinn y me dijo que había prometido visitarnos a finales de semana, y me produjo un alivio increíble saber que para entonces yo ya no estaría.

Caminé hasta la biblioteca. Hojeé los viejos volúmenes de Ramsay y Morton. Luego volví a bajar a mi habitación. Me pasé el resto del día escondiéndome de todos. No tuve ánimos para comer. No tuve ánimos para ver a nadie. Ya me había cansado de

reminiscencias y fantasías. Lo que más quería era que llegara el momento indicado. Y llegó, os lo digo, llegó. Se puso el sol, trayendo la larga noche del invierno, y la casa quedó en silencio, el murmullo del día se apagó hasta no quedar más que algún que otro crujido. No me llevé nada conmigo más que mi ambición. Ni ropa, ni provisiones, ni libros, ni siquiera mi moneda, que ahora me saqué del bolsillo del mono de trabajo, la froté por última vez y la coloqué en la repisa. Me reuní con Sophia en el margen del huerto de melocotoneros. Usamos la carretera para marcar nuestro camino, pero nos mantuvimos en el bosque, a cubierto, para evitar que nos viera alguna de las patrullas. Hablamos y reímos como siempre, relajados, pero sin subir la voz, hasta que alcanzamos el recodo del camino y vimos a lo lejos el puente sobre el Goose. Y sintiendo que aquel era el momento y el lugar en el que nadie se atrevía a dar vuelta atrás, nos quedamos callados, enmudecidos por el miedo y el sobrecogimiento. Nos quedamos mirando el puente, que no era más que una franja larga y negra recortándose contra la negrura mayor de la noche. Oí cómo las criaturas reptantes de la tierra se llamaban entre sí. Era una noche encapotada y sin estrellas.

—Ahí está la libertad, pues —dije.

—La libertad —repitió ella—. Seguimos adelante. No más componendas. No más medias tintas. Sin riesgo no hay recompensa.

De forma que salimos del bosque al camino y, a plena vista de la noche, le cogí la mano y me di cuenta de que ella la mantenía firme y a mí me temblaba la mía. Habíamos encomendado nuestras vidas enteras al honor de Georgie Parks. Creíamos en el rumor, en el Tren Subterráneo. Cruzamos el río sin mirar atrás y pusimos rumbo al bosque, cada vez más lejos de Starfall. En los días previos yo me había dedicado a deambular por los caminos secundarios y había encontrado una manera de llegar al punto de encuentro de Georgie deprisa y con discreción. Cuando llegamos al pequeño estanque donde Georgie y yo habíamos estado hacía una semana, nos relajamos un poco.

—¿Qué vas a hacer cuando llegues? —le pregunté.

—No lo sé —dijo ella—. No sé qué hace una chica en una ciénaga. Me gustaría trabajar; trabajar para mí misma. Es mi mayor aspiración. ¿Y tú?

—Alejarme lo más que pueda de ti, supongo.

Nos reímos los dos.

—Estás loca, y lo sabes —le dije—. Has conseguido que me escape. Te aseguro que si conseguimos llegar, o cuando lo consigamos, ya no querré saber nada de las intrigas de Sophia.

—Ajá. Será agradable soltar lastre yo también —dijo Sophia —. Los hombres no me han traído más que montones de problemas, a mí y a los míos.

Nos reímos un poco más. Levanté la vista hacia el cielo sin estrellas y miré a Sophia, que se estaba alejando en dirección al estanque. De repente oí unos pasos y una conversación, y comprendí que la persona que se acercaba no estaba sola. Se me ocurrió esconderme, pero entonces oí claramente la voz de Georgie entre la de los recién llegados, y eso me detuvo. Por fin las voces se apagaron y lo único que oímos fue el crujido de los pasos en el suelo. Le cogí la mano a Sophia y me asomé por un claro entre los árboles. Vi la oscuridad enmarcando la silueta de Georgie Parks.

Sonreí, de eso me acuerdo. Y os digo, como he dicho siempre, que yo me acuerdo de todo, pero quizá en esto me esté engañando a mí mismo, porque era una noche sin estrellas y no podía ver a Sophia más que como una silueta a mi lado, pero juro que recuerdo haber visto la cara de Georgie Parks, y era una cara triste y angustiada, y no supe por qué. Y luego volví a oír los pasos y cinco hombres blancos emergieron de la oscuridad, uno por uno, y vi que uno llevaba una soga en las manos. Y cuando hubieron salido todos, se plantaron delante de nosotros durante lo que pareció una eternidad y oí que Sophia gemía: «No, no, no...».

Luego vi que uno de los hombres le tocaba el hombro a Georgie y decía:

—Muy bien, Georgie, buen trabajo. —Y al oír aquello Georgie nos dio la espalda y volvió a adentrarse en el bosque, y aquellos hombres, con su soga, se giraron hacia nosotros.

—No, no, no —gimió Sophia.

Juro que eran como fantasmas que relucían en la noche como espectros, y supe por sus contornos y por su porte lo que eran exactamente.

9

Los Perros de Ryland nos llevaron, a punta de pistola, a través de aquella noche sin luna y sin estrellas, a través de una negrura tan densa que se podía palpar, tan firme como las cuerdas que teníamos anudadas en torno a las muñecas. Y fui repentinamente consciente del frío, de aquel viento que cortaba como una espada, de manera que me eché a temblar. Aquello fue motivo de gran regocijo para nuestros captores, y aunque yo no podía verlos, sí que podía oírlos reírse y burlarse de mí —«ya es demasiado tarde para temblar, chico»—, porque creían que temblaba de miedo por lo que me iban a hacer. Era cierto que los Perros de Ryland eran temibles y que el hecho de que yo no estuviera completamente aterrorizado solo se podía atribuir al revuelo de emociones —vergüenza, rabia, *shock*— que ahora le llevaban la delantera al miedo. Allí fuera nos podrían haber hecho cualquier cosa; le podrían haber hecho cualquier cosa a Sophia, porque ese era el proceder normal de las cosas. Era el derecho necesario de la Baja Estofa, que carecía de propiedad sobre otros hombres, hacerse momentáneamente con la propiedad de quienes se escapaban, y descargar en ellos todas sus espantosas pasiones. Y desde el momento mismo en que vi desaparecer a Georgie, y a los hombres de Ryland salir flotando del bosque como espectros, sentí que iban a desahogarse con nosotros. Pero no lo hicieron. Se limitaron a sacarnos del bosque y a llevarnos a Starfall, a la cárcel, y allí cambiaron la soga por las cadenas y nos dejaron en el patio como los animales que consideraban que éramos, ataviados con grilletes, durante los que debían de ser nuestros últimos momentos juntos, nuestros últimos momentos en el mundo que conocíamos.

Me acuerdo del peso considerable de las cadenas, cuyo eje central se extendía desde la argolla que tenía en torno al cuello,

pasaba por otra cadena más pequeña con grilletes para las muñecas y bajaba hasta los tobillos, también unidos por grilletes. Y todo aquel entramado de hierro frío estaba engarzado en la barra inferior de la verja que rodeaba la cárcel, de tal manera que ni me dejaba enderezar la espalda ni sentarme para descansar, sino que me obligaba a pasar todo el tiempo encorvado. Llevaba toda mi vida en cautividad. Pero mientras que las circunstancias de mi nacimiento me habían permitido sentir aquella esclavitud como una mera marca o símbolo, la red enorme que me atrapaba ahora no tenía nada de simbólico. Solo podía torcer el cuello en una dirección, donde me esperaba un dolor de una naturaleza distinta, porque allí podía ver a Sophia, encadenada igual que yo, quizá a unos metros de distancia. Me moría de ganas de decir algo trascendental, porque sentía que lo exigía el momento. Quería hablarle de mi gran pena por haberla llevado a aquella otra esclavitud más real y profunda. Quería responsabilizarme ante ella de aquella gran traición. Pero cuando por fin hablé, las palabras que me salieron resultaron ser paupérrimas:

—Lo... lo siento —dije. Había vuelto a agachar la cabeza—. Lo siento muchísimo.

Sophia no contestó.

Lo que ardía en deseos de tener en aquel momento era un cuchillo para degollarme a mí mismo. No podía vivir sabiendo lo que había hecho, lo que le había hecho a Sophia. Y qué frío hacía allí. Noté que se me petrificaban las manos y que la noche se me llevaba las orejas, y supe que estaba llorando porque sentí que se me congelaban las lágrimas, silenciosas, en las mejillas.

En aquel momento, perdido en mi vergüenza, oí un gruñido bajo y rítmico, y noté que con cada gruñido temblaba un poco la barra inferior de la verja. Al cabo de un momento me di cuenta de que era Sophia quien estaba gruñendo. La vi levantar en vilo las cadenas y mover un pie tras otro, acercándose más y más a mí, aunque no estaba seguro de por qué. Quizá quisiera tenerme más cerca para poder susurrarme una maldición arcana o arrancarme una oreja a dentelladas. Se movía con una fuerza enorme, y con cada tirón que daba de la cadena, la barra se levantaba con ella. Yo

no tenía ni idea de que fuera tan fuerte. Empezó poco a poco, deteniéndose después de cada paso, pero a medida que se acercaba sus tirones se volvieron cada vez más enérgicos y rápidos, lo cual me hizo pensar que su plan quizá fuera partir la barra y liberarnos. Pero cuando llegó hasta mí se detuvo, agotada, jadeando por el enorme esfuerzo, y entonces la tuve lo bastante cerca como para poder ver todos sus rasgos, y ella me miró, al principio con cariño, con tanto cariño que, al menos por un momento, mi vergüenza remitió. Luego, forcejeando con sus cadenas, estiró el cuello para señalar con la cabeza hacia delante, más allá de la verja, más allá de la barra, y aunque no lo pude ver, supe que me estaba indicando el poblado de los libertos. Y luego me volvió a mirar y lo que descubrí en ella fue una expresión tan dura que me di cuenta de que también quería un cuchillo, aunque la garganta para la que lo quería no era la suya. Vi que se le tensaba la cara y que enseñaba los dientes. Sophia dio un último tirón para ponerse a mi lado, tan cerca que sentí su aliento en mi mejilla y su brazo tan pegado al mío, tan cerca que por fin pudo apoyarse en mí, y fue eso lo que hizo, tan cerca que sentí su calor, tan cerca que la oscuridad gélida se retiró y dejé de temblar.

II

Si os hubiera de contar las maldades de la esclavitud [...], me gustaría cogeros uno por uno y susurrároslas.

WILLIAM WELLS BROWN

10

Ahora la cárcel de Ryland era mi casa. A Sophia la separaron de mí al día siguiente y no supe adónde se la llevaron. ¿La venderían como señorita de compañía? ¿Se la devolverían a Nathaniel? ¿La mandarían a Natchez? Solo me quedó aquella última imagen de ella, que todavía hoy recuerdo, luchando contra sus cadenas en busca de aquel momento de contacto, dirigiendo su mirada de odio no hacia dentro, no hacia mí, ni tampoco hacia sí misma, sino hacia la vil traición de Georgie Parks. Por entonces yo ni siquiera era consciente de cómo de profunda había sido aquella traición. Pero sabía lo bastante como para albergar un odio tan espeso como el cocido de invierno. Más tarde, muchos años después, entendería la imposibilidad de la situación de Georgie, el hecho de que la Alta Cuna lo había ido dejando sin más opciones que vivir en una cuerda floja en aquel poblado de libertos. Pero por entonces lo odiaba y me consolaba con la idea milagrosa de que algún día Georgie se vería expuesto a mi cólera.

Me arrojaron a una celda fría y húmeda con una manta mugrienta, un catre de paja para dormir y un cubo para hacer mis necesidades. Todos los días me sacaban temprano, me ponían a hacer ejercicio y me lavaban. Me aplicaban betún en el pelo y aceite por el cuerpo. Y luego me hacían formar junto a los demás, todos en cueros, en el vestíbulo de la cárcel. Los mercaderes de esclavos, los buitres de Natchez, entraban y hacían lo que querían conmigo. Eran una visión atroz, los más bajos de los blancos de baja estofa, porque, a diferencia de sus hermanos, aquellos hombres, aunque se originaban en el mismo nivel inferior, se habían enriquecido con el mercadeo de esclavos, y aun así parecían regodearse en sus raíces degeneradas, en su indumentaria desastrada, en sus bocas desdentadas, en sus olores hediondos y en

su costumbre de escupir tabaco allí donde les daba la gana con un gesto absurdamente teatral. La Alta Cuna les hacía el vacío, porque el tráfico de esclavos todavía se consideraba un negocio con mala reputación. De manera que no alojaban a los traficantes en sus casas ni tampoco los invitaban a sus bancos de la iglesia los domingos. Llegaría un momento en que el oro pesaría más que la sangre. Pero aquello seguía siendo la antigua Virginia, donde un dios de métodos dudosos sostenía que quienes ofrecían a un hombre en venta eran por alguna razón más honorables que quienes ejecutaban dicha venta.

Aquel vacío provocaba un gran resentimiento entre los traficantes, y ese resentimiento lo descargaban en nosotros. Se regodeaban en su trabajo, de manera que en aquel vestíbulo se nos acercaban casi bailando, y cuando me agarraban la nalga para comprobar su firmeza, me la apretaban con energía y vigor; y cuando me ladeaban el mentón bajo la luz, comparándome el cráneo con sus teorías frenológicas, siempre se aseguraban de sonreír un poco; y cuando me metían los dedos en la boca en busca de dientes podridos, o cuando me golpeaban en las extremidades en busca de antiguas heridas, siempre tarareaban una melodía para sus adentros.

Durante aquellos «exámenes» yo me retraía, porque enseguida aprendí que la única forma de sobrevivir a aquellas invasiones era soñar, dejar que el alma se me escapara del cuerpo, que volara de vuelta a Lockless y a otra época, una en que yo había entonado canciones de trabajo —*«Be back, Gina, with my heart and my song»*—, o bien me había plantado delante de Alice Caulley y le había recitado su historia, o bien me había sentado bajo la pérgola, compartiendo una jarra de cerveza y acariciando todos mis deseos y anhelos. Pero no eran más que sueños. La verdad era que yo estaba allí, en el espantoso presente, siendo manoseado por unos hombres que se vanagloriaban de su poder para reducir a un hombre a un simple trozo de carne.

Así pues, allí estaba ahora, sepultado en el sarcófago de la

esclavitud, porque había que admitir que lo que había soportado en Lockless no era comparable a aquello, y tampoco se parecía en nada a lo que seguramente me esperaba. Y no estaba solo. Compartía celda con dos personas más. Uno era un chico de pelo castaño claro, a quien apenas le eché doce años, un chico que nunca sonreía ni tampoco hablaba y que conservaba ese aspecto endurecido de quien ha sido sirviente mucho tiempo. Pero era un niño, tal como nos revelaban de noche los gemidos temerosos que dejaba escapar en sueños y sus pequeños bostezos por la mañana. Todas las noches, después de nuestra cena a base de sobras, lo venía a visitar su madre. Y a juzgar por las ropas de la mujer, que estaban por encima de la gruesa arpillera que llevaban los Sirvientes, sospeché que era una liberta, pero que de alguna forma había perdido la potestad sobre su hijo. Se sentaba en el suelo de delante de la celda, metía la mano entre los barrotes y así pasaban los momentos en silencio, cogidos de la mano, hasta que Ryland la echaba. Había algo dolorosamente familiar en aquel ritual, algo que reconocía una parte antigua y olvidada de mí, como una escena de otra vida no recordada.

Mi otro compañero de celda era un viejo. Tenía la cara arrugada por la edad, y sobre el océano de su espalda se le veían las muchas travesías del látigo de Ryland. Fueran cuales fueran mis miserias durante aquellos días en la cárcel de Ryland, nada de lo que yo soporté se podía comparar con lo que le llovía encima a aquel viejo. Al chico y a mí nos protegía la matemática de los beneficios. En cambio, aquel viejo, a quien se le habían acabado los días de resultar útil, y por quien apenas se podía sacar calderilla, ya era carne para los perros. En cualquier momento del día, cuando les venía en gana, aquellos hombres sacaban al viejo y lo obligaban a cantar, bailar, arrastrarse, ladrar, cloquear o llevar a cabo cualquier otra indignidad. Y si aquella actuación no satisfacía a alguno de ellos, se echaban encima de él con puños y botas, lo golpeaban con riendas de caballo o látigos de cochero, le lanzaban pesas y sillas, o bien agarraban cualquier otra cosa que tuvieran a mano. Y cada vez que yo lo contemplaba experimentaba una vergüenza atroz, aunque no la reconocía como tal, vergüenza de

mí mismo por carecer por completo de la capacidad de ayudarlo.

Fueron horas oscuras para el alma. Mi compasión por aquellos dos se la tragó rápidamente la sensación de que era aquella misma piedad estúpida la que me había hecho terminar allí. Me bullían las sospechas en la mente. Quizá todo fuera una conspiración. Quizá Sophia estuviera implicada. Quizá Thena los hubiera puesto sobre aviso. Quizá estuvieran todos sentados en alguna parte, riéndose con Corrine Quinn, o incluso riéndose con mi padre, de mis estúpidos sueños de libertad. De forma que la vergüenza y la compasión enseguida cedieron el paso a una insensibilidad que ya no me ha dejado nunca.

Recuerdo una noche. Yo estaba tumbado en el suelo húmedo de piedra. La madre del niño se había marchado. Oía a los hombres de Ryland en la parte de delante, borrachos y enfrascados en una partida de póquer.

Aquella noche, por alguna razón, el viejo sintió la necesidad de hablar. La oscuridad me trajo su voz. Primero me dijo, con un susurro cascado, que le recordaba a su hijo. No le hice caso y traté de ponerme cómodo entre mi catre de paja y una manta comida por las polillas, en busca de cualquier calidez que pudiera encontrar. De forma que me lo repitió en un tono que transmitía los privilegios de su edad.

—Lo dudo —le contesté.

—No eres él, ciertamente —dijo—. Pero me he fijado en ti y sé que tienes su edad y que llevas la misma mancha que debe de llevar él. Estamos separados, pero cuando sueño con él por las noches, sueño con un hombre que ha sido traicionado. Y ese hombre tiene una expresión muy parecida a la tuya.

No dije nada.

—¿Por qué te han encerrado aquí? —me preguntó.

—Por escaparme —respondí—. Me escapé de la Servidumbre y me llevé conmigo a la dama de compañía de otro hombre.

—Pero no te han matado —dijo sin emoción—. Debe de ser porque todavía te pueden sacar algún servicio. Aunque seguramente en otra tierra, donde nadie conozca tu nombre y donde tus pecados jactanciosos puedan pasar por las mentiras de

un hombre encadenado y humillado.

—¿Por qué te tienen encerrado a ti? —le pregunté.

—Para divertirse, supongo —contestó, y soltó una risilla en la oscuridad—. Ya no me queda nada de vida. ¿No lo ves?

—La misma que al resto de nosotros —le dije.

—No la misma que a ti. A ti aún no te ha llegado tu hora. Ni tampoco a ese —apuntó haciendo un gesto hacia el chico—. Sí, es obvio que mi gente me está llamando para que me reúna con ella. Sé que estoy destinado a morir aquí, entre tormentos, porque voy engalanado de pies a cabeza con los peores pecados.

Ahora el viejo ya no podía parar, y aunque era noche cerrada, vislumbré que se incorporaba hasta sentarse y se quedaba mirando el vestíbulo, donde podíamos ver la luz de los fanales ahuyentando las sombras de la otra sala y todavía oíamos a los hombres de Ryland prorrumpir en alguna risotada esporádica. De vez en cuando, la respiración suave del niño se encallaba en forma de pequeños ronquidos.

—Tuve una vida recta —dijo—. Y no viví solo. Pero cuando me encontré ahí fuera a solas, el último hombre, sin una sociedad que aplicara una ley verdadera, supe que había llegado mi hora.

»El mundo avanza, pero ha dejado atrás estas tierras. Hubo un tiempo en que el condado de Elm era como el hijo único del Señor, su preferido. Hubo un tiempo en que esta tierra albergaba a lo más granado de la sociedad, y los blancos de aquí eran todo majestuosidad y esplendor, grandes bailes y ecos de sociedad. Yo soy testigo. Salía muy a menudo por el río con la barcaza de mi señor. Veía las fiestas que montaban. Tú ya has nacido en los años de la decadencia, pero yo me acuerdo de cuando vivían de banquete en banquete y sus mesas estaban siempre abarrotadas de panes de calidad, pasteles de codorniz y grosellas, burdeos, sidra y toda clase de exquisiteces.

»Para nosotros no había nada, cierto, pero teníamos nuestras recompensas. Nuestra recompensa era la tierra firme que pisábamos. Hablo de una época en que un buen hombre podía formar una familia y después ver cómo hacían lo mismo sus hijos y los hijos de sus hijos. Mi abuelo lo vio todo, ya lo creo. Lo trajeron

de África. Aquí encontró al Señor. Conoció a una mujer y nacieron varias generaciones bajo su amparo. No digo que fueran grandes tiempos para nosotros, pero sí de tanta bonanza que hasta un sirviente podía vivir su vida hasta el final mismo. Podría contarte historias, chico. Podría hablarte de las carreras de caballos y del día en que Planet corrió tanto que salió volando. Pero da igual. Me has preguntado por qué me metieron aquí, así que eso es lo que te contaré.

Yo había oído antes aquellas historias. Se había vuelto habitual rememorar el bienestar de los viejos tiempos, el consuelo relativo que solía producir el hecho de conocer a tu madre, de tener primos en la hacienda vecina y de haber vivido Navidades que todavía perduraban en la memoria. Pero ese consuelo no era la libertad, y se podía tener certidumbre sin tener nunca seguridad. Era justamente aquel sistema de certidumbres el que había puesto a Sophia en manos de Nathaniel y el que me había creado a mí. En la esclavitud no había paz, porque cada día que pasas bajo el gobierno de otro es un día de guerra.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté al viejo.

—¿Qué más da? —respondió—. Lo que importa es que amé a una mujer, y que por culpa de ese amor me olvidé de mi nombre. Ese fue mi pecado, la causa de que me encuentre aquí, contigo, y con ese chico, y dejado a la merced de esos blancos viles.

Intentó ponerse de pie usando a modo de apoyo los barrotes de hierro. Me levanté para ayudarlo, pero él me alejó con un gesto. Se las apañó para apoyarse en los barrotes, pasando el brazo izquierdo entre ellos para darse sostén.

—Estuve casado de joven y viví muchísimos años con toda la felicidad a la que pueden aspirar un hombre y una mujer. Vivíamos entre los Sirvientes, ya sabes, pero la Servidumbre nunca vivió en nosotros. Tuvimos un hijo. Creció recto y cristiano. Todo el mundo lo tenía en alta estima: la Alta Cuna, la Servidumbre y la Baja Estofa. Trabajaba la tierra como si fuera suya y pensaba que quizá por ello los amos le querrían conceder la libertad, a lo mejor cuando murieran.

»Era un chaval con grandes ideas. Todos lo sabían. Las chicas

se peleaban por el legado de aquel chico. Él esperaba a una muchacha llena de honor y no aceptaba a ninguna que no estuviera a la altura de su madre. Pero entonces murió, mi mujer, mi vida entera, ya lo creo. La fiebre me la quitó. Lo último que me pidió fue algo simple: "Protege a nuestro chico. No dejes que venda su legado por leña".

»Y mantuve esa promesa. Le hice cumplir con la ley verdadera. Y cuando tomó una esposa, una chica que trabajaba en las cocinas, fue como si viéramos regresar al espíritu de su madre, porque la chica era honorable y servía con el mismo ánimo lleno de brío que mi hijo.

»Pasaron los años. Nos convertimos en algo nuevo, en otra familia. Recibí la bendición de tres nietos, pero solo uno, un niño, pasó del año. Los lloramos mucho cuando murieron, porque el amor que fluía entre nosotros era fuerte, comparable al río James, y todo ese amor se lo dimos al único que había sobrevivido.

»Pero la tierra ya no era lo que había sido, y la Alta Cuna cambió de negocio. El nuevo negocio éramos nosotros, y cada semana cuando pasábamos lista veíamos que faltaban más jornaleros.

»Una noche, después del recuento, el capataz se dirigió a mí a solas. Me dijo: "Todos los que somos de por aquí siempre hemos creído que eres un buen hombre. Tú y tu familia sois como hijos para nosotros, os llevamos cerca del corazón. Pero ya sabes que ahora la tierra entona un canto fúnebre. Me rompe el corazón decirte esto, pero necesitamos deshacernos de tu hijo. Lo siento. Es por el bien de todos. Vengo a decírtelo a ti primero porque soy un hombre honorable. Hemos hecho todo lo que hemos podido para asegurarle un poco de consuelo. Lo mejor que puedo hacer es mandar con él a su mujer y a su crío. No puedo hacer más".

Ahora era yo quien estaba de pie. No le quitaba el ojo de encima al viejo por miedo a que se cayera. Todavía nos llegaba una luz procedente del vestíbulo. Las risas se habían vuelto un poco más graves, aunque se oían menos voces.

—Cuando me dijeron aquello, me quedé en *shock* —me dijo —. Me volví a mi habitación. Estaba temblando. Empecé a verlo

todo negro. Salí al bosque para dirigirme al Señor. Pero te aseguro que no pude hablar. Dormí al raso y por la mañana no salí al campo. Debían de saber que estaba de duelo, porque el capataz no vino a por mí.

»Aquel día deambulé por los campos cercanos con la única compañía de mis pensamientos. Caminé, pero no corrí. Una idea me roía por dentro. Aquella gente era tan ruin que era capaz de separar a un padre de su único hijo. Yo no me engañaba. Mi vida entera pertenecía a otros. Había nacido en la ratonera. No tenía escapatoria. Esa era mi vida. Pero daba igual cuánto lo dijera, una parte importante de mí no se lo había creído nunca. Y entonces se llevaron a mi chaval.

»Aquella noche fui a hablar con él. Le conté lo que me habían dicho. Su cara era una roca, ya lo creo. No mostraba ningún miedo, era demasiado fuerte, y aquella fuerza suya me hundió y me hizo echarme a llorar. “No llores, padre”, me dijo. “De una forma u otra, celebraremos nuestra Gran Reunión”.

»Al cabo de dos días, el capataz me mandó a hacer un recado al pueblo. Pero antes de irme, vi un carruaje conocido en la casa. Y de aquel carruaje salieron los hombres de Ryland; y supe que había llegado el momento de nuestra separación. Me fui de allí intentando reconfortarme con la idea de que mi chaval tendría una buena esposa y de que lo natural era que todo les fuera bien.

»Pero cuando llegué a casa, su mujer seguía allí y mi hijo ya no estaba. Fui a verla aquella noche, con la rabia creciéndome por dentro, y me contó que se los habían llevado a él y a su bebé, que Ryland no se los había querido llevar a todos. Y a continuación se vino abajo delante de mí, enloquecida, aullando. Cuando recobró la compostura y se puso de pie, ya no distinguí su cara, sino a un espectro de mi mujer. Y me acordé entonces de lo que ella me había pedido: “Protege a nuestro chico”. Fue entonces cuando supe que era un hombre acabado, porque un hombre que no es capaz de honrar el último deseo de su mujer no es un hombre, ni siquiera está vivo.

»La chica me dijo que no podía seguir viviendo. Tenía otra familia y había visto a muchos de sus miembros acabar de la

misma forma, en Natchez. Nadie podía saber quién iba a ser el siguiente. ¿Por qué razón teníamos que vivir desconectados de esa forma? El árbol de nuestra familia había sido dividido —las ramas por aquí y las raíces por allá—, partido para hacer leña.

»Estábamos enloquecidos de dolor. Te lo aseguro. La chica me cogió de la mano, y cuando se volvió a girar, vi la cara de mi mujer. Luego me sacó de la casa en plena noche. Caminó hasta las cocinas y supe lo que estaba planeando. Nos habrían desollado vivos. La arrastré de vuelta a la casa y la acosté. Cuando llegó la mañana, volvía a ser ella misma y usaba el mismo atuendo que todos los sirvientes tenemos que llevar para vivir.

Yo conocía las ideas del hijo del viejo y me veía reflejado en sus ambiciones, en su noción de que podría demostrar su nobleza y de esa forma alcanzar sus aspiraciones. No costaba tanto de entender. Pero la Servidumbre no negocia, no transige, solo devora.

—Llegó un día en que la chica dio gracias por mi sabiduría, si se la puede llamar así. Estábamos unidos por el dolor. Nos habían quitado a nuestras familias. Y vivir los dos cada uno por su cuenta, en Virginia, era una vida que no podíamos permitirnos.

Llegado este punto el viejo hizo una pausa y tuve la espantosa sensación de saber exactamente qué iba a decir antes de que lo dijera.

—Era natural que la amara. Es natural que el hombre y la mujer formen una familia —explicó—. En aquella gran hacienda, y después de que nos arrebataran a los nuestros, era natural que estuviéramos unidos. Y pasamos unos años juntos. No lo voy a negar. No la voy a culpar a ella. Diré simplemente que he pecado en un mundo de pecadores terribles, que es un mundo construido para separar al padre del hijo, al hijo de la esposa, y que tenemos que devolver el golpe con cualquier arma que tengamos a mano.

»Un día regresó un hombre blanco que había trasladado su propiedad un tiempo atrás a Misisipi. Contó que había vendido sus tierras porque no podía acostumbrarse a aquella gente tan salvaje. Y que había regresado con sus hombres. Y me enteré de que entre aquellos hombres estaba mi querido hijo.

»En aquel momento supe que ya no podía seguir viviendo. Un hombre vuelve de la tumba para descubrir que su padre ha tomado a su mujer. Aquel padre no podía ser yo. Esa noche fui a las cocinas, como había intentado hacer tiempo atrás mi hija, mi nueva esposa, y les pegué fuego. Sabía lo que me harían. Era inevitable. Pero antes de que me lo hicieran, expiaría mi parte. Y devolvería el golpe.

—O sea, ¿te dan palizas por orden de tu amo? —le pregunté.

—Me dan palizas porque pueden —respondió—. Porque soy viejo, y no van a sacar dinero de mí. Un día soltaré mi último aliento, lo sé. Pero ¿quién me dará la bienvenida en el más allá?

Y empezó a resbalar hacia abajo por los barrotes de la celda. Lo oí llorar y fui a su lado; él se dejó coger en brazos y me preguntó:

—¿Qué me dirá la madre de mi único hijo? ¿Sabrá que he hecho lo que he podido con lo que he tenido? ¿O bien esa mujer que acudió a mí en su última hora, que me encomendó una tarea que ningún hombre de color podía cumplir, se apartará de mí para siempre?

No le contesté. No tenía respuesta. Lo ayudé a ponerse de pie y sentí aquella piel suya como cuero agrietado que a duras penas podía contener sus huesos. Lo llevé hasta su catre y lo acosté. Y escuché cómo lloraba por lo bajo, repitiendo una y otra vez: «Oh, ¿quién me dará la bienvenida en el más allá?». Y lo seguí escuchando hasta que se quedó dormido. Y cuando me quedé dormido yo también, volví a soñar con el mismo campo que había visto meses atrás, un campo lleno de mi gente y en el que Maynard, que era mi hermano, sostenía la cadena.

El niño fue el primero en marcharse. Se lo llevaron en una fila de engrillados de color rumbo al oeste. Lo vi desde el patio de atrás, adonde nos habían llevado, como hacían periódicamente, para soportar una vez más que nos examinaran y nos tasaran. Su madre caminaba despacio junto a los engrillados, siguiendo el paso de su hijo. No iba encadenada. Iba en silencio y vestida de blanco, y cada

vez que podía le tocaba el hombro a su hijo, le agarraba el brazo o le cogía la mano. La comitiva se alejó por la carretera hasta desaparecer. Era por la mañana y el día estaba despejado. Yo seguía en el patio, siendo manoseado, vulnerado, ultrajado, saqueado. Hacía lo que podía para refugiarme en mi mente, para no estar allí. Pero la imagen de aquel chico, desapareciendo carretera abajo en medio de aquella fila, y la imagen de su madre, tan familiar de otra vida, me trajeron de vuelta.

Media hora después de que la comitiva desapareciera, yo seguía en el patio cuando oí chillidos y aullidos y al mirar en aquella dirección, vi que había regresado la madre del niño.

—¡Malditos seáis, asesinos de niños! —chilló—. ¡Malditos, habéis asesinado a mis niños! ¡Acabaréis todos en el infierno! ¡Que un dios justo disperse vuestros huesos!

Su aullido cortó el aire y el patio entero se giró hacia ella. Venía caminando hacia nosotros, soltando alaridos, maldiciendo a Ryland y a todos aquellos que participaban en aquel tráfico salvaje. Muchos de los que nos íbamos lo hacíamos con dignidad y respeto. Y pensé que resultaba absurdo aferrarte a la moralidad cuando estabas rodeado de gente que no tenía ninguna. De manera que ver a aquella mujer llorando allí desconsolada, invocando la cólera de Dios, me dio energías. Pareció que crecía a medida que se nos acercaba, con unos pasos que me dio la sensación de que hacían temblar el suelo, hasta que incluso aquellos chacales del sur dejaron lo que tenían entre manos. La mujer que se había ido por la carretera era una joven madre, pero la que había vuelto era distinta. Sus manos eran garras. Tenía el pelo en movimiento e inflamado. Ryland fue a recibirla en la verja. Ella le arañó los ojos. Le mordió la oreja. Él gritó de dolor. Pronto llegaron los demás, la redujeron, la tiraron al suelo, le dieron patadas y le escupieron. Yo no hice nada. Entended que vi todo esto y no hice nada. Vi a aquellos hombres que vendían a niños y derribaban a golpes a una madre y no hice nada.

Se la llevaron a rastras, con un perro tirando de cada brazo. Ahora tenía la ropa blanca sucia y hecha jirones. Y mientras se la llevaban a rastras la oí aullar, casi con ritmo y melodía, como las

viejas canciones de trabajo:

—¡Asesinos, así os llamo! ¡Subastadores de mis hijos! ¡Perros de Ryland, perros de Ryland! ¡Que un dios justo os haga pasto de los gusanos! ¡Que el fuego negro os reduzca a huesos retorcidos y viles!

El siguiente en irse fue el viejo. Se lo llevaron una noche para divertirse con él y ya no lo trajeron de vuelta. Se había confesado delante de mí, y una vez hecho, ya estaba listo para irse en pos de su recompensa.

A mí no me esperaba nada tan simple. Mi servidumbre acababa de empezar. Solo llevaba tres semanas allí. Pasaba hambre y sed. Nos mantenían con las fuerzas justas para hacernos trabajar y lo bastante hambrientos como para hacernos sufrir. Me alquilaron para realizar varias tareas por el condado. Desbrocé suelo helado. Vacié letrinas y cargué con aguas fecales. Acarreé cadáveres y cavé tumbas. Durante aquellas semanas vi cómo traían y vendían a un gran número de gente de color, hombres, mujeres y niños. Me sorprendió seguir allí después de tanto tiempo. Empecé a sospechar que me habían elegido para infligirme algún tormento especial. Era joven y fuerte, y deberían haber encontrado un comprador para mí en cuestión de días. Pero pasaban las semanas y la gente seguía yéndose y yo me quedaba.

Por fin, cuando se presentaron los primeros atisbos de la primavera, apareció un comprador. Ryland me sacó encadenado. Me habían amordazado y vendado los ojos. Oí que uno de mis carceleros decía:

—A ver, amigo, has pagado un buen precio, lo sé, pero imagino que ves cuánto sales ganando de este trato. El chaval es joven y está sano. En el campo trabajará como diez jornaleros.

Hubo un momento de silencio y luego habló otro de mis carceleros:

—Lo hemos tenido aquí más tiempo del que nadie debería. Ha venido la mayor parte de Luisiana para intentar llevarse a este chico. Demonios. Y de Carolina.

Sentí que me tocaban unas manos ásperas. Alguien me estaba inspeccionando, pero para entonces ya me había acostumbrado.

Aunque este hecho en sí era lo peor: que un hombre pudiera sentir su propio ultraje como algo natural. Pero ahora era distinto porque yo tenía los ojos vendados y no podía ver ni al comprador potencial ni saber dónde iba a poner a continuación las manos.

—Y se os ha pagado bien por vuestro tiempo y por cualquier molestia —dijo el comprador—. Pero no por vuestros modales ni por vuestra conversación. Dejadme con lo que me pertenece justamente a mí y yo os dejaré con vuestro trabajo.

—Solo estábamos charlando —repuso el otro—. Mostrando un poco de cordialidad.

—No os lo ha pedido nadie —dijo el hombre.

La conversación se terminó ahí. Cargaron conmigo, como la cosa que era, hasta la parte de atrás de un carruaje. No veía nada por culpa de la venda. Pero sentí que el carruaje avanzaba a buen ritmo y durante varias horas no oí ni una palabra ni un murmullo del cochero, solo los ruidos del bosque y de la carretera retumbando por debajo de nosotros, hasta que llegamos a una parte del camino en que el carruaje aminoró la marcha. Pude sentir entonces que subíamos y bajábamos varias colinas. Hasta que por fin nos detuvimos. Me cogieron en volandas. Me soltaron los brazos. Y me quitaron la máscara.

Me encontraba pisando tierra firme. Levanté la vista y me di cuenta de que era de noche. Y entonces vi a mi captor. Me lo había imaginado como un gigante, pero en realidad era de tamaño medio y no tenía nada destacable: un hombre ordinario. Estaba demasiado oscuro para distinguir ninguno de sus rasgos, y en cualquier caso no tuve tiempo de someterlo a examen. Intenté mantenerme de pie, pero me fallaron las piernas y me caí. Luego me volví a incorporar, y esta vez mi captor me dio un empujón suave y caí hacia atrás, pero en vez de darme contra el suelo, que era donde creía tener los pies, caí más allá. Y al levantar la vista otra vez descubrí que estaba en un foso. Y entonces oí que se cerraba sobre mí la puerta del foso al que había caído.

Volví a levantarme, con pasos inciertos y sintiendo el suelo temblar debajo de mí, y apenas pude erguirme antes de que mi cabeza tocara un techo de tierra dura. Estiré los brazos y encontré

paredes de raíces y madera que mantenían en su sitio la tierra que me rodeaba. Tomé las medidas de mi mazmorra. Era más o menos de mi altura y quizá medía el doble de largo y ancho. La oscuridad era total, iba más allá de las vendas en los ojos, la noche y tal vez la ceguera misma. Una especie de muerte. Me acordé del *Marvell's Book of Wonders*, de la entrada sobre los océanos y de que su masa podía tragarse continentes enteros, que a su vez se podían tragar una cantidad innumerable de personas como yo. Me vi a mí mismo de niño, en el suelo de la biblioteca, invocando todos mis poderes para calcular la anchura del océano, hasta que la cabeza me palpitó en los límites de la percepción. Y en ese momento, sumido en la oscuridad, en esa muerte aparente, sentí que estaba perdido en un océano, que era un cuerpo hundiéndose en la gran espuma.

Había oído historias de hombres blancos que compraban a gente de color simplemente para poner en práctica sus placeres más descabellados; hombres blancos que nos mantenían encerrados por el puro placer de poder hacerlo; hombres blancos que compraban a gente de color para obtener el éxtasis del asesinato; hombres blancos que compraban a personas de color y las diseccionaban para hacer experimentos de ciencias demoníacas. Y me dio entonces la sensación de haber caído en manos de uno de aquellos blancos, de estar viéndome sometido a la venganza perfecta de Virginia, del condado de Elm, de mi padre y del Pequeño May.

11

El tiempo perdió todo su significado. Los minutos ya no se podían distinguir de las horas y, a falta de sol y de luna, el día y la noche se volvieron ficciones. Al principio me fijé en el olor de la tierra, en los sonidos ocasionales que venían de arriba, pero muy pronto —es imposible saber cuándo— se convirtieron en ruidos inútiles para mí. La barrera que distinguía el sueño y el mundo de la vigilia se disipó, de forma que los sueños pasaron a ser indistinguibles de las ilusiones y fantasías que ahora empezaban a embrujarme la mente. Vi muchísimas cosas allí abajo, vi a muchísima gente. Y entre aquellas visiones hubo una en particular que asumió una importancia especial, porque, entre todas las visiones que me asaltaron, pronto me quedó claro que aquella no era un artefacto, sino un recuerdo verdadero.

Éramos jóvenes, y yo estaba en mi primer año de cuidado de mi hermano. Corría un largo sábado de verano y los amos de Lockless estaban aburridos, lo cual les prestaba a sus actos habituales de opresión un elemento añadido de originalidad y de capricho. De manera que a Maynard, que por entonces era un niño, se le ocurrió la perversa idea de hacer salir a todos los Sirvientes de los Túneles y hacerlos formar en el campo de bolos. Me ordenó a mí que hiciera correr la voz. Obedecí y menos de media hora después ya estuvieron todos en el césped, donde Maynard anunció a los Sirvientes congregados —viejos y jóvenes, algunos agotados por el trabajo en el campo, otros vestidos con los gabanes y los zapatos bruñidos de la casa— que tenían que hacer una carrera para entretenerle. En la escala de las humillaciones posibles, y comparada con todas las penurias que nos hacían pasar entonces, aquella no era la peor. Pero sí era una humillación, y lo que la hacía serlo doblemente para mí era el hecho de que yo todavía no

había entendido mi lugar en el orden de las cosas, porque mientras veía a Maynard organizarlos en grupos para que se enfrentaran en las carreras, oí que me llamaba:

—¿Qué haces, Hi? Ven aquí.

Lo miré un momento sin entenderlo.

—Ven aquí —repitió.

Y por fin caí en la cuenta de lo que me estaba diciendo. Yo también tenía que correr. Era el mismo año en que me habían sacado de mis lecciones con el señor Fields. Me acuerdo de que las miradas de todos confluyeron en mí, y lo que percibí en ellas fue al mismo tiempo compasión por mí, quizá inmerecida, y asco hacia Maynard. De forma que mi hermano me puso con tres de los demás y echamos a correr en pleno calor de agosto hasta el borde del campo. Para cuando nos dimos la vuelta para correr de regreso, yo ya los había dejado atrás a todos, porque, aunque no puedo hablar por ellos, yo estaba corriendo de verdad, estaba corriendo tanto que cuando se me enganchó el pie en algo duro que asomaba del suelo, una roca o la vieja raíz de un árbol, salí volando y me estampé contra el suelo del campo. Regresé renqueando a la línea de salida, donde me encontré a Maynard riendo, con un humor excelente y organizando al próximo grupo. Durante las tres semanas siguientes fui cojo por la casa cumpliendo con mis obligaciones, y con cada paso que daba, el dolor intenso de mi tobillo era un recordatorio constante de mi estado.

La visión se repitió en mi mente como si girara en una especie de carrusel, intercalada con otras de Thena, del viejo Pete, de Lem y de la mujer que bailaba en el puente, mi madre. Pero sobre todo había oscuridad, una oscuridad total, hasta que llegado un punto, horas, días o semanas después de que me depositaran allí, vi que una franja de luz traspasaba el techo de mi mazmorra. Correteé como una rata hasta la esquina más lejana de mi cajón. Y entonces oí un golpe: algo cayó en el suelo y una voz me vociferó:

—Sal. —Aquella voz sonaba por encima de mí—. Sal.

Caminé hasta allí y toqué los travesaños de la escalerilla. Vislumbré la luz del crepúsculo y, recortándose contra ella, el contorno de aquel hombre ordinario que me había llevado allí, mi

carcelero.

—Sal —me dijo.

Subí la escalerilla. Cuando llegué arriba, más que ponerme de pie frente a aquel hombre ordinario, me quedé en cuclillas. Estábamos en un pequeño claro del bosque. A lo lejos vi el último aliento anaranjado del sol poniente asomar apenas por encima de los dedos oscuros del bosque. En aquel claro, mi captor había montado un recibimiento absurdo: dos sillas de madera con una mesa entre ambas. Me señaló una de las sillas, pero no me senté. El hombre ordinario se dio la vuelta, caminó hacia la otra silla, se giró hacia mí y tiró un paquete en mi dirección. Estiré el brazo para atraparlo, sentí que se me escurría de los dedos y palpé el suelo en su busca. Era un pedazo de pan envuelto en papel. Lo engullí y en aquel instante supe que no había experimentado hambre de verdad hasta que quedé atrapado en aquel foso. No sabía cuánto tiempo llevaba sin comer, pero había sido el suficiente como para que las punzadas del hambre se alejaran de mí, como un visitante que deja de llamar a una puerta cuando ve que no hay nadie en casa. Pero el mendrugo de pan revivió mi apetito. Me quedé quieto, experimenté una convulsión y luego, mirando la mesa, me di cuenta de que había varios paquetes y algo más esencial: una jarra de agua.

Ni siquiera pregunté. Fui dando tumbos hasta la mesa y bebí dejando que el agua me cayera por la garganta, por los lados de la boca y por encima de la camisa larga y el gabán, cuyo intenso olor percibí ahora. El mundo de las sensaciones empezó a regresar a mí. Estaba hambriento y tenía un frío terrible. Desenvolví otro pedazo de pan, lo devoré a toda prisa y luego cogí otro. Iba a por el siguiente cuando aquel hombre ordinario me dijo en voz baja:

—Ya basta.

Me giré y lo vi sentado no muy lejos de mí. Estaba anocheciendo y la oscuridad no me permitió captar plenamente los rasgos de la cara del hombre ordinario, que estaba allí sentado en su silla, sin decir nada. Me quedé esperando y temblando de frío. Entonces advertí una luz a lo lejos que fue creciendo a medida que se nos acercaba. Oí ruedas de carromato crujiendo sobre el camino

y por fin se detuvo frente a nosotros un coche de caballos cubierto. Junto al cochero había sentado un hombre con un fanal. El cochero se bajó e hizo una señal con la cabeza al hombre ordinario, que me indicó por señas que me metiera en el carromato. Subí y advertí que dentro había varios hombres de color. Y entonces partimos, traqueteando por el camino, con el carromato sacudiéndose y crujiendo debajo de nosotros. Examiné a los demás hombres reunidos allí y me pregunté qué nuevas depredaciones nos aguardaban. Y no había cadenas, ¿quién las necesitaba? Porque si hubierais visto las cabezas gachas que me rodeaban, habríais sabido que aquellos hombres estaban algo peor que encadenados, estaban rotos. Y yo era uno de ellos, tan sepultado en el foso de la desesperación que todas mis motivaciones se habían visto reducidas a la supervivencia. Me encontraba reducido a un simple animal. Y ahora venía la cacería.

Pasamos cerca de una hora a bordo del carruaje y después nos hicieron salir y nos pusieron en fila. Y allí nos quedamos, formando una hilera maltrecha, con el hombre ordinario examinándonos igual que un general podría pasar revista a una nueva remesa de reclutas. Y aunque ahora había menos luz, sentí que la oscuridad les sentaba bien a mis ojos, como si el tiempo que había pasado bajo tierra me hubiera cambiado hasta el punto de que ya me bastaba la luz de la luna para echar un buen vistazo a aquel hombre ordinario: una melena que le colgaba desmañada por debajo del sombrero de ala ancha y una barba larga y gris, descuidada y rebelde. En aquel momento lo superábamos en número, por muy vapuleados y desmoralizados que estuviéramos, pero sabíamos que no estaba solo. Porque en Virginia los hombres blancos nunca están solos.

Y entonces llegaron los demás, anunciándose por medio de la luz de los fanales a lo lejos y por el traqueteo y el clop, clop de los cascos de los caballos y el crujido de las ruedas sobre el camino. Tres carruajes se detuvieron delante de nosotros, y de ellos descendieron varios hombres blancos con fanales en las manos. La

luz proyectaba un palio amarillo sobre ellos que les daba aspecto de criaturas sobrenaturales de otra era: demonios, gorgonas y espectros invocados para desatar sobre nosotros la venganza de la Alta Cuna. Pero luego los oí hablar y capté una cadencia característica que me confirmó que seguía estando en Virginia y que aquellas «criaturas» no eran apariciones conjuradas, sino una panda de blancos de baja estofa. Hablaban con tosquedad. Llevaban abrigos andrajosos. El corazón me dio un vuelco y me asaltó una nueva oleada de miedo. Los monstruos de los mitos habrían sido preferibles a aquellos hombres que yo tan bien conocía. Los blancos de baja estofa solo tenían un pie en el umbral rocoso de la sociedad, una posición completamente insegura que exacerbaba todavía más el trato brutal que tan a menudo le infligían a la población de color de Virginia. Aquella brutalidad era la ofrenda que la Alta Cuna les hacía a los blancos de clase baja, el pago que los unía. Y me di cuenta ahora de que ese era el sentido de la presente velada: un ritual de brutalidad en el que nosotros, los prisioneros, íbamos a ser el sacrificio.

El hombre ordinario dirigió unas breves palabras de cortesía a los blancos de baja estofa y a continuación recorrió una vez más la fila para evaluarnos. De pronto se comportaba con teatralidad, y si antes actuaba de manera solemne y reservada, ahora se mostraba chulesco y jactancioso. Se metía las manos por debajo de la chaqueta y se tiraba de los tirantes. Se detenía, miraba con expresión calculadora a un hombre, negaba burlonamente con la cabeza y chasqueaba la lengua.

Por fin, tras examinarnos a todos otra vez, habló:

—Villanos de Virginia —vociferó—. La justicia por fin ha posado su ciega mirada sobre vosotros. ¡Ladrones! ¡Salteadores! ¡Asesinos! Villanos que le habéis añadido a vuestros crímenes el agravante de escapar de nuestras leyes y de pasar a otras tierras bajo nombres falsos e impostados.

Volvió a recorrer la fila, pero esta vez se detuvo delante de uno de los hombres que estaba a mi izquierda en la hilera.

—Tú, Jackson, hablaste de asesinar a tu amo... ¡Pues hablaste demasiado, chaval! Alguien te delató y ahora debes rendir cuentas

ante la justicia de Virginia.

El hombre ordinario avanzó en la fila.

—Y tú, Andrew, creíste que te podías quedar con una parte de la cosecha de algodón de tu amo, ¿verdad? Y cuando te descubrieron, decidiste que te podías escapar.

Andrew se mantuvo solemne y en silencio. El hombre ordinario siguió avanzando.

—Davis y Billy —dijo, caminando ahora hasta la otra punta de la fila—. Caramba, chavales, me han dicho que caíais bien a la gente. ¿Qué os llevó a asesinar a un buen hombre en el callejón y arrebatarle su propiedad?

—¡Era nuestra propiedad! —gritó uno de los dos—. Fue el último regalo que nos hizo mi tío antes de que lo mandaran a subastar.

Uno de los hombres que estaban bajo la luz amarilla lo interrumpió:

—¡No era tuya, chaval!

—Dios te maldiga —saltó el hombre de la fila—. ¡Era de mi tío! ¡Más te vale no hablar mal de él!

Y, al oír aquello, el que estaba a su lado le dijo:

—Cállate, Billy. Ya tenemos bastantes problemas.

Otro hombre les vociferó desde la luz amarilla:

—No te preocupes, chaval, que le vamos a enseñar buenos modales.

Ahora el hombre ordinario caminó hasta el centro de la fila.

—Todos os quisisteis escapar —dijo—. Por Dios, no es mi intención obstruir la voluntad de ningún hombre, ni tampoco de ningún negro.

El hombre ordinario caminó hacia la carreta, se subió al pescante y se puso de pie.

—Esto es lo que vamos a hacer. Ahora estáis en manos de estos caballeros de Virginia. Han aceptado daros un poco de tiempo para que os marchéis. Si conseguís dejarlos atrás durante la noche entera, seréis libres. Pero si os alcanzan, vuestra vida quedará a su merced. Quizá consigáis escapar y que vuestros pecados queden borrados. Pero lo más probable es que no pase ni

una hora antes de que os encuentre la justicia. A mí me es indiferente. Yo ya he cumplido con mi servicio. Ahora os toca a vosotros.

Y entonces se sentó, cogió las riendas del carromato y se alejó traqueteando.

Allí nos quedamos, contemplando la noche que nos rodeaba, mirándonos entre nosotros en busca de alguna pista de qué hacer, quizá esperando, albergando alguna esperanza incluso en medio de nuestro terror de que todo resultara ser una broma. Estábamos demasiado aturdidos para movernos. Eché un vistazo a los hombres blancos, a aquellas apariciones con sombreros de ala ancha, que ahora permanecían a la espera de que asimiláramos la realidad de nuestra situación. Y luego, agotada su paciencia, uno de aquellos blancos se separó del grupo y caminó hasta la fila desmañada que formábamos. Llevaba una cachiporra en la mano. Blandió el arma y golpeó con ella en la cabeza a uno de aquellos sirvientes ahora tachados de renegados. El sirviente pareció no creerse lo que estaba pasando, porque no hizo ningún intento de parar el golpe. Lo que sí hizo fue soltar un grito al recibirlo y desplomarse en el suelo. A continuación, el hombre de la cachiporra se dirigió al resto de la fila y nos dijo:

—Más vale que os marchéis, chavales.

Todos nos dispersamos al instante. Yo también salí corriendo, sin echar más que un vistazo al hombre caído, convertido en un bulto oscuro entre la oscuridad circundante que ahora se acumulaba detrás de mí. Corrí solo. Sospecho que todos hicimos lo mismo. No hubo intento alguno de cooperar por parte de los Sirvientes allí congregados, o quizá sí lo hubo entre aquellos dos hermanos, Davis y Billy. Pero si el terror que me había sobrevenido al ver golpear a aquel hombre les había entrado también a ellos, si se habían visto igual de aplastados que yo, entonces lo más seguro es que no encontraran tiempo para pensar ni tampoco para lealtades.

De manera que corrí, pero ni deprisa ni tampoco demasiado lejos. El hambre me robó la voluntad. Los calambres me convirtieron las piernas en madera. El viento nocturno me cortaba,

y ahora, dando brincos más que corriendo, me fijé en que el suelo que pisaba era poco firme y estaba húmedo, y en que la ligera succión del barro se añadía a mi peso.

¿Adónde me estaba escapando? ¿Qué es el norte más que una simple palabra? ¿Qué eran el Tren Subterráneo y las ciénagas más que un mito propagado por aquel villano de Georgie Parks? ¿Y qué esperanzas tenía de escaparme de aquella banda de depredadores? Pero incluso sumido en aquel terror y aquella desesperación no me pasó por la cabeza dejarme caer al suelo ni rendirme. La luz de la libertad había quedado reducida a simples brasas, pero todavía relucían en mí, y llevado por los vientos del miedo seguí corriendo, encorvado, dando brincos, agarrotado pero aun así corriendo, con el pecho entero inflamado.

Mis ojos, adaptados a la oscuridad, iluminaban la noche, de manera que pude ver todo aquel bosque húmedo e invernal. Y con cada paso las botas de trabajo se me hundían en el suelo y las ramas se partían bajo mis pies. Oí un disparo a lo lejos y me pregunté si habrían atrapado a uno de nosotros, si habrían matado a uno de nosotros. El tamborileo de mi pecho retumbaba cada vez más. Vislumbré el tronco fino de un árbol caído en mi camino y me dije a mí mismo que tenía que saltar por encima sin dejar de correr. Pero el cuerpo me traicionó. Me caí y se me llenaron de barro la nariz y la boca. Y me acuerdo de la sensación de alivio que se me echó encima: el alivio de todos mis músculos que por fin estaban en reposo. Pero incluso entonces, tirado en el suelo, podía ver la luz de la libertad, tenue y azul. Oí un murmullo —un revuelo de voces y gritos— y supe que pronto los tendría a mi lado. «Levanta —me dije—. Levanta.» Y lentamente mis dedos arañaron el barro y mis palmas empujaron el suelo con fuerza y me coloqué a cuatro patas. «Levanta.» Y conseguí mover una rodilla y luego la otra, y por fin me puse de pie.

Pero nada más levantarme sentí el restallar de la cachiporra en la espalda. Caí. Los tenía a todos encima, dando patadas y puñetazos, escupiendo, insultando y ultrajando. No luché contra ellos. Abandoné mi cuerpo, hui, me alejé planeando, de vuelta a Lockless, de regreso a la Calle con Thena, de regreso al jardín con

el viejo Pete, de regreso a la pérgola con Sophia, de forma que cuando me ataron los brazos y se me llevaron a rastras, cuando sentí el traqueteo de las ruedas del carromato retumbando debajo de mí, apenas fui consciente de ello. Y os aseguro que siempre lo recuerdo todo. Todo salvo aquellos momentos en que renuncié al recuerdo, en que abandoné mi cuerpo y me escapé.

Me llevaron atado y amarrado de vuelta frente al hombre ordinario. Ni siquiera lo miré. Me pusieron la venda en los ojos y me tiraron a la parte de atrás de otro carromato. Después de un breve trayecto me arrojaron al mismo foso donde habían empezado mis penurias.

Aquella cacería se convirtió en una rutina para mí: me sacaban del hoyo, me daban una miseria de pan y agua, me ponían en fila con un grupo de renegados a quienes se les recriminaban todos sus delitos y por fin nos mandaban a correr. Me acuerdo de sus nombres, que el hombre ordinario recitaba con voz grave y cascada: Ross, Healy, Dan, Edgar. Y cada noche nos ponían a correr. Y cada noche yo caía derrotado. Y cada noche regresaba a mi foso. ¿Había muerto? ¿Era aquel el infierno del que hablaba mi padre? Había noches en que me pasaba horas corriendo y en que habría jurado que podía ver el suave resplandor del alba, con sus bordes en las yemas de mis dedos. Y luego me cogían, me daban una paliza y me volvían a arrojar al cajón, donde me aguardaba el carrusel de sueños y visiones: veía a Sophia hacer el baile del agua junto al fuego, veía a Jack y a Arabella tirar canicas al círculo. Reunía a los Sirvientes para que Maynard los pusiera a correr.

Pero me volví más fuerte. Y más rápido. Y no empezó con el cuerpo, sino con la mente, porque descubrí que cuando mi ánimo era el adecuado podía correr más deprisa y llegar más lejos. Y si alguna vez quería ganar aquel juego retorcido, iba a necesitar todos los recursos que pudiera reunir. Así pues, empecé a entonar los mismos himnos que Lem y yo habíamos compartido en la Navidad pasada:

Going away to the great house farm
Going on up to where the house is warm
When you look for me, Gina, I'll be far gone.

La canción me llenaba de energía, porque me recordaba a Lem y a la Navidad, a Thena y a Sophia, y a todos nuestros congregados. Incluso en la oscuridad había una parte de mí que sonreía.

Y sentía la libertad, por breve que fuera, en aquellas noches de huida. Incluso mientras me estaban cazando, la sentía en el viento frío que me cortaba la cara, en la rama que me arañaba la mejilla, en el barro de debajo de mis botas, en el calor palpitante de mi aliento. No tenía a Maynard tirando de mí. Ni tampoco estaba intentando discernir las motivaciones de mi padre. No sentía terror de Corrine. Allí fuera todo estaba muy claro. Cuando corría sentía que estaba planteando una especie de desafío.

Y me estaba volviendo listo. Recuerdo que una noche estuve fuera durante lo que debieron de ser horas. Y supe que habían pasado varias horas porque, cuando por fin dieron conmigo y me llevaron otra vez, golpeado y vapuleado, ante el hombre ordinario, vi algo increíble: el sol salía sobre lo que ahora pude distinguir como unas colinas verdes. Y recordando la libertad que se me había prometido, supe que estaba cerca. Aprendí a cubrir mis huellas, a volver atrás sobre ellas para confundir a mis perseguidores, y aprendí también que podía seguirles el rastro a ellos igual que ellos me lo seguían a mí. Y me di cuenta de que tenía un don que podía aprovechar: la memoria. Siempre era el mismo equipo de perseguidores y sus maniobras carecían de originalidad. Memorizar el terreno y sus hábitos me dio una ventaja repentina. Tenía que encontrar la forma de llegar al flanco. Una noche, sin embargo, se dividieron. Derribé a uno y golpeé a otro. Por aquello me dieron una paliza mucho más fuerte, y me vi obligado a admitir las limitaciones de mi operación. Estaba corriendo, cuando lo que necesitaba era volar. Y no solo con la mente, sino en el mundo real. Necesitaba elevarme por encima de aquellos blancos de baja estofa, igual que me había elevado por

encima de Maynard y del río.

Pero ¿cómo? ¿Qué poder podía sacar a un hombre del abismo? ¿O bien sacar a un hombre de los establos y elevarlo al altillo? Empecé a reconstruir acontecimientos. En aquellos dos momentos asombrosos había habido una luz azul, y los dos me habían llevado, de formas distintas, cerca de mi madre, o bien al agujero oscuro de mi memoria en que la había perdido. El poder debía de tener alguna relación con mi madre. Y necesitaba el poder porque necesitaba volar, o bien moriría intentando correr más que aquellos lobos.

Quizá el poder estuviera relacionado de alguna forma con el bloqueo de mi memoria, y desbloquear una cosa tal vez equivalía a desbloquear la otra. Así pues, durante aquellas horas oscuras y eternas dentro del hoyo, adopté el ritual de reconstruir todo lo que había oído de mi madre y todo lo que había visto de ella durante los momentos que había pasado sumergido en el Goose. Rose, la del corazón amable. Rose, la hermana de Emma. Rose la hermosa. Rose la silenciosa. Rose la bailarina del agua.

Era una noche sin nubes y yo estaba corriendo. Sentía que ya era primavera, porque la noche no me trataba con tanta ferocidad. El corazón ya no me aporreaba el pecho cuando corría. Las piernas me fluían. Y los hombres debían de saber esto, porque me había dado cuenta de que habían incrementado sus efectivos. Y mientras que antes se dividían para perseguir a la hilera entera de fugitivos, ahora empecé a tener la sensación de que el equipo entero se centraba en mí por encima de los demás. De forma que aquella noche pude oír cómo se acercaban. Y luego el bosque se abrió y vi un estanque que resplandecía, amplio y oscuro. Tuve que hacer un esfuerzo para rodearlo. Oía los gritos y los vítores de los hombres detrás de mí. Avancé en torno al estanque con tanto vigor como pude, con las voces de los hombres cada vez más cerca, y sin atreverme a mirar atrás. Y entonces algo se me enganchó en el pie, una rama o una raíz, no lo sé con seguridad, y me subió por el tobillo un dolor intenso, un dolor antiguo. Sentí que caía bocabajo entre los helechos y que el agua fría y fangosa me salpicaba la cara. Gateé un momento. A continuación, delirando por culpa del

dolor, y a sabiendas de que la cacería había concluido, levanté la voz, pero esta vez no mentalmente, sino bien fuerte para que me oyeran todos:

Going away to the great house farm
Going up, but won't be long
Be back, Gina, with my heart and my song.

¿Qué vieron en aquel momento los hombres que me perseguían? ¿Acaso me oyeron cantar? Ya me habían alcanzado, ya estaban listos para ponerme las manos encima, quizá estaban estirando los brazos en aquel mismo momento. ¿Acaso vieron el vacío delante de ellos, la luz azul de todas nuestras historias traspasando el mundo como un cuchillo, iluminando la noche? Lo que yo vi fue el bosque plegarse sobre sí mismo, una niebla en movimiento, y por debajo de ella un campo de bolos que reconocí de inmediato como el de Lockless. Eso fue lo primero que pensé. Pero luego, cuando tuve la escena más cerca —y esa fue la sensación que me dio: que era el mundo el que se estaba acercando a mí, y no lo contrario—, vi que aquel no era el Lockless de mi época, porque había sirvientes que yo sabía que ya no estaban con nosotros. Y me di cuenta de que los dirigía el Pequeño May, tal como yo lo recordaba de años atrás, riendo e inconsciente. Estaba señalando hacia la casa, gritando algo, y cuando miré en aquella dirección descubrí que me estaba gritando a mí, aunque no al yo que flotaba en lo alto, sino al yo que se encontraba en el suelo, en su época, durante aquel primer año de servidumbre, expulsado de las lecciones del señor Fields, todavía buscando mi lugar en el orden de las cosas.

Ese momento no me pareció otro giro del carrusel de las visiones, sino algo completamente nuevo. Era como estar dormido sin darme cuenta, por muy absurdas que fueran las cosas, de que estaba en un sueño. Se había torcido la naturaleza misma de la lógica y las expectativas, y lo absurdo me parecía normal, de forma que me limité a observarme a mí mismo y a observar a Maynard, igual que había hecho en aquella otra época. Y mientras

contemplaba aquella versión joven de mí acorralada junto con otro grupo de sirvientes y preparada para salir corriendo, y mientras echaba a correr, mientras sentía que estaba en mitad de la carrera, pese a que no se me movían las piernas, no entendí nada. Me vi despegar desde la línea de salida, correr más rápido que todos los demás y tocar el final del campo, me vi dar media vuelta y después tropezar, chillar y caerme, agarrándome el tobillo. Recuerdo que sentí ganas de reconfortar a aquel niño, a aquel yo de otra vida. Pero cuando me acerqué a él, el mundo se volvió a alejar de mí y me encontré de vuelta en mi época.

Pero no en mi casa. El dolor me volvió a atravesar el tobillo. Estaba chillando en el suelo. Intenté gatear. Por fin me puse de pie. Di un paso. Era una agonía. Caí. Y volví a sentir que perdía el conocimiento. Levanté la vista por última vez y descubrí a uno de los hombres plantado a mi lado.

Pero no era uno de ellos. Era un hombre distinto.

—Baja la voz, chaval —dijo Hawkins—. Vas a despertar a los muertos con esos gritos.

12

Me devolvió a la realidad el dolor de mi tobillo. Ya no era la intensa punzada de antes, sino un latido apagado. Abrí los ojos y vi la luz del día —aquella hermosa luz que llevaba semanas sin ver— retumbar a través de la ventana como una corneta, tan fuerte que el resto del mundo se volvió borroso ante mis ojos. Poco a poco se me fue acostumbrando la vista y por fin empezaron a aparecer formas en aquel mundo indistinto: una mesilla junto a la cama con una pipa metida en una jarra con forma de barco, un reloj de gran tamaño sobre una repisa en la pared de delante y un dosel por encima de mi cabeza con las cortinas de color escarlata descorridas. Bajé la vista y descubrí que me habían lavado de pies a cabeza y que me habían puesto unos calzones de algodón y una camisa de dormir de seda. Se me ocurrió que quizá todavía estuviera inconsciente y aquello fuera una simple vuelta más del carrusel. O que quizá me hubiera elevado del infierno de mi mazmorra y me hubiera ido por fin a obtener mi recompensa. Pero el dolor palpitante de mi tobillo me indicaba que el mundo que me rodeaba era real. Y me percaté de que no estaba solo cuando empezaron a materializarse figuras en el escenario borroso. Una de ellas era Hawkins, el hombre que ya me había encontrado dos veces al término de mis huidas milagrosas. Estaba sentado en una silla, y a su lado, ya sin su ropa de luto, vi a la novia abandonada de Maynard Walker, Corrine Quinn.

—Bienvenido —me dijo ella.

Estaba sonriendo, incluso se podría pensar que era de felicidad, y fui consciente de que nunca la había visto sonreír así. Era como si acabara de descubrir algo que había perdido hacía una eternidad, una llave quizá, o la última pieza de un puzle que llevaba mucho tiempo frustrándola e incomodándola. Pero había

algo más, un cambio en sus modales, porque me estaba sonriendo *a mí*, no estaba sonriendo *a causa de mí*. Sus modales siempre habían sido extraños y distintos de todo lo que yo había visto nunca entre la Alta Cuna. Pero esta sonrisa era algo nuevo, porque su actitud no resultaba señorial ni firme, no había superioridad en sus modales, solo alegría profunda, satisfacción por el hecho de haber alcanzado una meta invisible.

—¿Sabes qué te ha pasado? —me preguntó—. ¿Sabes dónde estás?

Olía a popurrí de hierbas de primavera —una mezcla dulzona y penetrante de menta, tomillo y algo más—, un aroma que nunca podría pertenecer a Lockless, donde imperaba un espíritu masculino que no daba cabida a aquel tipo de decoración.

—¿Sabes cuánto tiempo has estado inconsciente? —me preguntó.

No respondí.

—Hiram —me dijo—. ¿Sabes quién soy?

—La señorita Corrine —contesté.

—Nada de «señorita» —repuso, y relajó ahora su sonrisa de felicidad para hacer hincapié en sus palabras—. Corrine. Siempre Corrine a secas.

La poca naturalidad del momento se intensificó. Cuando miré en su dirección vi que Hawkins no estaba esperando de pie, como debería hacer un sirviente, sino sentado al lado de ella y con la espalda bien recta.

—¿Sabes dónde estás? —me volvió a preguntar Corrine.

—No —contesté—. No sé cuánto tiempo he pasado fuera. No sé adónde he ido. Ni siquiera sé por qué.

—Hiram, vamos a hacer un pacto, un entendimiento. Yo te voy a decir la verdad. Y a cambio tú vas a hacer lo mismo conmigo. —Y se me quedó mirando fijamente—. Sabes muy bien por qué te mandaron allí. Te escapaste, llevándote a alguien más contigo. Seguramente, a estas alturas ya te habrás dado cuenta de que estamos al corriente de más cosas que tú. Te lo voy a contar todo, pero has de hacer lo mismo por mí.

Me incorporé para sentarme en la cama y sentí un dolor

intenso en la espalda y las piernas. Tenía los pies agrietados y doloridos. Me palpé la cara y me encontré un chichón encima del ojo izquierdo. Y me acordé de las penurias que había vivido cada noche, de las horas pasadas en el hoyo.

—Sí, lo sentimos. Teníamos que asegurarnos. —Hawkins me dedicó una mirada de reconocimiento y me dijo—: Intuía algo, pero para estar seguro tenía que ponerte a prueba.

Lo sentimos, había dicho, sugiriendo que Hawkins, un sirviente, tenía algún poder allí y no solo en aquella sala, sino en todo el infierno que yo había atravesado durante... ¿cuánto tiempo había sido? ¿Unas semanas? ¿Meses?

—Hiram —dijo Corrine—. Te sumergiste en el río Goose con Maynard. No, arrastraste a Maynard al río Goose. Él no tuvo elección. Quizá lo hiciste aposta, pero queriendo o sin querer, mataste a un hombre, y al hacerlo arruinaste unos planes que llevaban mucho tiempo armándose. Por culpa de tu impulso y de tu deseo, por culpa de tu crimen, ahora unos hombres más grandes que tú necesitan reformular sus vidas, y hay ejércitos enteros de la justicia norteamericana huyendo. No lo entiendes. Pero creo que lo entenderás, porque estoy convencida de que en tus devaneos a ciegas siempre ha habido un plan todavía más grande que el nuestro.

Mientras hablaba, Corrine sacó la pipa de la jarra con la mano izquierda y con la derecha le quitó la tapa. Se extendió por la habitación el olor a tabaco. Encendió la pipa, dio una calada y exhaló una nubecilla de humo. Luego le pasó la pipa a Hawkins, que la volvió a encender, dio otra calada y le devolvió la pipa a Corrine. Un humo blanco se elevó de ambos y se quedó suspendido como si fuera polvo bajo la luz del sol que se colaba por la ventana. Me acordé de nuestro último encuentro, celebrado en aquel salón en penumbra de Lockless donde a ella le había temblado la voz, y me acordé de lo extraña que me había parecido ya entonces, de lo extraña que había sido siempre, de cómo parecía evitar la moda del momento para representar la Virginia de los viejos tiempos, y de lo llamativo y fuera de lugar que todo resultaba. Pero ahora vi la verdad de forma tan repentina que me

pregunté cómo era posible que no la hubiera visto antes. Era una mentira, todo era mentira, el tradicionalismo, el luto, quizá incluso el matrimonio mismo.

Debía de haber perdido mi capacidad de disimulo, porque Corrine me miró, se rio y dijo:

—Te estás preguntando cómo lo he hecho, ¿verdad?

—Pues sí —contesté.

—Sí, sí, lo entiendo, de verdad —me dijo—. Es muy poco común que el señor o la señora de una hacienda engañe a un sirviente. Y es un lujo que te engañen de forma tan magnífica, vivir entre perjurios e invenciones. Sean cuales sean tus aspiraciones, Hiram, sé que nunca has disfrutado de tanto esplendor. Eres un científico. Tienes que serlo.

»Pero esos necios, esos Jefferson, esos Madison, esos Walker, todos cegados por la teoría, en fin, estoy convencida de que el jornalero más degradado de la parcela más mísera de Misisipi sabe más del mundo que ningún filósofo norteamericano de esos que pontifican con tanta pompa.

»Y los señores y las damas de nuestra tierra lo saben. Por eso están tan cautivados por los bailes y las canciones de vuestra gente. Son una biblioteca no escrita y atiborrada de un conocimiento tal de este mundo trágico que desafía el lenguaje mismo. El poder esclaviza a los amos, porque los separa del mundo que afirman entender. Pero yo he renunciado a mi poder, ¿sabes?, me he despojado de él para poder empezar a ver.

Sostuvo la pipa con la mano y negó con la cabeza.

—Sí, lo puedes ver, lo entiendes, pero todavía no eres sabio. Los planes que hiciste, tu aceptación de un hombre que es realmente un villano... y ese don que tienes, esa Conducción que te sacó del río... No eres el primero, ¿sabes? Ya conoces la historia de Santi Bess y las cuarenta y ocho personas de color...

—Entonces, ¿no pasó? —la interrumpí.

—Ya lo creo que pasó. Y sus implicaciones son la razón misma de que te veas aquí ante nosotros. ¿Sabías que antes de que Santi se marchara no había sector para libertos en Starfall? ¿Sabías que toda la traición de Georgie, ese esclavista disfrazado de

liberador, es en realidad la traición de los señores de este país?

Al oír mencionar el nombre de Georgie me volvieron en tromba los recuerdos de un hombre que había sido como un pariente para mí. Recuerdos de Amber y de su bebé. ¿Lo sabía Amber? Me acordé de nuestra última conversación, de cómo ella había intentado disuadirme. Y me pregunté en qué momento había decidido entregarme Georgie. Y me pregunté a cuántos habría entregado antes que a mí.

—Es un buen truco —dijo Hawkins—. Hay que reconocérselo: ellos dan cobijo a Georgie y a sus amigos y él les hace de informante y de ojos. Para que la siguiente vez que aparezca una Santi Bess, él ya la esté esperando.

—Pero eso no puede suceder, ¿verdad, Hiram? —dijo Corrine —. Porque Santi operaba un poder distinto, el mismo poder que te sacó del río Goose, el mismo poder que te liberó de nuestra patrulla.

Ahora examiné la habitación. Las cosas empezaban a encajar, y se me agolparon varias preguntas en la mente, pero solo conseguí formular una.

—¿Qué es esto?

Corrine cogió su bolso. Sacó un papel y me lo enseñó.

—Tu padre te ha vendido a mí en cuerpo y alma —me explicó —. Me ha entregado tu propiedad porque tu huida lo ha deshonrado. Ha sido otro duro golpe para su corazón, ya debilitado por la pérdida de Maynard, y ha respondido a ese golpe con rabia. Ya no quiere tener nada que ver contigo. Pero lo he convencido de que eres demasiado valioso para perderte, de forma que me ha entregado tu propiedad. A cambio de una suma cuantiosa, por supuesto.

Se levantó y caminó hasta la puerta.

—Pero no eres mío —me dijo, y al decirlo abrió la puerta. Vi una escalera y la parte superior de una barandilla—. Ya no eres un esclavo. Ni de tu padre ni mío ni de nadie. Me has preguntado qué es esto: es la libertad.

Aquellas palabras no me llenaron de placer. De pronto, las preguntas me colmaron. ¿Dónde he estado? ¿Por qué me dejaron

en un hoyo? ¿Cuánto tiempo he pasado sin conocimiento? ¿Qué ha ocurrido con el hombre ordinario? Y por encima de todo, ¿qué ha sido de Sophia?

Corrine regresó a su asiento.

—Pero la libertad, la libertad verdadera, también es un amo, ¿sabes? Más testarudo y más constante que ningún esclavista harapiento —dijo—. Lo que ahora tienes que aceptar es que todos somos esclavos de algo. Algunos se encadenan a la propiedad del hombre y a todo lo que viene con eso. Otros se encadenan a la justicia. Todo el mundo debe designar un amo. Todo el mundo debe elegir.

»Nosotros hemos elegido esto. Hawkins y yo. Hemos aceptado el evangelio que dice que nuestra libertad es una llamada a las armas contra la ausencia de libertad. Porque eso somos, Hiram. Somos el Tren Subterráneo. Somos esos a quienes estabas buscando. Pero primero encontraste a Georgie Parks. Y lo siento. Pagando un alto precio, y arriesgándonos a ser descubiertos, te hemos rescatado. No lo hemos hecho por ti, sino porque hace tiempo que vimos en ti algo de un valor increíble, un artefacto procedente de un mundo perdido, un arma que puede cambiar las tornas en esta guerra tan larga. Sabes de qué te estoy hablando, ¿verdad?

No contesté. Lo que hice fue preguntar:

—¿Dónde está Sophia? ¿Qué le ha pasado?

—Nuestro poder tiene límites, Hiram —contestó Corrine.

—Pero decís que sois el Tren Subterráneo —dije—. Si lo sois, ¿por qué no la habéis liberado a ella? ¿Por qué la dejasteis en esa cárcel? ¿Y por qué me dejasteis a mí en ese hoyo? ¿Sabéis qué me ha pasado?

—¿Si lo sabemos? —preguntó Hawkins—. Somos los causantes de que te haya pasado. Y en cuanto a tu libertad, hay una razón de que seamos el Tren Subterráneo. Y una razón por la que hayamos vivido para luchar durante tanto tiempo. Hay reglas. Y hay una razón por la que encontraste a Georgie antes que a nosotros.

—Esos hombres me cazaban todas las noches —ladré, con la

rabia creciéndome por dentro—. Y vosotros se lo permitisteis. No, peor. ¿Los mandasteis a que lo hicieran?

—Hiram —dijo Corrine—. Lo siento, pero esa cacería fue una muestra de lo que es tu vida ahora. Y esa mazmorra no fue más que un destello del precio de tu fracaso. Tu vida se terminó en el momento mismo en que fuiste a hablar con Georgie Parks. ¿Habrías preferido que te dejáramos allí? Hawkins dice la verdad. Teníamos que estar seguros.

—¿De qué teníais que estar seguros? —le pregunté.

—De que realmente tenías el poder de Santi Bess, de la Conducción —explicó Corrine—. Y lo tienes. Ya lo hemos visto manifestarse dos veces. Seguramente fue obra del Señor que Hawkins te encontrara la primera vez. Y cuando nos pusimos a indagar, descubrimos por otra gente que en el pasado habías contado la historia increíble de que te había ocurrido algo muy parecido de niño. Necesitábamos esperar a que te sucediera otra vez. Calculamos adónde te podía mandar el poder y nos pusimos a esperar a que llegaras.

—¿A que llegara adónde? —pregunté.

—A Lockless —contestó—. Supusimos que intentarías volver al único hogar que habías conocido. Teníamos agentes vigilándote todas las noches.

—Y aquí estás —dijo Hawkins.

—¿Y dónde estoy? —pregunté.

—En un sitio seguro —respondió Corrine—. Adonde llevamos a todos los recién unidos a nuestra causa.

Hizo una pausa momentánea. Le vi un atisbo de compasión en la cara y me di cuenta de que no estaba disfrutando en absoluto de nada de aquello, de que percibía mi dolor y mi confusión.

—Hay muchas cosas que no entiendes, lo sé. Te las explicaremos, te lo prometo. Pero debes confiar en nosotros. Y debes hacerlo porque no hay vuelta atrás. Ahora mismo no hay nada más cierto en el mundo. Y enseguida verás que no hay nada más verdadero que nuestra causa.

Y dicho esto, Corrine y Hawkins se levantaron.

—Pronto —dijo ella mientras salían—. Pronto lo entenderás

todo. Pronto tendrás una comprensión singular, y esa comprensión será una atadura nueva, y en esa atadura, en ese deber elevado, encontrarás tu naturaleza verdadera.

Corrine se detuvo en la puerta y pronunció unas palabras que parecían una profecía:

—No eres ningún esclavo, Hiram Walker. Pero, por el espíritu de Gabriel, vas a servir.

13

Aquella noche, todavía acostado en la cama, oí voces en la planta baja y me llegó el olor de lo que esperaba que fuera la cena; no había probado una comida caliente desde mi huida de Lockless. Todo aquello me sacó de mi estupor. Vi que encima del escritorio había dos palanganas llenas de agua, un cepillo de dientes, dentífrico y una muda de ropa. Me lavé, me cambié y bajé renqueando, crucé un vestíbulo y entré en un comedor abierto, donde encontré a Corrine, a Hawkins, a Amy, a otras tres personas de color y al mismísimo señor Fields.

Me quedé un momento apoyado en la puerta hasta que este último me vio. Se estaba riendo de alguna anécdota que le contaba Hawkins, pero en cuanto reparó en mí, su sonrisa se volvió grave y echó un vistazo a Corrine, que también me miró, y a continuación la mesa entera se volvió hacia mí con las expresiones más solemnes que uno pueda imaginar. Estaban sentados frente a un verdadero banquete, pero todos ellos, blancos y negros, hombres y mujeres, llevaban ropa de trabajo.

—Por favor, Hiram —dijo Corrine—. Siéntate con nosotros.

Entré con cautela y ocupé un asiento libre hacia el final de la mesa, al lado de Amy y delante del señor Fields. Comimos quingombó estofado y boniatos. Verduras y sábalo al horno. Cerdo en salazón y manzanas. Alguna clase de ave rellena de arroz y champiñones. Pan. Budín. Buñuelos. Pastel de ron. Cerveza. Fue la comida más opípara que yo había probado nunca, pero todavía más increíble que la comida fue lo que pasó después.

Corrine fue la primera en levantarse, seguida de los demás, y todos juntos se pusieron a lavar los platos y despejar el comedor. Era una imagen increíble. No había división. Todo el mundo se movía como un equipo, todos menos yo. Intenté echar una mano,

pero rechazaron mi ayuda. Cuando terminaron de limpiar, todos se retiraron al salón y los vi jugar a la gallinita ciega hasta entrada la madrugada. Me dio la impresión, tanto por la atmósfera risueña como por los comentarios dispersos que me llegaban, de que aquella no era una velada habitual, de que se había producido algún cambio que motivaba aquella celebración, y de que ese cambio era yo.

Me quedé aquella noche en la casa, en el cuarto para invitados, y dormí hasta pasado el mediodía. Nunca me había permitido semejante lujo, ni siquiera en Navidad. Me lavé, me vestí y bajé la escalera. La casa estaba en silencio. En la mesa de la cocina había una bandeja con bollos de centeno y una nota al lado que me indicaba que me sirviera. Después de devorar dos bollos, lavé mi plato, salí por la puerta principal y me senté en el porche. Por fuera, la casa era humilde y pintoresca, con revestimiento de listones blancos. Había un jardín en la parte de delante lleno de galantos y campanillas en flor. Más allá del jardín divisé una arboleda y, a lo lejos, los picos majestuosos de lo que yo sabía que eran las montañas occidentales. Supuse que debía de estar en la frontera de Virginia, probablemente en Bryceton, la hacienda familiar de Corrine, la misma mansión a la que meses atrás ella me había dicho que me iba a trasladar.

Dos figuras emergieron de la arboleda a lo lejos y caminaron hacia la casa. Pronto pude discernir que eran dos hombres blancos, uno mayor y otro más joven, quizá padre e hijo. Al verme se detuvieron. El más joven me saludó con la cabeza, pero el mayor lo agarró del brazo y se lo volvió a llevar entre los árboles. Me quedé allí sentado una hora, mirando el paisaje. En un momento dado caí en una ensoñación y entonces, obviamente más fatigado de lo que creía, me sumí en un sueño propiamente dicho. Y volví a estar en mi celda, pero esta vez con Pete y Thena, y cuando los hombres me sacaron al vestíbulo de la cárcel, Pete y Thena se rieron, y seguí oyendo sus carcajadas durante todo mi suplicio mientras los hombres me inspeccionaban y me ultrajaban. Por entonces no veía aquello como lo que era: un ultraje a mi persona. Tardé tiempo en aprender a hablar directamente de lo que me había sucedido, a

contar la historia del tiempo que había pasado en la cárcel de Ryland como lo que era sin sentir que mi hombría escapaba de mí. Tardé tiempo en ver que en realidad mi mayor poder era aquella historia. Pero en aquel momento, cuando me desperté del sueño, lo único que sentí fue una furia abrasadora. Nunca había sido un muchacho violento. No tenía demasiado mal genio. Pero durante los años siguientes, en momentos inesperados me asaltaron los pensamientos y sentimientos más destructivos, y fui incapaz de admitir realmente por qué.

Me despertó el golpe de una puerta que se cerraba tras de mí. Era Amy. Salió y se quedó un momento en el porche, contemplando cómo el sol se ponía sobre las montañas. No llevaba ni vestido de luto ni velo, sino un vestido gris con miriñaque y un delantal blanco, y el pelo recogido hacia atrás por debajo de una cofia.

—Supongo que tendrás muchas preguntas —me dijo.

Y sí. Tenía muchas. Pero no le hice ninguna. Me daba la sensación de que ya había preguntado bastante, es decir, que ya les había contado bastante, porque en mi vida anterior había aprendido que los interrogatorios nunca son unidireccionales. Hasta que Amy dijo:

—Muy bien. Lo entiendo. Supongo que, si fuera tú, ahora mismo tampoco tendría muchas ganas de hablar. Aun así, te voy a contar algo. Porque hay cosas que deberías saber de este lugar y de esta nueva vida.

Noté con el rabillo del ojo que me estaba mirando. Pero mantuve la vista clavada en las montañas y en el sol que finalizaba su singladura sobre ellas.

—Seguramente habrás adivinado dónde estás: en Bryceton, la casa de Corrine. Pero no has adivinado, y tampoco puedes saberlo, qué es en realidad su casa. Más vale que te lo diga yo. Porque lo vas a ver pronto.

»Bryceton era la casa de los padres de Corrine. Como es hija única, cuando sus padres murieron, la hacienda fue a parar a sus manos. Supongo que ya te has dado cuenta de que Corrine no es lo que parece. Bueno, es una dama de Virginia hasta la médula. Pero

debido a lo que ha visto aquí y a ciertos conocimientos que adquirió en el norte, tiene una visión distinta, por así decirlo, sobre la cuestión de la esclavitud. Y esa visión, que compartimos mi hermano y yo, es una visión combativa e indignada.

Llegado este punto, Amy se rio un poco, hizo una pausa momentánea y añadió:

—No debería reírme. No tiene gracia, salvo cuando la tiene. Y debo admitir que para mí la tiene todo el tiempo. Es una bendición estar aquí, en guerra con ellos. Somos un puesto de avanzada de ese ejército que conoces como el Tren Subterráneo. Todo el mundo que vive aquí forma parte de ese ejército, aunque no podemos mostrarlo abiertamente. Si caminaras conmigo ahora, verías lo que esperaría ver cualquiera: frutales en flor y campos exuberantes. Y si tuviéramos visitas, nos verías a todos trabajando, cantando y felices. Pero has de entender que hasta la última persona que vieras cantar y trabajar está con nosotros y se ha dedicado a propagar la luz de la libertad por Maryland, Virginia, Kentucky y hasta Tennessee.

»Todos son agentes, aunque trabajan de formas distintas. Algunos trabajan desde la casa. Son personas leídas, igual que tú, y le dan un uso a esa habilidad. Los documentos son importantes: las cartas de libertad, las últimas voluntades y los testamentos. Todos trabajan en la casa, lo sé, pero créeme que son una panda de gente aguerrida. Los agentes domésticos siempre tienen los oídos abiertos. Estudian. Se enteran de lo que se dice en la calle. Leen los periódicos. Conocen a todas las personas influyentes de su región, pero nadie de la región los conoce realmente a ellos. Y luego están los otros.

Amy hizo una pausa, y cuando la miré, me di cuenta de que se le había colado una media sonrisa en la comisura de la boca. Ahora también contemplaba las montañas, viendo cómo consumían el último bocado de sol.

—¿Ves eso de ahí? —me preguntó. Yo no contesté—. Eso de ahí es lo que es. El hecho de estar aquí sentado viendo la puesta del sol cuando te da la gana, sin rendir cuentas a nadie y sin que nadie te dé órdenes o te amenace con el látigo de nueve puntas...

Para mí la vida no siempre fue así. Yo vivía, junto con mi hermano, encadenada al hombre más cruel del mundo, y ese hombre se casó con Corrine y, en fin, él ya no está con nosotros y yo estoy aquí contigo y puedo disfrutar de las pequeñas cosas de la naturaleza, como esta.

»Pero hay otros a quienes no se puede consignar a la casa, porque se les cae el techo encima. Son los que se acuerdan de la primera vez que se escaparon y de lo glorioso que fue para ellos desafiar todo lo que les habían mandado. Nunca se han vuelto a sentir tan libres y necesitan perseguir esa misma libertad. Son los agentes de campo. Ellos son distintos. Van a las plantaciones y se llevan de allí a los Sirvientes. Los agentes de campo son osados. Los perros los hacen sentir vivos. La ciénaga, el río, el zarzal, la hacienda abandonada, el pajar, el viejo cobertizo, el musgo, la Estrella Polar... Eso es el agente de campo.

»Y nos necesitamos los unos a los otros. Trabajamos juntos. Somos el mismo ejército, Hiram. El mismo ejército.

Volvió a guardar silencio y nos quedamos allí sentados contemplando el cielo vespertino y las estrellas que despuntaban en él.

—¿Y tú qué eres? —le pregunté.

—¿Eh?

—¿Agente doméstica o de campo? ¿Qué eres?

Ella me miró, soltó un resoplido de burla, se rio y me dijo:

—Soy agente de campo, por supuesto.

Y volvió a mirar las montañas, que ahora no eran más que moles de color azul oscuro en la lejanía.

—Hiram, ahora mismo me gustaría echar a correr, pese a que ya soy libre. Echar a correr, sin escaparme de nada, más allá de esas montañas, más allá de los ríos y de todas las praderas, dormir en las ciénagas, alimentarme de raíces. Y después de eso, me gustaría seguir corriendo.

Y así es como me entrenaron para ser un agente. Me entrenaron en las montañas de Bryceton, el hogar familiar de Corrine, junto a

otros agentes recién reclutados para el Tren Subterráneo. Me perdonaréis por no hablar mucho de mis compañeros. Las personas a quienes menciono en este libro o bien están vivas y me han concedido su permiso o bien han partido en su último viaje para reunirse con el Gran Discernidor de Almas. Todavía no hemos dejado atrás el tiempo de ajustar cuentas ni de buscar venganza, de manera que muchos de nosotros seguimos en la clandestinidad.

Ahora mi vida se había desdoblado. Reanudé mi interés normal por la carpintería y la fabricación de muebles. Y me comporté como lo había hecho siempre, ayudando entre la gente que trabajaba en Bryceton, aunque su forma de trabajar me resultaba extrañísima. No había división del trabajo en ningún frente. La cocina, la lechería, el taller mecánico..., todo el mundo trabajaba en todas partes sin importar el sexo ni el color, de manera que si a Corrine le faltaba el trabajo fuera de la casa, no era raro verla entre los cultivos, o sirviendo la cena con Hawkins en el comedor largo y estrecho donde nos congregábamos cada noche.

Después de la cena volvíamos a los barracones y nos quitábamos la ropa de cenar para ponernos el uniforme nocturno: camisa de franela, pantalones con elástico y zapatillas ligeras de lona. Y entonces nos presentábamos a la primera fase del adiestramiento. Corríamos una hora todas las noches, cubriendo, según mis cálculos, entre seis y siete millas. Esas millas se intercalaban con pausas para hacer toda clase de ejercicios de calistenia: levantamiento de brazos, resistencia de brazos, saltos, etcétera. Después de la carrera venían más ejercicios: carrerillas a los lados, levantamientos de piernas, flexiones de rodillas y demás. El régimen procedía de los veteranos alemanes del 1848, que habían luchado por la libertad en su país de origen y habían encontrado una causa común aquí en el Tren Subterráneo. Se originaran donde se originaran, aquellos ejercicios me volvieron más fuerte. La rabia que me ardía en el pecho se redujo hasta convertirse en una ligera incomodidad, y descubrí que era capaz de correr largas franjas de campiña igual que los demás.

Entre aquellos instructores no había sirvientes, solo miembros

de la Alta Cuna y blancos de baja estofa. Yo sospechaba que algunos de ellos se habían contado entre los hombres que me habían dado caza de forma regular. No sé si llegué a superar aquello alguna vez. Sentía que era desechable para ellos, por lo menos para aquella célula de Virginia que estaba formada, en mi opinión, por fanáticos. Y aunque sabía que tenían que serlo, que no podían ser otra cosa, eso imponía cierta distancia entre nosotros, porque su guerra era contra la Servidumbre y la mía iba a ser una guerra en defensa de quienes servían.

Y resultó que había una excepción, aunque ahora me pregunto si quizá se debía a que no era virginiano, sino nativo del norte. Se trataba del señor Fields, con quien me reunía durante una hora tres veces por semana, después de mis ejercicios de calistenia, en un subsótano enorme que había debajo de la casa, al que solo se podía acceder por medio de una trampilla a la que llegabas metiéndote en un baúl de ajuar de madera de caoba de gran tamaño al que le habían vaciado el fondo. Bajabas dos tramos de escalera, seguidos de otra puerta, tras la cual había un estudio de olor penetrante iluminado por quinqués, con dos hileras de estantes repletos de libros a cada lado. En medio de la sala había una mesa alargada con asientos equidistantes, y frente a cada asiento había pluma y papel.

En la esquina más alejada se encontraban dos secreteres de gran tamaño, con los casilleros llenos de documentos diversos pertenecientes al Tren Subterráneo para el uso de los agentes domésticos, a los que alguna noche yo había visto allí, sentados a la mesa alargada, ejecutando en silencio sus tareas secretas. En aquella mesa me sentaba con el señor Fields, que había retomado nuestros estudios como si nunca hubiera sucedido nada entre nosotros, como si los años no hubieran pasado.

Ahora mi temario se había expandido, lo cual me alegró: se le añadió la geometría, la aritmética y algo de griego y latín. Y luego, durante la hora restante, se me daba libertad para usar las oficinas y leer lo que me apeteciera. Ahora creo que mi propio volumen, el que tenéis en las manos, se inició allí durante aquellos días, en aquella biblioteca. Porque llegado un punto empecé ya no solo a

leer, sino también a escribir. Al principio fue un simple registro de mis estudios. Pero pronto ese registro se amplió hasta abarcar mis pensamientos, y de mis pensamientos pasó a mis impresiones, de forma que ahora poseía no solo un registro de mi mente, sino también de mi corazón. ¿Cómo se originó esta idea? Supongo que debo dar gracias a Maynard. Entre los efectos personales que solía hurtar del secreter con casillas de mi padre había un viejo diario perteneciente a nuestro abuelo, John Walker, que como era habitual en su generación creía estar en mitad de una gran lucha que alteraría la faz del mundo. Yo carecía de esas pretensiones, pero sí que sentía, por leve que fuera, que había entrado por accidente en algo importante que trascendía mi pequeña vida.

Seguí con aquella rutina durante un mes, con pequeñas alteraciones, hasta que una noche bajé al subsuelo de la casa y en vez del señor Fields me encontré con Corrine.

—¿Qué te están pareciendo las cosas por aquí? —dijo.

—Muy extrañas —le contesté—. Es otra vida.

Corrine bostezó por lo bajo y se sentó. Puso el codo sobre la mesa, se apoyó la barbilla en la palma de la mano y me observó con ojos cansados. Tenía el pelo recogido en forma de tirabuzones negros. La luz de los quinqués le proyectaba sombras en la cara. Aunque era solo un poco mayor que yo, su aspecto era el de una antepasada. Me acordé de sus días con Maynard y me sentí fascinado por la magnitud de su engaño. Qué poco había sabido por entonces de ella, de su inteligencia, de su sabiduría y de su astucia. Luego sentí que me arreciaba por dentro una ráfaga de miedo. Corrine Quinn, que llevaba la máscara de la Alta Cuna, era una mujer misteriosa y poderosa. Y yo no tenía ninguna noción real de sus capacidades.

—Incluso tú —le dije—. Es mucho que asimilar. Simplemente..., no me lo habría imaginado nunca. Ni en mil años.

—Gracias —dijo ella. Y se rio, claramente encantada de la enormidad de su engaño—. ¿Disfrutas de escribir?

—He visto muchas cosas últimamente —le contesté—. Y he sentido la necesidad de contarlo, sobre todo mis recientes experiencias.

—Cuidado con eso —me dijo.

—Lo sé. Morirá conmigo. No saldrá de aquí.

—Ejem —empezó, con los ojos brillándole—. Me han comentado que has convertido la biblioteca en tu base de operaciones. Y que hay noches en que prácticamente hay que sacarte a rastras de sus recovecos.

—Me recuerda a mi casa —expliqué.

—¿Y volverías si pudieras? ¿A casa? —me preguntó.

—No. Nunca —contesté.

Me examinó un momento, aunque no estoy seguro de qué buscaba. Siempre me estaban examinando allí abajo. Yo lo sentía, incluso los demás agentes que se entrenaban conmigo parecían estar siempre sondeándome con sus preguntas, vigilándome cuando creían que no los veía. Yo les contestaba diciendo lo menos posible. Pero había algo en Corrine que me impulsaba a hablar. Había algo en su silencio que comunicaba una soledad profunda y particular, y aunque nunca hablábamos directamente de los orígenes de aquel sentimiento, me daba la impresión de que estaba emparentado con el mío.

—Cuando estaba allí, en Lockless —le conté—, tenía ciertas libertades. Más que la mayoría, debo admitirlo. Pero seguía siendo propiedad de otro hombre. El mero hecho de decirlo aquí, de reconocerlo ante ti, me degrada.

—Ciertamente —contestó—. Y algunas llevamos degradadas desde los tiempos de Roma. Algunas hemos nacido en la alta sociedad y nos han dicho que el conocimiento está por debajo de nosotras por derecho y que la ignorancia y la ornamentación tienen que ser lo único a lo que aspiremos.

Soltó una risilla e hizo una pausa momentánea, esperando a que captara lo que me estaba intentando decir. Y cuando fue evidente que yo lo había entendido, añadió:

—La mente de la mujer es débil, eso es lo que solía decirse, fíjate. Ahora, en cambio, dicen que todas las que quieran aspirar al rango de dama deben tener algunas nociones de cultura. Pero no demasiadas. Nada de estudiar en serio. Nada que pueda dañar la delicadeza de la mente de las chicas. Novelas. Cuentos. Proverbios,

esa clase de cosas. Nada de periódicos. Nada de política.

Corrine se puso de pie y caminó hasta el escritorio. Y sacó del cajón un sobre de tamaño grande.

—Pero no he dejado que me dicten sus normas, Hiram —dijo sosteniendo el sobre—. Y no me he limitado a leer, querido. He aprendido su idioma y sus costumbres, incluso las que deberían estar vedadas a mi condición; sobre todo, estas últimas. Y esa ha sido la semilla de mi libertad.

Volvió a acercarse y me puso el sobre delante.

—Ábrelo —me pidió.

Lo hice y encontré dentro la vida entera de un hombre. Había cartas a la familia. Había autorizaciones. Había certificados de venta.

—Es tuyo durante una semana —dijo—. No podemos retener los efectos personales de este hombre de forma indefinida. Lo que tenemos aquí es una selección lo bastante arbitraria como para que su ausencia no lo alarme.

—¿Y qué tengo que hacer? —pregunté.

—Estudiarlo, por supuesto —me explicó—. Hay una lección en sus costumbres. Te ayudará a comprender todas las cosas que están vedadas a tu condición. Se trata de un caballero con educación y formación, igual que la tienen muchos dueños de esclavos de este país.

Debí de parecer confundido, porque a continuación Corrine me preguntó:

—¿Qué crees que hemos estado estudiando aquí abajo?

No dije nada. Entonces siguió hablando:

—Lo que hacemos no son ejercicios ociosos, ni la simple mejora cristiana del alma. Primero aprendes lo que saben ellos, en líneas generales. Y luego aprendes los detalles concretos: sus palabras de su puño y letra. Si eres dueño del conocimiento particular de un hombre, le tendrás la medida tomada. Y luego puedes confeccionar el disfraz, Hiram, y hacerlo a tu medida.

Empecé mis estudios al día siguiente. Enseguida comprobé que todos los papeles estaban escritos por la misma mano. Y a medida que los estudiaba, empezó a emerger de ellos un retrato.

Gracias a los documentos de la vida de su autor —el balance de sus libros de contabilidad, sus comunicaciones con su esposa, sus entradas de diario sobre ciertas defunciones, su crónica de varias cosechas consecutivas—, se materializó ante mí aquel hombre, con todos sus rasgos y manías. Vi sus hábitos diarios, sus rutinas, su filosofía personal y, al llegar al final, pese a no haberlo conocido nunca, ya podía remedar casi todos sus rasgos.

Una semana más tarde, Corrine volvió a reunirse en la biblioteca conmigo. Le transmití todo lo que había averiguado y, sometido a su riguroso interrogatorio, le transmití todavía más. ¿Cuál era la flor favorita de su esposa? ¿Con qué frecuencia viajaba? ¿Amaba aquel hombre a su padre? ¿Ya le habían salido canas? ¿Cuál era su estatus en la sociedad? ¿Y cómo de antigua era su fortuna? ¿Era dado a infligir crueldades arbitrarias? Respondí a todas sus preguntas; gracias a mi memoria prodigiosa, había absorbido todos los detalles de la vida de aquel hombre. Pero Corrine pasó de preguntarme por los simples datos que se podían memorizar a plantearme cuestiones de interpretación. ¿Era buen hombre? ¿Qué codiciaba en la vida? ¿Era de esos que se regodean en las maldades que perciben? La noche siguiente retomó aquella línea de interrogatorios y me obligó a reconstruir al hombre hasta el último hilo suelto de su chaleco. La siguiente noche descubrí que las preguntas especulativas ya me causaban menos problemas, y para la última noche ya me resultaba tan fácil contestarlas que me parecía que eran datos de mi propia vida. Y ese era el sentido mismo del proceso.

—Ahora —me dijo— ya has leído lo bastante como para saber que ese hombre tiene una posesión en concreto que atesora más que el resto.

—El jinete, sí —contesté—. Levity Williams.

—El mismo —asintió—. Ese hombre va a necesitar un salvoconducto para la carretera, una carta de presentación para lo que vendrá después y, por fin, documentos de libertad firmados por su amo. Y se los vas a suministrar tú.

Sacó de su valija un estuche y me lo entregó. Al abrirlo me encontré una pluma fina, y solo necesité cogerla para saber que

pesaba lo mismo que la que tan a menudo había empuñado el objeto de mi estudio.

—Hiram, el disfraz tiene que quedarte a la medida —me dijo —. El salvoconducto se debe hacer con la misma indiferencia apresurada, las cartas han de tener la misma floritura oficial y los documentos de libertad deben mostrar la misma arrogancia que es ciertamente el derecho de esa gente vil.

Todavía quedaba el problema práctico de copiar su firma y su caligrafía. Pero en ese sentido triunfaron mi memoria y mi don para la imitación. No era tan distinto de lo que había hecho años atrás, cuando el señor Fields me había mostrado la imagen del puente. Más difícil me resultó imitar las creencias y pasiones del hombre, y ser capaz de transmitirlas con confianza y naturalidad, como si fueran mías. Nunca me olvidaría de aquella lección. Me resultó esencial para aquello en lo que me convertiría, de cara a todo lo que desvelaría y presenciaría.

No sé si aquellos documentos consiguieron liberar a Levity Williams. Todo lo que hacíamos se realizaba en el más completo secreto. Aun así, cuando falsifiqué aquellos documentos sentí que se despertaba algo nuevo en mí: el poder. El poder se extendía desde mi brazo derecho, se proyectaba a través de la pluma y se propagaba por las montañas, directo a los corazones de quienes nos habían condenado.

Pronto aquello se convirtió en una tarea habitual para mí. Cada pocas semanas, Corrine me entregaba un paquete nuevo. Y todas las veces yo me confeccionaba un disfraz de manera que, para cuando concluía mi investigación, ya no sabía dónde terminaba yo y dónde empezaba el amo de turno. Conocía a aquellos hombres. Conocía a sus hijos, a sus esposas y a sus enemigos. Su humanidad me hería, porque allí también estaban los lazos de la familia, y allí también había jóvenes amantes vencidos por los rituales del cortejo, y había dolor y un entendimiento siniestro del pecado de la Servidumbre. Y también había miedo a que, llegado el juicio final, ellos fueran esclavos de algún poder, de algún dios, de algún demonio del mundo antiguo, que sin saber habían desatado sobre el nuevo. Casi los amaba. Mi trabajo no

exigía menos: tenía que ir más allá de mi odio y mi dolor personales, verlos en su plenitud, y por fin, con mi pluma, atacarlos y destruirlos.

Cada alma que mandábamos a la libertad era un golpe contra ellos. Y hacíamos mucho más que eso. Les devolvíamos sus documentos corregidos y aumentados. Nuestras falsificaciones promovían fraudes. Alterábamos investigaciones judiciales. Ofrecíamos pruebas de fornicación. Mi rabia estaba desatada y su alcance ya se extendía más allá de Maynard y de mi padre, hasta abarcar toda Virginia. Y esa rabia se veía saciada todas las noches, bajo los quinqués, en aquella mesa alargada de la biblioteca.

Cuando terminaba me retiraba a mi cama, agotado. En sueños me escapaba de aquellos hombres a los que estudiaba a diario y soñaba con un lugar remoto, una pequeña parcela, un arroyo cuya corriente se llevaba todos los problemas. Soñaba con Sophia. Eso era en los días buenos. En los días malos mis sueños eran febriles y veía la cárcel, y al niño, y a su madre desatando la cólera de Dios sobre los Perros de Ryland: «¡Perros de Ryland! ¡Que el fuego negro os reduzca a huesos retorcidos y viles!». Veía a un hombre que había amado a una mujer y había perdido su nombre. Y veía la traición de la que había sido objeto yo, las risas burlonas, los gemidos, la soga. En aquellos días me despertaba con una emoción distinta, particular y directa, porque me despertaba pensando en todas las cosas que iba a hacer si me volvía a cruzar alguna vez con Georgie Parks.

Pero no me habían llevado al Tren Subterráneo para que ejecutara mi venganza, ni siquiera para hacer falsificaciones, sino por el poder que me atribuían. Cómo nos habría gustado ser capaces de ponerlo en marcha, controlarlo y dominarlo. Había una mujer que sabía cómo, alguien como yo pero que a diferencia de mí tenía control sobre aquel poder. En su parte del país se había vuelto tan querida y famosa por sus fantásticas hazañas que la gente de color de Boston, Filadelfia y Nueva York le había dado el apodo de Moisés. El poder que ostentaba había sido bautizado como

«Conducción» —la misma palabra que Corrine había usado para describir mi poder—, por el hecho de que «conducía» a los Sirvientes, aparentemente a voluntad, desde los campos sometidos del sur hasta las tierras libres del norte. Pero aquella tal Moisés era muy discreta y se negaba a dar al Tren Subterráneo de Virginia ninguna pista acerca de cómo funcionaba el poder. Así pues, yo no contaba con la ayuda de nadie o, para decirlo de forma más precisa, estaba en manos de ella.

Decidimos experimentar. En primer lugar, nos mostramos todos de acuerdo en que a fin de activar el poder me hacía falta alguna clase de estímulo, una amenaza o incluso dolor. Y también pensábamos, basándonos en mi propio testimonio, que el poder estaba vinculado a los momentos imborrables de mi vida; y también recordaba que se podía conectar de forma específica con mi madre. Pero ¿cómo evocar aquellos recuerdos y ponerlos a mi servicio? Corrine y sus lugartenientes usaron toda clase de trucos para activar el poder. Hawkins me esposó y me pidió que le contara con todo detalle la traición de Georgie Parks. El señor Fields me vendó los ojos, me llevó al bosque y me hizo contarle hasta el último detalle del día en que me había caído al Goose. Amy y yo nos reunimos en el establo y le conté todo lo que sabía del crimen que mi padre había cometido contra mi madre. Un sábado llevé a Corrine en carruaje y rememoré todo lo que había sentido mientras llevaba a Sophia a reunirse con mi tío. Pero la luz azul de la Conducción no acudía a mí, y cada vez que terminaba mi historia, por mucho que mis oyentes estuvieran cautivados y mi corazón quedara destrozado por los recuerdos, siempre me encontraba exactamente en el mismo sitio donde había empezado.

La tarde después del trayecto en carruaje, tras otro intento truncado de Conducción, Corrine y yo caminamos juntos hasta la casa y luego hasta el comedor. Allí nos encontramos al señor Fields y a Hawkins tomando café. Nos saludaron y se marcharon. Ya estaba avanzado el verano y los días eran largos, lo cual suponía un menor cobijo para nuestros ensayos. Me acuerdo de cómo la tierra se despertaba aquel año y la sensación trascendental de estar despertando con ella. Pero seguía sin haber Conducción.

Nos sentamos a la mesa y continuamos nuestra conversación hasta agotar el último tema intrascendente. Y por fin Corrine dijo:

—Hiram, la verdad es que según cualquier criterio te has convertido en un buen agente. Y eso va a ser una bendición para nosotros, porque te vamos a emplear de acuerdo con nuestras necesidades, y no con tus límites. Quizá esto no signifique nada para ti, pero debería. No todo el mundo cumple las expectativas aquí, ya sabes.

De hecho, su elogio sí que significaba algo para mí. Yo había vivido mi vida entera al servicio de mi padre y de mi hermano. Cada paso que daba, cada logro que alcanzaba, incluso aquellos que había posibilitado mi padre, eran percibidos como amenazas al orden correcto de las cosas. Por primera vez en mi vida, ahora me encontraba alineado con el mundo que me rodeaba.

Pero me preguntaba qué debía de pasarles a quienes no cumplían con las expectativas, a aquellos a quienes se les habían confiado todos los secretos del Tren Subterráneo de Virginia pero resultaban ser un riesgo. Ahora yo sabía muchísimo, demasiado, pensé, para que me volvieran a dejar en libertad.

—La verdad es que no esperábamos nada de todo esto —siguió diciéndome—. Sabíamos que habías leído. Conocíamos tu memoria prodigiosa. Estábamos al corriente de que te habían criado cerca de la alta sociedad. Pero no habíamos contado con tu facilidad para ponerte la máscara. Sabíamos que te habían dado caza. Pero no éramos conscientes de cuánta astucia habías ganado en tu tiempo de cautiverio.

Hizo una pausa y supe que estábamos entrando en la parte más oscura de su discurso. Ahora se mostraba cabizbaja, pugnando para encontrar las palabras adecuadas. Me acordé del dominio que antaño había mostrado sobre mí, en Lockless, en la biblioteca de mi padre, y fui consciente de hasta qué punto lo había perdido, particularmente en el momento presente, y se me ocurrió entonces que en realidad todo era una ilusión, que todo aquel orden era ingeniería, brujería, sostenido por una elaborada fachada, por los rituales y por el día de las carreras, por la pompa y los desfiles, por los polvos y el maquillaje, que todo era puro artificio, y que

cuando le quitabas ese artificio se podía ver que éramos simplemente dos personas, un hombre y una mujer, allí sentados. De pronto quise aliviarla de la incomodidad que obviamente estaba sintiendo, de forma que hice lo mismo que me negaba a hacer tan a menudo. Hablé.

—Pero eso no basta —le dije—. Ni correr, ni leer, ni escribir. No me trajisteis aquí para eso. De manera que no basta.

—No —aceptó Corrine—. No basta. Hiram, en este mundo hay enemigos a los que simplemente no se puede dejar atrás corriendo. Y hay muchos de los nuestros sepultados en el ataúd de la esclavitud, demasiado hondo para que podamos alcanzarlos: en Jackson, en Montgomery, en Columbia y en Natchez. Pero ese poder tuyo, esa Conducción, es el tren que puede convertir una semana de trayecto en un instante. Sin él, podemos amenazar a nuestro enemigo. Con él, la distancia no significa nada para nosotros y podemos golpearle donde queramos. En suma, te necesitamos, Hiram; no solo al Hiram falsificador de cartas ni al Hiram que corre, sino a alguien capaz de devolverle a toda esa gente, a nuestra gente, la libertad que todos merecen.

Yo la entendía a la perfección. Pero seguía pensando en todo el mundo que no conseguía cumplir con las expectativas.

—¿Y qué haréis conmigo si no lo consigo nunca? —le pregunté—. ¿Me retendréis aquí eternamente entre vuestras falsificaciones? ¿Me volveréis a tirar al hoyo?

—Claro que no —dijo Corrine—. Eres libre.

Libre. Hubo algo en su manera de decirlo que me sobresaltó. Incluso me agravió, aunque por entonces no supe el porqué.

—Libre, dices. Pero he de servir. Tú misma lo dijiste; y servir tal como decidas y determines tú. Hacer lo que tú quieras. Ir adonde tú dictes.

—Estás dando demasiadas cosas por sentadas de mí.

—¿Quién más hay? —le pregunté—. ¿Qué es este Tren Subterráneo más que lo que he visto aquí? ¿Y a quién transporta? Porque yo no he visto a nadie. ¿Y qué pasa con mi gente? ¿Qué pasa con Sophia? ¿Qué pasa con Pete? ¿Qué pasa con Thena? ¿Qué pasa con mi madre?

—Tenemos reglas —dijo ella.

—¿Reglas para qué? —pregunté.

—Reglas que rigen a qué personas se puede sacar y cómo —explicó.

—Muy bien —contesté—. Pues quiero verlas.

—¿Las reglas? —dijo perpleja.

—No. Quiero ver las operaciones. Quiero ver a esas personas a quienes estamos sacando. No. Mucho mejor. Dices que he sobrepasado todas las expectativas. Pues entonces déjame que lo haga por mi cuenta.

—Hiram —empezó. Y ahora hablaba con voz grave y cargada de preocupación. Creo que sabía que en aquel momento podía perderme. Que si no me demostraba que todo aquello no era un truco, me marcharía y conmigo desaparecería toda esperanza de Conducción—. Muy bien. Quieres que te lo enseñe. Pues te lo voy a enseñar.

—¿Sin trucos? —pregunté—. ¿Lo dices de verdad?

—Más de verdad de lo que crees.

14

Pero a fin de admitirme en los círculos más internos del Tren Subterráneo, Corrine necesitaba asegurarse de que no me iba a marchar nunca. Y a ese fin me exigió algo que me encadenara para siempre a la causa. Y lo que me exigió fue la destrucción de Georgie Parks.

Yo había soñado con aquella destrucción, en la cárcel, en el hoyo y también allí. Llevaba tiempo planteándome todo lo que podía hacerle a Georgie. Pero de pronto me di cuenta de que, a la hora de la verdad, con la espada en la mano, toda mi cólera se disipaba frente a la magnitud misma de lo que debía hacerse a continuación.

—No eres el primero al que ha traicionado —me dijo Corrine —. Ni tampoco el último. Y vuelve a estar en Starfall, mientras hablamos, desempeñando su pérfida labor.

Era noche cerrada. Me encontraba en la biblioteca con Hawkins y Corrine. Acababa de terminar mi sesión de estudio diaria. Y, oyéndolos, me di cuenta de que todavía no había asimilado todo lo que había hecho Georgie. Una parte de mí aún lo veía tal como había sido mitificado: como el sirviente que había obtenido su propia libertad. Aceptar plenamente su traición comportaba aceptar la totalidad de lo que nos había hecho, cómo nos había engañado por completo, que incluso nuestros héroes y nuestros mitos no eran más que herramientas para asegurar la permanencia de la Servidumbre.

El plan, según me explicaron, era usar nuestro talento para la imitación y el fraude a fin de implicar a Georgie en una traición. No una traición a los Sirvientes, sino a los propios amos de Georgie.

—Sabéis lo que le harán —les dije.

—Si tiene suerte, lo colgarán —afirmó Hawkins.

—Y si no —repuse—, lo cargarán de cadenas. Romperán a su familia. Lo mandarán a Natchez. Y lo harán trabajar más de lo que es humanamente posible. Y que Dios no quiera que los sirvientes se enteren de por qué está allí.

—Es probable que se lo digan —opinó Hawkins.

—Estamos cruzando una línea —le dije—. O bien vosotros ya la habéis cruzado y me estáis pidiendo que os siga.

—Yo digo que lo matemos, simplemente —sentenció Hawkins, dejando de lado mi preocupación.

—Ya sabéis que no podemos —terció Corrine.

Y tenía razón, aunque no por ningún principio moral. Era algo que llamaba demasiado la atención, y si las represalias no nos encontraban a nosotros, ciertamente encontrarían a todos los sirvientes de la región. No, había que hacerse cargo de Georgie Parks y tenían que ser sus amos quienes ejecutaran la sentencia. Nosotros nos limitaríamos a dar un pequeño empujón.

—Conozco bien a esa gente —dijo Corrine, negando con la cabeza—. Sea cual sea el acuerdo que tienen con Georgie, os prometo que confían todavía menos en un liberto que en un esclavo. Y Georgie es un notorio mentiroso, por mucho que esté a su servicio; es un hombre que dobla la rodilla ante el poder. ¿Tanto cuesta imaginárselo doblándola ante otro poder?

—El Tren Subterráneo —dije.

—O lo que ellos creen que es el Tren Subterráneo —replicó Corrine—. ¿Y qué pasaría si se encontrara algún indicio en alguna casa distinguida que delatara la magnitud de sus pecados, sus esfuerzos para trabajar para ambos bandos, su inútil compromiso con ese Tren Subterráneo? ¿Y qué pasaría si además se encontrara en casa de Georgie o encima de su persona un paquete de efectos personales, salvoconductos falsificados, documentos de libertad, literatura abolicionista y cartas que aludieran a un viaje al norte?

—Que lo estaríamos matando —contesté.

—Lo estamos matando.

—Con la soga o con la cadena —dije—, lo que vamos a hacer es matar a ese hombre.

—Ese hombre ha intentado matarte a ti —replicó Corrine, con una rabia apagada en sus ojos grises—. Te quería matar, Hiram. Ha matado a muchos antes que a ti y, si no hacemos nada, seguirá matando. Se trata de un hombre que coge la última esperanza de libertad y la quema para hacer combustible. Niñas, viejos, familias enteras, los quema a todos. ¿Has estado alguna vez en el sur profundo? Yo sí. Es el infierno, peor de lo que cuentan las historias. Tormentos sin fin. Degradaciones sin fin. Ningún hombre merece eso, pero si alguien lo merece, son en primer lugar los amos, y después los tipos como Georgie.

La lógica de aquello estaba clara. Pero ahora me sentí caer en algo más oscuro que iba mucho más allá de la visión romántica que me había imaginado la noche de mi huida con Sophia. La Servidumbre era una trampa. Incluso Georgie estaba atrapado. Así pues, ¿quién era Corrine Quinn para juzgar a aquel hombre? ¿Quién era yo, que me había escapado sin una meta más elevada que mis propias pasiones y mi propio pellejo? Ahora entendía la guerra del Tren Subterráneo. No era una guerra antigua y honorable. No había ejércitos enfrentados en los extremos del campo de batalla. Por cada agente había un centenar de miembros de la Alta Cuna, y por cada miembro de la Alta Cuna había un millar de blancos de baja estofa que le habían jurado fidelidad. La gacela no lucha a zarpazos contra el león, sino que se escapa. Pero nosotros hacíamos algo más que limitarnos a escapar. Conspirábamos. Instigábamos. Saboteábamos. Envenenábamos. Destruíamos.

—Es nuestra responsabilidad —dijo Hawkins—. ¿No veis que es nuestra responsabilidad? Está ahí fuera rompiendo familias, mandando a gente a las cárceles, a la subasta, y lo está haciendo en nuestro nombre.

—Nosotros no lo hemos pedido —replicó Corrine—. Tienes razón, no es nuestro trabajo normal. Pero ¿qué quieres que hagamos? ¿Qué opción hay que todavía no se nos haya ocurrido?

No había ninguna.

Corrine sacó otro expediente, me lo puso delante sobre la mesa y supe qué había dentro: el surtido habitual de documentos

robados que debía ayudarme a pensar como la Alta Cuna. A continuación me dedicó una mirada que no era de lástima ni de pena, era puro fuego.

Al cabo de un mes salí de mi habitación con mi atuendo de franela para emprender mi rutina vespertina. Ya era pleno verano. Las noches se habían acortado y los días habían iniciado su expansión de julio. Por el camino vi acercarse a Hawkins en compañía del señor Fields, los dos con ropa de día. Hawkins venía charlando mientras que la mirada del señor Fields iba y venía nerviosamente. Sentí que se avecinaba algo. Hawkins me miró de arriba abajo y dijo:

—Esta noche no se trabaja. Mañana tampoco. Descansa.

Me lo quedé mirando un momento largo para ver si lo había entendido correctamente.

—Tenemos a uno —me dijo.

Pero no descansé; ni esa noche, ni de madrugada ni a la mañana siguiente. Apenas sabía nada de los métodos que usaba el Tren Subterráneo sobre el terreno, y mi mente no paraba de dar vueltas intentando imaginárselos. La noche siguiente se reunieron conmigo fuera. Yo llevaba pantalones cómodos, camisa, gorro y el mismo par de botas de trabajo con las que había pensado escaparme. Hice lo posible para esconder mi nerviosismo, pero mi mirada se encontró con la de Hawkins y él se rio.

—¿Qué? —le pregunté.

—Nada —contestó Hawkins—. Solo que no puedes echarte atrás. No puedes negarte. Lo sabes, ¿verdad?

—Ya es tarde para eso —le dije.

—Ciertamente —repuso Hawkins—. Pero es una carga que ponemos en ti. Y cuando te miro ahora, siento todo lo que estás a punto de sentir tú. Y me acuerdo de la primera vez que me metieron a mí en esto. Estás a punto de verlo.

—No lo puede saber —dijo el señor Fields—. Y, además, ¿qué otra cosa se puede hacer ya?

Caminamos desde los barracones a la casa principal de

Bryceton y nos reunimos en uno de los edificios laterales.

Había tres vasos y una jarra en una mesa, y Hawkins llenó los vasos con sidra de la jarra. Dio un sorbo, cogió una bocanada de aire y dijo:

—Por un lado, es un caso fácil. Está a un día de trayecto a pie en dirección sur. Y otro día para volver. Y es un hombre solo.

—¿Y por el otro lado?

—Es un hombre, un hombre de verdad —dijo—. No es dar saltos ni correr ni pasar un rato en la biblioteca. Habrá patrullas de verdad y perros de verdad a quienes nada les gustaría más que acabar contigo.

Hawkins se pasó las manos por el pelo y negó con la cabeza. Me dio la sensación de que tenía más miedo por mí del que yo mismo sentía.

—Muy bien, escucha —me dijo—. El hombre se llama Parnel Johns. Ha hecho algo que lo ha enemistado con los sirvientes del lugar. Tenía una estafa en marcha. Robaba a su amo y le vendía lo robado a algunos de los blancos de baja estofa. Su amo se daba cuenta de que pasaba algo raro, pero no sabía exactamente qué.

—De forma que lo pagaron todos —dije.

—Ya lo creo —asintió el señor Fields—. Y el amo se lo hizo pagar con intereses, doblando el trabajo de la plantación entera para recuperar las pérdidas y dando latigazos a quien no llegaba.

—¿Y Johns siguió robando? —le pregunté.

—No, lo dejó —respondió el señor Fields—. Pero no importó. El amo siguió en sus trece y ahora esa es la nueva dinámica de la casa.

—El amo se lo hizo pagar a todos los sirvientes… —explicó Hawkins.

—Y los sirvientes se lo hacen pagar a Johns —dije yo.

—Con creces. Ya no tiene a nadie allí. Su tierra ya no es su tierra —contó Hawkins—. Y quiere escapar.

—Está hecho una buena pieza —dije negando con la cabeza —. Seguro que hay sirvientes más merecedores de justicia.

—Claro que sí —concedió Hawkins—. Pero no le estamos llevando la justicia a Johns. Se la estamos llevando a su amo.

—¿Cómo? —pregunté.

—Resulta que Johns, por muy cobarde que sea, es un trabajador excepcional en el campo —explicó Hawkins—. Y es más que eso. Es una especie de genio. Toca el violín. Y hasta hace carpintería como tú.

—¿Qué tiene eso que ver con la libertad? —quise saber.

—Nada —respondió él—. No es una cuestión de libertad. Es una cuestión de guerra.

Guardé un momento de silencio y los miré.

—No, no empieces —dijo Hawkins—. No empieces a pensar otra vez. Acuérdate de adónde te llevó la última vez. Aquí hay algo más importante. Un plan más elevado.

—¿Y qué plan es? —le pregunté.

—Hiram —empezó el señor Fields—, esto es por tu bien. Por el bien de todos. No te conviene saberlo todo. Limítate a confiar en nosotros.

Hizo una pausa para ver si yo lo entendía y después me dijo:

—Confiar es difícil, lo sé. Créeme, lo entiendo. Lo único que te has encontrado desde la primera vez que nos vimos son engaños. Y lo siento. Esta no siempre es una vida honorable. Así que quizá iría bien que te diéramos un poco de información, aunque no sea pertinente a nuestro viaje de esta noche. Quiero que sepas mi nombre verdadero, Hiram. No es Isaiah Fields. Es Micajah Bland. Señor Fields es un nombre que adopté para trabajar aquí en Virginia. Te agradecería que lo usaras mientras estemos aquí, pero no es el nombre con el que nací.

»Así pues, te he confiado algo de muchísimo valor y que puede acabar con mi vida. ¿Confiarás ahora en nosotros?

Y así emprendimos nuestro viaje, Hawkins, yo y Micajah Bland. No corrimos. Pese a todo el entrenamiento, nos limitamos a caminar. Pero caminamos con buen ritmo, evitando las carreteras principales y atravesando bosques sin hollar y colinas, hasta que el terreno boscoso se allanó y supe gracias a eso, y a nuestra orientación en relación con las estrellas, que estábamos yendo al este. La tierra estaba seca y la noche era cálida. Para entonces yo ya sabía que aquella era la peor estación del año para transportar a

fugitivos, simplemente porque había muy pocas horas sin sol para viajar. El invierno era la temporada alta del agente de campo. En verano, cuando había menos horas, la precisión en las salidas y las llegadas lo era todo. Caminamos aproximadamente seis horas en dirección sudeste.

Johns estaba donde se suponía que tenía que estar, en un cruce de caminos del bosque señalado por una pila de leña en el lado derecho. Apostados en el bosque, lo vimos caminar con nerviosismo. Era mi primera misión y me habían confiado la tarea de establecer el contacto. Trabajábamos en equipo, pero solo un hombre establecía el contacto inicial. Gracias a este método, si nos traicionaban, solo caería uno de nosotros.

Salí de detrás de los árboles y me acerqué. Johns paró de caminar. Había venido tal como le habíamos indicado: sin fardos, sin efectos personales, solo con los papeles falsificados en la mano por si se encontraba con Ryland. Confieso que, al examinarlo, tuve sentimientos encontrados. Siempre habían existido hombres como él, que simplemente para divertirse ponían en peligro a un equipo entero de sirvientes. En la época de mi abuela, Santi Bess, existían formas de lidiar con aquellos hombres. Un accidente mortal en el bosque. Un caballo asustado. Un pellizco de hierba carmín. Y ahora yo tenía que trabajar para liberar a aquel granuja, mientras que tantos buenos hombres, mujeres y niños permanecían sepultados.

Lo miré con dureza y le dije:

—Esta noche no hay luna sobre el lago.

—Es porque el lago ya ha tenido bastante con el sol —respondió.

—Vamos —le insté.

Pero se quedó un segundo donde estaba, miró hacia los árboles e hizo una señal. Y de los árboles salió una chica, de unos diecisiete años, con un mono de trabajar en el campo y el pelo recogido debajo de un pañuelo. Y era por cosas así por lo que a los hombres como Parnel Johns se les daba la hierba carmín. Para ellos cada acto de compasión normal era una invitación a sacar partido. Les dabas un ternero y te exigían el rebaño. Pensé por un momento en dejarlos allí mismo. Pero aquella era una decisión

para agentes más veteranos que yo. De forma que no dije nada y me los llevé de vuelta al bosque, a la zona donde esperaban Hawkins y Bland.

—¿Quién demonios es esta? —quiso saber Hawkins.

—Va conmigo —contestó Johns.

—¿Qué coño dices? —preguntó Hawkins—. Habíamos acordado transporte para uno, ¿y ahora nos estás intentando endilgar a otro?

—Es mi hija Lucy —explicó.

—Me da igual, como si es tu madre —dijo Hawkins—. Ya conoces el plan. ¿Qué demonios estás haciendo?

—No pienso irme sin ella —dijo Johns.

—No pasa nada —intervino Bland—. No pasa nada.

Hawkins y Bland eran amigos. Yo lo sabía porque Hawkins era capaz de hacer reír a Bland, y no solo soltar risitas, sino carcajadas enormes, y Micajah Bland no era muy dado a reírse.

Hawkins negó con la cabeza, frustrado. Luego miró a Johns y dijo:

—Como me llegue el más pequeño olor a Rylands, os dejo tirados a los dos, ¿entendido? El camino al norte lo conocemos nosotros, no vosotros. Como atisbemos cualquier cosa rara, os dejamos aquí para que os encuentren los perros.

Pero no pasó nada extraño, por lo menos no de la manera que Hawkins se temía. Mantuvimos un buen ritmo el resto de la noche y al llegar el alba ya estábamos bastante lejos. Hawkins y Bland habían hecho una buena exploración previa del terreno. Habían encontrado una cueva para descansar en mitad del camino y llegamos a ella justo cuando el sol se estaba elevando por encima de las colinas. Nos turnamos para dormir y para vigilar a nuestro cargamento. A pesar de lo que había dicho Hawkins, no los podíamos abandonar. No podíamos arriesgarnos a que corriera la voz sobre nuestros métodos. Si se volvían un lastre excesivo, no quería imaginarme lo que habría que hacer con ellos.

Hicimos turnos de tres horas. Yo me encargué del último: desde media tarde hasta el anochecer. Todo el mundo dormía salvo Lucy y yo, a ella le estaba costando amoldarse a nuestro horario. Vi

que Lucy salía de la cueva hacia el aire libre. En vez de detenerla, salí tras de sí. No era hija de Johns, eso me había quedado claro. No compartían ni un solo rasgo. Él tenía la piel amarillenta y ella era oscura como la misma África. Pero sobre todo me había quedado claro por cómo caminaban, se cogían de la mano y hablaban en murmullos.

—No sé por qué ha mentido —me dijo ella.

—Por nervios —repuse. Nos encontrábamos justo delante de la cueva. Yo estaba sentado en un tocón detrás de Lucy. Ella estaba contemplando cómo el sol empezaba a desaparecer por el oeste.

—Él no quería que lo acompañara —dijo Lucy—. No lo culpes a él. Yo insistí. Sabes que tiene familia, ¿no? Familia de verdad: una mujer en la otra casa y dos hijas.

No sé qué tenía yo que provocaba que la gente quisiera confesarse conmigo. Pero gracias a su mención a la familia de Parnel Johnson, ahora me enteré de adónde estábamos yendo. De manera que la seguí.

—El señor Heath, nuestro amo, tenía una mujer joven —me explicó—. Era más cruel que todos los demonios del infierno. Lo sé porque yo era su criada. Era la típica que te daba de latigazos porque llovía demasiado o porque la leche estaba demasiado caliente. Era tan guapa como malvada, y todos los hombres del pueblo lo sabían. El señor Heath la ataba bien corto por miedo a perderla. Era un hombre celoso. En fin, un día esa joven esposa se volvió religiosa. No fue nada sincero en mi opinión, pero le permitía ver un poco de mundo.

»Se hizo amiga de un viejo pastor, que venía a la casa todos los días a predicar la palabra de Dios. Y a mí me quedó clarísimo, aunque al señor Heath no, que estaba predicando más que eso.

Llegado a aquel punto, Lucy se rio de su propia insinuación y se giró hacia mí para ver si la había captado, y aunque sí la había captado, no di muestra alguna de ello y eso la hizo reír todavía más. Y luego me dijo:

—¿Y te puedes creer que un día se marcharon? Se largaron sin más. Supongo que debieron de empezar de nuevo en otra parte. Yo odiaba a aquella chica, y en otra vida más justa te juro que

sería yo quien empuñaría el látigo y ella estaría debajo. Pero aun así pude ver la belleza de la situación, ¿sabes? Hablamos del tema. Soñé con aquello; soñé con ello todo el tiempo. Fue tremendo, te lo aseguro. Pero sabíamos que nosotros nunca podríamos hacerlo. Éramos sirvientes.

Apartó la cara y oí que estaba sollozando.

—Y entonces sucedió —me dijo—. Escucha, parezco joven pero no lo soy tanto. Me han dejado hombres antes. Reconozco la situación. Sé la cara que se les pone. Y él vino a mí con esa expresión, y antes de poder decir ni una palabra se vino abajo y se echó a llorar, porque sospechaba que yo ya sabía que se iba a marchar. No lo culpéis. No me quiso decir adónde. No me quiso decir cómo. Solo que a la mañana siguiente se largaría, y que lo haría sin mí.

»Dicen que Parnel es un granuja. Pues bueno, yo también. Y, además, es mi granuja. Su crimen es que no quiere vivir así... ¿Y cómo puede alguien quererlo cuando la casa entera es un despropósito? Todos lo culpan de lo que les ha hecho el señor Heath. Pero yo culpo al señor Heath.

»Así que anoche lo seguí. Lo pillé en el camino, poco antes de que llegara a vosotros. Y le dije que o me llevaba con él o iba a volver a la casa a contarles que se estaba escapando. No lo habría hecho. No soy esa clase de persona, pero... Te lo cuento para que entiendas que fui yo. Parnel fue demasiado débil para dejarme.

—Eso no lo justifica —le dije.

—¿Qué me importa a mí que lo justifique o no? ¿Qué me importáis tú o tus hombres? Ya sabes lo que nos hacían allí. ¿O te has olvidado? ¿No te acuerdas de lo que nos hacían a las chicas allí? Y en cuanto te lo hacían, ya te tenían para siempre. Te atrapaban con los bebés, te ataban a la casa con tu propia sangre y todo eso, hasta que tenías demasiado que perder para escaparte. En fin, yo tenía el mismo derecho a escaparme que Parnel. El mismo que tú o que cualquiera.

Lucy ya no lloraba. Desahogada de su carga, caminó de vuelta a la cueva, donde los demás estaban empezando a levantarse. Hawkins me miró con recelo. Me di cuenta pero no le hice caso.

Me centré en Lucy, que ya se había vuelto con un sonriente Parnel Johns y lo había abrazado entre risas.

Aquella noche avanzamos deprisa. Hacia medianoche la luna ya estaba alta y pudimos ver las montañas a lo lejos. Y me di cuenta de que estábamos cerca de Bryceton. Seguimos avanzando hasta dejarlo atrás. Al cabo de un par de horas nos encontramos con una pequeña cabaña. Salía humo de la chimenea y en la ventana parpadeaba la luz del fuego.

Hawkins silbó. Esperó y volvió a silbar. Esperó. Y silbó por última vez. El fuego de dentro se apagó. Esperamos unos minutos más. Luego seguimos a Hawkins hasta la parte de atrás de la cabaña. Se abrió una puerta y salió una anciana blanca. Se nos acercó y dijo:

—El tren de las tres menos diez se ha estado retrasando toda la semana.

—No —repuso Hawkins—. Creo que ha cambiado el horario.

Y al oír aquello la mujer intervino:

—Dijiste que solo venía uno.

—Cierto —aseguró Hawkins—. No ha sido cosa mía. Haz lo que quieras con ellos.

La anciana examinó al grupo un segundo y dijo:

—Muy bien. Entrad todos, deprisa.

Entramos y ayudamos a la anciana a encender otra vez el fuego. Hawkins salió con ella. Estuvieron hablando unos minutos y luego regresaron. Hawkins dijo:

—Supongo que es hora de que nos volvamos a casa.

Micajah Bland se giró hacia Parnel Johns. Vislumbré una mueca de afecto en la cara iluminada por el fuego.

—No te preocupes —le tranquilizó—. No te pasará nada.

Johns asintió con la cabeza. Y cuando ya salíamos nos dijo:

—Cuando estemos a salvo, ¿puedo mandarle un mensaje a mi padre?

Hawkins se rio para sí mismo y se dio la vuelta.

—Por supuesto que puedes —contestó—. Pero como se entere el Tren Subterráneo, será lo último que hagas.

Una vez terminado aquello, y emprendidas mis acciones contra Georgie Parks, Corrine y los demás decidieron que era hora de dejarme ver más operaciones del Tren Subterráneo, de mandarme fuera de la tierra de la esclavitud y al norte. Filadelfia sería mi nuevo hogar.

Me avisaron con unos días de antelación. El Tren Subterráneo no me dio la opción de replanteármelo, porque, aunque todos soñábamos con ir al norte, cuando aquel sueño descendía a la realidad a uno lo podían vencer toda clase de miedos. Siempre hay una parte de nosotros que no quiere ganar, que prefiere quedarse en la desdicha que ha conocido siempre. De manera que no tuve tiempo de pensar ni de rendirme a mis partes cobardes. Me pasé los últimos días recibiendo asesoramiento y reflexionando. Hablé con Micajah Bland acerca de qué podía esperar. Caminé por el bosque y pensé sobre todo en lo que siempre había considerado normal pero pronto me faltaría.

Quienes íbamos a trabajar en un territorio nuevo necesitábamos adoptar una identidad nueva y aprovisionarnos de documentos. Los agentes domésticos nunca se fabricaban los suyos propios. Se los proporcionaban otros agentes domésticos de otras ubicaciones, porque se consideraba que nadie podía ser el autor de su propia vida. En mi caso usaron como punto de partida mi ocupación: carpintero en una empresa local que hacía de tapadera para las operaciones del Tren Subterráneo. Iba a ser un hombre que había comprado su libertad y que había huido al salir a la luz ciertas leyes recientes que estrangulaban los derechos de los libertos de color del sur. Me dieron dos mudas de ropa de trabajo y otra para ir a la iglesia. Mi nombre siguió siendo el mismo, con el añadido del apellido Walker.

Quedaba el problema de cómo llegar hasta allí. Los Perros de Ryland merodeaban por las carreteras, los puertos y el ferrocarril. Nos ayudaba el hecho de que en mi caso no habría denuncia de fuga y, por tanto, Ryland no estaría buscando a ningún hombre que encajara con mi descripción. Nos decantamos por el tren. Vendrían conmigo Hawkins y Micajah Bland. Nuestro plan era

sencillo: yo sería un liberto, y Hawkins, un esclavo de aquel tal Bland, su amo blanco. Si en algún momento alguien cuestionaba mis documentos, Bland daría fe de mi identidad.

—Pórtate como un hombre libre —me aconsejó Hawkins—. Ve con la cabeza alta. Míralos a los ojos, aunque sin pasarte. Sigues siendo un hombre de color. Haz una reverencia ante las damas. Asegúrate de llevar algunos libros de esos que tanto te gustan. Acuérdate: hazte valer o descubrirán la verdad.

El día de la partida me aferré a aquellas instrucciones y, cuando me entraron los nervios, como cuando estaba comprando mi billete, o cuando le estaba dando mi baúl al mozo para que me lo subiera, o bien cuando el tren arrancó y vi alejarse el sur y todo lo que había conocido, me limité a decirme a mí mismo aquello que debía convertirse en mi verdad: soy libre.

15

Partí con pocas posesiones a mi nombre y sin apenas despedirme. Aquella última velada no vi ni a Corrine ni a Amy, y di por sentado que las dos estarían involucradas en algún otro plan. Me marché en una calurosa mañana de lunes de verano, cuatro meses después de llegar a Bryceton. Caminamos casi todo el día, Hawkins, Bland y yo, y aquella noche la pasamos en la pequeña granja de un viejo viudo partidario de nuestra causa. El martes por la mañana partimos por separado al pueblo de Clarksburg, donde arrancaba el primer tramo de nuestro viaje. El plan era cruzar el estado con el tren de la Northwestern Virginia Railroad y luego, ya en el oeste de Maryland, cambiar al tren de Baltimore y Ohio, seguir hacia el este y por fin al norte, rumbo a las tierras libres de Pensilvania, donde se encontraba nuestro destino, Filadelfia. Existía una ruta ferroviaria más corta para llegar al norte, pero en ella se habían producido incidentes recientes con los Perros de Ryland, y confiamos en que nadie sospecharía de la audacia de nuestra ruta alternativa a través del puerto de esclavos de Baltimore.

Cuando llegué a la estación de Clarksburg, divisé a Hawkins y a Bland sentados debajo de un toldo rojo. Hawkins se estaba abanicando con su sombrero. Bland estaba mirando las vías, aunque no en la dirección de la que había de venir el tren. Sobre el toldo había posada una bandada de mirlos. En el andén, una mujer blanca con cofia y vestido azul con miriñaque llevaba cogidos de la mano a dos niños pequeños bien vestidos. A cierta distancia, fuera de la sombra del toldo, había un hombre blanco de baja estofa con lo que supuse que serían todas sus posesiones en un macuto de lona y fumando tabaco. Me quedé a un lado para no infundir sospechas, arrogándome la frescura de la sombra. El blanco de baja

estofa se terminó su tabaco y saludó a la mujer. Todavía estaban hablando cuando los mirlos levantaron el vuelo del toldo y la enorme locomotora bramó a la vuelta del recodo, toda humo negro, y emitió un estrépito metálico que resultó ensordecedor. Vi cómo las ruedas giraban cada vez más despacio hasta detenerse con un chirrido. Nunca había visto nada parecido fuera de los libros. Le presenté solícitamente el billete y mis documentos al revisor. Apenas los miró. Puede ser difícil de creer hoy en día, en estos tiempos siniestros que corren, pero no había «vagón para negros». ¿Por qué iba a haberlo? La Alta Cuna no se separaba para nada de sus Sirvientes, igual que una dama no se despega de su monedero, o menos todavía, porque corría un momento de nuestra historia en que lo más valioso que un hombre podía poseer, en toda Norteamérica, era a otro hombre. Fui hasta la parte de atrás, caminando por el pasillo que quedaba entre las dos hileras de asientos. El tren estuvo parado unos minutos. Intenté no parecer nervioso. Pero cuando oí gritar al revisor y la locomotora volvió a bramar, sentí que se me destensaba y se me relajaba todo el cuerpo.

El viaje entero duró dos días, de tal manera que llegué a la estación de Gray's Ferry, a orillas del río Schuylkill, el jueves por la mañana. Me bajé del tren entre una multitud de gente que esperaba a sus amigos y familiares. Nada más apearme vi a Hawkins y a Bland, pero me evitaron, porque sabíamos que, incluso allí en la ciudad, Ryland patrullaba todo el tiempo en busca de fugitivos. No me habían dado ninguna descripción de mi acompañante. Solo me habían dicho que esperara. Había un ómnibus al otro lado de la calle, enganchado a un tiro de caballos. Varios pasajeros del tren subieron a bordo.

—¿El señor Walker?

Me giré y vi frente a mí a un hombre de color con ropa de caballero.

—Sí —contesté.

—Raymond White —se presentó ofreciéndome la mano. No sonrió—. Por aquí —me indicó. Caminamos hasta el ómnibus y subimos a bordo.

El conductor hizo restallar su fusta y arrancamos en dirección contraria al río. Durante el trayecto no hablamos demasiado, lo cual era comprensible teniendo en cuenta el asunto que nos había reunido. Pese a todo, tuve ocasión de tomarle la medida a aquel tal Raymond White. Su atuendo era impecable. Llevaba un traje gris de corte perfecto que le caía en ángulo de los hombros a la cintura ceñida. Llevaba el pelo bien peinado con raya. Su cara parecía una roca con los rasgos tallados, y durante el trayecto entero aquellos rasgos no se vieron alterados por ninguna expresión de dolor, molestia, alegría, humor ni preocupación. Aun así, me pareció ver una tristeza en su mirada que, pese a toda la serena elegancia de Raymond, contaba una historia, y supe que su vida estaba de alguna forma vinculada con la Servidumbre, aunque no estaba seguro de cómo. Y de aquella tristeza deduje que sus modales elevados y su nobleza no eran una simple cuestión de nacimiento, sino productos del esfuerzo y la lucha.

El ómnibus se alejó del río para adentrarse en el corazón de la ciudad. En las calles se veía a gente por todas partes. Yo los observaba por las ventanillas, eran tantísimos que me pareció que el día de las carreras se había multiplicado cien veces, como si el mundo entero se hubiera congregado allí para bullir entre los talleres y los tratantes de pieles y las farmacias, para recorrer las calles de grava, para inhalar el aire acre. Hasta el último tipo y rango de persona, padres e hijos, ricos y pobres, negros y blancos. Y vi que los ricos eran sobre todo blancos y los pobres, sobre todo negros, pero también había miembros de ambas etnias en ambas categorías. Fue asombroso verlo directamente, porque aunque allí el poder lo tuvieran los blancos, y lo tenían, no parecían poseerlo de forma exclusiva. Y os aseguro que nunca había visto a especímenes más míseros de la raza blanca ni tampoco a especímenes más opulentos de la raza de color que los que vi aquel día. La gente de color de allí no se limitaba a sobrevivir, como en Starfall, sino que algunos iban vestidos con ropa más elegante que la que llevaba mi padre. Y estaban allí en pleno bullicio de la ciudad, con sus sombreros y guantes, y con sus damas protegidas por sombrillas, caminando como si fueran de la realeza.

Aquella asombrosa estampa se combinaba con los olores más ofensivos que ha conocido el hombre. Más que oler aquel aire de la ciudad, yo lo podía palpar. Parecía nacer en las alcantarillas y elevarse a continuación para mezclarse con el de los caballos muertos de la calle y unirse por fin a los humos de las fábricas y talleres, hasta que el olor resultante —como el de una huerta entera pudriéndose— formaba una miasma invisible que flotaba sobre la ciudad entera. Yo estaba acostumbrado a todos los hedores del ganado, pero al lado de los jardines, las matas de fresas y el bosque. El olor de Filadelfia, en cambio, no ofrecía aquel equilibrio; flotaba en todas partes, por todas las calles, en los talleres y tabernas, y, tal como descubriría, si no andabas con cuidado, también entraba en las casas y los dormitorios.

Bajamos del ómnibus al cabo de unos veinte minutos y entramos en una casa adosada de ladrillo que había en la esquina, donde encontramos a Bland y a Hawkins ya instalados. Estaban en una salita al final del vestíbulo, tomando café con otro hombre negro bien vestido. Al vernos, el grupo entero levantó la vista y nos sonrió. El hombre al que yo no conocía se puso de pie, caminó hasta mí y me prodigó un apretón enérgico de manos y una sonrisa todavía mayor. Intuí por sus rasgos que era pariente de Raymond White. Tenía la misma cara de piedra, aunque sin su estoicismo.

—Otha White —se presentó—. No has tenido problemas en el tren, ¿verdad?

—No que yo sepa —respondí.

—Venga, siéntate —me invitó Otha—. Voy a traer café para todos.

Me senté mientras Raymond y Bland charlaban. Otha regresó con café y entonces empezó la reunión.

—Cuidad de este hombre, ¿me oís? —empezó Hawkins bebiéndose el café—. Es realmente lo que os dije. No hablo por hablar. Lo he visto caer sepultado bajo un río y salir por sí solo. Ha soportado todo lo que le hemos echado y sigue en pie. Eso debería deciros algo.

Era lo más amable que me había dicho nunca Hawkins.

—Ya conocéis mi compromiso —dijo Raymond—. Le he

entregado mi vida entera a esto. Y agradecemos de corazón su ayuda a nuestra empresa.

—Nos irías de maravilla —dijo Otha—. No te conozco, Hiram Walker, pero yo tampoco me crie aquí. Sin embargo, he aprendido y creo que tú también aprenderás.

Hawkins asintió con la cabeza y dio un sorbo de su café. Hawkins parecía más cómodo en compañía de Otha, que había nacido esclavo, que con Raymond, una criatura del norte. Ahora creo, con la perspectiva que dan los años, que era una cuestión de cómo trabajábamos. En Virginia éramos forajidos, una condición que pronto pasaría a honrarnos, de forma que nos deleitábamos en atentar contra la moralidad de un mundo que creíamos fundamentado en las leyes demoníacas. No éramos cristianos. Los cristianos desempeñaban su trabajo en el norte, donde el Tren Subterráneo tenía tanta fuerza que ya no era subterráneo. Ahora me acuerdo de haber pasado muchas noches sentado en alguna taberna de Filadelfia, escuchando cómo hombres que solo hacía unos días que habían sido transportados se jactaban de los detalles de su huida. Manzanas enteras de la ciudad atestadas de fugitivos que poblaban congregaciones, donde se organizaban en forma de comités de vigilancia que se protegían entre ellos y buscaban indicios de Ryland. En el norte, los agentes del Tren Subterráneo no eran forajidos, sino que prácticamente constituían una ley en sí misma. Asaltaban cárceles, atacaban a policías federales y se liaban a tiros con los Perros de Ryland. Los hombres como Hawkins desempeñaban su trabajo en la sombra. Los hombres como Raymond voceaban en la plaza mayor.

Pero para Otha todo era distinto. Tenía algo en los orígenes que había sugerido y en sus modales ásperos que incitaba la deferencia de Hawkins, por muy soterrado e ignorado que estuviera, dado que Hawkins era un hombre dado a salvar almas, no a escrutar en ellas, y mucho menos en la suya propia. Estoy lo bastante al corriente de lo que era Bryceton antes de que Corrine lo transformara, y de sus atrocidades, como para saber que la «introspección» era un lujo.

—Muy bien —dijo Hawkins, poniéndose en pie—. El chico no

sabe nada. Confío en que se lo expliquéis vosotros. Nosotros ya hemos hecho nuestra parte. Espero que sirva a la causa aquí tan bien como la ha servido allá abajo.

Me levanté y Hawkins se giró hacia mí, me estrechó la mano y me dijo:

—Dudo que nos volvamos a ver pronto, si es que nos volvemos a ver alguna vez. Lo único que puedo decirte es que te portes bien.

Asentí con la cabeza. Hawkins estrechó la mano a los demás, incluyendo a Bland, que había decidido quedarse unas semanas en Filadelfia para atender unos asuntos propios. Después de que Hawkins se marchara, Otha me llevó a mi habitación del piso de arriba mientras Raymond y Bland se quedaban hablando abajo. Era una habitación pequeña, pero después de vivir varios meses en un barracón, y antes en un hoyo, y antes en la cárcel, me parecía un paraíso. Después de que Otha se marchara me tumbé en la cama. Oía cómo subía flotando de la planta baja la conversación lejana de Bland y de Raymond y un ruido que me pareció de risotadas bulliciosas. Más tarde cené con Otha en una taberna local. Me explicó que tenía por delante un largo fin de semana para orientarme en la ciudad. Con la idea de dedicar el día siguiente a explorar, volví directo a casa y me fui a dormir. Otha también dormía allí, en un dormitorio contiguo al mío. Raymond se alojaba fuera de la ciudad con su mujer y sus hijos.

Me levanté temprano a la mañana siguiente para visitar Filadelfia. Salí a la calle Bainbridge, una de las grandes arterias de la ciudad, que quedaba justo al lado de nuestras oficinas de la calle Nueve, y contemplé cómo bullía en las calles toda aquella variedad de vida humana, una colección de deseos, necesidades e intenciones, y eso que no eran más que las siete de la mañana. Al otro lado de la acera vi una pastelería y a un hombre de color trabajando dentro. Entré y me dio la bienvenida un olor dulce, el antídoto perfecto a la miasma de la ciudad. En el mostrador había un agradable despliegue de exquisiteces —pasteles, buñuelos y bollos rellenos de

todas clases— dispuestas sobre papel de cera. Detrás del mostrador todavía había más manjares apilados en bandejas suspendidas en soportes.

—Eres nuevo por aquí, ¿verdad?

Levanté la vista y vi al hombre de color sonriéndome. Debía de tener diez años más que yo y me estaba contemplando con una mirada de amabilidad pura. Debí de encogerme instintivamente ante su pregunta, porque a continuación me dijo:

—No es mi intención fisgar. De hecho, no estoy fisgando. Lo veo en todos los recién llegados. Se quedan deslumbrados por las cosas más insignificantes. No pasa nada, hijo. No tiene nada de malo ser nuevo. Y no tiene nada de malo quedarse deslumbrado.

No dije nada.

—Me llamo Mars —se presentó el hombre—. Esta es mi tienda. Mía y de mi Hannah. Vienes de la calle Nueve, ¿verdad? ¿Te estás quedando allí con Otha? Raymond y Otha son primos míos, parientes de mi querida Hannah; y tú estás con ellos, o sea, que eres como de mi familia.

Seguí sin decir nada. Qué maleducado era por entonces. Qué lejos se extendía mi recelo.

—¿Qué me dices de esto? —A continuación arrancó un pedazo de papel de cera de un rollo que tenía detrás y se fue a la trastienda. Volvió con algo envuelto en papel. Y cuando me dio el paquete, sentí que estaba caliente—. Adelante —me invitó—. Pruébalo.

Desenvolví el papel y salió una vaharada de olor a jengibre. El olor me evocó una sensación a la vez triste y dulce, porque venía ligado a un recuerdo perdido que sentí acechar al final de un camino neblinoso y serpenteante de mi mente.

—¿Qué le debo?

—¿Qué me debes? —se extrañó Mars—. Somos familia. ¿Qué te he dicho? Aquí arriba somos todos familia.

Asentí con la cabeza, balbuceé unas palabras de agradecimiento y salí de la pastelería. Me quedé un momento en la calle Bainbridge contemplando la ciudad, con el pan de jengibre envuelto en papel todavía caliente en la mano. Ahora deseaba

haber sonreído antes de marcharme. Deseaba haber dicho algo para recompensar su amabilidad. Pero acababa de salir de Virginia, del hoyo, aún tenía a Georgie Parks en la mente y acababa de perder a Sophia. Crucé Bainbridge en sentido oeste, cruzando calles de numeración ascendente, asimilando el tamaño absurdo de una ciudad con tantas calles que al parecer se les habían terminado los nombres. Seguí caminando hasta llegar a los muelles, donde vi a una mezcolanza de hombres de color y blancos descargando y trabajando en las embarcaciones.

Seguí el curso del río mientras se doblaba sobre sí mismo y después trazaba otra curva hacia fuera. Las márgenes estaban abarrotadas de talleres, pequeñas fábricas y diques secos. El aroma opresivo de la ciudad remitió un poco frente a la brisa fresca fluvial. Entonces llegué a un paseo entarimado. Había un prado verde surcado por caminitos entarimados, a su vez flanqueados de bancos. Tomé asiento. Eran sobre las nueve de la mañana. Viernes; el final de la semana laboral. Un día despejado y azul. El paseo entarimado estaba lleno de filadelfianos de todos los colores y clases. Caballeros con canotiers que acompañaban a damas. Un grupo de escolares sentados en círculo en la hierba escuchaban con atención las palabras de su tutor. Pasó riendo un hombre pedaleando con un monociclo. Se me ocurrió que nunca en mi vida había sido tan libre. Y supe que podía marcharme en aquel mismo momento, que podía abandonar el Tren Subterráneo y desaparecer en aquella ciudad, en aquel gigantesco día de las carreras, irme flotando por aquel aire venenoso.

Desplegué el papel. Me llevé el pan de jengibre a la boca y, mientras me lo comía, se me abrió algo por dentro espontáneamente. El sendero que había visto en la pastelería de Mars, evocado por aquel aroma a jengibre, se me apareció de nuevo delante, y esta vez no había niebla, en realidad tampoco había camino, solo un lugar. Una cocina que reconocí al instante como la de Lockless. Y ya no me encontraba sentado en el banco, ni siquiera en las inmediaciones del paseo. Estaba de pie en aquella cocina, y sobre la encimera había galletas, bollos y toda clase de dulces en bandejas cubiertas de papel de cera, igual que en la

pastelería de Mars. Y había otra encimera adyacente a aquella, y detrás de ella se encontraba una mujer de color, canturreando para sí misma, amasando. Cuando me vio, me sonrió y me dijo:

—¿Por qué estás siempre tan callado, Hi?

Y volvió a amasar y a canturrear para sí misma. Pasó un rato antes de que levantara de nuevo la vista y se riera.

—Te veo mirar las galletas de jengibre del señor Howell —me dijo—. Puede que seas callado, pero estás tramando meterme en apuros.

Negó con la cabeza y se rio. Pero al cabo de un momento puso cara de preocupación y se llevó el dedo índice extendido a los labios cerrados. Caminó hasta la puerta y se asomó al exterior. A continuación volvió a la otra encimera, la que estaba llena de dulces, y despegó dos galletas de jengibre del papel.

—Hay que cuidar de la familia —dijo ofreciéndomelas—. Y, además, tal como yo lo veo, todo esto te pertenece a ti.

Le cogí las dos galletas de las manos. Debí de saber lo que estaba pasando. Debí de darme cuenta, en mitad de todo aquello, de que aquel sitio donde estaba, fuera cual fuera, no era el Lockless de ahora, quizá ni siquiera fuera el Lockless de antaño. Era como si estuviera en un sueño. Y tampoco me venía a la cabeza el nombre de aquella mujer que tenía delante, aunque sentía una punzada de familiaridad y una punzada de algo más: de pérdida. Y tan fuerte era aquella sensación que fui corriendo hacia ella, con las galletas de jengibre todavía en la mano izquierda, y le di un abrazo largo y fuerte. Y cuando me aparté de ella, mostró una sonrisa tan grande como el día mismo, tan grande como la que me había dedicado el pastelero Mars aquella misma mañana.

—No lo olvides —me dijo—. Familia.

Y luego regresó la niebla, entró flotando en la cocina desde todas las direcciones hasta que la encimera y las bandejas desaparecieron de mi vista, y desapareció también la mujer, que mientras se desvanecía me dijo:

—Vete, anda.

Y me encontré de vuelta, sentado en un banco. Me sentía cansado. Me miré las manos, que estaban vacías. Alcé el rostro y

contemplé el río que había al otro lado del paseo. El hombre del monociclo volvió a pasar pedaleando. Me saludó con la mano. Miré los bancos que tenía a mi izquierda y luego, los de mi derecha. La hilera de bancos continuaba a ambos lados igual que antes, con una salvedad: tres asientos más allá había un pedazo de pan de jengibre a medio comer, y sobre la hierba la brisa estival hacía volar gentilmente el papel de cera en que había estado envuelto.

16

Por fin lo sabía. Aquello era la Conducción. El poder seguía estando en mí, por mucho que no terminara de entender cómo invocarlo. Me arrastré de vuelta a nuestro edificio, agotado, y caí dormido nada más llegar a mi habitación, con el sol todavía brillando, y no me volví a despertar hasta primera hora de la mañana siguiente. Se me ocurrió intentar acceder otra vez al poder, pero me disuadieron la fatiga y el malestar que ahora sabía que acompañaban a todas las Conducciones. De manera que decidí visitar otra vez la pastelería de Mars y disculparme por mis malos modales. Luego tal vez pasearía más por la ciudad, para poner a prueba la libertad, quizá esta vez en dirección al este, hacia el río Delaware, quizá incluso lo cruzaría y me aventuraría en el villorrio de Camden, donde vivían Raymond y su familia. Pero justo cuando me estaba poniendo las botas, oí que llamaban a la puerta de mi dormitorio y luego oí la voz de Otha.

—Hiram, ¿estás ahí?

Abrí la puerta cuando Otha ya estaba bajando la escalera. Se giró para mirarme, sin dejar de bajar los escalones con brío, y me dijo:

—Tenemos que irnos.

Lo seguí escalera abajo hasta el salón, donde nos encontramos a Raymond caminando de un lado para otro con una carta en la mano. En cuanto nos vio, caminó hasta la puerta, agarró su sombrero y sin decir palabra salió apresuradamente. Salimos detrás de él a la calle Nueve y caminamos hasta la calle Bainbridge, que para entonces ya estaba inundada del tráfico y la miasma de Filadelfia.

—La ley de nuestro estado es muy clara —nos dijo cuando lo alcanzamos—. No se puede retener en cautiverio a ningún hombre

ni mujer, por mucho que hayan sido traídos aquí de esa forma. Una vez que se pide asilo, se debe conceder. Pero tienen que pedirlo. No podemos inducirlos a que sean libres. No los podemos convencer.

—El problema es que los amos —explicó Otha, mirándome— mantienen la ley en secreto. Mienten a sus sirvientes, los asustan. Amenazan a sus familias y amigos.

—Pero cuando sabemos de alguien que manifiesta sus intenciones con claridad —siguió Raymond—, entonces tenemos el poder necesario para asegurarnos de que se respeten esas intenciones. Y esta tal señora Bronson ha efectuado esa petición, que su captor no respeta. Perdonad mis prisas, pero el tiempo apremia. Si queremos obligar a ese hombre a respetar la ley, tiene que ser ahora mismo.

Caminamos hacia el este, por el mismo sendero que yo había pensado coger aquella misma mañana. No tardamos en llegar a los muelles, y vi las olas del Delaware lamer suavemente las embarcaciones. Era sábado. Volvía a hacer calor. Hacía más calor en aquella ciudad que el que yo había vivido nunca en Virginia. Allí la sombra no significaba nada. El calor te seguía igual que el olor, y el único alivio que yo encontraba estaba allí, en las riberas de la ciudad. Recorrimos unos cuantos muelles en dirección sur hasta detenernos delante de la pasarela de embarque de una barcaza. Embarcamos deprisa. Raymond examinó a los pasajeros, pero no vio a nadie que coincidiera con la descripción de aquella señora Bronson de la que nos hablaba. Luego un hombre de color dijo:

—Están abajo, señor White.

Fuimos a la parte de atrás de la barcaza, donde encontramos una escalera que bajaba, y allí, en el vientre de la embarcación, vimos a otro grupo de pasajeros. Reconocí a la señora Bronson antes que Raymond. No me hizo falta ninguna descripción. En los dos días que llevaba allí ya había visto a muchos sirvientes. Iban vestidos con la misma elegancia que la gente libre de color, quizá mejor todavía, como si sus captores quisieran esconder la cadena que se extendía entre ellos. Pero si mirabas con detenimiento

podías ver en sus modales, en su particular forma de prestar atención, que estaban en manos de otro poder. Y aquella señora Bronson iba bien vestida, incluso disfrazada, de la misma forma en que a Sophia la disfrazaban para Nathaniel, y vi que había un hombre blanco y flaco que le estaba agarrando con fuerza el brazo, y que con la otra mano ella tenía cogido todavía más fuerte a un niño que no podía tener más de seis años. Su mirada encontraba a Raymond, que todavía la estaba buscando, y luego encontraba mis ojos, momento en el cual volvió la cabeza hacia su hijo.

Pero Raymond los había visto. Se les acercó y les dijo:

—Mary Bronson, entiendo que has realizado una petición. Y estamos aquí para satisfacerla de acuerdo con la ley de nuestro estado, que no muestra ni respeto —y ahora Raymond clavó la vista en el hombre alto y flaco— ni consideración a la tradición de la esclavitud.

Me encontraba fuera de Virginia, separado de un mundo donde nuestro trabajo era furtivo, donde yo era un criminal obligado a respetar las mismas costumbres que estaba trabajando para destruir. Estaba en Filadelfia, viendo operar a un agente del Tren Subterráneo de forma abierta, sin coreografía y sin disfraz. Las palabras de Raymond cayeron como una bomba. Y el hombre blanco que aferraba a Mary Bronson las sintió.

—Idos al infierno —dijo el blanco, tirando de la mano de Mary Bronson y haciéndole perder un poco el equilibrio—. Tengo intención de regresar a mi tierra con mis propiedades.

Raymond no le hizo caso.

—No tienes obligación de obedecer —le dijo a Mary—. Este hombre no te va a retener mientras yo siga en pie, y si vienes conmigo, te aseguro que la ley de este estado ampara mi empresa.

—¡Es mía, malditos seáis! —gritó el hombre. Y lo hizo muy enérgicamente.

Pero vi que ya no tenía a Mary cogida del brazo. No sé si ella se había soltado o bien si él, con su rabia ahora concentrada en Raymond, simplemente se había olvidado. A esas alturas ya se había congregado a nuestro alrededor una pequeña multitud, algunos para apoyarnos y otros para ver el origen del revuelo. Se

estaban contando entre ellos los detalles de la historia. Gruñían y señalaban al hombre, que no pareció darse cuenta de que el poco poder del que disponía se estaba disipando a su alrededor. Pero Mary sí lo percibió todo. La multitud la mantenía a flote. Cogió la mano de su hijo y echó a andar hacia Raymond. El hombre rabió y llamó a Mary para que volviera, pero ella no le hizo caso, colocándose detrás de Raymond y resguardando a su hijo detrás de ella.

—Chaval —dijo el hombre, fulminando a Raymond con la mirada—. Si estuviéramos en mi tierra, te pondría en tu sitio y te haría sufrir.

Al oír aquello, los gruñidos se convirtieron en insultos, gritos y amenazas.

Hay un momento en la vida tormentosa de unas cuantas personas afortunadas de color, un momento de revelación, en que se abren los cielos, se retiran las nubes y un haz de sol las traspasa, transmitiendo una sabiduría infinita de lo más alto, y ese momento no viene de la religión cristiana, sino de la visión de un hombre de color dirigiéndose a un blanco como se dirigió ahora Raymond White al hombre blanco:

—Pero no estás en tu tierra.

Luego Raymond volvió a mirar a la multitud y el hombre siguió su mirada y empezó a entender la situación. La rabia y la determinación lo abandonaron. El miedo y el pánico se cernieron sobre él. El hombre blanco y delgado pareció palidecer y enflaquecer por momentos. La multitud, agitada por las amenazas del hombre, ahora empezó a hablar en murmullos de lo que debían hacer a continuación.

Después de que la barcaza se alejara, Otha y yo nos sentamos con Mary Bronson y su hijo en la casa de la calle Nueve. Raymond había ido a iniciar las gestiones para conseguirle a Mary una casa, y con suerte también pronto un trabajo. Era costumbre en el Tren Subterráneo de Filadelfia registrar las penurias que había sufrido todo aquel que pasaba por la célula local. Se trataba de otra idea

inimaginable en Virginia, donde aquellos testimonios podrían implicar criminalmente a los fugitivos. Pero Raymond creía estar haciendo historia y estaba convencido de que había que registrar todos los eventos pertinentes.

Otha hizo café y le regaló al hijo de Mary una colección de juguetes: soldados, vacas, caballos y otros animales de granja tallados en madera. Aproveché el momento para acercarme a la pastelería de Mars, que me presentó a su mujer, Hannah. Conseguí sonreír cuando la saludé e hice lo que pude para disculparme por mi conducta del día anterior. Mars me dio dos hogazas de pan todavía calientes y me dijo:

—No hay nada de que disculparse. Como te dije, estás en familia.

De vuelta en la casa me encontré a Mary jugando con su hijo en el suelo del salón. Fui a la cocina con el pan, busqué un cuchillo, una bandeja y platos. Encontré un frasco de mermelada en la encimera junto con un pedazo de queso. Con todo esto llené la bandeja y la posé sobre la mesa del comedor. Otha sirvió café para todos y llevó a Mary y a su hijo a la mesa. La comida tuvo una atmósfera amable de alivio e incluso de celebración.

Después de la comida, Mary nos ayudó a limpiar. Luego pasamos a la sala de estar para la entrevista. Vi que el hijo de Mary sujetaba un soldado de madera en cada mano, ponía cara de enfado y entrechocaba los dos caballos haciendo un ¡pssshh! estridente.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Octavius —contestó—. No me digas por qué, no se lo puse yo. Lo decidió el señor de la casa, igual que lo decidía todo.

Otha le ofreció a Mary un asiento en el sofá. Subí a mi habitación para coger papel y dos lápices. Luego me senté a la mesa. Otha formularía las preguntas. Yo escribiría el testimonio.

—Me llamo Mary Bronson —le dijo a Otha—. Y nací esclava.

—Pero ya no lo eres —puntualizó Otha.

—Ya no lo soy —repitió Mary—. Y quiero daros las gracias a todos por eso. No tenéis ni idea de lo que he padecido allí en el sur, de lo que hemos padecido todos. Habría hecho lo que fuera

para escapar del yugo de ese hombre. Simplemente no estaba segura de cómo. Ya sabéis que no es la primera vez que vengo a la ciudad, y ni siquiera es la primera vez que se me ocurre escaparme. No sé por qué no lo hice antes.

—¿De dónde eres, Mary? —le preguntó Otha.

—Del infierno —contestó—. Vengo del infierno, señor Otha.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Otha.

—Tuve dos hijos más, aparte de Octavius, dos niños más y un marido. Mi marido era cocinero, igual que yo. A toda la casa le encantaba mi trabajo.

—Y a ti, ¿te encantaba tu trabajo?

—Era irrelevante que me gustara. Pero resultaba que yo era distinta. De hecho, tenía un acuerdo con mi viejo amo. Yo cocinaba, pero no era la única cocinera. Así que de vez en cuando mi amo me alquilaba a otras casas y se repartía conmigo lo que me sacaba. El plan era reunir el dinero suficiente para comprar mi libertad y la de mi familia. Yo me iría primero, para no tener que seguir repartiendo el dinero, y luego me llevaría a mi marido; Fred, así se llamaba. Me lo llevaría conmigo para tener dos manos más en el trabajo. Y después todos juntos nos llevaríamos a los chiquillos.

—¿Y qué pasó?

—Que el viejo amo se murió. Repartieron la hacienda y uno de los blancos de baja estofa, el hombre al que habéis visto, se hizo con ella. Y entonces dejó de gustarme tanto mi trabajo. Él se empezó a quedar con todo el dinero y me dijo que no sabía nada de ningún acuerdo con mi viejo amo ni de que hubiera dinero guardado en el banco. De forma que me volví artera. Empecé a trabajar despacio y mal. Pero él se dio cuenta.

Mary Bronson guardó silencio. Hizo de tripas corazón y recobró la compostura para seguir.

—Entonces empezaron las palizas. El amo estableció una cifra semanal. Me dijo que si no alcanzaba esa cifra, me lo haría pagar con azotes. Me amenazó con vender a mi marido y a mis hijos, a todos mis niños. Trabajé tan duro como pude, señor Otha. Pero los vendió de todas maneras. Solo me dejó al pequeño —señaló con la

cabeza al niño, que seguía en el suelo jugando con los animales de madera—, pero no por compasión ni por consideración. Fue para poder presionarme. Usaba al niño de rehén, para que yo siempre tuviera algo que perder.

—¿Por qué te traía a la ciudad? —preguntó Otha.

—Porque tiene familia aquí —nos dijo—. Le gustaba jactarse de mi trabajo. Me ponía a trabajar para su hermana. En la cocina de su hermana.

—¿Aquí?

—Pues sí. Pero le he ganado la partida, ¿verdad?

—Ciertamente.

—Las cadenas son algo poderoso, señor Otha, algo muy muy poderoso. Pensé en todas las veces en que había venido al norte y no me había escapado. Y pensé en el poder que tenían sobre mí. Pero sabía que dentro de un año o dos mandarían al niño a trabajar en el campo, y sabía que entonces también lo tendrían.

Se tapó la cara con las manos y sollozó suavemente. Otha se acercó a Mary Bronson y se sentó a su lado. Luego la atrajo hacia sí, la abrazó y le dio unas palmaditas suaves en la espalda. Mientras la abrazaba, Mary lloró desconsoladamente y en su llanto oí una canción por su marido, sus hijos y todo lo que había perdido.

Nunca había visto a un agente hacer lo que estaba haciendo ahora Otha: reconfortarla, tratarla con la dignidad con que se trata a una mujer libre, no como a una esclava que se ha escapado. La meció en sus brazos hasta que estuvo tranquila y luego se puso de pie y dijo:

—En los próximos días tendremos una casa para ti y para tu hijo. Raymond se ha ido a empezar las gestiones. Hasta que esté todo listo, tu hijo y tú sois bienvenidos a quedaros aquí.

Mary Bronson asintió con la cabeza.

—Es una buena ciudad —siguió Otha—. Y aquí somos fuertes. Pero entiendo que no te quieras quedar. En cualquier caso, te ayudaremos como podamos. Y pronto verás que encontrar la libertad solo es el principio. Vivir libre es harina de otro costal.

Hubo un momento de silencio. Yo había dejado de escribir,

pensando que la entrevista ya había concluido. Mary Bronson había dejado de llorar. Se secó la cara con el pañuelo de Otha, levantó la vista y dijo:

—No viviré libre a menos que lo haga con mis hijos.

Había recobrado la compostura. Percibí que su dolor y su miedo se habían convertido en otra cosa.

—No quiero saber nada de vuestra Iglesia. No quiero saber nada de vuestra ciudad. Mis hijos son la única ciudad que necesito. Habéis encontrado una forma de rescatarme a mí y a mi hijo y os doy gracias. Me criaron como es debido y soy agradecida. Pero encontrar a mis otros hijos, *todos mis hijos perdidos*, esa es mi principal preocupación.

—Señora Bronson —dijo Otha—. No funcionamos así. Simplemente no tenemos ese poder.

—Entonces no tenéis el poder de la libertad —dijo—. Si no podéis impedir que separen a una mujer de su hijo, a un marido de su esposa natural, entonces no tenéis nada. Ese niño que hay ahí lo es todo para mí. Me he escapado por él, para que pueda conocer otro mundo. Si hubiera estado sola, habría muerto como nací, siendo una esclava. Ese niño me ha liberado, entendedlo. Y le debo mucho. Pero sobre todo les debo mucho a su padre y a sus hermanos. Si no podéis impedir que nos separen, si no podéis reunirnos otra vez, entonces vuestra libertad es nimia y vuestra Iglesia y vuestra ciudad no tienen ningún atractivo para mí.

El lunes siguiente empecé a trabajar en un taller de carpintería, junto a los muelles de Schuylkill, en la esquina de la calle Veintitrés con Locust. El dueño era colaborador de Raymond White, y un gran número de quienes trabajaban allí eran fugitivos. Trabajaba tres días por semana en el taller y tres días con el Tren Subterráneo.

Al salir del trabajo tenía la costumbre de cruzar la ciudad a pie, contemplando la increíble alquimia de sonidos, olores y sensaciones que se prolongaban hasta entrada la noche. Aun así, entre aquella amalgama increíble de gente, por alguna razón me

sentía solo. Era culpa de Mary Bronson, de su nostalgia y de su anhelo de una libertad que se extendiera a toda su familia. Porque ¿qué significaba ser libre en una ciudad como aquella cuando tus seres queridos seguían bajo la Servidumbre? ¿Qué era yo sin Sophia, sin mi madre, sin Thena? Thena. «Un chaval como tú debería tener más cuidado con lo que dice. Nunca sabes cuáles son las últimas palabras que le vas a decir a alguien», me había dicho. Y debería haber tenido cuidado, ya lo supe entonces. Pero estaba envejeciendo más de la cuenta para mi edad, de manera que las palabras de Thena concordaban con las lamentaciones de un hombre mucho mayor que los veinte años que tenía yo. La forma en que la había tratado era lo peor que había hecho en mi corta vida. Ahora me daba cuenta de que por entonces yo no había sido más que un niño persiguiendo con ansia un sueño. Y aquel sueño había desaparecido, igual que los hijos de Mary Bronson; había sido arrastrado al abismo, fuera del alcance de cualquier medio que el Tren Subterráneo pudiera invocar para recuperarlo.

Un viernes por la mañana, mientras me iba al trabajo, Otha vino y me dijo:

—No se puede vivir demasiado tiempo sin familia.

Me lo quedé mirando sin decir nada. Sonrió.

—Aun así, está bien estar con alguien a quien le importas, Hiram. ¿Quieres cenar esta noche en casa de mi madre? ¿Qué me dices? Estará toda mi familia. Somos buena gente, te lo aseguro, y te acogeremos como si fueras uno de nosotros.

—Muy bien, Otha —acepté.

—Maravilloso, maravilloso —celebró. Luego me explicó cómo llegar y me dijo—: Te veo esta noche.

La casa de la familia White estaba al otro lado del río Delaware. Cogí el ferry al atardecer y caminé por una calle adoquinada hasta que los adoquines se convirtieron en arcilla primero y en polvo después. El calor de la ciudad y el aire húmedo y pegajoso quedaron detrás de mí, y una brisa refrescante agitó el aire del camino. Resultaba agradable estar a la intemperie. Era la primera vez que visitaba algo parecido al campo desde mi llegada, y de pronto me di cuenta de todo lo que echaba de menos de mi

antiguo hogar en el sur: el viento en los campos, el sol abriéndose paso por entre los árboles, las largas tardes. En Filadelfia todo pasaba a la vez, la vida entera era una multitud ridícula de sensaciones.

Los padres de Raymond y de Otha vivían en una casa grande con un porche que la rodeaba por completo y tenía un estanque delante. Me quedé un momento en aquel porche, contemplando la puerta de entrada. Oía a las criaturas y a sus madres en el interior, a los padres y a los hermanos, y todas sus palabras y risas se fundían en una felicidad que me llevó de vuelta a la Navidad en la Calle. Antes incluso de que yo entrara, la casa ya me irradiaba todo su afecto acumulado. No era la primera vez que sentía algo así. Ya había pasado en el fondo del Goose, mientras me estaba reuniendo con una madre a la que no recordaba y viendo a mis primos, a Honas y al Pequeño P. Y nada más recordar aquella sensación, sentí que volvía a mí. La brisa estival se estaba enfriando. Me estremecí. Y todo lo que tenía delante se puso azul. La puerta de la casa se expandió hasta convertirse en una hilera de puertas, que empezaron a alejarse entre ellas como si fueran un fuelle. Sentí que me alejaba de allí. Se abrió una puerta. Miré el interior. Vi salir del humo la mano de mi madre. Caminó hacia mí, buscando mi mano con la suya y, en cuanto me la cogió, el azul se esfumó y regresó el calor amarillo de aquella tarde de verano. Y en la puerta encontré a una mujer que no era mi madre, aunque parecía de la misma edad que habría tenido ella. Y justo detrás hallé a Otha, que al verme se detuvo, me saludó con la mano y me sonrió.

—¿Eres Hiram? —me preguntó la mujer. Y antes de que pudiera contestarle, añadió—: Debes de ser tú. Tienes cara de haber visto al diablo en persona.

Me agarró la mano con firmeza y me miró a los ojos.

—Ajá. El hambre tiene ese efecto. ¿Qué te dan de comer Raymond y Otha allí donde estáis? Venga, no te quedes ahí pasmado, ¡entra!

Di un par de pasos detrás de ella antes de que la mujer me detuviera y dijera:

—Viola White. Soy la madre de Raymond y de Otha. Pero

llámame simplemente tía Viola, que es quien soy para ti. Cualquier hombre que trabaje con Otha y Raymond es de la familia.

Seguí a Viola White —tardaría un tiempo en acostumbrarme a lo de tía Viola— hasta la sala de estar y me encontré con un maremagno de primos y tías. Raymond estaba de pie junto a la repisa de la chimenea, hablando con un hombre mayor. Mars, el propietario de la pastelería, vino a mí como una bala y me introdujo en una aglomeración de parientes, haciendo las presentaciones y perorando sobre los efectos de su pan de jengibre.

—El chaval intentaba hacerse el duro, como si no estuviera fascinado —le contó a su mujer, Hannah—. Pero en cuanto pegó la cara al papel, supe que ya lo tenía.

Hannah se rio y yo, sorprendiéndome a mí mismo, me reí también. Allí estaba pasando algo. Estaban cayendo muros, los muros que yo había levantado en la Calle. Mi silencio, mi actitud vigilante, era un muro. Había amor incluso en la Calle, os lo aseguro, y en cierta manera el amor más profundo y duro que he visto nunca. Pero la Calle era un lugar brutal y errático. Las pasiones se transformaban en indignación y en violencia, incluso entre nosotros. Pero la misma conducta que me había funcionado en Lockless ahora parecía cruel e innecesaria entre los White, de manera que me sorprendí a mí mismo, de forma torpe y entrecortada, sonriendo, riendo y, por encima de todo, hablando.

Después de la cena nos llevamos el café y el té al salón de atrás. Había un piano, y una de las chicas más jóvenes se sentó y se puso a tocar. Lo que recuerdo, más que cualquier virtuosismo, es el orgullo resplandeciente que puso el talento de aquella niña en las miradas de la familia White. Y me acordé de que yo también había tenido talentos, de niño, pero que mi propio padre habría preferido que estuvieran en el Pequeño May. Yo era un entretenimiento, un objeto de risas. Viendo cómo alentaban los esfuerzos de aquella niña, cómo recompensaban su genialidad —y todos tenemos cierta genialidad—, vi todo lo que se me había arrebatado a mí y todo lo que se arrebataba con regularidad a los millones de niños de color criados para la Servidumbre. Y lo que es más importante: vi por primera vez a gente de color disfrutar de aquella libertad

verdadera que anhelaba Mary Bronson, la misma que yo ansiaba cuando atravesaba a pie la ciudad, la que yo había vislumbrado al fondo del Goose.

A lo largo de las conversaciones yo me había quedado con los nombres Lydia y Lambert, y a juzgar por cómo los presentes hablaban de ellos, entendí que se trataba de parientes que todavía estaban sometidos a la Servidumbre. Después del recital de la niña, me encontré a Otha sentado en el amplio porche, contemplando el paisaje del otro lado de la carretera y sus frondosos bosques verdes bajo la luz del crepúsculo estival. Me senté y le dije:

—Quiero darte las gracias por haberme invitado, Otha. Significa mucho para mí.

Otha me miró y sonrió.

—No es nada, Hiram. Me alegro de que hayas venido. El trabajo puede ser muy pesado.

—Tu madre... —tanteé, mirando adentro—. Supongo que lo sabe.

—Lo saben todos. Los niños pequeños solo saben un poco, claro. Pero ¿cómo no iban a saberlo? Son la razón misma de que trabajemos en esto.

—En fin, tienes una familia encantadora —le dije.

A continuación se quedó un momento callado y su mirada regresó al bosque.

—Otha, ¿quiénes son Lambert y Lydia? —le pregunté.

—Lambert era mi hermano —contestó Otha—. Y Lydia es mi mujer. Lambert murió cuando yo todavía era esclavo. Y Lydia sigue allí, aunque hace años que no la veo.

—¿Hijos?

—Sí. Dos niñas y un niño. ¿Tú?

Guardé un momento de silencio.

—No, nadie.

—Ajá. No sé qué haría sin mis criaturas. No sé quién sería. Todo esto, lo del Tren Subterráneo, tiene su origen en mis niños.

Otha se levantó y se asomó por la puerta para ver el interior. Oíamos el suave tintineo de los platos, el ronroneo y las conversaciones lúgubres interrumpidas por las risas ocasionales de

los niños. Luego caminó hasta el extremo del porche y se sentó allí, apoyado en la barandilla de madera.

—No soy como ellos. No me criaron aquí —dijo—. Mi padre ya es viejo y va encorvado, pero en sus tiempos era un hombre imponente. Nació en la Servidumbre. Pero cuando tenía veinticuatro años acudió a su viejo amo y le dijo directamente: «Ya soy adulto. Y prefiero morir que llevar el yugo». Y el viejo amo se lo pensó durante un día y cuando volvieron a verse llevaba un rifle en una mano y los documentos de mi padre en la otra. Y le dijo a mi padre, tan directamente como mi padre le había hablado a él: «La libertad es un yugo, muchacho. Lo verás pronto». A continuación le dio los documentos a mi padre y le dijo: «Ahora sal de mis tierras, porque la primera vez que tú y yo nos encontremos solo saldrá uno vivo».

Otha se rio de aquello.

—Pero había una chica, Viola, mi madre, que también servía allí. Por entonces éramos dos hermanos, Lambert y yo. Mi padre había planeado viajar al norte, encontrar trabajo y comprar nuestra libertad. Entró a trabajar en los muelles, ahorrando para el día en que nos pudiera sacar a todos. Pero mi madre tenía otras ideas. Se escapó con Lambert y conmigo y cogió el Tren Subterráneo que había entonces. Casi mata a mi padre del susto cuando se presentó en los muelles de la ciudad.

»Se casaron como era debido y les nacieron dos hijos más, Raymond y Patsy. La que estaba al piano es la hija de Patsy. Y canta como los ángeles. El viejo amo había dejado marcharse a mi padre, no me preguntes por qué, ¿quién entiende a los blancos? Pero que mi madre, una chica, cogiera el timón de su vida como lo había hecho, en fin, fue demasiado. Quizá fue su manera de hacerlo, el hecho de largarse sin más. O tal vez fuéramos nosotros. Mi madre era la oca, pero nosotros éramos los huevos de oro.

»El hombre mandó a los perros a la ciudad. Y nos dieron caza a mí, a mi hermano Lambert, a mi madre, a Raymond y a Patsy, a la familia entera salvo a mi padre. Y nos llevaron de vuelta. Cuando llegamos, mi madre se inventó que nuestra fuga había sido idea de mi padre. Le dijo al viejo amo que ella nunca había

querido escaparse de allí. Le dio coba para convencerlo de que lo consideraba un blanco bueno. Y supongo que el viejo amo la creyó. Quizá necesitara creerla, necesitara creer que estaba haciendo algún bien al dividir a una familia y someterla.

»En cualquier caso, mi madre no tardó en volver a escaparse. Esta vez, sin embargo, todo fue muy distinto. Me despertó en mitad de la noche. Yo debía de tener seis años y Lambert unos ocho, pero todavía lo veo, como si lo tuviera justo delante: el recuerdo es nítido como una fotografía. Estaba junto a nuestra cama cuando nos dijo: "Queridos, tengo que irme. Y debo hacerlo por Raymond y por Patsy. Aquí se van a morir. Lo siento mucho, queridos, pero tengo que irme".

»Ahora sé por qué lo hizo. Incluso entonces sabía por qué lo había hecho. Pero aquello me encendió por dentro un odio sordo y pesado. ¿Te puedes imaginar odiar a tu propia madre, Hiram? Después de aquello, el viejo amo nos vendió en el sur: dos niños perdidos y mandados al abismo. Lo hizo para castigar a mi madre, para enseñarle que, si había tenido algún plan de volver a por Raymond y a por mí, aquel plan se había acabado. Allí empecé una vida completamente nueva. Conocí a una chica, mi Lydia, y formamos una familia. Me esforzaba mucho en mi Servidumbre. Era un hombre bien considerado en mi esclavitud, lo cual equivale a decir que no se me consideraba un hombre.

»Lambert lo sabía. Quizá porque era mayor, pero sabía todo lo que nos habían quitado. Y el odio que tenía dentro era fuerte, lo devoraba. De forma que Lambert... Lambert murió allí, lejos de casa, lejos de la madre que lo había parido y del padre que lo había criado.

Llegado a aquel punto, Otha se detuvo. No le pude ver la cara, pero oí que se le encallaba la voz y sentí que ardía a su alrededor un halo de agonía.

—Tengo muchos agujeros dentro, me faltan muchos pedazos. Todos esos años perdidos, mis padres, Raymond y Patsy, mi mujer y mis hijos. Todo lo que he perdido.

»En fin, salí de allí. Mi amo necesitaba el dinero más de lo que necesitaba retenerme a mí, y gracias a la amabilidad de

terceras personas, logré salir. Llegué a esta ciudad en busca de mi familia, porque todavía me quedaban recuerdos vagos del sitio donde habíamos vivido. Y no tardé en oír decir a otra gente de color que había un tal Raymond White a quien convenía conocer si estabas buscando a tu familia. Así que lo busqué.

—¿Y os reconocisteis? —le pregunté.

—Para nada. Yo no tenía apellido. Se sentó conmigo, igual que nos sentamos hace unas semanas con Mary Bronson, y le conté mi historia entera. Más adelante, Raymond me contaría que había temblado con cada detalle. Pero ya conoces a Raymond, es una roca. Así que me senté allí y le conté todo lo que sabía. Y me pregunté cómo se lo estaría tomando, porque se pasó todo el tiempo sin abrir la boca. Y al terminar me dijo que volviera a verlo al día siguiente. A la misma hora.

»Al día siguiente regresé y allí estaba ella, Hiram. La reconocí al instante. Ni siquiera me hizo falta buscar dentro de mí ni pensarlo un momento. Era mi madre. Y luego mi madre me contó que aquel hombre, aquella roca, era mi hermano. Es la única vez que he visto lágrimas en los ojos de mi hermano.

»De muchachos, Lambert y yo habíamos tenido toda clase de planes para escaparnos. Sabíamos que nuestra familia vivía libre en alguna parte. Pero cuando todos nuestros planes se vinieron abajo, la desesperación nos cayó encima como una sombra. Sabíamos que éramos distintos de los hombres como tú, Hiram. Sabíamos, desde el día en que nuestra madre se había esfumado, que habíamos nacido con el título de libertad. Y si la libertad era el derecho de mi madre, y también era el derecho de mi padre, entonces también tenía que ser el nuestro.

—Creo que todos lo vemos así —le dije—. Para algunos, la idea simplemente está sepultada más adentro.

—Pero para nosotros nunca había estado sepultada. Lambert se acordaba perfectamente de aquella última noche. Se acordaba de cómo su madre le había acariciado la frente, de la última caricia de su mano. Al morir Lambert, Hiram, supe que yo no podía morir. Supe que tenía que vivir como fuera y escaparme. Y supe que cualquier ataque de ira que invirtiera en aquella empresa sería un

desperdicio. Me acuerdo de lo que dijo mi madre la noche en que se marchó. Me acuerdo de sus palabras siempre que estoy trabajando, todo el tiempo que paso en el Tren Subterráneo. «Tengo que irme. Y debo hacerlo por Raymond y por Patsy. Lo siento mucho, queridos, pero tengo que irme.» Y yo, que era pequeño y quería a mi madre, le pregunté: «Mamá, ¿por qué no podemos ir contigo?». Y mi madre dijo: «Porque no puedo cargar con todos, y llevarlos a ellos ya me va a costar».

17

Ahora la Conducción era más frecuente. El mundo desaparecía de golpe y arbitrariamente, y al cabo de unos momentos yo regresaba, desplomado en callejones, sótanos, campos abiertos y almacenes. La Conducción siempre se activaba por algún recuerdo, a veces entero, a veces fragmentario, como aquella visión de una mujer que me pasaba de tapadillo galletas de jengibre. Pero usando el ligamento de las historias que yo había recopilado en la Calle, pude más o menos atar los cabos: la mujer que me había pasado las galletas de jengibre era mi tía Emma. Me acordaba de lo que se contaba acerca de sus talentos en la cocina de Lockless, y también me cuadraba perfectamente que aquella tía Emma fuera la misma tía que hacía el baile del agua en el bosque con su hermana, mi madre.

Empezó a darme la sensación de que algo se me estaba revelando, de que una parte de mi mente, encerrada durante mucho tiempo, ahora estaba buscando liberarse. Quizá debería haber recibido con alivio la resolución de un misterio y la llegada del nuevo conocimiento. Pero la Conducción me recordaba a cuando uno se rompe un hueso y vuelve a soldarlo en su sitio. Cada episodio me dejaba más fatigado y con una sensación de pérdida más profunda que la que había tenido inicialmente, de forma que ya sufría un ronroneo sordo constante de agonía, una melancolía tan profunda que me costaba hasta el último atisbo de mis fuerzas levantarme de la cama a la mañana siguiente. Después de cada Conducción me pasaba días enteros intentando salir de los estados de ánimo más sombríos. Aquello ya no me parecía libertad.

De forma que un día salí de las oficinas de la calle Nueve decidido a abandonar Filadelfia y el Tren Subterráneo, a dejar atrás los detonantes de aquellos recuerdos que me llevaban a la

depresión. Fue una decisión sin meditar. No reuní efectos personales. Me limité a salir por la puerta sin perspectivas de volver nunca. Razoné que de entrada aquella salida no alarmaría a nadie, porque todos sabían que me gustaba pasear por la ciudad. Pero luego simplemente seguiría caminando.

Me alejé de las oficinas y puse rumbo a los muelles de Schuylkill. De toda la gente a la que veía en la ciudad, los que más libres me parecían eran los marineros, que no estaban atados a nada más que los unos a los otros, unidos por las pullas juveniles y las burlas indecentes que siempre provocaban arranques de risotadas. A veces se peleaban. Pero, a pesar de sus rencillas, aquellos hombres me parecían una hermandad. Incluso su libertad me recordaba de alguna manera al sitio del que yo venía. Quizá fueran sus caras negras y duras, sus manos ásperas, sus dedos torcidos, sus uñas amoratadas y deterioradas. Quizá fuera su forma de cantar, porque cantaban igual que los Sirvientes.

Me quedé en el muelle viéndolos trabajar, confiando en que alguno de ellos me llamara, tal vez para pedirme que les echara una mano, pero no me llamó nadie, de manera que me marché y me pasé todo aquel día vagando sin rumbo. Crucé el río, pasé junto a un cementerio y unas vías de tren y me detuve frente a un asilo de pobres para ver cómo se reunían los indigentes. Seguí caminando hasta que tuve delante Cobbs Creek y un bosque situado en el confín sudoeste de la ciudad. Ya se había hecho tarde. Deambulaba sin plan alguno y empezó a anochecer. Realmente no tenía salida, no tenía forma de escapar del Tren Subterráneo ni de las ataduras de la memoria. De forma que di media vuelta, y esos fueron los pensamientos que me obnubilaron en el camino de vuelta a la calle Nueve, de regreso a mi destino, las ideas que me impidieron ver tal como me habían entrenado para ver. De pronto me topé cara a cara con un hombre blanco que parecía haberse materializado de la nada. Me preguntó algo pero no lo pude oír. Me acerqué a él y le pedí que lo repitiera. Y entonces sentí un fuerte golpe en la nuca. Hubo un destello intenso. Otro golpe. Y después, oscuridad.

Cuando me desperté, volvía a estar encadenado, amordazado y con los ojos vendados. Me encontraba en la parte de atrás de un carruaje y sentía cómo el suelo se movía debajo de mí. Me despejé la cabeza y supe exactamente qué me había sucedido, porque había oído muchas historias parecidas. Eran los cazadores de hombres —los Perros de Ryland del Norte— quienes me habían atrapado. Se sabía que se dedicaban a aprehender a gente de color de las calles y a mandarlos al sur a cambio de un precio, sin importarles que fueran hombres libres o fugitivos de la Servidumbre.

Los oí reírse entre ellos, sin duda contemplando el precio de su cargamento. No me encontraba solo en el carruaje. A mi lado había alguien sollozando: una niña. Pero yo guardé silencio. Quería irme del Tren Subterráneo y ahora me había ido. Había una pequeña parte de mí que sentía alivio, porque por lo menos estaba regresando a una Servidumbre que ya conocía.

Pasamos varias horas en el carruaje, por caminos rurales. Razoné que Ryland preferiría evitar los pueblos, los peajes y los ferris, porque, igual que nosotros temíamos a Ryland, Ryland temía los comités de vigilancia, aliados del Tren Subterráneo, que montaban guardia por si veían a cazadores de hombres intentando llevarse a libertos al sur. Nos detuvimos para pasar la noche y sentí unas manos ásperas en los brazos: las manos me sujetaron y después me tiraron al suelo.

—Ten cuidado, Deakins. —Oí que decía uno de ellos—. Haz daño a ese chaval y te haré daño yo a ti.

El tal Deakins me dejó apoyado en un árbol. Yo podía mover los dedos pero nada más. Estaba escuchando sus voces, intentando calcular cuántos eran, cuando vi un resplandor alrededor de la venda de mis ojos. Una fogata. Los hombres se congregaron y se pusieron a charlar. Ahora conté cuatro voces y, a juzgar por sus palabras y por el revuelo generalizado, me quedó claro que estaban comiendo. Su última cena.

No lo oí llegar, y está claro que los hombres de Ryland tampoco. Se oyó el retumbar de un disparo, seguido de otro, un grito, un forcejeo y dos disparos más: a continuación, un gemido,

como de niño pero distinto del sollozo de la niña a la que yo había oído en el carruaje, otro disparo y, por fin, un momento de silencio. Noté que alguien hurgaba en busca de algo y volví a sentir unas manos sobre mí. El clic de un cerrojo y las cadenas se soltaron. Con un furor que me asombró, aparté de golpe las manos y también a su dueño, me quité la venda de los ojos y la mordaza y pude vislumbrarlo a la luz de la hoguera: era el señor Fields, Micajah Bland, contemplándome con una expresión imperturbable.

Me puse de pie y me apoyé en el árbol para no perder el equilibrio. Había dos personas más, atadas y esposadas como yo. Bland trabajó deprisa, pegado a ellos. Aparté la vista y encontré cuatro cadáveres en el suelo. ¿Cómo explicar lo que experimenté en aquel momento, la furia cegadora e inconsciente que sentí? Era como si me hubieran sacado de mi cuerpo para hacerme contemplar la escena. Y lo que vi desde fuera fue a mí mismo dando patadas a uno de los cuerpos con toda la fuerza que pude reunir. Bland se acercó para detenerme y lo volví a apartar de un empujón y a darle todavía más patadas al muerto, que quizá fuera Deakins. Esta vez, Bland no intentó impedírmelo. En aquel momento, la rabia acumulada por todo lo que me había pasado, desde mi madre hasta Maynard, pasando por Sophia, Thena, Corrine, todas las mentiras, todas las pérdidas, todo lo que me habían hecho en el vestíbulo de la cárcel, todos los ultrajes, toda mi impotencia ante el niño con quien había compartido celda, ante el anciano que había amado a la mujer de su hijo, ante los días que habían pasado persiguiéndome en el bosque..., todo volvió y se desahogó sobre un hombre muerto.

Finalmente, cansado, me desplomé de rodillas. La fogata ardía con llamas bajas. Aun así, pude ver a Bland allí de pie con una niña y un hombre, y al hombre poniéndose delante de la niña para escudarla de mi furia, y se me ocurrió entonces que el hombre quizá fuera el padre de la niña.

—¿Has terminado? —preguntó Micajah Bland.

—No —respondí—. Nunca.

Todos estamos divididos por dentro. Y a veces una de nuestras partes se pone a hablar por razones que no entendemos

hasta años más tarde. La voz que se me había llevado del Tren Subterráneo era familiar y hacía mucho tiempo que vivía dentro de mí. Era la misma voz que había conspirado para irme de la Calle. Era la voz que había consignado a mi madre al «olvido». Era la voz que había hablado a Thena y que la había dejado atrás con tanta crueldad. Era la voz de la libertad, de una fría libertad de Virginia, una libertad para mí y para quienes yo eligiera. Pero ahora se estaba elevando una voz nueva, fortalecida por la calidez de la casa de Viola White y por el fantasma de mi tía Emma, que desde un lugar situado en lo más profundo de mí me aconsejaba: *No te olvides. Familia.*

Cruzamos el bosque hasta llegar a un pueblo donde Bland había dejado sus caballos y su carruaje, un carro. Ahora era consciente del golpe que había recibido antes, porque la cabeza me mandaba punzadas incesantes de dolor al ritmo de cada paso que dábamos. Me senté en la parte de atrás del carro con la niña y su padre. El amanecer estaba empezando a despuntar sobre el horizonte con la forma de un abanico anaranjado y azul. Ya habíamos recorrido unas cuantas millas cuando nos detuvimos. Me giré y vi a Bland conversando con una mujer bajita que estaba de pie en el camino, con el cuerpo entero envuelto y cubierto con un chal. La mujer se giró y echó a andar hacia la parte de atrás del carro. Cuando estuvo lo bastante cerca, me puso una mano en la mejilla y después en la frente y por fin en la nuca, que estaba dolorida. Ahora vi en su semblante que apenas era mayor que yo y, sin embargo, por su desenvoltura, su aplomo y su determinación parecía alguien mucho mayor.

—Los has cazado, ¿no? —preguntó la mujer, levantando la voz para dirigirse a Bland, pese a que seguía teniendo la mano en mi cara.

—Sí —respondió Bland—. Apenas se habían alejado y los muy idiotas han decidido parar a celebrar un banquete.

La mujer se giró hacia Bland y dijo:

—Pues me alegro de que lo hayan hecho. —Luego se volvió hacia mí y dijo en voz baja—: Pero tú, chico, ¿qué estabas haciendo? ¿Y qué clase de agente deja que le sorprendan los perros

de esa manera? Ejem. Casi se te llevan.

No dije nada pero sentí que me ardía la cara. La mujer se rio y apartó la mano.

—Muy bien —le dijo a Bland—. Ya podéis iros.

El carro empezó a chirriar en cuanto los caballos se movieron. La mujer se despidió de nosotros con la mano y luego se metió en el bosque detrás de nosotros. Ahora noté cierta excitación a bordo del carro. El hombre y la niña se pusieron a charlar. Como no me uní a su conversación, el hombre se inclinó hacia mí y me dijo:

—¿No sabes quién es esa mujer?

—Pues no —respondí.

—Es Moisés —dijo. Y esperó un momento, como para recuperarse del efecto que esas palabras habían tenido en él—. Dios mío… —E hizo otra pausa—. Era Moisés.

La mujer parecía tener tantos nombres como leyendas. El General. La Noche. La Que Desaparece. Moisés de la Orilla, la que invocó a la niebla y separó las aguas del río. Era la misma mujer de la que me habían hablado Corrine y Hawkins, la maestra viviente de la Conducción. En aquel momento no caí en la cuenta de nada de esto. Me habían pasado demasiadas cosas y estaba en *shock* por todas las experiencias.

Al cabo de una hora, la niña ya estaba durmiendo en el regazo de su padre. Bland paró el carruaje y me llamó para que me sentara con él en el pescante. Seguimos nuestro camino durante unos minutos, en silencio. Por fin lo rompí con una pregunta:

—¿Cómo me has encontrado?

Él soltó un soplido de burla y se rio.

—Todos estamos vigilados, Hiram.

—Si me estabas vigilando —le dije—, ¿por qué no los has parado antes de que me noquearan y me sacaran de la ciudad?

Bland negó con la cabeza.

—Esos hombres que te han capturado llevan tiempo operando en Filadelfia. Su presa es la gente de color que es libre. Los niños son su botín más preciado. La verdad es que no podemos

detenerlos. Pero a veces tenemos la ocasión de mandarles la advertencia de que en realidad el negocio de cazar personas puede resultar muy peligroso.

—¿Así que lo planeasteis todo? —le pregunté.

—No. Pero me has preguntado por qué no los hemos detenido. Y esa es la razón: para mandarles un mensaje, una advertencia. Para hacer que su cohorte entienda los peligros de su profesión. Dentro de los confines de la ciudad no podemos mandar ese mensaje. Pero aquí en pleno campo, sin nadie a quien...

—Los has asesinado —le dije.

—¿Asesinado? ¿Sabes lo que te iban a hacer?

—Sí que lo sé —respondí.

Y en aquel momento me vi de nuevo en aquella noche terrible, encadenado a la verja, con Sophia a mi lado. Y me acordé del fuerte deseo que tuve de renunciar a todo, de morir allí mismo, y de cómo ella me dio sostén y me habló sin hablar, de lo fuerte que fue ella cuando yo más la necesitaba, y de lo necio que había sido cuando ella me había necesitado. Y ahora Sophia ya no estaba, y Dios sabía qué habrían hecho con ella Ryland y los perros.

—Solo conoces la mitad de mi historia —le dije—. Sabes que me escapé con una chica, Sophia. Pero no sabes realmente lo que yo sentía por ella, ni lo mucho que me duele que la sigan teniendo ahora que yo estoy aquí, respirando el aire de la libertad. Lo único que te puedo decir es que ella era mejor que yo. La verdad es que a veces creo que os habéis equivocado escogiéndome a mí como agente. Tendríais que haberla elegido a ella.

Rompí a llorar. Por lo bajo y en silencio, pero lo bastante alto como para verme obligado a parar y recobrar la compostura.

—Ella vio mucho en mí —le conté—. Pero caí. Y Sophia cayó conmigo. Y ahora estoy aquí, aquí arriba, en el norte, y ella está... Ni siquiera sé dónde está. Lo que sé es que se merecía algo mejor que yo. Se merecía mucho más que un hombre que la llevara de cabeza a las fauces de Ryland.

Y al decir aquello perdí el control. Rompí a llorar abiertamente. Ya estaba todo fuera. Había llevado a una mujer a la que amaba directamente a aquellas fauces. Y por fin la carga que

aquello me imponía también había quedado a la vista. Bland no hizo ningún esfuerzo por consolarme. Mantuvo la vista en el camino. Y cuando dejé de llorar, habló.

—Sabes lo que sientes por esa mujer, por Sophia —me dijo—. Sabes que te destroza por dentro el no saber qué ha sido de ella. Sabes cuántos momentos has perdido preguntándote cómo podrías haber hecho las cosas de otra manera. Y sabes cuántas noches has pasado en blanco preguntándote si seguiría con vida. Pues, Hiram, ese es el sentimiento que caracteriza a una nación entera oprimida. A un país entero que levanta la vista preguntándose por sus padres e hijos, por sus madres e hijas, primos, sobrinos, amigos y amantes.

»Dices que he asesinado a esos hombres. Pero yo te digo que he salvado las vidas de muchas otras personas a las que no podemos conocer. Una gente que es capaz de asesinarte, de arrebatarte a toda tu familia y amigos y luego no recordarlo, no merece vivir, al menos sin tener miedo, sin temer a algún espectro, y si a eso lo quieres llamar asesinato, pues acepto la acusación encantado.

Continuamos un momento en silencio.

—Gracias —le dije—. Te las debería haber dado antes que nada. Gracias.

—No hace falta que me las des, Hiram. Este trabajo, esta guerra, también le da sentido a mi vida. No sé qué sería sin esto. Y tengo que decir que creo que, si le dieras una oportunidad, quizá le otorgaría sentido a la tuya también...

Bland seguía hablando, pero mi dolor de cabeza se impuso sobre todo lo demás y pronto, para mi gran alivio, el mundo se oscureció y perdí el conocimiento.

Aquel mismo día me desperté con todo el cuerpo vagamente dolorido. Me vestí, bajé la escalera y me encontré a Raymond, Otha y Bland reunidos. Me llamaron para que acudiera y me senté delante de ellos. Cuando les examiné las caras, me dio la sensación de que casi estaban avergonzados de algo; quizá de lo necio que había sido al dejarme capturar. Y me pareció también que se les

había encomendado hacer algo espantoso pero necesario.

—Hiram —dijo Raymond—, Bland y yo somos viejos amigos. Confío en él tanto como en mi propia familia y, para serte sincero, más que en ciertos miembros de mi familia. Como bien sabes, no es agente exclusivo de esta célula. Tiene a conocidos por todo el Tren Subterráneo y, cuando trata con esos conocidos, de vez en cuando emprende proyectos que yo personalmente no aprobaría. Entiendo que tú fuiste uno de esos proyectos.

Empecé a sentir un cambio en la temperatura ambiente.

—Conozco bien los métodos y la reputación de Corrine Quinn. No son mis métodos, Hiram, por mucho que tengan la misma meta.

Raymond negó con la cabeza y miró el suelo.

—El enterramiento ritual, la cacería, las persecuciones..., todo eso me repugna. Y desde ese sentimiento me siento obligado a decir que se te debe una disculpa. Creo que lo que te hicieron, sin importar cuál fuera el propósito, estuvo mal.

—No fuiste tú quien lo hizo —le dije.

—No, pero es mi causa. Es mi ejército. Y aunque no puedo hacer balance de las cuentas de Corrine, sí que puedo atender a las mías. Y estuvo mal, no solo por parte de ella, sino también de nuestra causa —y, llegado este punto, Raymond hizo una pausa antes de volver a mirarme—, independientemente del poder que tengas dentro.

—Lo entiendo —contesté—. No pasa nada. Lo entiendo.

Ahora Raymond respiró hondo.

—No, Hiram —insistió—. No creo que lo entiendas de verdad.

—Sé más cosas de las que crees, Hiram —repuso Bland.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Quiero decir que lo sabía todo. Sabía lo de Sophia y lo que sentías tú. Mi trabajo es saber esas cosas. Y por eso sé cómo te sentías entonces y cómo te sientes ahora. También sé exactamente dónde tienen a Sophia.

—¡¿Qué?! —exclamé. El corazón me latió con casi tanta fuerza como la noche anterior.

—Teníamos que saberlo —explicó Bland—. ¿Qué clase de

agentes seríamos si no supiéramos exactamente con quién te escapaste y qué fue de ella?

—Se lo pregunté a Corrine —les reproché—. Y me respondió que no estaba en sus manos.

—Lo sé, Hiram, lo sé. Eso estuvo mal. No lo puedo defender. Solo te puedo decir lo que ya debes de saber: cuando operas como opera Corrine, al otro lado de la línea, los cálculos son distintos. Tienen que serlo. Y tú fuiste parte de esos cálculos.

Dejé de lado el dolor de cabeza y dije:

—¿Dónde está?

—En casa de tu padre. En Lockless. Corrine lo convenció para que volviera a acoger a Sophia.

—¿Y no la habéis sacado? Con todo el poder que tiene vuestro Tren Subterráneo y no...

—Virginia tiene sus reglas. Cogimos lo que pudimos de ellos. No lo tomamos todo.

—¿Y no hay más que hablar? —insistí—. ¿La vais a dejar allí tirada?

—No —contestó Otha—. Nunca dejamos a nadie tirado. Nunca. Ellos tienen sus reglas. Y por Dios que nosotros tenemos las nuestras.

—Hiram —dijo Raymond—, no queremos simplemente ofrecerte una disculpa. No te traemos simples palabras, sino también hechos que estén a su altura.

—Verás, no solo sabemos dónde está Sophia —puntualizó Bland—. Sabemos exactamente cómo traerla.

18

En los días siguientes, mientras caminaba por las calles de Filadelfia, o bien trabajaba con el cincel y el torno, o falsificando cartas y salvoconductos, pensé en poco más que en Sophia. Me acordé de su baile del agua junto a la hoguera. Nos vi debajo de la pérgola, pasándonos la jarra de cerveza. Me acordé de cómo había rozado los muebles polvorientos del taller con aquellos dedos largos. Me acordé de cuando habíamos estado en el barranco y yo había ardido en deseos de abrazarla. Y pensé en todas las posibilidades que presentaba la vida en el norte; en tener una familia propia, en los recuerdos de pan de jengibre, en las hijas que cantaban después de la cena y en los paseos largos junto al Schuylkill. Y ardí en deseos de enseñarle a ella aquel mundo: los trenes, las aglomeraciones de gente, el ómnibus, aquellas cosas que cada día me iban resultando más familiares.

Dos semanas después de que me atraparan los cazadores de hombres, Raymond me convocó en su casa del otro lado del río. Me recibió en el porche y me explicó que estaba solo. Su mujer y sus hijos se encontraban en la ciudad, y deduje por su expresión que la situación era deliberada. Todo estaba siempre lleno de secretos.

Entramos en la casa y subimos al segundo piso, donde estiró el brazo para agarrar un tirador metálico que había unido por una bisagra a un recoveco de la madera del techo y estiró suavemente hasta que el techo se abrió y bajó una escalerilla. Luego subimos la escalerilla y accedimos al desván de su casa. Raymond caminó hasta un rincón donde había varias cajas pequeñas de madera y cogió dos. Las sacamos del desván, volvimos a cerrar la puertecilla del techo y nos las llevamos a la sala de estar.

Raymond abrió las cajas y dijo:

—Echa un vistazo, Hiram.

Hurgué en las cajas y encontré un surtido de documentos, correspondencia con fugitivos llena de palabras amables, informes familiares y datos acerca de los movimientos de los Perros de Ryland y de las conjuras e intrigas del Poder Esclavista. Y, sobre todo, peticiones de liberación de parientes. Vi que tenía marcadas las peticiones que había respondido y las que confiaba en responder. Se trataba de unos documentos de gran valor, y tenía cajas enteras llenas de ellos. Había mucha información sobre las acciones de nuestros enemigos, pero si nuestros enemigos se hacían alguna vez con aquel material, también encontrarían mucha información sobre las nuestras. Si aquello caía en las manos indebidas, incontables agentes quedarían expuestos.

—Aquí hay historias que van más allá de lo que nadie se creería, ni siquiera la gente que forma parte de ellas —me dijo Raymond. Yo seguía hojeándolas, asombrado de que hubiera tantas. Parecía que había allí el testimonio de casi todo el mundo que había escapado de la Servidumbre y había sido rescatado por la célula de Filadelfia. Se me ocurrió que era probable que estuviera allí la entrevista que le había hecho yo a Mary Bronson —. Está bien recordar por qué hacemos lo que hacemos. He trabajado con agentes de todas las clases y no puedo decir que sus motivaciones sean completamente puras.

—Puede que ninguno de nosotros sea puro —le dije—. Puede que todos tengamos razones personales para hacer lo que hacemos.

—Ciertamente —convino Raymond—. ¿Acaso puedo decir que estaría aquí ahora mismo si no fuera por la conexión de mi familia? ¿Y con el mismo grado de implicación? Por supuesto que no. Y una familia es lo que te prometimos, ¿verdad? A tu querida Sophia, que se escapó contigo, una historia no muy distinta de todas las que hay en mis archivos, ciertamente, no muy distinta de la de mis padres.

—Algo distinta. Nunca llegamos al punto de ver las cosas claras. Éramos muy jóvenes. Se hace raro decirlo así, lo sé. No hace ni un año que me capturaron. Pero había algo allí, algo que estábamos construyendo y que sí creo que se habría convertido en

una familia. Pero quizá no. Quizá yo me lo imaginara todo.

—En fin —dijo—. Por lo menos se te debe la posibilidad de averiguarlo.

—Así es.

—No es la operación más fácil del mundo el rescate de Sophia. Pero ya hemos jugado demasiado contigo, Hiram, de manera que voy a decirte primero lo que te concierne directamente y después ya te contaré el resto.

Respiré hondo para prepararme.

—Todavía no hemos establecido contacto con ella, es un asunto delicado, como puedes imaginar, y va a requerir cierto tiempo. Pero Bland ha diseñado un plan para transportarla. De hecho, se ha ofrecido voluntario para dirigir la misión personalmente. Pero hay una complicación, no por parte de Sophia, sino por nuestra parte. Nos has pillado en un momento especial, porque estamos ocupados con otra operación —dijo—. ¿Otha te ha hablado de su mujer?

—¿Lydia? —le pregunté.

—Sí, Lydia. Y no solo Lydia, sino también sus hijos... Mis sobrinas y mi sobrino. Hace mucho tiempo que tenemos el plan de traerlos. Otha apareció aquí como si hubiera salido de un sueño. Ya lo dábamos por perdido. Y entonces, por medio de la fortuna y de la gracia de Dios, regresó a nosotros. Pero por feliz que esté él de haber vuelto con nosotros, y por felices que estemos nosotros de tenerlo aquí, no estamos todos.

»Lydia se encuentra en Alabama. Su propietario ha desafiado todas nuestras peticiones de comprar su libertad. Y lo que es peor, creemos que esas peticiones solo han conseguido incrementar sus sospechas y ponerlo más alerta. Lydia y los niños están realmente sepultados, Hiram, y con cada día que pasan allí el sepulcro se cierra un poco más.

—Lo entiendo —respondí—. Todo el mundo, pero todo el mundo a su debido tiempo.

—Sí —afirmó Raymond—. Todo el mundo a su debido tiempo. Pero todavía hay más. Esta operación no solo es personal, sino también costosa. Necesitamos que alguien ayude a Bland y se

asegure de que puede marcharse a Alabama en el momento oportuno.

—Claro. Por eso estoy aquí.

—No, esto es personal. Esto no es el Tren Subterráneo tal como lo entiendes tú, y ciertamente esto no es la operación de Corrine. Hay quienes plantearían objeciones a esto que vamos a hacer, y por tanto necesito que entiendas que lo haces por voluntad propia. Ciertamente, aunque no nos pudieras ayudar, seguiríamos adelante con el rescate de tu familia. Como ya te he dicho, estoy convencido de que has sufrido más de lo que te tocaba. Esto lo hacemos para poner un poco de equilibrio en la situación, da igual lo que piense Corrine al respecto.

—Sí, ya lo he visto —dije—. Esta no es la forma de hacer las cosas de Corrine. Creo que es una buena mujer. Y sin duda su lucha es justa. Pero lo que he visto aquí, lo que he visto de tu madre, de tus primos y tus tíos, no es solo la lucha. Es el futuro. He visto aquello por lo que estamos luchando. Doy gracias por Corrine. Doy gracias por la lucha. Pero doy más gracias todavía por haber visto lo que viene después.

Y llegado a aquel punto hice algo muy curioso: sonreí. Y fue una sonrisa abierta y generosa, una sonrisa que se elevó de un sentimiento que yo conocía poco, como era la alegría. Estaba alegre de pensar en lo que se avecinaba. Y estaba alegre de pensar en mi papel en aquello.

—Pues cuenta conmigo, Raymond. Cuenta conmigo para lo que venga.

—Excelente. —Raymond sonrió y añadió—: Y eres bienvenido a quedarte aquí con esta correspondencia todo el tiempo que quieras. Como has visto, hay más arriba. Mi mujer llegará pronto y mis hijos por la tarde, pero por eso no te preocupes. Explora tanto como quieras. No olvidemos nunca por qué hacemos esto, Hiram.

Me pasé el resto de aquel día perdido en los archivos de Raymond, que eran igual de emocionantes que leer *Ivanhoe* o *Rob Roy*. Por la noche bajé a cenar con la familia y acepté su invitación de quedarme a pasar allí la noche, para poder seguir leyendo a la luz de los quinqués. Me fui a la mañana siguiente, después de

tomar un desayuno ligero. Me sentía un poco desequilibrado por todo lo que había tenido que asimilar tan deprisa, porque solo ahora, gracias a aquellos archivos, había llegado a entender el enorme alcance de las operaciones del Tren Subterráneo y todo lo que sus clientes habían estado dispuestos a hacer para escapar de la Servidumbre. Allí en mis manos, en aquellos archivos, habían cobrado vida muchas leyendas: la resurrección de Box Brown, la saga de Ellen Craft, la huida de Jarm Logue. Eran unas historias increíbles, y todas juntas me ayudaron a entender por qué Raymond y Otha se iban a atrever a rescatar a alguien de la opresión profunda de Alabama. Ya se habían atrevido a hacerlo en el pasado. En Virginia lo que importaba era inmediato e invisible. Y aunque Raymond no quería que aquellos archivos salieran a la luz, al menos todavía, estaba envalentonado por la seguridad de un estado libre. La libertad era lo que le importaba. La libertad era su evangelio y su pan.

Hojeando aquellas páginas, yo había sentido que las historias cobraban vida ante mí. Las había visto como si yo hubiera estado presente, de tal manera que, de camino al ferry, o en el mismo ferry, y luego de camino a la estación de Filadelfia, se superponían a la geografía legiones enteras de gente de color y los panoramas de sus grandes fugas, permitiendo que yo las tuviera a todas delante, y que los viera llegar a todos procedentes de Richmond y de Williamsburg, de Petersburg y de Hagerstown, de Long-green y de Darby, de Norfolk y de Elm. Que los viera huir de Quindaro, refugiarse en Granville, pasar la noche en Sandusky y descansar al oeste de Bird in Hand, no muy lejos de Millersville, un pequeño puerto que se usaba para llegar a Cedars.

Y los vi huir con chicas irlandesas, escapar con recuerdos de sus hijos perdidos, llevando consigo cerdo en salazón y galletas saladas, bizcochos y tasajo, inhalando el último aroma de la sopa de tortuga del amo, dando tragos de su ron jamaicano y por fin aventurándose en el frío invernal, sin pensar y sin zapatos, pero rumbo a la libertad. Doncellas negras escapando con sueños de matrimonio, armadas con pistolas de cañón doble y con puñales, de tal manera que cuando los perros les salieran al paso pudieran

desenfundarlos y gritar: «¡Dispara! ¡Dispara!». Huían con niños narcotizados, con ancianos que se adentraban arrastrando los pies en la escarcha, que morían de congelación en el bosque llevando en los labios las palabras: «El hombre nos hizo esclavos, pero Dios nos quiso libres».

Y en todas aquellas palabras, y en cada una de aquellas historias, vi tanta magia como había visto al fondo del Goose, vi almas transportadas igual que la mía desde sus profundidades. Y llegaban a bordo de trenes, barcazas, lanchas fluviales, esquifes y diligencias. Llegaban a caballo sobre la nieve dura y el hielo a medio derretir de marzo. Llevaban vestidos de dama, atuendos aristocráticos, vendas de dentista, cabestrillos o bien harapos indignos de ser lavados por la lavandera, pero llegaban. Sobornaban a blancos de baja estofa y robaban caballos. Cruzaban el Potomac con viento, tormentas y oscuridad. Llegaban, igual que yo, empujados por el recuerdo de las madres o de las esposas que habían sido vendidas en el sur por el grave crimen de plantar cara a la lujuria. Llegaban devorados por las heladas. Llegaban trayendo historias de bebedores y capataces que disfrutaban azotándolos. Llegaban polizones de barco como si fueran sacos de café, soportando la trementina, llenos de cicatrices y quemados por la unción del agua salada, cargados de culpa por haberse encontrado tan rotos que habían agachado la cabeza ante sus propios azotes, por haber sostenido a sus hermanos bajo el látigo del amo.

En las historias que leí aquel día los vi escaparse al bosque, aferrados a un macuto de lona, gritando: «¡No se me llevarán!». Los vi subir a ferris y cantar por lo bajo y para sí mismos:

God made them birds and the greenwood tree
And all has got their mate, but soul-sick me.

Los vi aquel día en los muelles de Filadelfia, rezando. «Esconde al marginado, no traiciones al vagabundo.» Los vi deambular sin rumbo por la calle Bainbridge y llorar por todos sus muertos, por quienes habían zarpado hacia ese último puerto del que nadie regresa. Venían todos a mí, procedentes de los papeles,

de los recuerdos, todos extraídos del pandemonio, extraídos de las fauces de la abominación, de debajo de las ruedas del coloso, cantando ante la brujería de aquel Tren Subterráneo.

La noche siguiente fui a visitar a Micajah Bland. Todavía me sentía agitado por haber sido secuestrado en las calles de la ciudad. Todo lo analizaba desde lejos. Cuando alguien caminaba por detrás de mí, me detenía para dejarlo pasar. Me resultaban particularmente sospechosos los blancos de clase baja con cierto estilo e indumentaria, dado que los perros a menudo obtenían aliados entre los de su clase. Y había blancos de baja estofa por toda Filadelfia, ciertamente eran la categoría más abundante, y se los podía encontrar sobre todo en las inmediaciones de la casa de Bland, en la zona de los muelles. También había gente de color en la zona. Me detuve en la esquina de delante de la casa de Bland y me quedé diez minutos vigilando. Vi a un hombre de color desarrapado que salía corriendo de la casa adosada de al lado. Se alejó a toda velocidad por la calle calurosa, y justo detrás de él salía una mujer de color persiguiéndolo y gritándole toda clase de vulgaridades. Y detrás de esta, una mujer de color de más edad también gritando y persiguiéndolos, y por último, dos niñas pequeñas de color que se quedaban en la puerta llorando. Se me ocurrió que quizá podría hacer algo, y entonces la mujer de más edad —seguramente, la abuela— regresó e hizo entrar a las dos niñas en la casa, con la puerta todavía abierta.

Había oído historias de gente de color como aquella, distinta de Raymond y de su familia, que vivían arañando peniques, vapuleados y expulsados del mundo laboral por atreverse a emprender lo que se consideraba «trabajo de blancos». De entrada no me había fijado en ellos, porque lo que más me llamaba la atención era la opulencia relativa del resto de la población de color. Pero observando aquella escena desde el otro lado de la calle, me acordé de que Otha solía avisar a los clientes del Tren Subterráneo de aquel destino, porque aquellas personas de color también solían ser fugitivos, hombres y mujeres que no establecían

contacto con la sociedad, o con ciertas Iglesias, y por tanto la libertad les resultaba dura. Y se me ocurrió que aquel miedo que yo sentía, aquella precaución de examinar todas las caras, era lo que ellos tenían que vivir toda la vida, o peor, porque si los perros los atrapaban, no los iría a rescatar ningún Bland.

En cuanto a él, lo encontré en su casa esperándome. Una mujer joven me abrió la puerta, sonriente, y lo llamó por su nombre. Se presentó como Laura y me mencionó que era la hermana de Bland. Vivían en una casa humilde, de las mejores del vecindario, pero no tan agradable como la de Raymond o la que tenía la familia White al otro lado del río. Aun así, estaba limpia y bien amueblada.

Nos estrechamos la mano e intercambiamos las cortesías de costumbre. Sentía un gran alivio por haber completado la pequeña tarea de llegar a pie a casa de Bland sin que nadie me importunara. Y una vez resuelto aquello, fui ahora consciente de una impaciencia insistente por ponernos manos a la obra con la libertad de Lydia, y por tanto, a continuación, con la libertad de Sophia, *mi Sophia*. Esta existía en mi mente no como una persona provista de ideas y pensamientos propios, sino como una idea en sí misma, como un pensamiento, de manera que pensar en *mi Sophia* era pensar en una mujer por la que yo tenía sentimientos verdaderos y sinceros, pero también era pensar en *mis sueños* y en *mi redención*. Es importante que os cuente esto y que veáis lo poco que yo sabía de *sus sueños* y de *su redención*. Ahora me doy cuenta de que ella me los había intentado contar, pero yo, que tanto me jactaba de escuchar, simplemente no los había podido oír.

En cualquier caso, este era el ánimo ansioso y precipitado que llevé a casa de Micajah Bland, de tal manera que solo cinco minutos después de tomar asiento le dije, de golpe y sin tapujos:

—Así pues, ¿cómo lo vamos a hacer?

—¿Hablas del rescate de Sophia? —preguntó Bland.

—Bueno, estaba pensando en Lydia y los niños. Pero si prefieres, podemos empezar por Sophia.

—Sophia es la operación fácil. Tengo que convencer a Corrine y reunir algunos recursos, pero se hará.

—Corrine... —La voz se me apagó al pronunciar su nombre—. Fue ella quien dejó allí a Sophia.

—Es su célula, Hiram. Merece que la avisemos, y es más: merece que se lo consultemos.

—Corrine... —Negué con la cabeza.

—¿Conoces toda la historia de esa mujer?

—No —dije—. Solo sé que ha dejado a Sophia en el sepulcro.

Y en ese momento pasó algo, algo de lo que no fui consciente en aquel momento. No sé si fue una especie de posesión, pero sentí que me subía por dentro una rabia, una rabia relacionada conmigo mismo, con mi ultraje, con la cárcel y con lo que me habían hecho. Y, sin embargo, aquella rabia no era mía. Y la voz que ahora habló tampoco era mía, sino que alguien me la había grabado dentro recientemente. Y ahora esa voz dijo: *Ya sabes lo que nos hacían allí. ¿O te has olvidado? ¿No te acuerdas de lo que nos hacían a las chicas allí? Y en cuanto te lo hacían, ya te tenían para siempre. Te atrapaban con los bebés, te ataban a la casa con tu propia sangre...*

En aquel momento, la habitual serenidad del semblante de Bland se vino abajo y dio paso a algo que yo no le había visto nunca y que tampoco volvería a verle: miedo. Y luego las paredes se deshicieron y en su lugar apareció una nada enorme y sin fronteras. La mesa y las sillas seguían allí, pero ahora, igual que el propio Bland, se veían envueltas en una luz azul que ya me resultaba familiar. Era consciente de mí mismo, y consciente de una furia profunda, pero lo que sentía por encima de todo era un dolor gutural y sordo, un dolor que me acompañaba desde que había dejado a Maynard en el abismo. Y lo más importante es que, por primera vez, era consciente de lo que me estaba pasando mientras me pasaba, de forma que se me ocurrió intentar controlarlo, dirigirlo, igual que se podría dirigir un sueño. Pero en el momento mismo en que lo hice, en el instante en que intenté influir de forma directa en mi entorno, el mundo regresó a su estado anterior. La gran nada reverberó hasta que regresaron los contornos de las paredes. El azul se desvaneció y vi que volvíamos a estar sentados, con la diferencia de que nos habíamos cambiado de sitio: yo ocupaba el asiento de Bland mientras que él ocupaba el

mío. Me puse de pie y palpé las paredes. Salí de la sala, me adentré dando tumbos en el vestíbulo y me apoyé en la pared. Sentía la misma desorientación, aunque la fatiga era menor. Regresé al comedor y tomé asiento.

—Es esto, ¿verdad? —dije—. Esto es lo que Corrine quiere.

—Sí —respondió.

—¿Lo habías visto antes?

—Sí —me dijo—. Pero no así.

Durante varios minutos no dije nada. Bland se puso de pie y salió de la sala, y lo interpreté como un acto de caridad, porque me pareció que sabía que yo necesitaba un momento para recobrar la compostura. Regresó acompañado de su hermana, Laura. Ella mencionó que pronto sería hora de cenar y me pidió que me quedara.

—Cena con nosotros, Hiram —dijo Micajah Bland—. Por favor.

Acepté.

Después de la cena dimos un paseo juntos, caminando en silencio por las calles vespertinas de Filadelfia. Y por fin le pregunté:

—¿A quién se lo has visto hacer? ¿A Moisés?

Asintió con la cabeza.

—Y era ella a quien vimos la otra noche, ¿no?

—Sí.

—¿Y fue así como nos salvaste?

—No. Para acabar con esos no necesitamos nada sobrenatural.

—Bland, si Moisés puede hacer esto, ¿por qué no la mandáis a buscar a la familia de Otha?

—Porque es Moisés, no Jesús. Tiene sus propias promesas que cumplir. Todo tiene límites. Respeto a Corrine. Y respeto lo que quería hacer contigo. Pero ella no entiende realmente el poder ni cómo funciona.

Caminamos un rato más sin hablar. El sol se estaba poniendo a nuestras espaldas. Yo llevaba sin dar un paseo vespertino desde que los Perros de Ryland me habían dado caza cerca de los muelles. Pero en compañía de Micajah Bland me sentía bastante

seguro. Lo cierto es que era mi amigo más antiguo en el Tren Subterráneo, si se podía decir que tenía amigos. Y era él quien a su manera particular había visto algo especial en mí.

—¿Cómo demonios terminaste involucrado con Corrine? —pregunté.

—Es justo al revés —dijo Bland—. Cuando conocí a Corrine, ella era estudiante, alumna de un instituto de Nueva York, adonde los virginianos de cierta clase social a menudo llevaban a sus hijas para que recibieran la educación de una dama: francés, administración de la casa, arte y un poco de lectura. Pero Corrine era una chica precoz y la ciudad la fascinaba. A menudo se escabullía y asistía a charlas de abolicionistas. Así fue como la conocí.

»Por aquel entonces ya hacía tiempo que algunos de nosotros queríamos expandir nuestra guerra al sur. No nos costó nada reclutarla y después formarla como nuestra arma principal para apuñalar el corazón mismo del esclavismo demoníaco. Y Corrine era un arma: su remilgada dama sureña, un adorno para su civilización, vuelta en contra de ellos. Ha demostrado su lealtad en repetidas ocasiones, Hiram. No te puedes imaginar lo que ha sacrificado.

—A sus propios padres —repuse.

—Sacrificios, Hiram —me dijo—. Sacrificios tremendos que no aprobarían nunca Raymond ni Otha, ni siquiera nuestra Moisés, y yo tampoco se lo pediría. Fue más o menos en la época en que te conocí. Por entonces me dedicaba al reconocimiento bajo la identidad falsa del señor Fields. Fue allí, en Lockless, donde oí por primera vez las historias de Santi Bess, pero ni siquiera entonces establecí la conexión entre tú, el chaval de la memoria invencible y la Conducción. Lockless era una de las casas antiguas donde Corrine había puesto su punto de mira, pero era la única donde había un heredero al que creía que podría engañar con relativa facilidad. A medida que iba conociendo su objetivo, sin embargo, se dio cuenta de que la célula de Virginia podía obtener el control no solo de una antigua hacienda del condado de Elm, sino de una que podía traer a nuestras manos un gran poder.

—Pero teníais a Moisés —le dije.

—No, Hiram —dijo—. A Moisés no la tiene nadie. Y mucho menos Corrine. Moisés tiene sus propias lealtades, y con quien siente una conexión más fuerte es con esta célula de Filadelfia. Lo que Corrine buscaba era un poder parecido pero vinculado a Virginia.

—Así que todo el mundo está limpio, ¿no? ¿La culpa no es de nadie? —le recriminé.

—No, Hiram. Corrine no está limpia de culpa. Pero ¿has pensado alguna vez en lo que le harían si la descubrieran? ¿Eres consciente de lo que le harían en concreto a una mujer así, que se ha burlado de sus principios más sagrados y ha tratado de destruir todo su modo de vida?

Llegado a aquel punto, nuestra caminata nos había llevado hasta la entrada de las oficinas de la calle Nueve, mi hogar. Me di cuenta entonces, mientras empezaba a emerger de mis sentimientos, de que Bland me había acompañado a casa. Lo miré, me reí por lo bajo y negué con la cabeza.

—¿Qué? —me dijo él—. No nos conviene que te vuelvan a noquear y a raptar.

Me volví a reír, esta vez un poco más fuerte. Bland me rodeó los hombros con el brazo y se rio conmigo.

19

Aquella noche me quedé despierto pensando en la pequeña Conducción que había llevado a cabo en casa de Bland. El poder se encontraba dentro de mí, pero no estaba en mis manos tanto como yo estaba en manos del poder, porque cuando se anunciaba a sí mismo, cuando se presentaba el resplandor azul y caía sobre mí el telón de niebla, yo no era más que un pasajero en mi propio cuerpo. Necesitaba entenderlo, y para eso necesitaba a alguien que ya lo entendiera, y la única candidata era Moisés.

Pero primero venía el destino de Lydia White y de sus hijos. Al día siguiente me encontré en el salón en compañía de Micajah, Otha y Raymond discutiendo sobre los diversos medios por los cuales podíamos liberarlos.

—Necesitamos una colección de salvoconductos —explicó Bland—. Y tienen que estar a nombre de un tal Daniel McKiernan. Hiram, McKiernan es el antiguo dueño de Otha y quien ahora retiene a su familia. Y los necesitamos tan precisos como podamos elaborarlos. Es un viaje muy largo, y nuestros agentes suelen caer por las cosas más pequeñas: por estar en el camino a una hora prohibida por leyes ignotas, por confundirse con la hora de llegada del ferry local o por simple mala suerte.

—Puedo hacer los pases —les dije—. Pero necesito alguna muestra original de su estilo. Tantas como sea posible. ¿Quizá la carta de libertad de Otha?

—No —dijo él—. No te va a servir. Intrigué con otro hombre para comprarle mi libertad a McKiernan, y fue el otro hombre el que me hizo los documentos.

—Hay otra forma —dijo Raymond—. Hubo un tiempo, no muy lejano, en que al otro lado del río era legal poseer a un hombre; en ciertos sentidos, todavía lo es. En cualquier caso, entre

los hombres que más provecho sacaron de la esclavitud hubo uno que tuvo una importancia especial para mi familia: Jedikiah Simpson. El señor Simpson era el dueño de mis padres, de Otha y de mí mismo.

—¿Te refieres al hombre del que escapó tu madre? —le pregunté—. ¿El que vendió a Otha en el sur?

—El mismo —dijo Raymond—. Jedikiah Simpson ya lleva tiempo muerto. Pero su hijo ha tomado posesión de la antigua hacienda. Y también tiene una casa aquí en la ciudad, al norte mismo de Washington Square. Debido a su riqueza, a Elon Simpson se lo considera un caballero en los círculos más respetables de la ciudad. Pero nosotros sabemos que no tiene nada de respetable. Sabemos, por ejemplo, que ha conservado su inversión en la esclavitud a base de vender a sus esclavos más al sur.

—¿Alguna vez os habéis cruzado con él? —le pregunté.

—No, todavía no —contestó Raymond.

—Pero lo tenemos vigilado —dijo Otha—. Tanto aquí en la ciudad como en su casa del sur. Y por lo que sabemos, Elon Simpson todavía tiene tratos con Daniel McKiernan.

Todo el mundo guardó silencio un minuto, esperando a que yo vislumbrara la trama. Pero no hacía falta que esperaran, porque esta ya había cobrado forma mientras hablaban. De manera que miré a Otha y asentí con la cabeza para confirmar que lo entendía.

—Una carta, un recibo de venta, cualquier cosa —les dije—. Solo necesito alguna correspondencia entre Simpson y McKiernan. ¿Podemos entrar a robar en su casa, a lo mejor?

—No —respondió Raymond—. Bland tiene una alternativa más delicada.

Los tres sonrieron a la vez; parecían niños que guardaran un secreto.

—Cuéntamela —pedí.

—¿Por qué no te la enseño? —propuso Bland.

De forma que aquella noche me encontré a mí mismo en un callejón en compañía de Bland, observando la calle a la luz de los

fanales de gas, pero situados de tal manera que la calle no pudiera vernos a nosotros. Teníamos la vista clavada en la casa de Elon Simpson. Estábamos al lado mismo de Washington Square, una zona de la ciudad caracterizada por sus casas de ladrillo rojo con las persianas cerradas y donde destacaba un parque que se remontaba a los tiempos del nacimiento del país. Era el feudo de la Alta Cuna de aquella ciudad, y el feudo de nuestros muertos.

Para entonces yo ya había leído bastante sobre Filadelfia, y gracias a eso sabía que, en otra época, cuando reinaba la Servidumbre aquí en Pensilvania, la ciudad había caído víctima de una ola de fiebres. Y entre los hombres que habían combatido esas fiebres se contaba Benjamin Rush, un insigne médico cuyo renombre cuesta de comprender a la vista de la teoría que postuló para proteger a la ciudad. Le comunicó a la ciudad de Filadelfia que la gente de color era inmune a la fiebre, y más que inmune: que nuestra presencia misma podía alterar el aire, sorbiendo la infección y manteniéndola cautiva dentro de nuestros fétidos cuerpos negros. De manera que las autoridades trajeron a centenares de sirvientes en nombre de la supuesta magia negra de nuestros cuerpos. Murieron todos. Y cuando la ciudad empezó a llenarse de sus cadáveres, sus amos buscaron un lugar bien lejos de los blancos que habían caído víctimas de la enfermedad. Así que eligieron una parcela de tierra donde no vivía nadie y nos tiraron en fosas. Años más tarde, ya olvidada la fiebre, y después de que la guerra diera luz a este país nuevo, se edificaron hileras y más hileras de casas de lujo encima de aquella gente y se construyó una plaza con el nombre del general que los había liberado. Me llamaba la atención que, incluso aquí, en el norte libre, los lujos de este mundo siempre estaban construidos encima de nosotros.

—¿Cómo llegaste a esto? —le pregunté. Llevábamos horas allí plantados, Bland y yo, vigilando la casa.

—¿Me preguntas cómo llega un hombre blanco al Tren Subterráneo?

—No. Tú en concreto. ¿Cómo llegaste a esto?

—Mi padre murió cuando yo era niño y mi madre no nos podía mantener. Hice lo que pude. Trabajé en cualquier cosa que

se me presentaba, incluso a aquella edad. Aun así, nos separaron a Laura y a mí, y en cuanto tuve la edad suficiente, me largué tan lejos como pude de mi ciudad. Era un joven en busca de aventuras. Fui al sur y luché en la guerra seminola, y eso me cambió para siempre. Vi a hombres quemar campamentos indios, abatir a inocentes a tiros y robar criaturas. Me di cuenta de que mis conflictos personales quedaban en nada al lado de otros conflictos mayores.

»Era consciente de mi falta de conocimientos acerca de por qué combaten los hombres. Siempre había sentido curiosidad por el mundo, pero no había tenido ocasión de educarme. Pero entonces murió mi madre y volví a casa para hacerme cargo de Laura. Entré a trabajar en los muelles. Aunque cada vez que tenía un momento libre, se me podía encontrar en las bibliotecas de la ciudad. Y fue allí donde encontré la causa de la abolición y también el Tren Subterráneo. Trabajé por todo el país: Ohio, Indiana, Massachusetts y finalmente Nueva York, que me llevó a Corrine Quinn y después a Lockless.

Bland estaba a punto de contarme más cuando por fin apareció frente a nosotros la razón misma de nuestra vigilancia. Un hombre blanco salió de la casa de Elon Simpson y se quedó en la acera esperando. Bland se sacó un puro del abrigo y lo encendió. Dio una calada y se giró hacia mí, y a la luz tenue de su puro vi que estaba sonriendo. A continuación salió del callejón y se plantó en la calle. El hombre se le acercó con pasos rápidos. Bland se volvió para el callejón y el hombre lo siguió.

—Me dijeron que estarías solo —dijo el hombre—. Me dijeron que sería todo rápido y fácil.

Por un momento me pregunté si aquel sería Elon Simpson, pero incluso a oscuras podía ver que no iba vestido como un caballero.

—En la vida no hay nada rápido y fácil, Chalmers —dijo Bland—. Por lo menos, nada importante.

—Sí, bueno, ya he hecho mi parte —dijo, y le entregó un paquete a Bland.

—Necesitamos echar un vistazo a esto —dijo Bland—. Vamos

adentro.

—Y un cuerno —soltó Chalmers—. Rápido y fácil, dijo tu gente. Ya me has engañado trayéndote a este, y ahora quieres que...

—Quiero que nos lleves adentro —dijo Bland—. Es muy sencillo. Nos prometiste documentos dirigidos a cierta persona. Necesito verificar que esos documentos son lo que afirmas. Y para eso tengo que poder leerlos. Y para leerlos necesito luz, y la luz más cercana está dentro de la casa de tu amo.

—El señor Simpson no es mi amo —dijo Chalmers irritado.

—Tienes razón, no lo es. Yo soy tu amo. Y ahora nos vas a llevar adentro para verificar estos documentos. Como no lo hagas, le mandaremos otros documentos a ese hombre, a ese tal Elon Simpson que no es tu amo. Y esos documentos lo alertarán sobre la naturaleza exacta de todos esos paseos sin acompañante que pareces tener la costumbre de dar regularmente con su hermana cada vez que visita la ciudad. Estoy seguro de que le encantará enterarse de que has decidido convertir la deshonra de su familia en parte habitual de tu trabajo.

Estaba demasiado oscuro para verle la expresión, pero vi que Chalmers daba un paso atrás. Me imaginé lo que debía de estar sintiendo en aquel momento, su impulso de escapar. Quizá ya tuviera las maletas hechas. Quizá ya hubiera puesto sobre aviso a aquella hermana. O quizá no, y simplemente la iba a dejar lidiar con las consecuencias de aquella información. Quizá ya hubiera un carruaje esperándolo para llevárselo al amparo compasivo de algunos parientes que residían más al norte. O quizá su intención fuera aventurarse en el Oregón de mi fantasía, o sumarse a la libertad de aquellos marineros que me encantaban.

—Piensa con cuidado, Chalmers —dijo Micajah Bland—. Puedes arriesgarte a enfrentarte a un caballero de enormes recursos. O bien puedes llevarnos adentro. No hace falta que se entere nadie más. Puede ser todo como un sueño. Nadie tiene que enterarse, te digo. Solo nosotros. Podemos acabar con esto aquí y ahora. Rápido y fácil.

Chalmers vaciló un momento y echó a andar de vuelta hacia

la casa. Lo seguimos escalera arriba, por el recibidor y pasado el salón, hasta una sala trasera que Elon Simpson usaba como estudio. Chalmers acercó la lámpara y Bland se sentó detrás del escritorio a leer. Había varios documentos en el paquete y Bland los hojeó deprisa.

—No —dijo—. Ninguno de estos me sirve. Ni uno.

—Me dijeron que necesitabais documentos del señor Simpson —dijo Chalmers—. Me dijeron que si hacía eso, sería libre.

—No, creo que te dijeron mucho más que eso —le respondió Bland—. ¿Te molestaste en mirar a quién iban dirigidos esos documentos?

—Me pidieron que te trajera documentos y te he traído documentos.

—Bueno —dijo Bland, clavando la mirada en mí—. Pues vamos a necesitar algo más.

Bland señaló con la cabeza en mi dirección, se puso de pie y empezó a inspeccionar la sala con ayuda de la lámpara. Consciente de mi papel, me senté a la mesa y empecé a hurgar en los cajones. Leí por encima un diario personal, ojeé unas cuantas cartas dirigidas a conocidos e inspeccioné varias invitaciones, pero no encontré nada que llevara remitente o acuse de recibo de McKiernan. Cuando volví a levantar la vista, sin embargo, noté que ahora Bland estaba concentrado en un pequeño baúl de roble que había en el rincón. Se puso de rodillas y pasó la mano sobre la cerradura de hierro. Luego se incorporó otra vez, se metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsita, y de esta extrajo un pedazo de alambre. Se centró en la cerradura y luego miré a Chalmers, que ahora estaba sentado en un sillón de respaldo alto, moviéndose nerviosamente. Bland pasó un par de minutos trabajando en la cerradura, a continuación echó un vistazo a Chalmers y le sonrió mientras la tapa del baúl se abría con un chirrido.

Bland metió la mano, sacó una pila abultada de sobres pulcramente abiertos y los puso sobre el escritorio. En cuanto empecé a hojearlos, me quedó claro que aquellas cartas eran una clase distinta de comunicación. Eran registros de transacciones: registros de personas gestionadas, compradas y vendidas. El

volumen de negocio era considerable, y las cifras adjuntas a las personas dejaban claro que aquellos negocios eran la fuente de la riqueza de Elon Simpson. Yo nunca había visto a ninguno de los dos Simpson. Pero no pude evitar imaginarme al hijo aquí, entre la Alta Cuna del norte, presentándose como hombre de sociedad, de buena familia, con sus contactos de reputación impecable y sus negocios respetables. Pero encerrada en aquel baúl estaba su vida sin blanquear: la evidencia de un crimen enorme, la prueba de su pertenencia a una sociedad oscura que financiaba aquella casa opulenta y que a su vez estaba construida sobre una tumba gigantesca, en el corazón de aquella ciudad supuestamente sin esclavos.

Había varias cartas de McKiernan. Las cogí todas. Cuantas más muestras tuviera, mejor.

—Pero las echará en falta —protestó Chalmers.

—Solo si se lo dices tú —dijo Bland.

Chalmers nos siguió hasta la puerta.

—Alguien se pondrá en contacto contigo la semana que viene. Sabemos a ciencia cierta que el señor Simpson, ese que no es tu amo, no va a volver antes. Te devolveremos las cartas. Tú las guardarás de nuevo en el baúl y lo cerrarás —le dijo Bland—. Y entonces habrás terminado con nosotros. Rápido y fácil.

Solo tardé un par de días en escribir los salvoconductos, junto con unas cuantas cartas que daban fe de las referencias de Bland en algunas de las regiones más traicioneras por las que iba a estar viajando. Al día siguiente le devolvimos los documentos a Chalmers y nunca más supimos nada de él. A pesar de que la cosa saliera como salió, nadie pudo seguir aquel rastro hasta Raymond, Otha ni nadie más de nuestra célula. Bland partió rumbo a Alabama poco después. No tuve ocasión de despedirme de él. En esta vida casi nunca se me ha concedido el derecho a la despedida. Pero en este caso me pareció más significativo después de que Raymond me comunicara el plan completo.

Era el rescate más osado que nadie de Filadelfia había intentado nunca. El plan mandaría a Bland al oeste, donde se alojaría con uno de los agentes más capaces de Cincinnati.

Exploraría el río Ohio hasta encontrar algún lugar apropiado para desembarcar en Indiana o Illinois. En cuanto Bland encontrara un lugar seguro, se aventuraría en las profundidades de las tierras de la esclavitud, en el corazón del sepulcro —Florence, Alabama—, y se pondría en contacto con un tal Hank Pearson, un viejo amigo de confianza de Otha que seguía viviendo en la hacienda de McKiernan. Entonces Hank le llevaría a Lydia, que reconocería a Bland porque este llevaría un chal que ella le había dado a Otha para que la recordara. Luego, haciéndose pasar por su dueño, Bland sacaría a la familia entera de allí. Si se veían obligados a separarse, los salvoconductos certificarían el derecho de Lydia y de sus hijos a estar de viaje. El plan no solo era osado por sus distintos pasos, sino también por el momento elegido. Corrían principios de agosto, una época muy alejada de aquellas noches de invierno en apariencia interminables que ofrecían su amparo a los agentes del Tren Subterráneo. Pero la operación se tenía que llevar a cabo entonces, porque se decía que McKiernan estaba pasando una mala racha y en cualquier momento podía ponerse a vender a sus sirvientes, y entonces perderíamos tanto nuestra información como todo lo planificado.

20

Se estaba terminando el verano, la época en que se realizaban menos rescates, de forma que teníamos poco más que hacer que esperar noticias de la misión de Bland. Por suerte para nosotros, el momento coincidió con una congregación anual de quienes libraban una guerra legítima y abierta contra la esclavitud: ciudadanos comprometidos que luchaban por la abolición con sus testimonios, su oratoria y sus votos. Quienes pertenecíamos al Tren Subterráneo luchábamos una guerra secreta, encubierta, mística y violenta, pero también estábamos discretamente aliados con la guerra abierta, y la reunión de agosto era el único momento en que nuestras dos facciones, procedentes de todo el país, se podían encontrar. La perspectiva de reunirnos con la célula de Virginia, y con Corrine, me llenaba de aprensión. Después de la marcha de Bland empezamos a hacer nuestros preparativos y al cabo de dos semanas partimos, Raymond, Otha y yo, a bordo de una diligencia privada, de manera que al mismo tiempo que Bland viajaba hacia el sur, nosotros emprendíamos nuestro camino todavía más al norte, hacia la región montañosa de Nueva York.

Yo estaba empezando a entender que Raymond y Otha luchaban en ambos frentes de la guerra, eran luminarias entre los abolicionistas y al mismo tiempo estaban involucrados en los asuntos más oscuros a los que yo había sido iniciado. Ninguna célula al este del Misisipi transportaba a la libertad a más gente de color que la de Filadelfia. A esa fama se le añadía la odisea de Otha desde la Alabama profunda, de las entrañas de la orfandad a los brazos abiertos de su familia. Pero en la segunda noche de nuestro trayecto en diligencia se nos unió alguien cuya fama nos superaba a todos: Moisés.

A aquellas alturas, yo ya no la conocía simplemente como una

criatura legendaria, sino también a través de las muchas hazañas que se detallaban en los archivos de Raymond. Aun así, cuando entró en el carruaje trayendo consigo el aire de todas sus aventuras, me quedé tan deslumbrado que a duras penas conseguí saludarla. Ella intercambió cortesías cálidas con Raymond, saludó con la cabeza a Otha y por fin se me quedó mirando a mí.

—¿Cómo lo llevas, amigo? —me preguntó. Tardé un momento en acordarme de que la última vez que me había visto yo me estaba recuperando del asalto de los hombres de Ryland.

—Bien —le dije.

Llevaba consigo un bastón, igual que la noche en que yo la había visto en el bosque, y ahora, a la luz del día, descubrí que tenía tallados en la caña una serie de dibujos y símbolos. Se dio cuenta de que lo escudriñaba y me dijo:

—Mi leal bastón, hecho a partir de una rama del árbol del caucho. Va adonde voy yo.

El carruaje siguió su camino. Me resultaba increíblemente difícil no quedármela mirando. Aun en el caso de no tener el poder de la Conducción, habría sido la agente más osada del Tren Subterráneo. Yo había visto bastante mundo, y había leído suficientes archivos de Raymond como para saber que la suya era un alma llena de cicatrices, pero no rota, por lo peor del esclavismo. Y me acordé entonces de mi encierro en el hoyo, de mi tiempo en la cárcel y de las noches en que había sido presa de cacerías. Quizá me había hecho falta. Quizá había necesitado ver más de todo aquello para saber de primera mano lo ruin y malvado que podía ser. Raymond llamaba a aquella mujer Harriet, un nombre que ella prefería a todos sus demás títulos. Aun así, Raymond le mostraba todo el respeto que un soldado le puede tener a un gran general, respondía a todas sus preguntas sin formularle muchas a cambio y atendía a sus necesidades constantemente a pesar de que ella casi nunca pedía nada.

Al cabo de un día llegamos a la Convención, un campamento situado en un campo desbrozado, cerca de la frontera con Canadá. La tierra pertenecía a uno de los grandes benefactores del Tren Subterráneo, de quien se decía que tenía el plan de reubicar a una

comunidad de gente de color allí a fin de que pudieran trabajar para sí mismos. La lluvia se nos había adelantado un día, y nos apeamos de la diligencia chapoteando con las botas de trabajo. Los tres elegimos una parcela en el margen del campamento, en su parte más elevada, y luego nos separamos para ir cada uno por su lado.

Contemplé el lugar y vi tiendas de campaña enfangadas hasta el borde mismo del bosque. Entre ellas deambulaban los participantes de la Convención, enzarzados en debates y bromas, y en las carpas de mayor tamaño, oradores reformistas predicaban sus causas desde tarimas improvisadas. A los oradores les encantaba el espectáculo y parecían estar compitiendo entre ellos para llevar más seguidores a sus respectivas causas. Me abrí paso por entre las aglomeraciones de oyentes y me detuve ante un hombre blanco con chistera y bombachos de calicó que en aquel momento estaba llorando a moco tendido y secándose con la manga de la chaqueta. Entre lágrimas, estaba contando un relato que tenía a su audiencia cautiva: la historia de cómo el ron y la cerveza lo habían despojado de su hogar y de su familia, hasta que solo le había quedado la ropa que llevaba puesta. Y estaba determinado, dijo, recobrando la compostura, a seguir llevando aquel mismo atuendo hasta que la maldición del alcohol quedara purgada de la tierra.

Seguí caminando. Me detuve delante de una aglomeración de gente y miré cómo dos mujeres, las dos con monos de trabajo y las cabezas afeitadas, declamaban sobre el derecho de las mujeres a vivir con todas las libertades de los hombres en las mismas esferas. Y a medida que las mujeres seguían con su discurso, este subió de tono y de volumen, y pronto ni siquiera el público congregado se libró de la quema, porque ahora las mujeres afirmaban que hasta que nosotros defendiéramos la causa del sufragio, en aquella misma asamblea, seguiríamos siendo partícipes de la enorme conspiración que estaba sometiendo a la mitad del mundo.

Y ese sometimiento no se detenía ahí, tal como pude comprobar cuando llegué a otra carpa que albergaba a un hombre blanco junto a un indio silencioso con atuendo tradicional. Y el

blanco hablaba de las grandes depredaciones que había visto, de las increíbles iniquidades que aquellos georgianos, carolinianos y virginianos cometían en el nombre de la tierra. Y para entonces yo ya sabía muy bien qué se hacía con aquella tierra, cómo el pecado del robo se multiplicaba por el pecado de la esclavitud.

Seguí adelante hasta que avisté una hilera de niños desplegados detrás de un hombre que despotricaba contra las factorías del país. A aquellos niños los vendían como mano de obra unos padres que ya no los podían mantener, hasta que los salvaba la beneficencia de la asociación que el hombre representaba. Únicamente gracias a aquellas iniciativas caritativas, los niños podían regresar a la escuela y ser rescatados de las maldades del capital. Y todavía más allá me encontré con que aquel argumento estaba emparentado con otro que planteaba un sindicalista, que insistía en que se tenía que arrebatar a sus opulentos dueños la propiedad de todas las fábricas y se debía entregar a quienes se mataban a trabajar en ellas.

Y todavía más allá había alguien presentando otro argumento parecido: que era necesario impugnar la totalidad de las fábricas y rechazar de plano la sociedad entera, y que los hombres y mujeres se tenían que organizar en forma de nuevas comunidades donde todos trabajaran juntos y poseyeran las cosas de forma comunitaria. Y ni siquiera aquel era el punto álgido del radicalismo de la Convención, porque en los márgenes más alejados del campamento me encontré con una solterona que insistía en que yo y todo el mundo repudiáramos incluso el vínculo del matrimonio, que era en sí mismo una modalidad de propiedad, un tipo de esclavitud, y en que me aliara con la doctrina del amor libre.

Ya era media mañana. El sol nos abrasaba desde aquel cielo de agosto vacío de nubes. Me sequé la frente con la manga de la chaqueta y me senté un momento sobre el tocón de un árbol, lejos del tumulto de las carpas y de los participantes en la Convención. Había de todo: había una universidad entera en aquel prado. No paraban de infiltrarse en mí formas nuevas de existir, nuevos conceptos de liberación. Hacía solo un año las habría rechazado todas. Pero ahora había visto mucho, muchas cosas que iban más

allá incluso de lo que solía leer en los libros de mi padre. ¿Dónde terminaban los descubrimientos? No lo sabía, y eso me angustiaba y al mismo tiempo me llenaba de gozo.

Cuando levanté la vista vi que me contemplaba con atención una mujer un poco mayor que yo que estaba plantada al borde de la zona de acampada de la que yo acababa de emerger. Cuando se encontraron nuestras miradas, me sonrió y se me acercó. Tenía una cara delicada de color castaño claro, enmarcada por un pelo negro y tupido que le caía por las mejillas y le llegaba a los hombros.

Me levanté por respeto y su sonrisa desapareció. Me examinó de arriba abajo, como si se estuviera cerciorando de algo, y por fin dijo lo último que yo me habría esperado:

—¿Cómo estás, Hi?

Si hubiera oído aquello en alguna otra parte, y bajo otras circunstancias, me habría alegrado mucho, porque me habría acordado de mi hogar de la infancia. Se me agolparon en la mente decenas de preguntas, la principal de las cuales era por qué aquella mujer sabía mi nombre.

—No pasa nada —me dijo—. No tienes de qué preocuparte. —Me ofreció su mano y me dijo—: Soy Kessiah.

Decliné su saludo, pero ella siguió hablando sin sentirse insultada.

—Soy de tu casa, del condado de Elm, Virginia. De Lockless. No te acuerdas de mí. Te acuerdas de todo, pero de mí no. No pasa nada. Yo te cuidaba cuando eras bebé. Tu madre te dejaba conmigo cuando tenía que...

—¿Quién?

—Tu madre. Mamá Rose, la llamábamos. Te dejaba conmigo. Y por lo que he oído decir, tú conoces a la mía. Se llama Thena. Ya hace años que perdió a sus hijos, a los cinco nos vendieron en el hipódromo de Starfall y nos mandaron a Dios sabe dónde. Pero ahora estoy aquí con el Tren Subterráneo y tenía entendido que había otra persona que había venido al norte al mismo tiempo que yo, y había oído que esa persona eras tú.

—¿Podemos dar un paseo? —le pregunté.

—Por supuesto —aceptó.

Nos alejamos de la Convención y nos dirigimos a la parte exterior del prado, donde el terreno se elevaba, allí donde habíamos atado nuestro carruaje y habíamos plantado nuestra tienda. La ayudé a subir al pescante y luego me subí yo y me senté a su lado.

—Es verdad —me dijo, mirando al frente—. Es todo verdad. Si quieres, te puedo contar cómo pasó.

—Por supuesto que quiero —contesté.

—Pues bueno, es lo que te he dicho. Soy hija de Thena, la mayor. Vivíamos en la Calle y tengo buenos recuerdos de aquella época. Mi padre era un hombre importante por entonces, capataz del equipo de plantadores de tabaco, es decir, que era lo más importante que puede llegar a ser un Sirviente.

»Nuestra casa se hallaba al final de la Calle, apartada del resto, y era más grande que las demás. Yo pensaba que esto era gracias a mi padre y a la alta estima en que lo tenía la gente de la casa. Era un hombre duro. No recuerdo que hablara mucho, pero me acuerdo de que cuando la Alta Cuna venía a tratar con él, le hablaban con un respeto que no concedían a los demás sirvientes.

Llegado a este punto, Kessiah hizo una pausa y puso cara de estar cayendo en la cuenta de algo.

—O quizá me lo esté imaginando todo —siguió—. Tal vez sean los recuerdos de una niña que intenta rememorar las cosas como le gustaría que hubieran sido. No lo sé. Pero es así como lo recuerdo, fíjate. Me acuerdo de los juegos a los que jugábamos. Me acuerdo de las canicas. Me acuerdo de la pelota y el cordel. Me acuerdo de jugar al caballero y el silbato. Pero sobre todo me acuerdo de mi madre, que era la mujer más cariñosa y encantadora que he conocido nunca. Me acuerdo de los domingos, de estar acostados todos encima de ella, los cinco, como gatitos. Mi padre era un hombre duro, pero creo que ya por entonces yo sabía que había algo en él que nos había protegido, que estaba haciendo algo, o que había hecho algo, para que tuviéramos aquella cabaña separada de las demás. Teníamos jardín propio en la parte de atrás y hasta nuestras propias camelias. Y esa era mi vida.

Kessiah contemplaba las carpas que acabábamos de dejar

atrás, perdida en sus ensueños. Yo también estaba perdido en los míos, acordándome de la Thena de hacía años, dando caladas a la pipa y rememorando al hombre al que había amado, Big John. Me parecía increíble que aquella tal Kessiah pudiera ser su hija y que estuviera justamente allí.

—Pero me hice mayor y pronto me pusieron a trabajar, al principio, llevando agua a los trabajadores del campo y, después, en los campos. Pero no me importaba, porque todas mis amigas trabajaban allí también, y además estaba cerca de mi padre. Era un trabajo duro, yo lo sabía, pero siempre he sentido inclinación por el trabajo duro, es la razón de que me viniera al Tren Subterráneo. Por entonces, sin embargo, mi mundo eran los campos y la Calle, y la Calle es el sitio donde te conocí a ti, Hi, y donde conocí a tu madre y a tu tía Emma. Los fines de semana, los mayores se iban al bosque a hacer sus bailes y me dejaban a mí al cuidado de los bebés, y tú eras uno de ellos. No me sorprende encontrarte aquí. Siempre fuiste distinto. Siempre estabas observando, mirándolo todo, y cuando te he visto aquí he pensado que no has cambiado nada, que sigues examinándolo todo. Es una bendición para mí encontrarte, volver a encontrarte aquí, tan lejos de la Servidumbre.

»Era una época muy distinta, y me asombra, casi me avergüenza, decir que era feliz allí. Pero estoy convencida de que lo era, o lo fui durante un tiempo, y me acuerdo de cuando cambió ese sentimiento. Fue cuando perdimos a mi padre. De fiebres, ya sabes. Fue un golpe duro para mi madre. Seguía siendo igual de cariñosa que siempre, pero se había quedado destrozada. Lloraba todas las noches y nos llamaba. “Venid a descansar con vuestra madre”, nos decía, y nosotros, los gatitos, nos acostábamos en su cama y ella rompía a llorar, y todos llorábamos abrazados a ella. Pero te lo aseguro, Hi, eso no fue nada comparado con lo que se avecinaba. Por lo menos cuando murió mi padre nos teníamos los unos a los otros. Pero pronto ni siquiera tuvimos eso, fue como si cada uno de nosotros muriera para los demás, como si todos falleciéramos y nos condenaran a cada uno a un infierno distinto.

Kessiah se giró hacia mí y me dijo:

—Dicen que conociste un poco a mi madre.

Asentí con la cabeza, sin intención de añadir más, porque todavía no tenía el coraje necesario para aceptar del todo lo sucedido. Pero vi que Kessiah me contemplaba con mirada expectante. Una expectación que yo conocía bien.

—No era exactamente como tú la describes —le conté—. Pero estoy convencido de que era la misma mujer. Y estoy más convencido todavía de que tenía razones para ser como era, como yo la conocí. Aunque no creo que eso importe mucho. Lo que importa es que era buena conmigo. Que para mí Thena fue lo mejor de Lockless.

Kessiah ahuecó las manos, se las llevó a la cara para cubrirse la nariz y la boca y lloró en silencio y con suavidad.

—O sea que sabes lo del hipódromo, ¿verdad? —me preguntó por fin.

—Lo sé —contesté.

—Imagínatelo. Todos nosotros, mis hermanos y hermanas, llevados allí y vendidos. ¿Sabes que nunca más los volví a ver? ¿Sabes cuánto he luchado por encontrarlos? Pero hay tantos que se han ido, Hi... Que se me han escapado como agua entre los dedos.

—Lo... lo sé —dije—. No siempre lo supe. Pero ahora sí lo sé. Tu madre me lo intentó contar. Pero no siempre supe qué significaba que te hicieran todo eso. Ahora sí lo veo.

—Decían que tu padre era blanco.

—Lo era.

—Pero eso no te salvó, ¿verdad?

—No. No nos salvó a ninguno.

—Pues no, y solo estoy aquí delante de ti por casualidad. A la mayoría de los míos los llevaron a Natchez, pero a mí me llevaron a Maryland y me pusieron a trabajar en los aserraderos, y poco después conocí a un hombre, Elias, y nos encaprichamos el uno del otro. Elias era un liberto que trabajaba para ganarse su salario y que urdió el plan de comprar mi libertad para que yo también pudiera vivir libre.

»El trabajo en el aserradero era duro, pero allí encontré a otra familia. Me reinventé para aquella vida, aquel hombre me moldeó y alcancé algo parecido a la felicidad. Sabía que nunca más podría

ser una chica. Y sabía que había quedado marcada a fuego por todo lo que me había pasado hasta entonces. Pero había encontrado algo, y nada más encontrarlo, Hi, se empezaron a esforzar para ponerme otra vez en la tarima de las subastas. Pero esta vez tenía algo para ellos, fíjate. Me había casado con una familia bastante especial, y uno de los miembros de esa familia es la mujer que tú conoces como Moisés.

Y, al pensar en aquello, Kessiah se echó a reír para sí misma.

—Tendrías que haberlo visto. Elias y yo nos habíamos despedido. Había sido muy duro. Y luego, el día señalado, apareció en la subasta y se puso a pujar. Y el corazón me dio un vuelco, porque estaban él y otro hombre que había venido desde Texas. Y estuvieron pujando los dos hasta que mi Elias me miró con ojos desconsolados. Y entendí que él había perdido y que el tipo de Texas había ganado. Y el texano pagó su dinero y me encerró en una celda. Tendrías que haberlo oído mientras me contaba todas sus intenciones. Qué arrogante era. «Nos marcharemos en cuanto salga el sol», me dijo. ¡Ja! En cuanto salga el sol. Él no sabía nada. El sol salió, por supuesto. Pero Moisés llegó primero.

Moisés, pensé. La Conducción.

Ahora Kessiah me miró.

—Estaba todo planeado, fíjate. Pujaron por mí tanto como pudieron. Hicieron que el hombre pagara y entonces me sacaron. Dios mío, después de ver aquello, después de ver lo que les hizo Moisés, ya no pude volver a mi vida de antes. Pensé en todos los tormentos que me habían causado. Y pensé en lo bien que sentaba devolverles una parte. Y pensé en todos mis sufrimientos y en cuánta gente había como yo, y a partir de ese momento lo único que quise fue formar parte de este Tren Subterráneo.

»Llevo desde entonces con Moisés. Así fue como me enteré de tu existencia, Hi. Me dijeron que había un chaval que había venido de Virginia, del condado de Elm, *mi condado*. Y me puse a indagar y oí tu nombre. No me lo podía creer, pero, Dios mío, eras tú. En cuanto te he visto aquí deambulando y observándolo todo, he sabido que eras tú.

Y diciendo esto, se me echó encima y me abrazó. Y, para mi

gran sorpresa, me sentí reconfortado. Llevaba mucho tiempo lejos de mi tierra. Y allí estaba ahora, acordándome de ella, y en compañía de otra persona que había hecho el mismo viaje que yo. Se estaba haciendo tarde, y los dos teníamos que encontrar a nuestra gente. Nos pusimos de pie, nos volvimos a abrazar y ella me dijo:

—Tendremos más tiempo tú y yo. Compartiremos más días aquí. —Luego me miró y añadió—: Oh, cielos, cómo me he podido olvidar de preguntarlo. ¿Cómo está mamá Rose? ¿Cómo está tu madre?

Pronto estaba caminando otra vez entre las carpas y pude ver que las exhortaciones habían dejado paso a las diversiones. Había tropas de malabaristas lanzándose frutas y botellas entre ellos. Había temerarios que extendían un cable fino entre las copas de dos árboles y caminaban por él en un sentido y después regresaban danzando y cantando una tonada. Había acróbatas saltando y retorciéndose y brincando en mitad del aire.

¿Y cómo estaba mi madre? ¿Cómo le iba a mamá Rose? Yo seguía sin tener ningún recuerdo de ella, solo conocía las historias que me había contado aquella gente que la había conocido, como Kessiah. Así pues, cuando pensaba en ella, lo que me venía a la mente era una especie de escena sacada de un mito, no era igual que cuando recordaba a Sophia o cuando recordaba a Thena; a Thena, que nunca había estado tan viva para mí como en aquel momento en compañía de Kessiah en que los recuerdos de la hija se habían mezclado con los míos. Y me dio la sensación de que ahora entendía muchas cosas, de que por fin sabía por qué había sido tan dura conmigo. Y entendía también su aseveración: *Yo soy más tu madre, aquí donde me ves, de lo que ningún blanco montado a caballo es tu padre*.

Todos nos juntamos para cenar —Otha, Raymond, Kessiah, Moisés y yo—, y después, con el sol ya bajo en el cielo, se congregó un grupo de gente de color en torno a una hoguera. Con voces lentas e inquietantes, se pusieron a cantar aquellas canciones que

solo podían nacer en el sepulcro. Yo llevaba sin oír aquellas canciones desde que me había marchado, y ahora que las volvía a oír noté que tiraban de mí, me sentí a mí mismo mecerme en pleno calor de agosto. Era demasiado. Me marché a dar un paseo en compañía de mis pensamientos por los caminillos fangosos que quedaban entre las tiendas.

Me senté sobre unas matas de hierba seca que había justo al terminarse las tiendas, desde las cuales aún podía oír a mi gente cantar a lo lejos. Todavía me estaba recuperando de aquella jornada, de Kessiah, de los recuerdos de Thena y Big John y de los argumentos e ideas sobre las mujeres, los niños, el trabajo, la tierra, la familia y la riqueza. Se me ocurrió que el análisis de la Servidumbre no solo revelaba los males particulares de Virginia, de mi antiguo mundo, sino también la gran necesidad que había de construir uno completamente nuevo. La esclavitud era la raíz de todas las luchas. Porque se decía que las fábricas esclavizaban a los niños trabajadores, y que tener hijos esclavizaba los cuerpos de las mujeres, y que el ron esclavizaba las almas de los hombres. Y en aquel momento entendí, a partir de aquel torbellino de ideas, que no solo estábamos librando nuestra guerra secreta contra los esclavistas de Virginia, y que no solo estábamos intentando mejorar el mundo, sino que lo estábamos rehaciendo.

Me sacó de mis pensamientos un hombre que pululaba cerca de mí. Era un mensajero que me saludó y procedió a entregarme una carta, cuyo sello reconocí de inmediato como la marca de Micajah Bland. El corazón me dio un vuelco. Mi impulso más fuerte fue abrir aquella carta. Pero se trataba de la familia de Otha, de manera que él tenía que ser el primero en conocer su destino. Lo encontré con Raymond, todavía cerca de la hoguera, hipnotizados por aquella canción de esclavos que se estaba desgranando. Le di la carta a Raymond, que era quien leía mejor. En la cara de Otha, iluminada por el resplandor de la hoguera, se percibía todo el nerviosismo que podíamos esperar. Pero entonces Raymond sonrió y dijo:

—Micajah Bland tiene a Lydia y a los niños. Han salido de Alabama. En el momento de escribir esta carta estaban atravesando

Indiana.

—Dios mío —exclamó Otha—. Dios mío.

Se dirigió a mí y me dijo:

—Va a suceder. Después de todos estos años, mi Lydia y los niños, todos... Dios mío, cómo me gustaría que Lambert hubiera vivido para ver esto.

Luego Otha se giró hacia Raymond y se echó a llorar. Raymond rompió su habitual máscara de solemnidad y abrazó a Otha con fuerza mientras ambos lloraban. Me alejé de allí, pensando que necesitaban disfrutar de un momento a solas, vencido por un día lleno de más emociones de las que podía asimilar.

21

Hubo un tiempo en que yo había soñado con reinar igual que mi padre en Lockless, y es duro admitir esto, el hecho de que fuera mi sueño, por mucho que no lo hubiera pensado bien. Pero luego había encontrado al Tren Subterráneo o, mejor dicho, el Tren Subterráneo me había encontrado a mí, y gracias a eso era por fin feliz. En el Tren Subterráneo había hallado el sentido de mi vida. En Raymond White, en Otha, en Micajah había encontrado a una familia. Y ahora en Kessiah me daba la sensación de haber encontrado incluso una parte de mí que había estado perdida.

La noche siguiente, después de otro día de exhortaciones y diversiones, decidí cruzar el bosque coronando las colinas que dominaban el prado, y fue allí donde la vi, a Moisés, sentada con las piernas cruzadas sobre una roca de gran tamaño. Estaba quieta y en paz, y pensé que quizá debería dejarla a solas con sus pensamientos, pero cuando empecé a alejarme oí que su voz atravesaba el aire silencioso de la noche.

—Buenas noches.

Me giré y vi que ya se estaba acercando a mí con la mirada clavada en mi frente. Cuando estuvo lo bastante cerca, estiró el brazo para palpar el lugar donde había encajado el golpe de los hombres de Ryland. Por fin retrocedió, sonrió y me dijo:

—Sabía que encontraríamos algún momento para hablar, y está bien que lo tengamos aquí, lejos de los demás. He oído hablar mucho de ti —dijo—. Y Kessiah me ha contado que ayer le hablaste más.

—Sí —contesté—. Resulta que somos de la misma hacienda.

—Ajá, eso es lo que me contó. Es bueno ver a alguien de tu tierra, ¿verdad? Te da una sensación de tener raíces. Te debe de resultar duro estar tan lejos de tus raíces.

—¿No lo estamos todos? —le pregunté.

—No —me dijo—. Yo visito el sitio donde me crie a menudo, aunque a los amos no les guste. Trabajo en un lugar que es el que conozco mejor, la otra costa de Maryland, mi tierra. Algún día volveré allí para quedarme, pero no así, no en calidad de agente, sino al sol y al aire libre. Pero, entretanto, paso por allí a menudo y sienta bien volver, sienta bien recordar.

—Yo me acuerdo bastante —le dije.

—Ya lo sé. Por lo que tengo entendido, tienes tanto talento que sirves igual trabajando en la casa de Filadelfia que en los campos de Virginia. Y he oído decir por lo bajo que tú en particular quizá seas capaz de hacer mucho más.

—Yo también lo he oído —le dije—. Pero es un caballo que no he domado.

—Ajá —dijo ella—. Dale tiempo.

—Creo que no depende de mí. Quiero rescatar a mi gente. Pero me doy cuenta... Hay tantísima gente. Y ahora los veo a todos.

—Ah, pues me alegro mucho de oírte decir eso —me dijo. Me estaba sonriendo con expresión maliciosa. Y sentí, y de hecho supe, que acababa de enrolarme a mí mismo en algo—. A eso justamente iba, amigo. Yo siempre trabajo sola y en pequeñas operaciones. Sigo mi propio ritmo y mi propia vigilancia. Pero hay un trabajo para el que necesito a un hombre que corra al menos tan bien como escribe, y me han dicho que tú eres uno de los pocos, en este lado del Tren Subterráneo, que cumple con esos criterios.

—No veo por qué ibas a necesitar mi ayuda. Sé que te llaman Moisés. Y ese nombre te viene de tener un poder majestuoso, ¿no?

—Majestuoso —repitió—. Qué palabra más pomposa para algo tan simple.

—Pero las historias... —le dije—. Sé lo que dicen. Moisés domesticaba bueyes de niña y araba los campos como un hombre. Moisés habla con los lobos. Moisés bajó las nubes al suelo. Los cuchillos se derriten al tocar la ropa de Moisés. Los látigos se deshacen en ceniza en las manos de los esclavistas.

Ella se rio.

—Conque eso dicen, ¿eh?

—Eso y mucho más.

—Pues mira, esto es lo que te digo yo —dijo—. Mis métodos no están en oferta. Esto es el Tren Subterráneo, no el tren a la vista de todos. No es ningún espectáculo. No me anuncio como si fuera Box Brown. Cuando a la gente le pones delante algo que no puede entender, tiene tendencia a hablar y a magnificar lo que ha visto en realidad. Sea como sea, has de entender que esas habladurías no proceden de mí. Nunca hablo más de lo necesario, y las fábulas y las patrañas se las dejo a los pasajeros. En cuanto a los nombres, solo respondo a uno: Harriet.

—O sea, ¿no existe la Conducción? —le pregunté.

—Más palabras pomposas. Lo único que quiero saber es si estás dispuesto a trabajar. Me voy a mi tierra. Y me has sido recomendado como alguien que me podría ayudar. Así pues, ¿quieres trabajar o prefieres perder más horas interrogándome?

—Claro que quiero trabajar. ¿Cuándo nos marchamos y a por quién estamos yendo?

Solo entonces oí el ansia en mi voz, el deseo ferviente de trabajar con aquella mujer de la que había oído contar tantas historias.

—Lo siento —le dije—. Estaré listo cuando a ti te vaya bien.

—Vuélvete al campamento —respondió—. Disfruta del espectáculo.

A continuación se volvió a la roca y, dándome la espalda, dijo:

—Nos marcharemos pronto. Quizá hasta te ayudaremos a domar a tu caballo.

A la mañana siguiente me despertó un revuelo enorme delante de mi tienda. Oí la voz de Otha, sumido en una especie de histeria. Luego oí a Raymond y a otros a quienes no reconocí. Estaban intentando tranquilizarlo y creo que ya entonces debí de entender qué pasaba, porque daba igual cuáles fueran nuestros problemas, Otha casi nunca armaba aquellos escándalos. Tenía que haber

sucedido algo realmente terrible. Salí de la tienda. Apenas había despuntado el alba, pero pude ver con claridad la cabeza de Otha sepultada en el hombro de su hermano, y prácticamente se estaba bamboleando, incapaz de aguantarse de pie.

Raymond me vio primero. Abrió los ojos como platos y negó con la cabeza. Notando quizá mi presencia, Otha se separó de su hermano y se giró hacia mí. Le vi un funeral entero en el rostro.

—¿Te has enterado? —me preguntó Otha—. ¿Te has enterado de lo que han hecho?

No contesté.

—Hiram —dijo Raymond—, te lo podemos explicar más tarde. Ahora tenemos que... —Negó con la cabeza con expresión de incredulidad y trató de llevarse a Otha de allí—. Venga, Otha. Vámonos...

—¿Adónde? —pidió Otha—. ¿Adónde podemos ir, Raymond? ¿Y para hacer qué? Se ha terminado. ¿No ves que se ha terminado? Tienen a Lydia en el sepulcro. ¿Adónde vamos a ir? Micajah Bland está muerto. ¿Adónde podemos ir ninguno de nosotros?

Y entonces Otha se dirigió a mí.

—¿Lo has oído, Hiram? —me preguntó. Y vi que su expresión había pasado del dolor a la rabia—. ¿Has oído lo que han hecho? Lo han matado. Lo han cargado de cadenas, le han aplastado la cabeza y lo han tirado al río.

Y, al decir aquello, Otha rompió a llorar, y Raymond y varios hombres más lo intentaron sacar de la tienda. De entrada estuvo a punto de liarse a puñetazos con ellos. Gritó y vociferó y pataleó, hasta que Raymond lo agarró. Por fin se lo llevaron, casi cargando a cuestas con él, mientras gritaba:

—¿Has oído lo que han hecho? ¡Micajah Bland está en el río! ¿Y qué vamos a hacer ahora?

Me quedé allí plantado hasta que ya no pude verlos. Y así seguí un rato más, completamente paralizado. Cuando volví a la realidad, percibí un revuelo enorme a mi alrededor. La noticia se estaba extendiendo por el campamento. La gente hablaba en grupos y los miembros de aquellos grupos iban de un lado a otro para compartir cualquier rumor o información que hubieran

podido obtener sobre el destino de Micajah Bland. Y luego bajé la vista y vi una mochila tirada cerca del lugar donde habían estado Otha y Raymond. Por puro instinto, recogí la mochila y me la llevé a mi tienda, y cuando la abrí me encontré una colección de periódicos que detallaban lo que les había ocurrido a Micajah Bland y Lydia White. El primer artículo contaba la historia: «Aprehendidos negros fugitivos». El segundo confirmaba que se trataba, en efecto, de la familia de Otha White. Las manos me temblaron cuando hojeé el tercero: «Ladrón de negros devuelto a Alabama». Y por fin un comunicado de un agente de Indiana, que escribía con gran pena para informarnos de que el cuerpo de Micajah Bland había aparecido aquella misma mañana en la orilla. Con la cabeza aplastada. Y las manos encadenadas detrás de la espalda.

Para entonces ya me habían adiestrado para archivar la tristeza. Por consiguiente, en aquel momento no pensé en Micajah Bland, sino en la simple tarea de devolverles aquellos documentos a Raymond y a Otha. Me abrí paso entre la multitud. Varias personas, conociendo mi afiliación a la célula de Filadelfia, intentaron pararme y preguntarme qué sabía. No les hice caso y seguí buscando por las carpas alguna pista de adónde podían haber llevado a Otha. Encontré a algunos agentes del Tren Subterráneo del oeste delante de una carpa. Uno de ellos me hizo una seña con la mano: «Aquí», dijo. Luego otro me abrió la entrada, y al pasar al interior vi a Otha allí sentado con Raymond. Otha ya estaba más tranquilo, aunque todavía bullía por dentro. Había unos cuantos más a quienes no tuve problemas para reconocer como miembros de alto rango de la difusa cúpula del Tren Subterráneo. Estaba Harriet, aunque lo que más me asombró fue ver allí sentada con total tranquilidad a Corrine Quinn.

No hubo mucho tiempo para sopesar su presencia. La conversación se detuvo en cuanto entré.

—Lo siento —dije, acercándome a Raymond—, pero he pensado que los necesitarías.

Raymond me dio las gracias y me marché para dejar que continuara la reunión. Me alejé del campamento, de regreso al

bosque donde me había encontrado con Harriet el día anterior. Me quedé allí sentado, en la misma roca donde había estado sentada ella. Cómo me habría gustado poder abrir una puerta entre aquellos árboles, pensé, y traer los campos de algodón de Alabama a los bosques de Nueva York. Pero me sentía impotente. Había un poder dentro de mí, aunque, sin idea alguna de cómo acceder a él o controlarlo, estaba perdido.

Regresé y encontré el campamento todavía de duelo. Ya era por la tarde. Fui a mi tienda y me acosté. Cuando me desperté, descubrí a Otha sentado en una silla a mi lado. Otha era un hombre de sentimientos genuinos, pero nunca de pasiones salvajes ni de cóleras flagrantes. Jamás lo había visto mostrar la alegría de hacía dos días, ni tampoco la agonía de aquella mañana.

—Otha —le dije—. Lo siento. Yo... Ni siquiera sé qué decir. No conozco a Lydia ni a tus hijos, pero he oído hablar tanto de ellos que ya son como mi familia.

—Era mi hermano, Hiram —explicó Otha—. Micajah Bland no era de mi sangre, pero fue mi hermano hasta el punto de que estuvo dispuesto a morir por mí y los míos. Nada de todo esto me viene de nuevo. Siempre he vivido separado de mi familia, de manera que he hecho hermanos allí donde iba y he llorado cada vez que nos separaban, y *siempre* nos han separado. Pero nunca, ni un instante, he evitado el contacto humano ni el amor.

»Siento mi rabia de esta mañana. Raymond no la merecía, y lamento que me hayas visto así.

—No hace falta que te disculpes, Otha.

Se quedó unos minutos en silencio. No dije nada, convencido de que aquel momento debía ser para él.

—Quiero contarte una historia que trata de sueños. Y te la quiero contar específicamente porque sé que has luchado para encontrar tu lugar, que has luchado para tocar ese poder que dicen que tienes dentro. Y si con este dolor te puedo dar algo, eso también me tranquilizaría.

Me incorporé hasta sentarme en mi catre y escuché.

—Conocí a mi mujer, Lydia, poco después de que muriera Lambert. Lambert era mayor que yo, más fuerte y más valiente. Era

mi corazón y mi fe, y siempre que yo desesperaba, era su fe inquebrantable la que me devolvía al buen camino. Y verlo morir como murió, creyendo que nunca volveríamos a casa, que Dios realmente nos había puesto una maldición..., hizo que descendiera sobre mí un torrente de malos sentimientos. Pasé muchas noches en el mismo estado en que me has visto esta mañana. Quizá conozcas ese dolor que se te cierne encima y cae sobre tu corazón como la noche.

»Descubrí que mi único bálsamo era el trabajo, por muy Sirviente que fuera. La mente me desaparecía en las manos y los campos me relajaban. Los blancos creían que se debía a mi gran moralidad. Me creían gentil bajo el látigo. Pero yo los odiaba a todos, Hiram, porque exactamente igual que me habían arrancado de la cuna, habían asesinado a mi hermano.

»Y entonces conocí a Lydia. Quizá por el hecho de haber nacido en Alabama, ella conocía mejor la carga y estaba mejor preparada para soportar el peso enorme de una vida de esclavo. Yo rabiaba y ella se reía, y enseguida me encontraba riendo con ella. Y luego me enfadaba porque ella me hubiera reducido a risas. Y por fin me volvía a reír de la situación entera. Nos prometimos y sentí que regresaba al mundo. Estaba unido a algo, ya sabes.

»Unos días antes de casarnos fui a ver a Lydia y me la encontré con la espalda toda dolorida. Era una mujer querida y tenida en alta estima por la Alta Cuna, y nunca la habían condenado al látigo. Me dijo que había sido el capataz. Que la deseaba pero ella no se le había entregado. De manera que la había azotado, afirmando que era porque ella le había faltado al respeto.

»Cuando oí aquello, me hirvió la sangre. Me levanté para marcharme sin decir palabra. Ella me preguntó qué tenía intención de hacer. “Matarlo”, dije.

»—No te atrevas —me dijo Lydia.

»—¿Por qué no? —le pregunté.

»—Porque te ejecutarán, y lo sabes —afirmó.

»—Ya me preocuparé de eso más adelante —repuse—. Pero por mi hombría, no puedo dejarlo así.

»—Al infierno tu hombría y el resto de ti como le toques un

pelo de la cabeza a ese hombre blanco.

»—Pero eres mía, Lydia —le dije—. Y es mi obligación protegerte.

»—¿Y también me vas a proteger de la ejecución? —me preguntó—. Es por algo que te elegí. Me contaste tu historia y supe que conocías algún lugar fuera de aquí. Otha, tiene que haber más que esto. Tiene que haber más que la rabia, más que la hombría. Tenemos planes tú y yo. Y este no es nuestro fin. No es así como morimos tú y yo.

»Nunca he olvidado aquellas palabras, Hiram. Sueño con ellas. *Este no es nuestro fin. No es así como morimos tú y yo*, me dijo. La habían azotado. Pero era yo quien afirmaba estar herido. Se suponía que yo la amaba. Pero lo único que estaba amando en realidad era mi propia imagen.

»Sé que te puedes imaginar los horrores que vimos durante nuestro matrimonio, los horrores que en estos mismos momentos Lydia y mis hijos deben de seguir viendo. Pero lo que quiero que sepas es lo que estoy intentando salvar ahora, lo mismo que ha acabado con la vida de Bland, que es lo que Lydia y yo construimos juntos: las bromas que nos pertenecen solo a nosotros, esos hijos que nos honran, un sentimiento tan hondo que se oye a través de este continente entero. Lydia me salvó la vida, Hiram, y daría lo que fuera por salvarle yo la suya.

»Micajah Bland lo sabía. Y por eso lo mataron. Lloro su muerte más de lo que imaginas.

Ahora se levantó y sostuvo abierta la abertura de la tienda.

—Mi Lydia será libre —dijo—. No es así como morimos. Mi Lydia será libre.

22

La mañana siguiente llegó el momento de levantar el campamento, y después de recoger mis cosas y guardarlas en mi petate, deambulé por el prado y vi cómo se iba deshaciendo aquella prodigiosa ciudad de ideas nuevas, de visiones y futuros liberados, de hombres y mujeres, que había brotado en pleno campo. Di un paseo por el bosque, a fin de disfrutar por última vez del aire campestre antes de descender nuevamente al humo y la inmundicia de la ciudad. Cuando volví, Raymond, Otha y Harriet ya estaban finalizando sus preparativos. Kessiah estaba cerca de allí, ajustando la correa de una valija. Cuando me vio ella a mí, se llevó la mano a la boca, se me acercó, me dio un abrazo y me dijo:

—Lo siento mucho, Hi. Lo siento muchísimo.

—Te lo agradezco —respondí—. Pero no es momento de preocuparse por mí. Es la familia de Otha la que sigue perdida.

—Lo sé. Pero también sé que Micajah Bland significaba mucho para ti —me dijo. Y me agarró el brazo con fuerza, casi como le haría una madre a su hijo.

—Antes de conocerte —le dije—, él era mi conexión más estrecha con el sitio donde nos criamos. No lo habría deseado nunca, pero es realmente asombroso que se haya ido justo al llegar tú.

—Es verdad. Quizá haya alguien cuidando de ti.

Me sonrió y sentí una calidez entre nosotros. Solo hacía tres días que conocía a Kessiah, pero ya me sentía atraído por ella. Era la hermana mayor que nunca había sido consciente de necesitar, el tapón de un vacío que ni siquiera había sabido que existía.

—Gracias, Kessiah —le dije—. Espero verte pronto. De hecho, si tienes tiempo, por favor, escríbeme unas líneas.

—Me encantaría —contestó—. Pero soy del campo, así que no

puedo decir que tenga una elocuencia a la altura de la tuya. En cualquier caso, Harriet y yo vamos a viajar a Filadelfia contigo. El hecho de que Micajah Bland haya muerto de esa forma ha cambiado algunas cosas. Es probable que también tengamos que hacer cambios nosotras.

Nos volvimos a abrazar. Recogí su bolsa del suelo, la llevé hasta el carruaje y la subí a la zona de equipaje. Cuando miré atrás, vi que a Raymond, Otha y Harriet se les había unido Corrine y, para mi sorpresa, también Hawkins y Amy. Estaban todos enfrascados en conversaciones, intercambiando abrazos y dedicándole palabras de afecto a Otha. Nunca les había visto tan afectuosos los unos con los otros, aunque tampoco había visto nunca al Tren Subterráneo de luto por uno de sus miembros. A Corrine se la veía distinta. Había renunciado a su disfraz de Virginia y el pelo le caía suelto hasta los hombros. Su vestido de color marfil era sencillo. No llevaba ni maquillaje ni colorete. Cuando Hawkins me vio, me saludó con la cabeza y me dedicó la mirada de mayor preocupación que le resultaba posible poner a alguien como él.

Formamos una caravana de tres carruajes. Otha, Raymond y yo, a bordo del primero; Corrine, Hawkins y Amy, en el segundo, y, en último lugar, Harriet con Kessiah y su cochero, un joven a quien Harriet había transportado recientemente y que le había jurado lealtad. Aquella noche dormimos en una pequeña posada situada a una hora al norte de la isla de Manhattan. Pero el sueño no me trajo ni un momento de paz, porque nada más cerrar los ojos me encontré perdido en nocivas pesadillas, de tal manera que estaba en el agua, en el río Goose, luchando contra las olas, y en cuanto emergía a la superficie volvía a ver a May ahogándose a mi lado. Y creí estar allí, viendo que ya se formaba la luz azul, sabiendo que el poder estaba dentro de mí, y decidí que aquella vez sería distinto. Pero cuando estiré el brazo, el Pequeño May se giró y vi que no era él, sino Micajah Bland.

Me desperté con un pensamiento espantoso. Yo había hecho los salvoconductos y había falsificado las cartas de presentación, de manera que la culpa de lo sucedido debía de ser mía. Me acordé de

Simpson. Me acordé de McKiernan. Me acordé de Chalmers. Repasé mentalmente todo lo sucedido aquella noche. Me acordé de los días siguientes y de todas las falsificaciones que había hecho para practicar. Y me acordé de que a veces era la perfección lo que delataba al agente doméstico, de que a veces los salvoconductos eran demasiado buenos, demasiado ensayados, hasta el punto de despertar sospechas. Había sido culpa mía, no me cabía duda.

Había matado a Micajah Bland. Y había estado a punto de matar a Sophia. Quizá incluso hubiera condenado de alguna manera a mi madre, y tal vez fuera por eso por lo que no me acordaba de nada. Sentí un nudo en el pecho. No podía respirar. Me levanté de la cama, vestido, y salí dando tumbos. Me senté en el porche de atrás, me incliné hacia delante y respiré y respiré y respiré. Cuando me volví a incorporar, vi un jardín en la parte de atrás. Todavía no era muy tarde. Eché a andar por el jardín y al acercarme oí voces familiares. Hawkins, Corrine y Amy estaban sentados en un círculo de bancos, los tres fumando puros. Intercambiamos un saludo breve y tomé asiento. A la luz de la luna, Corrine inhaló y después expulsó una larga bocanada de humo. Y durante unos minutos largos, solo se oyó la música nocturna de los insectos. Luego Corrine asumió la tarea de decir lo que teníamos todos en la mente:

—Era un hombre muy especial —dijo—. Yo lo conocía bien, y me caía todavía mejor. Era completamente fuera de lo común. Me encontró hace muchos años y me enseñó un mundo que ni siquiera me había imaginado. No estaría aquí sin él.

Hubo más silencio y observé las caras que me rodeaban, iluminadas por el resplandor de los puros. La culpa se adueñó de mí y me hizo decir:

—A mí también me salvó. Me salvó de Ryland. Me salvó de todas aquellas fantasías absurdas con las ciénagas. Fue él quien me introdujo a los libros. Le debo más de lo que se puede calcular.

Amy asintió con la cabeza y metió la mano en el bolso. Me ofreció un puro. Lo cogí y asentí con la cabeza para dar gracias. Luego jugué con él entre los dedos. Por fin me incliné hacia Hawkins, que encendió una cerilla. Di una calada larga y dije:

—Pero he aprendido. Os aseguro que he aprendido unas cuantas cosas.

—Todos lo sabemos, Hiram —dijo Hawkins—. Se comenta que vas a ir a Maryland y que quien te lleva es Moisés.

—Si todavía me quiere llevar.

—Oh, te llevará —afirmó Hawkins—. Moisés no se va a detener por Bland, igual que Bland no se detendría por ella. Puede que se espere un poco, pero irá. Es una desgracia terrible. Pero también es la muerte que Bland habría querido; era un hombre fuera de lo común, como dices, pero murió como querríamos morir todos.

En aquel momento me sentí mareado. Me acordé de mi sueño.

—¿Y cómo murió?

—¿Seguro que lo quieres saber? —me preguntó Amy. Lo dijo en voz baja, y de alguna forma esto provocó que su pregunta causara un impacto mucho mayor.

Pero sí que lo quería saber. En la medida de lo posible, lo quería saber, y el sentimiento de culpa me desproveyó de toda astucia, de forma que la siguiente vez que inhalé me puse a toser y asfixiarme, y eso le provocó una gran risotada a Hawkins, y luego los tres se echaron a reír juntos. Rieron hasta que todos regresaron a su silencio. Y entonces dije con total calma:

—Los papeles. Yo hice los papeles. Creo que fui yo quien causó su muerte.

Esto provocó más risas, aunque esta vez solo por parte de Hawkins y de Amy.

—Yo hice los papeles —repetí—. No hay ninguna otra explicación para que hayan pillado a un hombre como Bland, solo puedo haber sido yo.

—¿Qué quieres decir con que no hay otra explicación? —preguntó Hawkins—. Hay montones de explicaciones.

—Sobre todo, en Alabama —añadió Amy.

—Los papeles —insistí—. Son la razón de que lo hayan pillado.

—No. No es eso lo que ha pasado —aseguró Corrine—. No ha tenido nada que ver con los papeles.

—Entonces, ¿qué ha sido? —le pregunté.

—Ya estaba muy cerca —dijo Corrine—. Cerquísima. Se había pasado semanas explorando la orilla del río Ohio hasta encontrar el sitio perfecto donde desembarcar. No sabemos exactamente cómo lo hizo, pero consiguió encontrar a Lydia y a sus hijos y remó por el río Tennessee haciéndose pasar por su dueño hasta que llegó al territorio libre de Indiana. Pero entonces, por lo que tengo entendido, uno de los niños enfermó y se les hizo difícil seguir viajando de noche.

—Así los pillaron —explicó Hawkins—. Los paró un blanco para interrogarlos. La historia de Bland le resultó sospechosa y se los llevó a una cárcel local, para ver si había algún aviso de fugitivos.

—Y lo había —añadió Amy.

—Bland se podría haber marchado entonces —dijo Hawkins —. No tenían ninguna cuenta pendiente con él. Pero, por lo que hemos averiguado gracias a los periódicos y a los comunicados de los agentes de la zona, siguió intentando sacar a Lydia y a los niños hasta que lo encerraron a él también.

—No sabemos cómo lo terminaron matando —contó Corrine —. Pero conociendo a Bland, seguro que siguió buscando la forma de escapar. Y sospecho que sus captores se dieron cuenta de que les resultaría más fácil devolver a aquellos negros, y cobrar la probable recompensa, sin la presencia de un agente obsesionado con llevárselos de allí.

—Dios mío, Dios mío —gemí.

—Y que os maldigan a todos por mandarlo allí —dijo Hawkins—. ¿A Alabama? En un sitio así te pueden pillar por mil razones. ¿Al sepulcro para rescatar a unos críos?

Yo le podría haber contado a Hawkins todo lo que sabía. Le podría haber hablado de Otha White. Le podría haber hablado del pan de jengibre. Le podría haber hablado de Thena y Kessiah. Le podría haber contado que el Tren Subterráneo era mucho más que aquello, mucho más que cálculos y estrategias, mucho más que un movimiento.

Pero sabía que Hawkins estaba de duelo a su manera. Y ahora

lo apreciaba mejor, porque empezaban a desplegarse ante mí los distintos niveles de dolor y pérdida. Sophia, Micajah Bland, Georgie, mi madre. Ni siquiera estaba enfadado. Para entonces ya sabía que el hecho de aceptar las pérdidas formaba parte del trabajo. Simplemente me negaba a aceptarlas todas.

23

De vuelta en Filadelfia regresé a mi rutina de alternar entre la carpintería y el Tren Subterráneo. No tuve mucho tiempo para llorar. Ya era septiembre y faltaba poco para que llegara la temporada alta de los rescates. Existía cierta preocupación ante la posibilidad de que a Bland lo hubieran traicionado de algún modo. Revisamos nuestro sistema entero. Se cambiaron los códigos. Se revisaron los métodos de desplazamiento. Ciertos agentes fueron sometidos a escrutinio. Las relaciones con el Tren Subterráneo del oeste nunca volvieron a ser las mismas porque se creía que quizá hubieran desempeñado algún papel, conscientes o no, en la destrucción de Bland.

Aquel mes vi bastante a Kessiah. Fue lo único bueno que me trajo aquel periodo, porque realmente fue como descubrir a un pariente largo tiempo perdido. A principios de octubre, Harriet me convocó. Me sugirió que diéramos un paseo por la ciudad. De forma que partimos hacia los muelles de Schuylkill y luego cruzamos el puente de South Street rumbo a los confines occidentales de la ciudad.

Era una tarde bastante fría. Las hojas habían empezado a cambiar de color y la gente, a enfundarse en sus abrigos largos y negros y en sus bufandas de lana. Harriet llevaba un vestido largo y marrón, un chal de algodón y una bolsa cruzada sobre el cuerpo. Durante los primeros veinte minutos solo hablamos de cosas insustanciales. Luego, a medida que salíamos de la ciudad y empezaba a escasear la gente, nuestra conversación viró hacia su verdadero destino.

—¿Cómo lo llevas, amigo? —me preguntó Harriet.

—No muy bien —respondí—. No sé cómo la gente vive con esto. Bland no es el primero, ¿verdad? No es el primer agente al

que perdéis, quiero decir. En vuestro caso.

—No, amigo, no es el primero —me confirmó Harriet—. Y tampoco será el último. Más te vale asumirlo.

—Lo asumo.

—No, no es verdad —replicó—. Esto es la guerra. En la guerra los soldados luchan por toda clase de razones, pero mueren porque no pueden soportar vivir en el mundo tal como es. Y ese era justamente el caso del Micajah Bland que yo conocí. No podía vivir. No aquí, y no en estas circunstancias. Y lo arriesgó todo, su vida, sus contactos y el corazón de su hermana, porque sabía que ese era exactamente el riesgo con el que debíamos vivir los demás.

Dejamos de caminar un momento.

—Sé que no lo entiendes —dijo ella—. Pero te adaptarás a esta realidad. No te quedará otro remedio. Caerán otros. Quizá tú. Quizá yo.

—No, tú nunca —le aseguré sonriendo.

—Algún día caeré yo. Solo espero que los únicos perros ante los que responda sean los que manda el Señor.

La conversación pasó sin dilación al tema que nos traía allí.

—Así pues, te vienes conmigo, amigo —dijo Harriet—. No es el sepulcro, cierto, pero Maryland sigue siendo tierra de faraones. Sé lo que cuentan de mí, pero has de entender que no es lo que yo cuento de mí misma. Cuando el perro encuentra el rastro todos somos iguales. El hacha desciende y cualquier hombre puede ser leña. Y entonces todo lo que haya aprendido se convertirá en nada, todo quedará en simple polvo en el largo camino. No me verás nunca creer en mis propios milagros, sino solo en los principios más estrictos del Tren Subterráneo.

Luego sonrió con gentileza y siguió hablando:

—Pero hay muchos milagros. Y cuando me hablaron de un hombre que no solo podía conducir, sino también resucitarse a sí mismo, que se sacaba a sí mismo del hielo, un hombre que, perseguido por los perros, sentía una añoranza de su casa tan grande que parpadeaba y aparecía allí…

—Eso es lo que cuentan, ¿eh? —pregunté.

—Eso es lo que cuentan —concedió—. Nunca te conté lo que

me pasó a mí, ¿verdad?

—Nunca cuentas gran cosa de ti misma. Ya me dijiste que no eres muy dada a las historias.

—Sí que lo dije. Bueno, pues esperaremos para conocer la mía. Tampoco importa mucho. Lo único que te estoy pidiendo es que pongas más confianza en mí que en tus intentos fallidos.

Dimos media vuelta y emprendimos el regreso a la calle Bainbridge, nuevamente haciendo casi todo el camino en silencio. Cuando llegamos a casa, nos sentamos en el salón.

—Así pues, Maryland —le dije.

—Maryland —repitió ella. Metió la mano en el bolso y sacó un paquete de cartas.

—Necesito dos cosas: en primer lugar, un salvoconducto, escrito por la sombra de esta mano. Y necesito que el salvoconducto sea para dos.

Me puse a tomar notas.

—También necesito una carta escrita de puño y letra de un esclavo. Remitida a Jake Jackson de Poplar Neck, en Dorchester, Maryland. De su hermano Henry Jackson, de Beacon Hill, Boston. Mándale todo el cariño que mandaría un hermano y escríbele lo que se te ocurra. Pero incluye esta parte específicamente: *Diles a mis hermanos que no desatiendan sus plegarias, para que cuando venga la barca bendita de Sion estén listos para subir a bordo*.

Asentí con la cabeza, sin dejar de tomar notas.

—Manda la carta con el correo de mañana. Tenemos que darle tiempo para que llegue y surta efecto. Y entonces partiremos. Nos marchamos dentro de dos semanas. Será una noche de viaje.

Me detuve y la miré con perplejidad.

—Un momento —le dije—. ¿Una noche? En una noche no llegamos a Maryland.

Me devolvió la mirada y me sonrió.

—No llegamos ni por asomo —insistí.

Pero dos semanas más tarde, en plena noche, salí de nuestra sede de la calle Nueve, bajé por la calle Market, donde todo el mundo

dormía, y me encontré con Harriet en los muelles del río Delaware. Pusimos rumbo al sur, dejando atrás el almacén de carbón y el embarcadero de la calle South, donde se bamboleaba amarrado el ferry de Red Bank, hasta que llegamos frente a un banco de embarcaderos más antiguos y maltrechos que ya eran poco más que madera podrida que crujía y chirriaba, meciéndose sobre el río negro como la noche. Miré los últimos embarcaderos y vi que aquellas ruinas sombrías ya no eran más que estacas asomando del agua.

El río nos traía el viento de octubre. Levanté la vista y vi que las nubes tapaban las estrellas y la luna, que tan a menudo nos guiaban. Y apareció la niebla. Harriet se detuvo en el muelle, contemplando la noche, escrutando la niebla, mirando en dirección a las orillas invisibles de Camden, pero en realidad mirando mucho más allá. Estaba apoyada en su leal bastón, el mismo que yo le había visto en el camino a Nueva York.

—Por Micajah Bland —dijo. Y echó a andar por el embarcadero destartalado que teníamos delante en dirección al agua.

El hecho de que yo la siguiera, sin hacer ninguna pregunta, muestra a las claras cuánta fe había puesto ya en Harriet. Era nuestro Moisés, y pese a mi miedo estaba convencido de que iba a separar las aguas que teníamos delante. De manera que me limité a caminar.

Oí que Harriet decía:

—Por todos quienes han zarpado hacia el puerto del que no se vuelve.

La madera mojada del embarcadero crujía bajo mi peso, aunque los tablones que pisé parecían recios. Miré atrás, pero la niebla ya nos rodeaba por todos los flancos y se estaba espesando hasta el punto de no dejarme ver la ciudad detrás de mí.

—No nos olvidamos de nada tú y yo —dijo ella—. Olvidarse es ser verdaderamente esclavos. Olvidarse es morir.

Y Harriet se detuvo en seco. Empezó a brotar una luz de la oscuridad. Al principio creí que habría encendido un fanal, porque el resplandor era débil. Después entendí que no era una luz

amarilla, sino de un verde pálido espectral, y que no estaba en la mano de Harriet, sino dentro de ella.

Se giró hacia mí con el mismo fuego verde en los ojos que acababa de brotar en la noche.

—Recordar, amigo —me dijo—. Porque la memoria es el carro de batalla, y la memoria es el camino, y la memoria es el puente que va de la maldición de la esclavitud a la bendición de la libertad.

Fue entonces cuando vi que estábamos en el agua. No dentro de ella, sino sobre ella. Deberíamos habernos hundido, porque yo sabía que el embarcadero se había terminado y que ya no teníamos nada de este mundo bajo los pies. El río Delaware es lo bastante profundo como para que llegue a puerto un barco de vapor. Sin embargo, el agua apenas me lamía las botas.

—Sígueme, amigo —me pidió—. No hace falta esforzarse. Es como bailar. Sigue el sonido, sigue la historia y no te pasará nada. Y la historia es como la he contado, mi ofrenda a todos quienes han sido entregados a las fauces del demonio. Llevamos toda la vida viéndola, ya lo creo. Empiezas cuando eres joven y no tienes más que una noción diminuta del mundo, pero ya entonces te puede dar la sensación de que todo está mal. Sé que a mí me la dio.

Lo que pasó entonces fue una especie de comunión, una cadena de recuerdos que se extendió entre nosotros dos y que transmitía más que ninguna palabra que os pueda ofrecer yo ahora, porque la cadena estaba arraigada en algún lugar profundo y recluido de mí, en un lugar donde vivía mi tía Emma, donde vivía mi madre, donde vivía un gran poder, y la cadena se extendía hasta aquel mismo lugar de Harriet, donde habían montado su vigilia todas aquellas almas perdidas. Y entonces me asomé y los vi: fantasmas parpadeantes, centelleando igual que en aquel día fatídico en el río Goose, y supe exactamente qué eran y qué significaban para Harriet.

De manera que cuando me di cuenta de que había un niño a nuestro lado, en mitad de la niebla, envuelto en la luz verde espectral, un niño de doce años como mucho, supe que se llamaba

Abe, y supe también que era uno de los que habían sido mandados a Natchez, mandado al otro lado del «río sin nombre». Y me llegó otra vez la voz de Harriet, hablando desde aquel lugar profundo donde la cadena estaba anclada y arraigada.

—A este Abe no lo conoces —me dijo—. Pero gracias a la luz de esta Conducción lo conocerás muy bien. Lamento que no se nos vaya a unir en el camino de vuelta. Fue el pesar por Abe lo que me trajo al Tren Subterráneo.

Ahora la luz de Harriet se convirtió en un gran resplandor y pude ver delante de nosotros un camino que cruzaba aquellas aguas que no eran aguas. No había ningún muelle al otro lado, pero yo veía entrar y salir de la oscuridad a los fantasmas de la memoria de Harriet, bailando, igual que debieron de bailar en la época en que ella los conocía. Y a medida que nos acercábamos y llegábamos a su altura, los fantasmas iban desapareciendo.

—Me conoces bien, amigo —me dijo—. Crecí bajo el látigo. Solo tenía siete años cuando el amo Broadus me mandó a cazar ratas a las ciénagas. Poco me faltó para perder un brazo o una pierna allí. Pero volví entera, de la jaula, no de la jungla. A los nueve años me trasladaron a la casa y me pusieron a cargo del salón entero. Cometí muchos errores. Mi señora me pegaba todos los días con una soga. Empecé a pensar que aquel era el plan de Dios. Que realmente yo era un desastre, como ellos decían, y que no merecía más que los malos tratos que me daban.

»Aun así, pese a todas mis humillaciones, lo cierto es que hubo unos cuantos rincones del infierno a los que por suerte no me invitaron. Me refiero a cruzar el río sin nombre y a la larga marcha a Natchez, o bien la triste marcha a Baton Rouge. Yo lo vi todo, amigo. Caramba, mi tío Hark perdió medio brazo solo de pensar en el río sin nombre, solo de ver que los hombres blancos lo miraban con más insistencia de lo normal. De manera que una mañana se levantó y, pensando en lo difícil que les sería vender a un lisiado, alzó el hacha con una mano y le entregó la otra al Señor. “Puede que esté manco, pero no me llevarán de aquí”, dijo Hark.

»Hark era un hombre fuera de lo común. La mayoría se limitaba a irse, dejando tras de sí a mujeres llorosas, maridos

destrozados y criaturas huérfanas. Y luego estaba nuestro chico, Abe —cuya cara ancha y prodigiosa veo ahora delante de mí, tan fácilmente como la veía en aquella otra vida—, un chico bien educado que solo hacía lo que le decían. Su madre murió en el parto y a su padre lo habían vendido hacía mucho tiempo. Pero nunca compartía el dolor que le debían de causar aquellas separaciones. Solo hablaba como debería hablar un niño, es decir, cuando se lo pedían los mayores, y aquellos mayores, conociendo su dolor por escondido que estuviera, lo trataban con amabilidad.

»Pero para los abanderados de la dureza, para quienes adoraban el látigo de nueve puntas, Abe era una pesadilla. Te lo aseguro, amigo, a aquel chico no había quien lo atrapara. Habría sido un agente maravilloso, porque tenía pulmones de león. En cuanto al amo Broadus le pasaba por la cabeza castigarlo, el chico salía volando.

»A veces, el capataz nos llamaba para que lo ayudáramos a atraparlo. Quizá fingíamos que lo intentábamos, pero en nuestros corazones estábamos con Abe. Ya sabes cómo va la cosa: los Sirvientes tenemos que cobrarnos las victorias que podamos. Y si vieras a Abe como lo veíamos nosotros, cruzando a toda pastilla el campo de trigo, pasando como una bala por entre las altas espigas, habrías visto nuestra ansia secreta más profunda: la libertad, amigo, la libertad. En aquellos momentos de carrera, Abe era libre, no le pesaban las pérdidas ni lo rompía el látigo. Y esa imagen me trajo mi primer atisbo de Conducción, del gran poder que hay incluso en la más pequeña de las evasiones.

Harriet hizo una pausa momentánea y retomamos el silencio. Me había cautivado su historia y podía ver los acontecimientos que me había narrado desplegados delante de mí. Y era tan poderoso el resplandor que emanaba de ella que todos los detalles de nuestro camino quedaban perfectamente resaltados.

—Un día estaba yo delante del centro, ocupándome de mis asuntos, cuando vi pasar al joven Abe como si fuera una centella. Saltó por encima de un banco, pasó por debajo de una carreta, recobró la compostura y salió volando. Y entonces, justo detrás de él, vi al viejo Galloway, tropezando consigo mismo, jadeando con

cada trote.

»Galloway llamó a un sirviente: "¡Eh, chaval! Agárrame a ese crío". Entre los dos arrinconaron a Abe, pero fue como arrinconar el aire. Volvió a salir disparado y pasó entre las piernas de Galloway con la misma facilidad con que pasa una barca por debajo de un puente; Galloway soltó un grito, maldiciendo sus propias manos. Me tendría que haber marchado entonces, pero lo que estaba viendo me tenía fascinada. Y cuanto más se alargaba la persecución, más hombres iban llegando, hasta reunirse una multitud, entre Sirvientes, Baja Estofa y Galloway, todos agachados, jadeantes, cabizbajos por la humillación.

»A aquellas alturas, Galloway ya lo habría dejado correr, pero se había juntado una muchedumbre y el orgullo lo obligaba a continuar. Ningún esclavista puede tolerar que lo desafíen sus negros. De manera que Galloway recobró el aliento y se levantó de un brinco. Los vi danzar a todos un rato más y por fin Abe echó a correr hacia mí. Mis sentimientos personales sobre la esclavitud todavía no se habían formado del todo. Ciertamente me habría gustado poder trabajar para mí misma. Pero era joven. No tenía religión, pero sentía que las huidas de Abe eran mi jubileo.

»De forma que Abe venía zumbando hacia mí. Y entonces oí que Galloway me llamaba y que gritaba a todos los demás: "¡Agarrad a ese crío!". Pero yo no podía. No quería. No era el capataz de nadie. Y si lo hubiera sido, habría sabido que no debía malgastar mis esfuerzos en atrapar a un chaval como Abe. Ahora viró bruscamente, siguió corriendo y volvió a virar hacia mí. Y movido por su frustración ciega, Galloway agarró una piedra y se la lanzó a Abe. No sé en qué estaría pensando, porque Abe tenía ojos en la nuca.

»Pero la joven Harriet no.

A estas alturas, Harriet ya brillaba con la potencia de veinte fanales, y el verde claro se había intensificado hasta transformarse en blanco. No había agua. No me sentía las piernas. En realidad, no podía sentir ninguna parte de mí. Ya no era más que una presencia, una esencia que seguía a una voz.

—La piedra pasó de largo de Abe y me dio en toda la cabeza.

Me rompió el cráneo. Y así me cayó encima la larga noche del Señor.

»No me desperté en Dorchester, sino en otra época. Vi a Abe corriendo por el paisaje y que los rastros de sus pies incendiaban los árboles. Los bosques quedaban calcinados. Las cenizas cubrían el suelo. Y luego el viento levantaba la ceniza para formar una compañía entera de hombres negros vestidos de azul, de hombres negros con rifles echados al hombro. Y yo estaba allí con ellos, Hiram. Y éramos muchísimos. En los ojos de aquel ejército congregado frente a mí contemplé cómo ardían las humillaciones de la esclavitud. Y todos aquellos hombres tenían la cara del joven Abe.

»Me vi plantada en lo alto de un acantilado, rodeada de los soldados. Por debajo de nosotros se expandía la extensión enorme de nuestra tierra sometida, con sus cosechas, plantadas en la carne y regadas con sangre. Y un canto se elevó de aquellos hombres, de la legión de Abes, todos formando en filas, y el canto era aquel viejo sentimiento transformado en himno. Y obedeciendo a mi señal descendimos sobre aquella tierra pecaminosa, y nuestro grito de batalla fue tan poderoso como un gran río canalizado por un valle alto y estrecho.

»Me desperté. Vi a mi madre llorando. Llevaba meses inconsciente. Todos me daban ya por perdida. No sabían que había sido encontrada. Estuve todo aquel año recuperándome. Pasaron semanas enteras sin que quisiera hablar. Pero no me faltaban palabras en la cabeza. Y sabía, pese a lo joven que era, que algún día se terminarían las razones para escapar, que algún día nos cobraríamos las victorias que quisiéramos, no las que pudiéramos, y que descenderíamos sobre aquella tierra con el espíritu de todos los que habían sido llevados al otro lado del río sin nombre. Y que arrasaríamos Natchez. Y que quemaríamos Baton Rouge.

La luz de Harriet se empezó a atenuar, aunque de forma tan gradual como se había encendido. Y sentí que mi cuerpo regresaba lentamente a mí, el corazón acelerado, los pulmones jadeantes, las manos, las piernas, los pies, y que todo se posaba no sobre el agua, sino en tierra firme.

—Joven Abe. No te he olvidado. Antes del Tren Subterráneo y de las Conducciones, antes de los agentes y los huérfanos, antes de Micajah Bland, cuando yo no era más que una niña, me diste el primer atisbo de lo que podía significar ser libre. Oí que te habían capturado junto a Hampton's Mark, no muy lejos de Elias Creek. Me contaron que por fin te fatigaste de correr, pero que aun así hizo falta un pueblo entero para atraparte. No los creí. Todo el mundo que te hubiera visto sabía la verdad. Podían mutilarte, pero no se te podían llevar.

El brillo se había atenuado hasta convertirse en un verde muy pálido. Me fue devuelta la visión. Miré a mi alrededor. Los muelles, el río, los embarcaderos, todo había desaparecido, y cuando levanté la vista pude ver, donde antes había habido nubes, un cielo despejado y el parpadeo de la Estrella Polar. Me encontraba sobre un saliente de roca, con un bosquecillo detrás y un enorme campo abierto delante y debajo. Volví la vista hacia el camino para ver por dónde habíamos venido, pero no había nada más que bosque. Oí gemir a Harriet, que estaba apoyada en su bastón. Con voz temblorosa me dijo:

—Caballo... domado.

Dio un paso atrás y cayó de espaldas al suelo. Fui corriendo a su lado y le levanté la cabeza del suelo. Tenía los ojos en blanco y estaba gimiendo por lo bajo. Fue entonces cuando oí el cuerno. Dejé con suavidad a Harriet en el suelo, me di la vuelta, miré al otro lado del campo y los vi allí, por mucho que solo fueran sombras: eran sirvientes llegando al trabajo. Y supe que ya no estábamos en Filadelfia. Se había abierto una puerta. La tierra se había plegado como si fuera tela. Conducción. Conducción. Conducción.

24

Estaba en un territorio nuevo —los árboles, los olores, los pájaros— y en aquel momento vi salir el sol y todo cobró vida. No podía echarme al camino. Los hombres de Ryland estarían vigilando. Y también había sirvientes de lealtades inciertas que querrían hacerse con el enorme botín que siempre pendía sobre la cabeza de Moisés. Me quedé allí un momento, mirando desde lo alto del saliente de roca. El sol estaba empezando a rociar de amarillo el horizonte. Recogí a Harriet y me la eché al hombro con todo el cuidado que pude. Luego me puse en cuclillas y recogí su bastón. Volví a adentrarme en el bosque, despacio pero con determinación, usando el bastón para despejar mi camino de ramas y zarzas y luego adentrándome en el espacio así abierto. Al cabo de una hora, con descansos intermitentes, divisé una hondonada debajo de unos matorrales. Había el espacio suficiente para dejar a Harriet pero no para esconderme yo. Su seguridad era lo primero. Yo podía buscarme la vida. Me adentré más en el bosque, pensando que si me atrapaban, prefería que me atraparan solo. Al caer la noche regresaría con ella, confiando en que para entonces ya se hubiera despertado.

A primera hora de la tarde oí que se acercaban unos leñadores de un aserradero vecino en plena prospección. Me quedé completamente quieto, lo cual no me costaba nada después del tiempo que había pasado encerrado en aquella fosa funeraria de Virginia. Más tarde vi a dos blancos de clase baja que iban de cacería con sus perros. Pero lo había rociado todo de polvo de cementerio, que sabía que ocultaría mi rastro. Reparé en un grupo de niños que estaban jugando —algunos de la Alta Cuna, otros Sirvientes— y me pregunté si considerarían que mi escondrijo era de ellos. Pero pasaron de largo. Y luego, después del día más largo

que había vivido nunca, me alegré de ver que la sombra de la noche descendía por fin sobre la tierra. La luna subió a lo alto y su ascenso tuvo lugar en igual medida en el firmamento y en mi nervioso corazón.

Caminé de vuelta a la hondonada y al apartar la maleza encontré a Harriet todavía tumbada allí, tal como yo la había dejado, con el bastón cruzado sobre el pecho como un faraón en su tumba. Estiré la mano para tocarle la cara, igual que ella había tocado tantas veces la mía. Estaba fría al tacto. Bajé la vista y noté que respiraba con esfuerzo, pero cuando volví a mirarle la cara, ya tenía los ojos abiertos. Me sonrió y dijo:

—Buenas noches, amigo.

En cuestión de minutos estaba de pie. Fue como si acabara de echarse una simple siesta. Anduvimos un rato, siguiendo un camino de tierra pero pegados al bosque, para poder ver a cualquier patrulla mucho antes de tenerlos encima.

—Te pido disculpas, amigo. Pensé que tendría la energía suficiente como para llegar sin pasar por uno de estos letargos. El salto se hace usando el poder de la historia —me explicó—. Viene de nuestras historias particulares, de todos nuestros amores y nuestras pérdidas. Se invoca todo ese sentimiento y gracias a la fuerza de nuestros recuerdos nos trasladamos. Unas veces cuesta más que otras, y esas veces, en fin, ya has visto lo que pasa. Pero este mismo salto lo he hecho muchas veces. No tengo ni idea de por qué me ha dejado tan agotada.

Caminamos hasta que se abrió un claro en el bosque donde habían estado trabajando los hombres de los aserraderos. Al otro lado del claro había una cabaña, y a través de su ventana vislumbré el parpadeo del fuego de la chimenea.

—Es ahí adonde vamos —señaló—. Pero supongo que debes de tener preguntas. Después de esto ya no habrá mucho tiempo, o sea, que te sugiero que las hagas ahora.

Nos sentamos en un par de tocones de árbol. Hacía una noche fría. Del bosque venía una brisa que recorría los prados.

En la Calle vivíamos en un mundo de historia y cuentos, de vudú y de supuestos conjuros, y también de prohibiciones: no se

podía sacrificar a los cerdos bajo la luna, no se podía caminar por el suelo con un solo zapato. Yo no creía en aquel mundo. Por muy consciente que fuera de todo lo que me había pasado —de cómo había llegado hasta Thena, de cómo me había escapado del Goose —, todo me parecía perfectamente explicable y comprensible por medio de los libros. Y quizá todo sea explicable, y quizá este sea el libro que lo explica. Aun así, cuando era conducido, experimentaba una revisión drástica del mundo que me rodeaba y de los prodigios y poderes que albergaba.

—Mi abuela era africana de pura sangre. Se hacía llamar Santi Bess —le conté—. Y se decía que Bess era capaz de narrar un cuento africano con un efecto tal que a veces una escarcha de otoño parecía una ola de calor de la pradera.

Harriet, sentada sobre el tocón, no dijo nada.

—Y el don de Bess para contar historias era tan preciado que la Alta Cuna la hacía subir a la mansión durante sus reuniones sociales y ella les ponía a sus relatos una música y una rima que ellos no habían oído nunca. Bess los entretenía y ellos le tiraban monedas. Ella sonreía y se guardaba las monedas en el delantal. Pero nunca se las quedaba. Siempre se las daba a los niños de los barracones. Afirmaba que no necesitaba nada, y creo que ahora sé por qué.

»Según cuenta la historia, Bess fue un día a hablar con mi madre y le dijo que tenía que irse a un sitio al que mi madre no la podía seguir. Habían nacido en mundos distintos, le explicó: el de mi madre estaba allí pero el de mi abuela había desaparecido hacía mucho tiempo. Y ahora Bess tenía que contar una historia, la más antigua que conocía, una historia que volvería el tiempo sobre sí mismo y la mandaría de vuelta al lugar donde sus padres estaban enterrados con honores y donde sus madres cosechaban el trigo para sí mismas. Aquella noche, Bess fue hasta el río, en mitad del invierno, y desapareció.

»Pero Bess no desapareció sola. Aquella misma noche, cuarenta y ocho de los Sirvientes se marcharon de sus plantaciones para no volver a ser vistos nunca. Y todos eran de pura sangre, igual que Santi Bess.

»Nunca he sabido cómo me hace sentir esta historia, Harriet. Mi madre se quedó en la estacada. Luego vendieron a su padre. Después la vendieron también a ella. Yo pensaba que ya había dejado todo esto atrás. Apenas me puedo imaginar su cara porque no me ha quedado recuerdo de ella. Pero esa historia, y esa tal Santi Bess... —Mi voz se apagó, alejándose de las palabras que se me formaban en la garganta. Me giré hacia Harriet, estupefacto—. ¿Cómo has hecho eso?

—Parece que ya lo sabes, amigo —dijo Harriet—. Imagínate las islas de un río enorme. E imagínate que la gente normal tiene que nadar entre una isla y otra; imagínate que es su único método. En cambio, tú, amigo, eres distinto. Porque tú, a diferencia de los demás, puedes ver un puente que cruza ese río, e incluso muchos puentes que conectan todas las islas, muchos puentes y cada uno construido con una historia distinta. Y no solo puedes ver los puentes, sino que puedes cruzarlos, a pie o en carro, puedes conducir por ellos llevando pasajeros, igual que el maquinista que conduce el tren. Pues la Conducción es eso. Todos esos puentes. Todas esas historias. Esas formas de cruzar el río.

»Entre la gente de antaño era una práctica bien conocida. Y he oído decir que incluso en los barcos de esclavos la gente saltaba a las olas y era conducida de vuelta a su antiguo hogar, en África. —Harriet suspiró, negó con la cabeza y añadió—: Pero ahora estamos aquí. Y nos hemos olvidado de las viejas canciones y hemos perdido muchas historias.

—Hay muchísimas cosas que no recuerdo.

—Pues a mí me parece que recuerdas un montón —opinó Harriet.

—Sí. Todo. Hasta el último detalle, pero hay un agujero ahí, un hueco dentro de mí, donde debería estar mi madre. Cuando miro atrás, veo desplegarse mi infancia ante mí como si fuera una obra de teatro, pero el personaje principal es la niebla.

—Ajá. —Se apoyó en su bastón para ponerse de pie—. ¿Alguna vez te has planteado que quizá en realidad no quieres ver?

—Pues no —respondí—. La verdad es que no. Siento lo contrario, de hecho. Que me estoy esforzando mucho para ver.

Harriet asintió con la cabeza y me dio su bastón. Lo giré con la mano, mirando los símbolos que tenía en el costado.

—Esas marcas no significarán nada para ti. Están hechas en un idioma que solo oigo yo. Además, lo importante no son las marcas, sino el bastón en sí. Arrancado del árbol del caucho. Me recuerda a mis días en el aserradero. Los peores días de mi vida. Pero fueron los días que me hicieron lo que soy. A veces me acuerdo de ellos, me acuerdo de todo lo que pasó allí y me dan ganas de desplomarme y llorar. Es horroroso lo que nos hicieron. Y hay una parte de mí a la que le gustaría olvidarlo. Pero cuando empuño esa vara de gomero, no puedo evitar acordarme.

»No sé qué te pasó a ti, Hiram. Pero si tuviera que hacer una conjetura, diría que hay una parte de ti que quiere olvidar, que está intentando olvidar con todas sus fuerzas. Y lo que necesitas es algo fuera de ti, algo más allá de ti, una palanca que libere esa cosa que has encerrado. Solo tú sabes qué puede ser esa cosa. Pero creo que, si eres capaz de encontrar la palanca, podrás dar con tu madre, y cuando encuentres a tu madre habrás alcanzado ese puente.

—¿Así es como funcionó para ti? ¿Pusiste las manos sobre esa vara del árbol del caucho y todo estaba ahí?

—No. No fue así como funcionó. Pero yo no soy como tú. Kessiah me contó parte de tu historia. Puede que los dos tengamos una tarea, pero tenemos tareas distintas. Fíjate, cuando he salido de ese sueño profundo no solo he recordado, sino que he oído colores, he visto canciones, he sentido los aromas diversos del mundo. Me han asaltado voces procedentes de todas partes y recuerdos antiguos como antepasados que no se apagan, sino que arden con llamas vivas como antorchas. Los he visto desplegarse ante mí, y allá donde he caminado ha sido como tú decías: me acompañaba un escenario entero de recuerdos.

»Antes me decían que estaba perturbada. De manera que aprendí a regular el poder, a invocar unas voces y hacer que se disiparan otras. A veces eran demasiado fuertes y me derribaban, que es lo que pasó anoche. Pero cuando me levantaba después, me levantaba en una tierra distinta. Es el puente, Hiram.

—¿Lo creas tú? —le pregunté.

—No —respondió—. La historia siempre es real. No me la invento yo. La crea la gente. Y la historia está enclavada en una serie de puntos, como la base de un puente, y no se pueden alterar: ni yo, ni Santi, ni tú, nadie.

—No sé —dije—. A mí me parece arbitrario. Creo que esa cosa me puede pillar en cualquier momento: en los establos, en un puente de verdad, en un prado. En cualquier sitio.

—¿La vez del establo fue en un abrevadero? —me preguntó.

—Ya lo creo —asentí—. Lleno de agua. Sentí que me sorbía a su interior.

—No me extraña —repuso—. Nada de todo eso es arbitrario.

—No te entiendo.

—¿No lo ves, amigo? Estabas plantado en la entrada del puente. En cada una de esas historias, la de Santi metiéndose en el río, la de cómo saliste del Goose, la de cuando estábamos en el embarcadero...

Me quedé mudo.

Seguía sin entenderlo. Y entonces Harriet se rio.

—Agua, Hiram. Agua. La Conducción necesita agua.

Me debí de quedar boquiabierto, porque Harriet se echó a reír todavía más fuerte. Y tenía derecho a reírse. De pronto, todo parecía obvio. Cada vez que había sentido el tirón de aquello, que había sentido la corriente del río de la Conducción, desde el abrevadero de los establos hasta el Goose que nos había arrancado del puente a Maynard y a mí, pasando por el Schuylkill en las inmediaciones de casa de Bland... Siempre había habido agua cerca. Y me vinieron a la cabeza todos los absurdos esfuerzos de Corrine por acceder a aquel poder, cuando ni una sola vez nos habíamos fijado en aquel elemento que tan obvio parecía ahora.

—¿Por qué no usaste el poder con Lydia? —le pregunté. Ahora estábamos caminando hacia la cabaña.

—Porque para contarle una historia a alguien tienes que saber cómo acaba —respondió Harriet—. Nunca he estado en Alabama. No puedo saltar a un final que no he visto. Y aunque conozca el principio y el final, necesito saber algo de la persona a quien estoy

conduciendo si quiero llevármela. Normalmente no disfruto de ese lujo. Por eso, mis medios son los de cualquier otro agente. Esta vez, sin embargo, vamos a por personas a las que conozco.

Caminamos hasta la cabaña y encontramos a aquella gente. Al acercarnos se abrió la puerta y salió una vaharada de calidez. Ya era noche cerrada, pero dentro de la cabaña reinaba el bullicio. Nos recibió un grupo abigarrado de cuatro hombres, todos con ropa de sirvientes. Dos de aquellos hombres se parecían lo bastante a Harriet como para que yo entendiera que eran parientes. Un tercero estaba atendiendo el fuego que yo había visto encendido a través de la ventana. Mi mirada se posó en el cuarto hombre y noté que había algo raro en él, hasta que me di cuenta de que era una mujer con el pelo casi al rape. Me acordé de las dos mujeres blancas de la Convención que predicaban la igualdad en todas las esferas, pero me daba cuenta de que aquello era distinto.

—Hiram, este es Chase Piers —explicó Harriet, señalando al hombre que atendía el fuego—. Es nuestro anfitrión y le estamos agradecidos por su papel en esto.

Luego sonrió a los otros dos hombres, a quienes yo había identificado como parientes suyos, y les dijo:

—No puedo decir lo mismo de estos dos granujas. —Los abrazó a ambos y todos se rieron—. Te presento a mis hermanos Ben y Henry. Por fin les han salido las agallas, les ha costado lo suyo. Pero supongo que si Henry no se hubiera quedado por aquí, no habría podido conocer a su esposa.

Harriet se acercó a la mujer del pelo rapado, le frotó la cabeza en forma de huevo y se rio.

—Todo esto es culpa tuya —le dijo la mujer, sonriendo pero molesta—. Caramba, ahora sí que tengo claro que el Señor nos va a sacar del sepulcro, porque no obligaría a una chica a desprenderse de una mata de pelo como la mía para volverla a encadenar.

—Pero ha funcionado, ¿verdad? —canturreó Harriet.

La chica asintió y sonrió, ya menos molesta.

—Esta es Jane —me explicó Harriet—. La mujer de Henry.

Jane me sonrió. La ausencia de pelo resaltaba la belleza de su rostro, los ángulos afilados de los pómulos, los ojos pequeños y las orejas grandes. Y había en ella una fe bulliciosa, un sentimiento que compartían todos los que estaban congregados frente a la chimenea. Para entonces yo ya había presenciado los suficientes rescates como para saber que aquello no era normal. Lo normal era el miedo. Lo normal era hablar en voz baja. En cambio, aquel grupo se reía como si ya estuviera en el norte. La situación no se parecía a nada que yo hubiera visto en Virginia, o incluso entre quienes pasaban por la célula de Filadelfia. La diferencia era Harriet, que por medio de la Conducción, y gracias a la leyenda que había tejido, se había convertido en una guerra unipersonal contra la Servidumbre, y en particular contra el condado donde había vivido sometida. Y al ver aquello, incluso después de haber presenciado la Conducción, comprendí que las historias tenían que ser ciertas. Harriet realmente había apuntado al cobarde con la pistola. Realmente había efectuado la Conducción a través de un río en invierno. El látigo realmente se había derretido en la mano del capataz. Era la única agente que nunca había fallado en un solo rescate, que nunca había perdido a ningún pasajero por el camino. Y para entonces quienes se acurrucaban en el calor de aquella cabaña ya conocían esa historia, porque cuando hablaban de su marcha, hablaban de ella como si fuera un derecho divino. Ya estaban en la cúspide de una profecía hecha realidad, y ante ellos se encontraba su profeta, Moisés, llenándolos de certidumbre.

Ahora Harriet explicó el plan:

—Es tradición que los rescates sean tan pequeños y sencillos como se pueda, y no solo es tradición, también es lo más sabio. Pero a vosotros os conozco, os conozco a todos, y he aceptado vuestros términos y vosotros habéis aceptado los míos, que son simples: *nadie ha de mirar atrás.*

Me dio la sensación en aquel momento, quizá más todavía que durante la Conducción misma, de que todos los apodos que se aplicaban a Harriet eran merecidos. Habría bastado con sus modales serenos y firmes. Pero la clave era el efecto que tenía en los demás. Ninguno de los presentes hablaba. Parecía que la noche

entera se hubiera congelado y que solo existiera Harriet en el centro de nuestra atención. Y cuando ofreció su edicto —*nadie ha de mirar atrás*— no nos llenó de miedo, porque no parecía una amenaza, sino una profecía.

—Jane y Henry, vosotros os quedaréis aquí en la cabaña de Chase. No salgáis hasta mañana por la noche. Como es domingo, pasarán unas horas hasta que se den cuenta de que os habéis marchado. Ben, sé que no vas a trabajar, pero hazme un favor y déjate ver, por si acaso. No queremos que el viejo Broadus y su gente vean los hilos antes de que los rodee la telaraña. Mañana por la noche a esta misma hora nos encontraremos en casa de nuestros padres, descansaremos un poco y nos marcharemos. —Hizo una pausa, se echó hacia atrás y por fin se incorporó con la ayuda de su bastón—. Y ahora llegamos a la parte complicada. Hiram, hay alguien más que no ha venido esta noche. Mi hermano Robert tiene un bebé en camino y preferiría no marcharse, lo que pasa es que Broadus está a punto de sacarlo a subasta. De manera que se tiene que escapar, pero ha insistido en quedarse con su mujer hasta el último momento. Yo no era partidaria de dejar las cosas así, pero cuando la familia se adueña de tu corazón y te lo empieza a retorcer... En fin, a menudo lo que sale de ahí no es muy sabio.

»Pero lo he aceptado a cambio de que nadie comparta con él el resto de nuestro plan. Se lo contaré igual que os lo estoy contando a los demás, cuando lo tenga delante. Así pues, alguien tiene que ir a buscar a Robert, y tú, Hiram, has de ser quien vaya a por él.

El encargo me sorprendió, aunque no me resultó del todo inesperado. Harriet se había mostrado marcadamente reticente a informarnos de lo que nos esperaba. Quizá fuera para impedirme que pensara demasiado y me generara aprensiones. Aquello no era Virginia y tenía que hacer las cosas solo.

—Me gustaría ir yo en persona —dijo—. Pero Robert trabaja en la plantación de la hacienda, y allí todo el mundo está al corriente de mis operaciones. Es a mí a quien buscan. De ti es menos probable que sospechen, y si sospechan, tendrás tus salvoconductos que os darán a Robert y a ti permiso para viajar.

Asentí con la cabeza.

—¿Cuándo me voy, entonces?

—Ahora mismo, amigo. Ahora mismo —me dijo—. Tienes que llegar a casa de Robert antes del alba. Cuando llegues, te quedas allí donde no te vea nadie y, en cuanto caiga la noche, Robert y tú vais a casa de mi padre. Robert conoce el camino.

—Déjalo en mis manos —sentencié.

—Una cosa más, Hiram —siguió Harriet. Se giró hacia Chase Piers y le dijo—: Chase, dale eso.

Chase abrió un armarito y sacó algo envuelto en una tela. Se lo tendió a Harriet, que lo desenvolvió y sacó una pistola que centelleaba a la luz del fuego.

—Llévate esto —dijo mientras me la entregaba—. Es por ellos. Pero es más por ti. Si te ves obligado a usarla, entonces seguramente ya será demasiado tarde y la querrás por ambos.

De forma que me volví a meter en el bosque, moviéndome como me habían instruido. Había señales secretas que guiaban mi camino. Y aunque era de noche, las señales eran visibles a la luz de la luna, y más visibles todavía gracias a que yo sabía qué buscar: una estrella tallada en la corteza de un roble negro; cinco ramas caídas y atadas al suelo, dos de ellas apuntando al este; una piedra grande con una media luna dibujada encima y una pala debajo. Hubo unas cuantas que no conseguí encontrar y eso hizo que me desorientara, pero aun así llegué a casa de Robert antes del alba y por tanto con tiempo de sobra. La plantación de Broadus no era tan opulenta como Lockless, y sus barracones eran poco más que chabolas levantadas sin orden ni concierto en el bosque. Broadus ni siquiera se había molestado en talar los árboles circundantes. Se me ocurrió que, si aquella disposición caótica nos daba alguna pista de cómo sería trabajar allí, entendía muy bien por qué Harriet quería olvidarlo del todo.

Era domingo por la mañana, lo cual quería decir que la Servidumbre no trabajaba, y por tanto tampoco se pasaba lista, de manera que el capataz no repararía en la marcha de Robert hasta

el día siguiente. Para entonces ya estaríamos en Filadelfia, con Raymond y Otha, planeando el siguiente paso a Canadá o a Nueva York. El plan, por lo que yo sabía, implicaba que Robert tenía que abandonar sus aposentos antes del alba, silbar una vez y luego caminar hasta el bosque, donde nos encontraríamos. En cuanto Robert se acercara, yo le tenía que decir una frase que le informara de mis intenciones, y él me tenía que responder con otra. Si aquello no sucedía, yo sabría que algo había ido mal y debía regresar de inmediato a la cabaña de Chase Piers. De manera que esperé a lo lejos hasta que vislumbré una figura oscura que salía y miraba a su alrededor. Oí un silbido y vi que la figura echaba a andar de la cabaña al bosque. Caminé hasta la figura y le dije:

—El tren de Sion viene a por ti.

—Y yo quiero subir a bordo —dijo Robert.

Era un hombre de complexión normal, con un semblante triste donde no se veía ni un asomo de la alegría y la desenvoltura que habían mostrado los demás parientes de Harriet. Llevaba una carga encima, y yo casi nunca había visto a un hombre melancólico ante la perspectiva de ser rescatado de la Servidumbre.

—Nos marchamos al anochecer —le avisé—. Haz todos los preparativos y reúnete conmigo aquí.

Robert asintió con la cabeza y regresó a su cabaña.

Me adentré de nuevo en el bosque. Aunque aquel día no se trabajaba, no quería llamar la atención de nadie. De manera que caminé hasta que el monte empezó a hacer subida y en la ladera de una colina encontré una cueva donde descansar hasta que anocheciera. Luego, al acercarse la hora convenida, emprendí el camino de regreso. Pero Robert no apareció. Seguí esperando y, como no llegaba, me pregunté si se habría equivocado de hora, porque yo sabía que el error no había sido mío. Me planteé marcharme sin él; Harriet no habría hecho una excepción por nadie, y creo que si hubiéramos estado en Virginia, me habría marchado. Pero los últimos meses me habían cambiado, y en los días posteriores a la Convención de Nueva York había pensado mucho en cómo había muerto Micajah Bland y en el hecho de que

podría haber abandonado a Lydia y haberse vuelto. Y había entendido que, ante esa situación, Bland había preferido afrontar a Otha en el otro mundo en vez de en este. Y, además, todavía tenía mis salvoconductos si los necesitaba. De manera que tomé la decisión de que iba a volver con el hermano de Harriet, Robert, o bien no iba a volver. Y salí del bosque para ir a buscarlo a su cabaña.

Al acercarme oí chillar a una mujer, y a través de la puerta abierta vi a la mujer en cuestión caminar de un lado a otro, y a Robert sentado en la cama con la cabeza apoyada en las manos. Observé desde fuera cómo la mujer vituperaba a Robert con una mezcla de ira y dolor.

—Sé que me estás dejando aquí para irte de fiesta con la hija de Jennings —estalló—. Te conozco, Robert Ross. Sé que me estás dejando, y más te vale ser un hombre de honor y admitir la verdad.

—Mary, ya te lo he dicho. Me voy a ver a mi hermano y a mis padres —trató de explicar él—. Es solo una visita de domingo. Ya lo sabes. Mira, ahí está Jacob. —Y diciendo esto, Robert hizo un gesto hacia el otro lado de la puerta, en mi dirección—. Ya te he hablado de él. De la casa de Harrison. También tiene parientes ahí, ¿verdad, Jacob?

Mary se giró hacia fuera, donde estaba yo; me miró de pies a cabeza y puso los ojos en blanco.

—Nunca he visto a ningún Jacob —dijo.

—Lo tienes ahí mismo —insistió Robert.

—Nunca te ha hecho falta compañía para realizar el trayecto —le reprochó—. ¿Por qué ahora sí? Es la primera vez que veo a este hombre. Sé que no es de por aquí. ¿Por qué no te acompaño yo en su lugar? Sé lo que estás haciendo, Robert Ross. Sé lo de la hija de Jennings.

Yo permanecía en el umbral de la cabaña. Entré y pude ver bien a Mary: una mujer pequeña e inflamada de cólera justificada. Realmente conocía a Robert, por mucho que no supiera adónde se estaba yendo ahora. Volvió a mirarme y me dijo:

—Jacob, ¿eh? ¿Por qué no me acerco a la casa de Jennings y pregunto por ti?

—No vamos a hacer eso —le dije.

—No, nosotros no. Lo voy a hacer yo, ahora mismo.

—No. No se lo puedo permitir.

—¿En serio? ¿Me estás diciendo que me lo vas a impedir?

—Mi objetivo, señora —le expliqué—, es que se lo impida usted misma.

Mary me clavó una mirada de incredulidad. Yo tenía que actuar deprisa.

—Tiene razón —confesé—. Jacob no existe. Pero si hace usted lo que amenaza con hacer, va a causar mucho dolor, y no solo a usted misma, sino también a todos sus seres queridos, mucho peor del que sentiría si descubriera a Robert escabulléndose con una chica.

Detrás de mí, Robert gimió y dijo:

—Cariño...

—Señora Mary —continué—. Me resulta evidente que no le han explicado la situación. Tiene usted razón. Robert se va a escapar. Robert se tiene que escapar y a usted no le conviene hacer nada al respecto.

—Y un carajo —protestó ella.

—No, señora —repuse—. De verdad, no creo que deba oponerse. Sé que Robert no ha sido sincero, pero yo se lo voy a contar todo a las claras. Broadus está a punto de subastar a este hombre. Y cuando lo haga, tendrá usted más números de caminar sobre las aguas que de volver a ver a su marido en esta vida.

—Ya hace un año que lleva ese negocio —dijo ella—, y Broadus no ha hecho nada. Robert trabaja demasiado para que se lo lleven de aquí.

—El hecho de que Robert trabaje tanto es la razón principal para que se lo lleven. Un tipo así de fornido se vende por un buen precio. ¿Y qué negro se ha salvado nunca por trabajar duro? ¿Tanta fe tiene usted en esa gente? He estado inspeccionando este lugar. Se está viniendo abajo. He visto muchas granjas como esta. Se las venden a los sirvientes porque no tienen más remedio. Lo he visto antes. Y se lo digo ahora, bien claro, que Robert tiene dos opciones: ir a subasta con Broadus o escaparse conmigo.

Si hubiera un manual oficial del Tren Subterráneo, yo estaría violando todos sus artículos más fundamentales. Los agentes se esforzaban mucho para que solo los vieran aquellos a quienes estaban transportando. Y nunca identificaban su verdadero objetivo, sino que preferían contar cualquier otra historia. Pero yo ya había renunciado a todo con la esperanza, dado que el tiempo jugaba en nuestra contra, de convencer a Mary para que dejara que nos fuéramos.

—El Tren Subterráneo ofrece la posibilidad de reunirse más adelante —sugerí—. Odio separarlos. Sé lo que es eso, se lo aseguro. A mí también me separaron: tengo a una chica en Virginia en la que pienso cada minuto de cada hora de cada día. Me separaron de ella a la fuerza. Pero que te obligue a ir al norte el Tren Subterráneo es preferible a que te obliguen a meterte más en el sepulcro. Este es el único camino, se lo aseguro.

»He oído que están ustedes esperando una criatura, y sé cuánto le debe de pesar eso. Yo soy huérfano, señora Mary. A mi madre la vendieron y mi padre era escoria. Sé que debe de tener usted miedo a que esa criatura crezca sin padre, y lo comprendo mejor de lo que usted se imagina.

»Pero debe entender esto, señora. A su Robert se lo van a llevar. Nos lo llevaremos nosotros o ellos, pero alguien se lo va a llevar. Sabe usted quiénes somos. Sabe a qué nos dedicamos. Y conoce nuestras ideas. Somos gente de honor, señora. Y le doy mi palabra de que no descansaremos hasta que su Robert y usted se puedan reunir.

Se quedó allí aturdida y dio un paso atrás.

—No, no —gimió negando con la cabeza.

Y en aquel momento me acordé de cómo había gemido Sophia al acercarse los perros. Pero igual de rápidamente me acordé de otra cosa, de Bryceton, Virginia, antes de que partiéramos para rescatar a Parnel Johns. Me acordé de lo mucho que yo había desconfiado de todo, hasta que Isaiah Fields se había convertido en Micajah Bland y su confianza en mí me había infundido fe en todo lo que vendría después. Y ese fue el espíritu que invoqué ahora:

—Me llamo Hiram, señora —le conté—. Robert Ross es mi pasajero y yo soy su conductor. Juro por mi vida, señora, que no lo perderé. Ni usted tampoco.

A Mary le resbaló suavemente una lágrima por la mejilla. Recobró el aplomo y después pasó a mi lado.

—Te lo juro, Robert, como esto sea por una chica te encontraré y te aseguro que este hombre, este Hiram con toda su labia, no podrá salvarte.

Sentí que debía apartar la vista. Se merecían un momento de intimidad, porque no iban a tener otro en bastante tiempo. Pero el recuerdo de todo lo que les había contado, el recuerdo de Virginia y de Sophia, me impidió moverme.

Robert la atrajo hacia sí. Le dio un beso suave y cálido.

—No me voy con ninguna chica, Mary —le prometió—. Me voy por una chica, y esa chica eres tú.

Aquella pelea entre Robert y Mary nos retrasó un poco. Sin ella podríamos haber emprendido el trayecto por el bosque y haber llegado a casa de los padres de Harriet a tiempo para la partida. Ahora, en cambio, necesitábamos ir por los caminos, lo cual no era ideal. Harriet, como buena profeta que era, había previsto aquella situación, y por eso yo tenía los salvoconductos. De manera que tomamos los caminos. Yo confiaba en Robert, que ahora nos estaba guiando a casa de sus padres, la abuela Rit y el abuelo Ross. Harriet había guardado cada elemento del plan en una caja aparte, a fin de que, si prendían a alguno de nosotros, ninguno pudiera contar la estrategia entera por mucho que lo golpearan y lo azotaran.

Robert guardó silencio durante la primera parte del viaje y se reservó sus palabras únicamente para guiarnos. Lo dejé a su aire. Fueran cuales fueran mis curiosidades, la separación ya había sido bastante dura de por sí y no tenía intención de pedirle que la reviviera. Pero luego pasó lo que pasaba siempre conmigo. Llegado cierto punto, Robert simplemente se puso a hablar.

—Sabías que el plan era dejarla, ¿no? —me preguntó.

—Sí. Y eso es justamente lo que hemos hecho —le contesté.

—No me refiero a eso —puntualizó Robert—. El plan era

dejarla para siempre. Que yo me quedara solo y empezara una vida nueva en el norte.

—¿Y tu hijo?

—No hay hijo, o por lo menos no es mío. Eso lo sé. Y ella también lo sabe.

Nos quedamos callados un momento.

—¿Es de Broadus? —le pregunté.

—Del hijo de Broadus —dijo Robert—. Mary y él son más o menos de la misma edad. De niños jugaban juntos. Luego los separaron, como nos hacen a todos. Supongo que ya por entonces ella le gustaba. Y al hacerse hombre, debió de pensar que podía satisfacer esos sentimientos, por muy delicada y honrada que fuera Mary. Quizá ella sintiera lo mismo. Lo que está claro es que no se lo impidió.

—¿Y cómo se lo iba a impedir? —le pregunté.

—No lo sé, colega —dijo Robert frustrado—. ¿Cómo puede alguien hacer algo por aquí? Pero te aseguro una cosa: antes prefiero verme muerto que criando al hijo de un blanco.

—Por eso te escapas.

—Por eso me escapo.

—Broadus no estaba a punto de venderte, ¿verdad?

—Sí que lo estaba. No sé cuándo, pero era su plan. Durante un tiempo pensé que quizá el consuelo me vendría de ahí. No tenía ganas de ver Natchez, pero si me ayudaba a olvidar a Mary y mi humillación, tal vez fuera lo mejor.

—Que a un hombre lo vendan nunca es lo mejor.

—Sí, lo sé —aceptó Robert—. Harriet y mi familia acudieron a mí y me sacaron de mi desesperación. Me dijeron que quizá me esperara una vida nueva en el norte. Me preguntaron por Mary y por el bebé, por supuesto, pero le expliqué a Harriet que no iba a criar a un hijo de otro hombre. Ella no piensa como yo, no piensa así para nada, pero le dije que o bien cambiaba por completo de vida o bien prefería arriesgarme con Broadus.

»Pero cuando llegó el momento de irme, cuando por fin me vi obligado a hacer frente a lo que realmente comportaba abandonar a mi Mary... No lo sé. Lo mejor que puedo decir es que me fallaron

las fuerzas y empecé a pensar que quizá mi vieja vida no estuviera tan mal. Y entonces has entrado tú y has hecho esa promesa...

—Lo siento. Pensaba...

—No hay nada que sentir. Lo cierto es que has dicho lo mismo que yo sentía. No puedo vivir sin Mary. No quiero ninguna libertad que comporte vivir en alguna parte sin ella. Es simplemente que esa criatura, el hecho de criar al bebé de otro hombre, eso es algo que a un hombre le duele...

—Sí, es verdad —concedí.

Y lo dije de corazón. Lo entendía. Pero también había empezado a entender más cosas, porque ya no solo estaba pensando en mí mismo y en Sophia, ni tampoco solo en Robert y Mary, sino también en aquel otro día en los bosques de Nueva York, el día en que había conocido a Kessiah. Y me acordé de aquella gran universidad de esclavitudes y servidumbres, y en las mujeres con monos de trabajo, y en la enorme conspiración para someter a la mitad del mundo. Y pensé en el papel que desempeñaba yo en aquel sometimiento, en mis sueños, en el Lockless que había construido en mi mente y que había construido sobre todo con *mi Sophia*.

—Nunca podemos tener nada puro —se lamentó Robert—. Todo está siempre contaminado. Esas historias de caballeros y doncellas no son para nosotros. Lo puro nos está vedado. Todo lo que es limpio nos está vedado.

—Sí. Pero también a ellos. Es algo tremendo, tremendamente sucio, condenar a tu propio hijo o hija a la Servidumbre. Eso tampoco me parece puro, y la diferencia es que nosotros estamos bendecidos por el hecho de saberlo.

—Bendecidos, ¿eh?

—Bendecidos porque no llevamos la carga de fingirnos puros. Admito que he tardado un tiempo en entenderlo. He tenido que perder a gente y comprender realmente qué significaba esa pérdida. Pero después de vivir sometido, y de haber observado a quienes nos someten, te lo aseguro, Robert Ross: prefiero vivir sometido y con mis perdidas, entre la miseria y el lodo, que vivir entre quienes se revuelcan también en el lodo pero están tan ciegos

que se creen puros. No existe nada puro, Robert. No existe nada limpio.

25

Al caer la noche llegamos a un sendero que daba a un claro y a la casa de los Ross, que tenía un establo detrás. Me acordé de que los padres de Harriet eran libres, a diferencia de sus hijos.

—No puedo ver a mi madre —dijo Robert.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Porque mi madre no sabe ocultar sus sentimientos, y si me ve, y si sabe que me voy, se pondrá a berrear como un bebé, y cuando vengan los blancos a preguntarle qué ha pasado, será incapaz de mentir. Harriet se marchó hace diez años. Yo la he visto desde entonces, pero con mi madre ni siquiera ha hablado. Y no es porque no quiera. Pero ¿cómo podría hablar con ella?

Robert se detuvo para soltar un silbido. Al cabo de unos minutos, un hombre mayor, que imaginé que sería su padre —el abuelo Ross, lo llamaba él—, salió y, sin mirar en ninguna dirección en particular, hizo una señal hacia la parte de atrás de la casa. Dimos la vuelta, abriéndonos paso por el bosque circundante. A mitad de camino pudimos divisar a través de la ventana a la abuela Rit barriendo el suelo. Robert se detuvo un momento, repentinamente consciente de que quizá no la fuera a ver nunca más, y después siguió avanzando hacia la parte de atrás de la casa. Una vez allí dimos con el establo y al abrir las puertas me encontré con el grupo entero dentro, sentado y en silencio. No dijimos nada. Harriet emergió del rincón. Tenía la vista clavada en Robert. Lo agarró por las solapas, lo zarandeó y por fin lo atrajo hacia ella para abrazarlo con fuerza. Y nos quedamos sentados todos en el establo, aguardando la protección de las horas más oscuras de la noche. Algunos subieron al pajar y durmieron. El abuelo Ross nos trajo comida. Cuando abrió la puerta, sin embargo, apartó la cara para no mirar adentro y extendió el brazo derecho para que

alguien le cogiera la bandeja.

Dos veces vi a la anciana aventurarse hasta el camino para mirar a lo lejos y volver a entrar otra vez. Me pregunté si tenía alguna sospecha de que Robert se iba con nosotros.

Empezó a llover. Ben y Robert se asomaron por una rendija de la pared del establo, que enmarcaba la ventana de atrás de la casa, y a través de aquella ventana pudieron ver a la abuela Rit iluminada por el fuego, fumándose una pipa, con la carga desolada que era la desaparición de sus hijos visible en toda la cara. Harriet, que llevaba años sin ver a su madre, tampoco quiso verla ahora. No miró por la rendija. No quería arriesgarse a despedirse, ni siquiera desde lejos.

Por fin, la abuela Rit apagó el fuego y se fue a la cama. Me asomé al exterior y vi que había descendido una espesa niebla. Ahora Harriet nos examinó a todos. Era la hora. Salimos. El abuelo Ross estaba en la puerta, con los ojos vendados.

—Cuando me pregunten si he visto a alguno de vosotros —dijo—, les contestaré jurando por Dios que no os he visto.

Nos adentramos en la niebla. Jane cogió al viejo de un brazo. Henry lo sujetó del otro y nos metimos en el bosque enfangado. Mientras caminábamos, el padre de Harriet se puso a tararear por lo bajo, luego entonó la tradicional canción de las despedidas y uno por uno los demás se sumaron a ella, desgranándola en voz baja a lo largo y ancho del grupo:

Going up to the great house farm
Going on up, for they done me wrong
Day so short, Gina. Night so long.

Luego el bosque se abrió y llegamos a un estanque amplio, cuyo otro extremo no alcanzábamos a ver por culpa de la niebla y la oscuridad. Bajamos las voces hasta que el único sonido lo formaban la lluvia sobre las hojas y el agua que caía haciendo ondas sobre el agua estancada.

—Bueno, abuelo —dijo Harriet dirigiéndose a su padre—, es hora de que yo me haga cargo.

Creo que todos ya debían de tener alguna idea de lo que iba a pasar, porque nada más escuchar aquello, Jane y Henry dejaron de abrazarse y todo el mundo se metió en el agua. Henry, Robert y Ben se pusieron en fila al frente, de cara al estanque. Jane me cogió la mano y me llevó detrás de ellos. Miré atrás y vi al abuelo Ross allí plantado, con los ojos vendados. Harriet se le acercó, caminó a su alrededor como si quisiera memorizar hasta el último detalle de su padre y por fin le dio un beso suave en la frente. Luego le tocó la mejilla y la luz verde de la Conducción le brotó de la mano, y bajo esa luz vi las lágrimas que le caían al abuelo Ross por la mejilla.

Se quedaron unos segundos así. Luego Harriet se dio la vuelta, se puso en cabeza de la hilera de sus hermanos y echó a andar hacia las profundidades del estanque. Sus hermanos la siguieron en silencio y Jane y yo los seguimos a ellos. Solo yo miré atrás, y cuando lo hice vi al abuelo Ross en la orilla, con los ojos todavía vendados. Y a medida que nos adentrábamos en el estanque, lo vi alejarse lentamente de nosotros, alejarse como se alejan a veces los recuerdos, hacia la oscuridad y la niebla.

Cuando nos metimos en el agua, igual que había pasado la otra vez, ya no era agua. Para entonces Harriet ya estaba reverberando. Giró la cabeza para mirarme a mí y me dijo:

—No tengas miedo de nada. Esta vez tengo un buen coro que me apoya.

Siguió caminando, resplandeciendo aún más con cada paso, partiendo la niebla que teníamos delante igual que la proa de un barco parte las aguas. Luego se detuvo, y la pequeña procesión que la seguía la imitó.

—Este viaje —dijo Harriet— lo hacemos gracias a John Tubman.

—¡John Tubman! —vociferó Ben.

—Que, para mi eterno dolor, no ha podido venir con nosotros. Y se lo dedicamos al abuelo Ross y la abuela Rit, que sé muy bien que estarán con nosotros algún día.

—¡Algún día! —gritó Ben—. ¡Algún día!

—Estamos en un ferrocarril.

—¡Algún día!

—Nuestras vidas son la vía; nuestras historias, los raíles; y yo, la maquinista, que guiará esta Conducción.

—¡Conducción! —gritó él.

—Este no es un cuento amargo.

—¡Adelante, Harriet, adelante!

—Porque ya terminé de llorar hace tiempo.

Ahora le respondieron sus otros hermanos:

—¡Adelante, adelante! —gritaron.

—John Tubman, mi primer amor, el único hombre al que quise seguir.

—¡Así se habla!

—De hecho, adopté su apellido, Tubman.

—¡Así se habla! ¡Así se habla!

—Todo empezó cuando yo era muy muy pequeña, porque la esclavitud ya me encalleció las manos de niña.

—¡Dale duro, Harriet! ¡Duro!

—Un brote de sarampión casi me mata.

—¡Duro! ¡Duro!

—La carga me desfondó. Y me volví más atenta.

—¡Conducción!

—Entré en el bosque. Di testimonio. Contemplé el camino.

—¡Conducción!

—Pero no podía hollarlo hasta hacerme mayor.

—¡Algún día! ¡Algún día!

—Desempeñé las tareas de un hombre.

—¡Sigue adelante, Harriet, adelante!

—Me hice con un tiro de bueyes.

—¡Harriet tiene bueyes!

—Me entregué al trabajo. Aré la tierra.

—¡Harriet tiene bueyes! ¡Harriet ara la tierra!

—El Señor me puso pruebas. Me volvió tan dura como a Moisés frente al faraón.

—¡Adelante, Moisés! ¡Adelante!

—Pero ahora canto sobre John Tubman.

—¡Tubman!

—Al hombre no le gusta que lo eclipse la mujer.

—¡Moisés ara la tierra!

—Pero John Tubman no era de esos.

—¡Ahí está!

—Mi fuerza lo honraba. Mis trabajos lo ablandaban.

—¡Adelante, Moisés! ¡Adelante!

—Y lo quise porque hay que amar a quien te ama.

—¡Moisés tiene un buey bien grande!

—John Tubman amaba mi fuerza. Amaba mi trabajo.

—¡Fuerte, Moisés! ¡Fuerte!

—Yo sé que él me amaba.

—¡John Tubman!

—Planificamos nuestra libertad con la lenta y constante rutina del trabajo.

—¡Dale duro, Moisés! ¡Duro!

—Teníamos planes. Nuestra tierra. Nuestros hijos. Con mi buey.

—¡Moisés tiene un buey!

—Pero había otro que me amaba más que John Tubman...

—¡Así se habla! ¡Así se habla!

—El Señor me hizo despertar. El Señor iluminó el camino.

—¡Conducción!

—El Señor me llamó a Filadelfia.

—¡Conducción!

—Pero mi John no quiso venir.

—¡Duro! ¡Duro!

—Hice mi trabajo en el norte. Vi cosas nuevas.

—¡Moisés tiene un buey!

—Y cuando volví, ya no era la misma.

—¡Moisés ara la tierra!

—Pero fui fiel a mi palabra.

—¡Moisés es fuerte!

—Y volví a por mi John.

—¡Es verdad!

—Pero lo encontré con otra.

—¡Duro, Moisés! ¡Duro!

—Aquello me hizo bullir. Pensé en sorprenderlos juntos y armar un buen jaleo.

—¡Moisés tiene un buey!

—Me daba igual montar un escándalo. Me daba igual que Broadus oyera mi furia.

—¡John Tubman!

—Me daba igual que me volvieran a poner las cadenas de esclava.

—¡Duro! ¡Duro!

—Pero un hombre me detuvo.

—¡Fuerte, Moisés!

—Fue mi padre, Big Ben Ross. Me agarró y me dijo: «Harriet, has de amar a quien te ama».

—¡Adelante, abuelo Ross! ¡Adelante!

—Y hermanos, os lo aseguro, lo que me dijo el abuelo Ross es cierto: debéis amar a quien os ama.

—¡Adelante!

—Y fue mi Señor quien más me quiso.

—¡Adelante!

—Mi John me dejó, hermanos. Pero sé que fui yo quien lo había dejado primero.

—¡John Tubman!

—Mi alma era cautiva del Señor, porque fue Él quien, nuevamente, me quiso más.

—Moisés tiene un buey.

—John Tubman.

—Fuerte, Moisés.

—Allá donde estés.

—Fuerte, Moisés, fuerte.

—Conozco tu corazón y tú no conoces el mío.

—Fuerte, Moisés.

—Que no te atrape ningún vicio. Que tengas noches tranquilas.

—Fuerte.

—Que encuentres la paz, aunque sea en el sepulcro.

—Algún día.

—Que encuentres un amor que te ame, incluso en estos tiempos de grilletes.

—Así se habla.

26

Y así llegamos a primera hora de la mañana siguiente, antes del amanecer, a los muelles de la avenida Delaware, al otro lado de la Conducción. De las aguas venía una niebla que ocultaba la ciudad. Volví la mirada hacia el grupo y noté que Harriet estaba debilitada, con los brazos apoyados en los hombros de Henry y de Robert. Asumí el mando y guie a nuestro grupo hasta el punto de encuentro designado, un almacén situado a dos minutos a pie del sitio donde habíamos aparecido. Allí nos encontramos a Otha y a Kessiah esperándonos. Henry y Robert dejaron a Harriet acostada sobre una hilera de cajas.

—No os empecéis a preocupar por mí, ¿de acuerdo? —les dijo ella—. Ya os advertí de que todo iría bien, siempre y cuando tuviera a mi familia. Y me ha ido bien, ¿verdad?

—Ha sido hermoso, Harriet —suspiré—. Nunca he visto nada igual.

—Lo volverás a ver, amigo. —Y me miró fijamente a los ojos —. Lo volverás a ver.

Kessiah le acarició la frente con suavidad y luego se giró hacia mí. Sonrió en silencio y asintió con la cabeza, y en aquel momento sentí que la importancia de todo lo que acababa de ver me inundaba como una gran ola de dolor y alegría. De pronto se aclaró ante mí algo que yo llevaba tiempo buscando, una necesidad que sentía pero que era incapaz de nombrar. Era Harriet, eran sus hermanos y su padre, era una familia entera batallando para existir como tal. Y sentí que no podía haber guerra más sagrada ni más justa que aquella. Y contemplando ahora a Kessiah, que era el puente que me unía a Virginia, el puente que me unía a mi madre y a Thena, sentí que era de mi familia, de manera que me resultó natural hacer lo que hice en aquel momento, que fue cogerla por

los hombros y atraerla hacia mí para abrazarla con fuerza, e inhalar el aroma a flores de su pelo y sentir la suavidad de su mejilla contra la mía. Todo me resultaba muy nuevo. Y yo también era muy nuevo. Se estaba alzando una carga, y esa carga no solo era el hecho de la Servidumbre, sus trabajos y penurias, sino también los mitos que la sustentaban: que mi padre me había salvado; mi conjura para dejar atrás la Calle; la idea de que mi toque especial podía redimir Lockless. Mi olvido. Había olvidado a mi madre. Y me había ido a vivir a la mansión de Lockless como si no tuviera madre. Y entonces me habían conducido, me habían sacado del sepulcro, me habían sacado de la esclavitud. Y ahora sentía que estaba desprendiéndome de la mentira como si fuera una vieja piel para que emergiera un nuevo Hiram más verdadero y lustroso.

—No pasa nada, Hi —me dijo Kessiah—. Todo irá bien. —Y sentí que me daba unas palmaditas en la espalda y me la acariciaba, igual que uno tranquiliza a un niño.

Noté sabor a sal en los labios y fui consciente de que estaba llorando, sollozando en sus brazos, y al darme cuenta de esto me entró vergüenza. Pero entonces levanté la vista y vi que todo el mundo que me rodeaba, todo el grupo al que Harriet había traído, Otha, Kessiah y los demás, también se abrazaban entre sollozos.

Nos fuimos por turnos, a caballo y en calesa, hasta las oficinas de la calle Nueve, con tal de no llamar indebidamente la atención. Al atardecer ya estábamos todos allí congregados. Todo había sido calculado a la perfección. Raymond sirvió el café y trajo magdalenas de centeno, pan moreno y tartaletas de manzana de la pastelería de Mars. Estábamos todos hambrientos, y aunque hicimos lo que pudimos para guardar las formas, nos alimentamos hasta saciarnos del todo.

—Así que era esto, ¿eh? —dijo Robert. Estaba apartado de los demás en la esquina del salón, junto a la ventana, viéndolos comer.

—Esto y más —respondí—. Tiene cosas buenas y cosas malas.

—Pero en conjunto es mejor que estar cautivo, ¿no?

—En conjunto, sí —acepté—. Aun así, hay partes de la vida de las que no te puedes escapar, y estando aquí he tenido que

aprender que a fin de cuentas todos vivimos siempre en alguna forma de cautiverio. La diferencia es que aquí en el norte tienes que decidir de qué y de quién eres cautivo.

—Creo que eso lo puedo hacer —repuso Robert—. Y tengo que admitir que ya estoy pensando que quiero ser cautivo otra vez de Mary.

—Hay que amar a quien te ama —le dije.

—Eso parece.

—¿Has hablado con Harriet?

—No. No sé cómo pedirle...

—Yo se lo pediré. Fui yo quien hizo la promesa.

Raymond se llevó uno por uno a los pasajeros para entrevistarlos. Yo tomé las notas. Aquello duró el día entero. Por la noche mandamos a cada uno a una casa distinta de la ciudad o bien de Camden. Se les aconsejó a todos que no salieran a la calle, porque para entonces su fuga ya habría salido a la luz y Harriet sería la sospechosa principal. A finales de semana, Filadelfia estaría llena de hombres de Ryland, pero para entonces ellos ya se habrían marchado más al norte. Aquella noche me senté en el salón. Harriet estaba arriba, en mi habitación, profundamente dormida, y es que llevaba durmiendo desde que habíamos llegado a las oficinas de la calle Nueve.

Raymond estaba a punto de salir con Jane y Henry para dejarlos sanos y salvos en su alojamiento. Antes de salir, sin embargo, me dijo:

—Pensé que esto podía esperar hasta que volvieras. —Me entregó una carta y me dijo—: Hiram, quiero que entiendas que ya no le debes nada a nadie. Ni a mí ni a Corrine.

Me quedé sentado en el salón con la carta en las manos. Llevaba la marca de la célula de Virginia, y por tanto supe qué era antes incluso de abrirla. Me estaban llamando de vuelta al lodo. Le agradecí a Raymond sus palabras, pero me resultaba impensable no volver. Para entonces ya me sentía un miembro verdadero del Tren Subterráneo. Era mi identidad, y no tenía ni idea de qué

habría hecho con mi vida sin la organización. También había que tener en cuenta la promesa que había hecho hacía solo un año, por mucho que ya parecieran diez años, mi promesa de sacar de allí a Sophia. Y aunque Bland ya no estuviera, yo empezaba a planear una forma de sacarla.

Una hora después de que se marchara Raymond, Harriet bajó lentamente la escalera con su bastón en la mano. Se sentó en el sofá y respiró hondo.

—¿Eso es todo, pues? —le pregunté.

—Sí —respondió—. Eso es todo.

—Bueno, no es todo.

—¿Qué quieres decir?

—No te lo conté, pero para llevarme a tu hermano Robert, tuve que hacer una promesa. A Mary. No iba a permitir que me lo llevara. Así que se lo conté todo.

—¿Todo?

—Lo sé. No fue una buena idea.

—Pues no. No lo fue —dijo Harriet. Luego apartó los ojos de mí y soltó un largo suspiro. Nos quedamos allí sentados un momento en silencio.

»Pero tengo que admitir que yo no estaba presente. Te dije lo que había que hacer. La forma de hacerlo era cosa tuya. Y te doy las gracias por ello. ¿Es eso lo que quiere Robert?

—Sí.

—Ese chaval es de lo que no hay.

—Y tengo algo más que contarte.

—¿Qué quieres ahora? ¿Que conduzca al estado entero?

Me reí. Y le dije:

—No, quiero decirte que me voy. Harriet, vuelvo a casa.

—Ajá. Sí, ya me lo esperaba. Sobre todo, ahora que has visto el poder.

—No es eso. Y sigo sin tenerlo todo.

—Tienes el suficiente. El suficiente como para que te diga una cosa. Quiero que te acuerdes de que esto te lo revelo a ti y solo a ti. Y lo hago porque el portador eres tú y nadie más. No lo olvides. En cuanto pongas en marcha ese tren, y lo harás, te encontrarás con

toda clase de gente que intentará decirte cómo llevarlo. Ya me entiendes. Amo la célula de Virginia, porque tienen los corazones verdaderamente orientados hacia el Señor. Pero no dejes que te atrapen en sus intrigas, Hiram. Intentarán meterte en toda clase de aventuras, así que recuerda que hay un precio, siempre hay un precio. Me has visto pagarlo hoy cuando hemos llegado. Es por algo que olvidamos. Y quienes recordamos, en fin, es duro para nosotros. Nos agota. Lo de hoy, de hecho, solo he podido hacerlo gracias a la ayuda de mis hermanos.

»Si necesitas hablar del tema, si alguna vez no lo ves claro, escríbele unas líneas a Kessiah. Nunca estoy lejos de ella. Si necesitas algo, si te sientes deprimido, habla conmigo antes de intentar solucionarlo tú solo. Ahí fuera uno puede perderse, y es imposible saber adónde te puede llevar la historia. Ponte en contacto conmigo, Hiram, ¿lo entiendes?

Asentí con la cabeza y me recliné en mi asiento. Seguimos hablando de cosas banales hasta que Harriet se cansó. Luego se volvió al piso de arriba. Me quedé dormido en el sofá. Al día siguiente me despertó una conversación risueña. Me levanté, fui al comedor y me encontré a Otha, Raymond y Kessiah sentados a la mesa.

—Acabo de informarles —dijo Otha con alborozo. No lo había visto tan optimista desde la captura de Lydia y la muerte de Bland.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Son Lydia y los niños, Hiram —explicó Otha—. Creemos que hemos encontrado la manera de sacarlos.

—¿Cómo? —quise saber.

—McKiernan los va a vender —dijo Raymond—. Hemos estado en contacto con él por medio de un intermediario.

Kessiah metió la mano en una maleta y sacó un librito.

—No es nuestro método —sopesó—. Pero tenemos que contar nuestras historias.

Me dio el libro y leí el título de la portada: *Los raptados y los secuestrados*. Hojeé el libro y descubrí que era la historia de la huida a la libertad de Otha White.

—Qué maravilla —alabé devolviéndole el libro—. Así pues,

¿cuál es el plan?

—Otha y unos cuantos más harán una gira por el norte —dijo Raymond—. Venderán el libro entre las audiencias abolicionistas y con la recaudación comprarán la libertad de Lydia y la familia.

—¿Y McKiernan va a esperar? —les pregunté—. ¿Después de la jugarreta que le intentamos hacer?

—Querrás decir después de la que nos hizo él a nosotros —me corrigió Otha—. Bland está muerto. En el sepulcro, literalmente. No hemos renunciado a Lydia, y ese hombre lo sabe. Caramba, odio pagar un rescate por mi gente, pero no me parece que este sea el momento para andarse con remilgos.

—No —dijo Kessiah—. No lo es. Si tienes una forma de rescatarlos, Otha, adelante. Ocúpate de hacer tu parte lo mejor que puedas y deja la justicia para el Señor.

—Ciertamente —acepté—. Y hablando del tema, tengo algo que decir.

—Es hora de regresar, ¿verdad? —aventuró Otha.

—Lo es —asentí—. Ya... ya no soy el que era.

Ni siquiera sé si lo entendieron. Quizá Kessiah sí. Pero por mucho que no lo comprendieran, quise decirlo, quise que supieran que Filadelfia me había cambiado, que Mars, Otha, Mary Bronson, todos ellos me habían transformado. Quise que supieran que yo sí lo entendía. Pero tantos años de morderme la lengua, de escuchar sin hablar, todavía me pesaban, de forma que lo único que pude extraer de aquel sentimiento fue:

—No soy él, no soy él.

—Lo sabemos —dijo Otha, levantándose para abrazarme.

27

Antes de regresar al sepulcro, tenía promesas que cumplir. Un frío domingo de noviembre me encontré a mí mismo caminando con Kessiah hacia el paseo entarimado que flanqueaba el río Schuylkill. El viento murmuraba por Bainbridge, aquella encantadora avenida; encantadora, sí, porque allí donde antaño yo había percibido caos, ahora veía una sinfonía en la mugre de los callejones, en el olor abominable, en la enorme diversidad de la gente que salía en tromba de sus casuchas de ladrillo, que se apelotonaba en el ómnibus, que alborotaba en las hojalaterías, que se peleaba en las mercerías, que regateaba por las hortalizas.

Seguimos caminando, contando las calles numeradas hasta llegar primero al río y después al paseo entarimado, que aquella mañana estaba casi desierto. Kessiah se arrebujó en su chal y dijo:

—No estamos hechos para esto, ¿sabes? Somos un pueblo de los trópicos, o eso dicen.

—Esta es mi estación favorita —le conté yo—. El mundo es precioso en esta época del año. Hay una especie de paz que desciende sobre todas las cosas, incluso aquí arriba. Es como si el verano agotara al mundo y llegado octubre todo estuviera listo para echar una siesta.

—No sé —barruntó Kessiah, negando con la cabeza. Se rio un poco y se arrebujó todavía más con el chal—. Ese viento que viene del río... Yo me quedo con la primavera. Me quedo con los campos verdes. Me quedo con las flores.

—La estación de la vida, ¿eh? No, yo prefiero esta estación de pérdidas, esta estación del morir; creo que en ella el mundo es más sincero.

Nos quedamos allí sentados un momento sin hablar. Kessiah me cogió la mano y la sostuvo, se movió por el asiento hacia mí y

me besó en la mejilla.

—¿Cómo estás, Hi? —quiso saber.

—Tengo muchos sentimientos —le respondí.

—Por supuesto —dijo ella—. Tantas idas y venidas, Dios mío, yo lo experimento cada vez que tengo que dejar a mi Elias en casa, siento que se me rompe el corazón.

—¿Y él cómo lo lleva?

—¿Elias? Bueno, quiero pensar que no le encanta que lo deje ahí. Pero no se lo pregunto. Y tienes que recordar que siempre fui de esas mujeres a las que cuesta atar. Muy pocos hombres lo soportarían. Pero mi Elias es distinto. Y creo que es sobre todo por Harriet. Tenemos las mismas ideas, de manera que cuando Elias se enamoró de mí, mis costumbres no le resultaron extrañas. De hecho, quizá fueron la razón misma de que se enamorara de mí. Yo era lo que él conocía. Era una mujer como debe ser.

»Sí que necesitamos ayuda en la casa, sin embargo. Hay mucho trabajo. Y yo no participo. Él siempre dice que cojamos a una chica. Yo le digo que lo haga si quiere, pero que si coge a una chica, perderá a otra.

Nos reímos de aquello un momento, y luego dije:

—Pero quizá no.

—Te aseguro que sí que la perderá —recalcó—. No dejes que te afecte aquella charla sobre el «amor libre» de la Convención.

—No te estoy hablando del amor libre. Te estoy hablando de tu madre.

Kessiah contempló el río y no dijo nada.

—No está bien —subrayé—. No está bien lo que se ha hecho aquí.

—No está bien para nadie, Hi —dijo Kessiah—. ¿También tienes intención de ir a la guerra contra Virginia?

—Se hicieron promesas. Antes de que muriera Bland.

—No por Thena.

—No. No por Thena. No lo tengo todo resuelto. Pero sí creo que aquí se me debe algo. Estoy contento de formar parte del Tren Subterráneo, estoy contento de que haya pasado todo esto. Pero no me preguntaron si quería venir. Me reclutaron. No me parece

demasiado pedir que Virginia libere a la mujer que hizo que me fuera posible sobrevivir todos esos años.

—No, no lo es. Y aquí en el norte bastarían Raymond y Otha para conseguirlo, o incluso Harriet como hizo con Maryland. Pero Virginia... Las cosas son distintas allí.

—Lo sé —dije—. Llevo casi media vida involucrado de alguna manera con ellos. Pero te lo aseguro, estoy decidido a sacar de allí a Thena. Todavía no sé cómo. Ni cuándo. Pero la voy a sacar.

Kessiah se reclinó en su asiento y miró en dirección al río. Una bandada de gorriones levantó el vuelo desde los árboles. Un halcón descendió y se lanzó contra ellos.

—Bueno, no puedo decir que no me encantaría tenerla aquí —dijo Kessiah—. Pero me perdonarás que no me haga ilusiones. Hace mucho tiempo que me despedí de ella, Hi, y es duro despedirte de tu madre, ¿sabes?

—Lo sé.

—Si consigues encontrarla y traerla hasta aquí, en fin... Tenemos una casa para ella. Una granja encantadora, al oeste, cerca de Lancaster. Es bonita de verdad, tengo que decirlo. Y la está esperando.

A la mañana siguiente me vestí con el estilo de los sirvientes a los que había observado allí, aquellos que iban vestidos muy por encima de su posición social: pantalones de calidad, chaleco de damasco y chistera de copa alta. Todavía era temprano, apenas estaba amaneciendo, pero cuando bajé ya estaban allí Raymond, Otha y Kessiah. Raymond había alquilado un carruaje privado para llevarnos a la estación de Gray's Ferry, ya que el grupo entero me quería despedir. El carruaje llegó y subimos a él. Nos estábamos preparando para el trayecto por Bainbridge cuando vi que Mars corría hacia nosotros, vociferando, sosteniendo una bolsa en una mano y haciendo señas frenéticas con la otra.

—¡Eh! —me llamó mientras se acercaba, y yo lo saludé dedicándole una sonrisa y quitándome el sombrero.

—He oído que nos dejas durante una temporada —dijo—.

Quería darte un pequeño regalo.

Y diciendo esto me entregó la bolsa. La abrí y descubrí una botella de ron y un pan de jengibre envuelto en papel.

—Acuérdate —me dijo—. La familia.

—Me acuerdo —le respondí—. Adiós, Mars.

Cuando llegamos a la estación, el tren ya se encontraba parado en la vía y los pasajeros estaban haciendo los últimos preparativos para subir a bordo. Escruté la multitud y vi a mi contacto, un agente blanco que me secundaría si algo iba mal. Me giré hacia todos ellos y les dije:

—En fin, parece que este es mi tren. —Y los abracé uno por uno.

Me alejé para unirme a la muchedumbre que se arremolinaba abajo, presenté mi billete, subí a bordo y encontré mi asiento en el vagón, un sitio lo bastante alejado como para impedirme ver a aquella nueva familia mía, porque tenía miedo de lo que podía pasar si me veía obligado a verlos alejarse de mí. Y pensé entonces en Sophia, y en lo mucho que me gustaría llevarla allí para que conociera a aquella gente y oyera sus increíbles aventuras, para que comiera pan de jengibre en el paseo entarimado y viera a hombres blancos saludándola desde los monociclos. A continuación oí gritar al revisor y bramar a la locomotora, y se inició mi descenso a las fauces del sur.

Mucho antes de que cruzáramos la frontera, antes de Baltimore, antes de ver al revisor acercarse por el pasillo, inspeccionando a toda la gente de color, antes de que las montañas del oeste de Maryland se convirtieran en Virginia, ya pude sentir el cambio. Trabajar en la servidumbre es llevar una máscara, y lo que ahora vi con claridad era que iba a echar de menos Filadelfia, porque en aquella ciudad de humos nocivos yo había sido la versión más auténtica de mí mismo, una versión no sometida a los deseos y rituales ajenos, de forma que el cambio que ahora sentí que se adueñaba de mí —el nudo en el pecho, la mirada gacha, las manos abiertas y flácidas, el cuerpo entero encorvado en mi asiento— fue

una especie de negación total de mí mismo, una mentira completa. Y cuando me bajé del tren en la estación de Clarksburg, sentí que se cerraban los grilletes en torno a mis muñecas y que la argolla se me estrechaba alrededor del cuello. Después de vivir como había vivido, después de probar mi libertad, después de ver a sociedades enteras de gente de color libre, ahora sentí una carga más grande que ninguna que hubiera experimentado.

La noche siguiente, martes, ya estaba de vuelta en Bryceton, instalado en mi antigua cabaña. Corrine me ofreció un día libre. Me lo pasé casi todo paseando por el bosque, imaginando que estaba deambulando por Filadelfia, como había hecho tan a menudo. Volví a acordarme de lo mucho que había querido llevar allí a Sophia, y cuando lo pensé mejor, se me ocurrió que también quería llevar a Thena, y me di cuenta de que estaba feliz de haber regresado al sur, porque no quería volver a respirar el aire de la libertad mientras aquellas dos mujeres permanecieran encadenadas.

Bland me había prometido que convencería a Corrine para que rescatara a Sophia. Pero Bland estaba muerto. Por tanto, ahora debía convencer de alguna manera por mi cuenta a Corrine para que las liberara a ambas. Después de la muerte de Bland había varios obstáculos para conseguirlo. Sophia era propiedad de Nathaniel Walker, propiedad personal suya, de forma que cualquier rescate despertaría sus iras y despertaría sospechas. Thena ya era tan mayor que el Tren Subterráneo de Virginia probablemente se opondría a su rescate, porque se creía que la vida en libertad debía concederse primero a quienes la pudieran aprovechar más. Pero yo le había dicho a Kessiah que lo íbamos a hacer, y estaba decidido a ello.

Me reuní con Corrine y Hawkins a primera hora de la mañana siguiente en el salón de la casa, y nada más cruzar aquel umbral me vinieron los recuerdos de los tiempos pasados, y de mi primera visita a Bryceton, y del desvelamiento de sus increíbles secretos. Y vi a mi antiguo tutor, el señor Fields, Micajah Bland, reírse de alguna historia que le contaba Hawkins, y lo vi girarse hacia mí con la expresión más grave que uno pueda imaginar, y en su

mirada vi aquel terrible conocimiento que pronto me iba a obligar a llevar conmigo.

—Hiram —me dijo Corrine cuando nos acomodamos en nuestras sillas—, cuando caíste al río con Maynard, tu acción tuvo un efecto doble. Mi primer sentimiento fue de alivio: me salvaste de una unión con un hombre así y de todo el horror que te puedes imaginar que eso implica. Y te doy las gracias por eso.

—No me causó placer —dije—. Pero al menos mejoré tu destino.

—Dos efectos, chico —me recordó Hawkins—. Ha dicho dos.

—Por desgracia —continuó Corrine—, también privaste a esta célula del acceso a las más altas esferas de la sociedad del condado de Elm.

—Maynard no tenía nada de alto —le dije.

—Sí, pero ya entiendes lo que quiero decir —siguió ella—. Ahora estoy condenada a ser una solterona y a carecer de conexiones con las damas de esta zona. Si se hubiera consumado la unión con Maynard, esas conexiones habrían resultado muy productivas para la fuerza y la inteligencia del Tren Subterráneo. Creo que puedes entender por qué.

—Puedo.

—Por consiguiente, con la muerte de Maynard perdimos una inversión. Se perdieron meses de planificación y nos hemos visto obligados a apañarnos con lo que nos quedaba.

—Se refiere a ti —dijo Hawkins en tono lúgubre—. Hubo que sacarte partido a ti.

—Y aunque no nos has suministrado las cosas que creemos que nos habría conseguido Maynard, has aportado bastante. Estamos al corriente de lo que has hecho en Filadelfia y en Maryland. ¿Te has familiarizado ya con ese poder que hace un año solo percibías de forma tenue?

No dije nada. Ciertamente ya había familiaridad, pero todavía me faltaba algo, algo que desbloqueara los recuerdos profundos a voluntad y me permitiera conducir el tren como yo quería por las vías. Y aun en el caso de que lo tuviera todo por la mano, todavía me acordaba de la advertencia de Harriet cuando me había dicho

que el poder era para mí y no para ellos.

—No carecemos de gratitud ni de admiración, Hiram. Sin embargo, esto apenas salda tus cuentas.

—Estoy aquí —les dije— por voluntad propia, en la medida de lo posible. Decidme qué necesitáis. Pedídmelo y lo haré.

—Bien, bien —asintió Corrine—. ¿Te acuerdas del criado de tu padre, Roscoe?

—Claro —contesté—. Fue quien me llevó a la mansión.

—Pues bueno, Roscoe ha fallecido. Era su hora.

—Lo siento mucho —dije.

—En cuanto Roscoe empezó a decaer —contó Hawkins—, Howell, tu padre, le mandó una carta a Corrine. Quiere que vuelvas y que ocupes el lugar de Roscoe.

—Acuérdate de la inteligencia que íbamos a obtener por medio de mi unión con Maynard —dijo Corrine—. Quizá te gustaría ser la fuente de ese saber. Deseamos conocer la situación de tu padre y el futuro de Lockless. ¿Quieres ayudarnos?

—Quiero —afirmé. La rapidez de mi respuesta los impresionó, porque me estaba comprometiendo a regresar con el hombre que era mi dueño, por mucho que también fuera mi padre—. Pero necesito algo de vosotros.

—Yo diría que ya has recibido mucho —dijo Corrine.

—No más de lo que me merezco.

Corrine me sonrió y asintió con la cabeza.

—Por supuesto —concedió—. ¿Qué deseas?

—Hay dos personas que siguen aquí: una mujer y una chica —les expliqué—. Las quiero sacar.

—Supongo que la chica es la misma con la que te escapaste: Sophia —dijo Corrine—. Y la mujer debe de ser la que te cuidaba en tus primeros días en la casa, Thena.

—Así es. Y quiero que se las conduzca hasta Filadelfia pasando por la célula de la calle Nueve y de Raymond White.

—Ni hablar —se negó Hawkins—. Lo único que conseguirás es atraer a los hombres de Ryland, probablemente sobre nosotros. ¿La chica que se escapó contigo vuelve a desaparecer nada más llegar tú? ¿Y también la mujer que es como una madre para ti? No,

no va a funcionar.

—Y esa tal Thena —dijo Corrine— ya ha superado la edad en que podemos justificar que haga un viaje así.

—Conozco los peligros y conozco los problemas —le dije—. Y no hace falta que sea ahora. Pero lo quiero por escrito. Quiero que me prometáis que cuando llegue el momento oportuno las sacaremos. Escuchadme, no soy el mismo hombre. Sé lo que significa esta guerra y estoy en ella con vosotros. Pero no puedo vivir de los símbolos. Esas mujeres son mi familia, son la única familia que he tenido. Y las quiero fuera de aquí. No podré dormir hasta que estén fuera de aquí.

Corrine me escrutó un momento.

—Lo entiendo. Lo haremos. En el momento oportuno, pero lo haremos. De momento, prepárate. Te marchas mañana. Ya he informado a tu padre de que estás de camino.

De manera que a primera hora del día siguiente me desperté, me lavé y me puse mi antigua ropa, ropa de sirviente, y en cuanto su tela basta me rozó la piel, sentí que se cerraba de golpe una puerta negra ante mis ojos. Ya estaba. Verdaderamente volvía a ser un esclavo. Aquello me causó un extraño alivio, porque el roce de la ropa me ponía en contacto con todos aquellos que sufrían bajo la Servidumbre. Sabía que Corrine había pegado fuego a mi título de esclavo, al título de propiedad sobre mi alma, pero aquello no significaba nada en un lugar donde la sociedad entera me consideraba un esclavo. Y me acordé entonces de Georgie Parks, cuya engañosa libertad estaba supeditada al arresto de cualquier otra persona de color que aspirara a elevarse como había hecho él. Yo no era Georgie. No podía quemar el documento que me esclavizaba hasta que ardiera toda la Servidumbre.

Me reuní con Hawkins en los establos y llevamos los caballos hasta la casa. Allí esperamos en silencio a Corrine, y cuando salió con Amy, entendí realmente la grandeza de la empresa de la célula de Virginia. Llegado a aquel punto ya había visto dos versiones distintas de Corrine, tan alejadas la una de la otra que no parecían

la misma persona. Estaba la Corrine del Tren Subterráneo de Virginia y de la Convención de Nueva York, con su pelo suelto sobre los hombros y su risa libre y estrepitosa. Y estaba aquella otra Corrine, remilgada, que caminaba frente a nosotros como si perteneciera a la realeza, con la cara impecablemente maquillada y aquella aura como de rosa que buscaban todas las mujeres de la Alta Cuna. Pero seguía llevando su ropa de luto y ahora todo el conjunto se había vuelto más elaborado, un velo negro tan largo que, cuando se lo levantaba y se lo echaba atrás, le llegaba a la cintura. Corrine debió de ver mi sorpresa, porque se le escapó una risilla. Luego, con ayuda de Amy, se echó el velo de viuda sobre la cabeza y empezó el juego.

Era raro volver a ver mi tierra desde aquella perspectiva. Ver los bosques por los que tantas veces había corrido, y toda la geografía por la que me había orientado durante mi rigurosa formación. Podía ver todos los abedules, palos fierros y robles rojos vibrando con sus hermosas melenas bermejas y doradas. Justo detrás teníamos las montañas, con sus salientes y brechas por donde el mundo se abría y no había obstáculos para divisar millas y más millas de los frutos de aquella estación de muerte. Pero en mi corazón sentía el miedo de haber regresado a la tierra de los esclavos y de que ahora aquel mundo pudiera verme a mí.

A media tarde ya habíamos llegado a Starfall y pude ver al instante que la decadencia que ya se manifestaba en el momento de irme se había acelerado. Todo estaba demasiado silencioso. Era jueves, día de trabajo, pero cuando entramos en el pueblo lo único que nos recibió fue el viento que alborotaba las hojas de Main Street. Pasamos por la plaza del pueblo, que en otros tiempos había sido escenario de una actividad incesante, y vi que la tarima de madera, desde donde los hombres más excelsos de la Alta Cuna se habían dirigido al pueblo, estaba astillada y podrida y que nadie se había molestado en repararla. Los edificios que antaño habían albergado a tratantes de pieles, carreteros y emporios ahora estaban vacíos. Pasamos junto al hipódromo y vi que se había venido abajo la cerca de pino desde la que antaño había presenciado las carreras, y que el campo había empezado a invadir

la pista.

Eché un vistazo a Hawkins, que iba sentado en el pescante, a mi lado.

—¿Y el día de las carreras?

—Este año no hay —respondió—. Quizá no lo vuelva a haber.

Dejamos los caballos en el establo y cruzamos la calle hasta la taberna. Cuando entramos, vi lo siguiente: un salón de gran tamaño ocupado por una decena de hombres blancos, con apariencia de ser de baja estofa, sentados por todos lados. No había ninguno conversando con los demás, sino que preferían estar sentados a solas con sus cervezas o con sus pensamientos. A la derecha del todo, recogido en una pequeña antesala, había un oficinista atendiendo a su libro de contabilidad. Nadie reparó en nuestra llegada. Pasaba algo raro, aunque no entendí exactamente qué era. Me quedé detrás de Corrine y la seguí hasta el cuarto del oficinista, que no levantó la cabeza de su libro.

—¿Cómo va el cometa de Kentucky? —le dijo Corrine.

Ahora el oficinista *sí* levantó la cabeza, hizo una pausa y contestó:

—Ha descarrilado esta mañana.

Al oír aquello, Corrine miró a Hawkins y asintió con la cabeza. Hawkins fue rápidamente a la puerta y pasó el cerrojo. Dos de los hombres que estaban sentados a las mesas levantaron la vista de sus cervezas, se pusieron de pie y fueron a las ventanas para cerrar las persianas. Y esa fue la segunda vez en lo que iba de día que entendí la genialidad de Corrine Quinn. Os aseguro que me encontraba en un momento tal de mi vida, y que había visto tantas cosas, que habría estado dispuesto a creer que los campos de tabaco de Virginia los había arrasado ella en persona; porque lo que vi ahora, cuando miré a mi alrededor, fue que las caras de aquellos hombres, de aquellos blancos de clase baja, no me resultaban desconocidas en absoluto, sino que eran los mismos hombres a los que había visto entrenar en Bryceton, y de esa manera comprendí exactamente qué estaba sucediendo, allí mismo, en el corazón del antaño legendario condado de Elm: Corrine Quinn había abierto una célula del Tren Subterráneo en Starfall.

Menos de una hora después, todo el mundo estaba reunido. A mí se me dispensó de las reuniones porque ya tenía mi misión, que empezaba por la mañana. Salí de la taberna por la parte de atrás y di la vuelta hasta la calle por donde habíamos entrado. Me subí el cuello de la chaqueta hasta las mejillas y me calé el sombrero. Apenas hacía unos minutos que se había adueñado de mí una curiosidad frenética: ¿qué había sido del barrio de los libertos? ¿Qué había sido de Edgar y Patience? ¿Qué había sido de Pap y Grease? ¿De Amber y el bebé? Se lo podría haber preguntado perfectamente a Hawkins o a Amy, pero creía saber lo que me habrían contestado, porque en el fondo de mi corazón no me estaba preguntando realmente por lo que habría sucedido, sino que conocía muy bien el resultado de la sentencia que le habíamos dictado a Georgie Parks.

Y lo que descubrí entonces fue lo que ya me esperaba, allí a la sombra de la cárcel de Ryland, que a su vez parecía albergar a la mitad de la población de Starfall. El barrio de los libertos estaba en ruinas, pero no era la misma clase de abandono que afectaba ahora al resto de Starfall. Las chabolas habían sido prácticamente destruidas, y lo que quedaba eran tablones negros del fuego y cenizas, y en las estructuras que seguían en pie se veían puertas arrancadas de sus goznes, como si las hubiera embestido una fuerza tremenda. Así estaba la casa de Georgie Parks. Entré y lo encontré todo destrozado: la cama partida por la mitad, una cajonera destruida a hachazos, fragmentos de loza, unas gafas. Me quedé allí un momento, contemplando el fruto de mis acciones, la cosecha de la terrible venganza del Tren Subterráneo, que no solo se había desatado sobre Georgie Parks, sino sobre el barrio entero de los libertos. Y sentí una vergüenza profunda y penetrante. Fue entonces cuando lo vi, en el rincón: un caballito de madera, el mismo que le había regalado a Georgie por el nacimiento de su hijo. Me agaché para recoger el caballito y volví a salir. Ya estaba anocheciendo. La cárcel de Ryland quedaba a una calle de distancia, sumida en un silencio de piedra. El sol ya se estaba poniendo a lo lejos sobre los árboles. Sentí una ráfaga de amenaza gris procedente de la calle abandonada. Me guardé el caballito de

madera en el bolsillo de la chaqueta y seguí caminando.

III

Entretanto, los negros, que habían desembarcado, seguían bailando entre las olas, entonando a pleno pulmón lo que me pareció una canción triunfal...

ALEXANDER FALCONBRIDGE

28

La tarde siguiente cogí el caballo y la calesa de los establos y salí de Starfall, tomando el puente de piedra, Dumb Silk Road y el camino de peaje de Falling Creek en pos del camino que llevaba a Lockless. Me estaba ahogando en una sangría de sentimientos, y lo más sangrante de todo no era el reencuentro inminente con mi padre, ni tampoco la vergüenza de mis últimas palabras a Thena, ni siquiera la perspectiva de ver a Sophia. Todo eso estaba allí, pero lo que se imponía era una esperanza infantil y profundamente arraigada en el hecho de que Lockless se hubiera librado de alguna manera de la decadencia que yo estaba viendo que había arrasado el condado de Elm.

¿Quién sabe por qué amamos lo que amamos? ¿O por qué somos lo que somos? Os aseguro que en aquel momento yo ya me había entregado en cuerpo y alma al Tren Subterráneo. Todo lo que sabía de la humanidad verdadera, de la lealtad y del honor, lo había aprendido durante el último año. Creía en el mundo de Kessiah, Harriet, Raymond, Otha y Mars. Sin embargo, el niño que vivía dentro de mí no había muerto. Era lo que era y no podía elegir a mi familia, ni siquiera a una familia tenía derecho, igual que tampoco podía elegir una tierra que nos rechazaba por igual a todos.

Pero cuando doblé por West Road para entrar en Lockless entendí de inmediato que no se me iba a conceder mi deseo. Igual que la pista del hipódromo, la carretera había empezado a rendirse ante el crecimiento del bosque. Continué mi camino, atravesando los campos, y me di cuenta de que la cuadrilla de trabajo había menguado considerablemente y que cuando los miraba no podía reconocer a nadie.

Me vino un atisbo de esperanza gracias a los huertos de

manzanos, los más cercanos a la mansión, que parecían perfectamente cuidados y no olían a fruta pudriéndose en el suelo. Y todavía en mejor estado que los manzanos se encontraba el jardín de asteres de otoño situados justo detrás de la mansión. Aparqué la calesa en el establo, até al caballo y vi que en todo el establo solo quedaba un caballo, aparte del que yo había traído. El mío estaba sediento y jadeante, de manera que llevé el bebedero hasta el arroyo, lo llené de agua y lo traje otra vez al establo, y cuando contemplé el agua la vi reverberar un poco, la vi reverberar para mí. «Pronto», pensé. Y eché a andar hacia el palacio blanco de Lockless.

Lo vi yo a él antes que él a mí. Yo estaba al final de la carretera, justo delante de la mansión. Él estaba sentado en el porche, detrás de la tela mosquitera, con su ropa de caza, su rifle a un lado y su licor de las tardes al otro. Yo llevaba en la mano una caja de obsequios de parte de Corrine. Ya estaba atardeciendo. El sol de otoño iniciaba su descenso. Me quedé allí mirando un momento y por fin lo llamé:

—Buenas tardes, señor.

Lo vi despertarse y parpadear, y cuando se dio cuenta de a quién estaba viendo se le pusieron unos ojos como platos. Más que correr, se zambulló en la carretera con ansia grotesca, dando manotazos al aire como si sus brazos fueran de agua. Me atrajo hacia sí, hacia su abrazo, allí a la vista de todos, y quedé bañado en su viejo y salvaje olor.

—Hijo mío —dijo. Y luego dio un paso atrás para admirarme, cogiéndome de los hombros, con las lágrimas cayéndole por la cara —. Hijo mío —repitió negando con la cabeza.

No sé qué clase de recibimiento me había imaginado que tendría cuando volviera a casa de mi padre. Mi poder era la memoria, no la imaginación. Pero allí estaba mi padre en persona, y cuando me acompañó hasta el porche y nos sentamos tuve ocasión de analizarlo bien. Parecía haberse convertido en una versión en miniatura del pueblo de Starfall. Yo solo me había marchado un año, pero en aquel tiempo mi padre parecía haber envejecido una década. Se lo veía debilitado. Se le habían

ablandado los rasgos antaño severos y el cuerpo entero parecía hundírsele en la butaca. Tenía ojeras oscuras debajo de los ojos y la cara descolorida y marcada de viruelas. Me dio la impresión de que su corazón se tenía que esforzar con cada latido.

Pero había algo más en mi padre: una especie de alegría por mi regreso, una alegría que yo ya había vislumbrado muchos años atrás, cuando atrapé su moneda al vuelo sin apartar la mirada.

—Por Dios —dijo, examinándome—. Podemos vestirte un poco mejor. Dignidad, hijo. ¿Te acuerdas del viejo Roscoe? Siempre de punta en blanco. Dios le dé reposo a su triste alma.

—Sí, señor —respondí.

—Me alegro de verte, hijo. Ha pasado demasiado tiempo, demasiado.

—Sí, señor.

—¿Cómo has encontrado la casa de la señorita Corrine, hijo?

—Bien, señor.

—No demasiado bien, espero...

—¿Señor?

—¿No te lo ha dicho, hijo? Vuelves a vivir aquí, en Lockless. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien.

—Bien, bien. A ver qué llevas ahí.

Lo ayudé a hurgar entre los obsequios que le mandaba Corrine: una colección de dulces y caramelos y otras bagatelas, incluyendo un volumen de sir Walter Scott. Ya era la hora de cenar y ayudé a mi padre a subir la escalera y a cambiarse para la velada.

—Muy bien. Muy bien —me dijo—. Tienes un talento natural. Pero cámbiate tú también. Creo que el viejo Roscoe era más bajito que tú. Se me ocurre que puedes vestirte con la antigua ropa de Maynard. El chaval tenía más galas de las que podía usar. Aunque lo echo de menos, y mucho. Carajo, menuda pieza estaba hecho.

—Un buen hombre, señor.

—Sí lo era. Pero no tiene sentido dejar que se apolille su ropa. Ve arriba a buscarte un atuendo distinguido, hijo. Puedes ocupar la antigua habitación de tu hermano, aquí en la casa, no en los

túneles de abajo.

—Sí, señor.

—Una cosa, chico. Desde que te fuiste, esto ha cambiado mucho. La vieja casa ya no puede ser lo que era. Hemos perdido a mucha gente. Pero he hecho lo que he podido, y todo lo demás no lo he podido evitar. Hijo, soy viejo. Pero lo único que tengo en mente ahora, en estos momentos, es asegurarme de que alguien bueno herede esta casa y a los sirvientes. Quiero que sepas que es una preocupación personal mía, ¿lo entiendes?

—Sí, señor.

—Hice mal al dejarte ir, hijo. Estaba de duelo, y esa chica, Corrine, en fin, me convenció para que te vendiera. Pero desde que te fuiste no he parado de insistirle para que te devuelva adonde yo sé que quieres estar. Y, por Dios, lo he conseguido. Aquí estás, hijo. Sé que vas a reemplazar perfectamente al viejo Roscoe, igual de bien que serviste a mi Pequeño May. Pero necesito que seas algo más. Antes eras unas simples manos, hijo. Pero tengo manos de sobra. Lo que ahora necesito son ojos. Todo tiene que estar en orden. ¿Puedo contar contigo para eso, hijo?

—Sí, señor —le dije.

—Bien. Bien. Soy un hombre apesadumbrado, no lo puedo evitar. He cometido dos equivocaciones en mi vida. La primera fue dejar ir a tu madre. La segunda fue dejarte ir a ti. Y todo lo hice en pleno arranque de mal genio. Pero se acabó. Soy un viejo, pero también soy un hombre nuevo.

De manera que aquella noche me encontré a mí mismo instalado en la habitación de mi hermano muerto y vestido con la ropa de mi hermano muerto. Y cuando llegó la hora de cenar fui a las cocinas y no reconocí ni una sola cara. Tan solo había dos personas trabajando allí, de las cinco que había sido lo habitual. Y las dos eran ancianas, lo cual daba fe de los apuros que estaba atravesando Lockless. Como no producían hijos, y no les quedaban muchos años de trabajo, los esclavos ancianos eran lo más barato de adquirir. Los nuevos sirvientes habían oído hablar, por sus propias fuentes,

de «lo que había pasado con Ryland», pero parecían extrañamente complacidos de que mi padre pareciera tan complacido conmigo, y me hablaron largo y tendido del orgullo y del pesar que sentía mi padre por mí, pese al hecho de que me hubiera escapado. Creo que esperaban que yo fuera una especie de fuerza estabilizadora en la casa, y quizá hasta rezaban para que lo fuera.

Serví la cena —sopa de tortuga y chuletas— y ayudé a los sirvientes a recoger. Después me llevé a mi padre a su estudio con un vaso de licor vespertino. Una vez concluidas mis tareas, no me quedó más remedio que vérmelas cara a cara con mi vergüenza. Dejé a mi padre allí sentado, en mangas de camisa y chaleco de tartán, perdido en sus ensoñaciones del Lockless de antaño, y me escurrí por detrás de la pared del estudio, rumbo a la escalera secreta que bajaba a los Túneles del servicio. Se había ido mucha gente, y allí donde antaño brillaba la vida, solo encontré un vacío, una fantasmagoría, en todos aquellos aposentos abandonados con sus puertas abiertas y sus objetos personales misceláneos —palanganas, canicas, gafas— olvidados. Mientras caminaba por los Túneles, contemplando todo a la luz de los quinqués, pasando la mano por los marcos cubiertos de telarañas de las puertas de la gente a la que había conocido —de Cassius, de Ella, de Pete—, sentí una gran cólera, no solo porque supiera que se los habían llevado, sino porque también sabía cómo se los habían llevado, cómo los habían separado a los unos de los otros, y cómo yo había nacido de aquella gran separación y había sido construido por ella. Entendí todavía mejor que antes las verdaderas dimensiones de aquel crimen, la totalidad del robo: los pequeños momentos íntimos, el cariño, las peleas y las reconciliaciones, todo había sido robado para que los hombres como mi padre pudieran vivir como dioses.

Mi antigua habitación estaba tal como yo la había dejado, con la palangana, las jarras y la cama. Pero no estaba de humor para inspeccionar nada de aquello, porque acababa de oír a una mujer canturreando en la habitación de al lado. En cuanto reconocí aquella voz, eché a andar lentamente hacia allí, y al empujar la puerta contigua, que estaba entreabierta, vi a Thena dentro,

canturreando para sí misma, con dos agujas agarradas entre los dientes y una prenda sobre el regazo que estaba remendando. Me quedé esperando un momento largo a que advirtiera mi presencia, pero como no lo hizo, me acerqué a ella, cogí una silla y me senté frente a la cama donde estaba sentada.

—Thena... —le dije.

Ella siguió canturreando pero no levantó la vista. Para entonces yo ya había aprendido el precio de mi silencio, el coste de usar mis palabras como escudo de mi corazón. Sabía lo que era sentir que se te había marchado alguien a quien querías mucho, y que ya nunca le podrías decir todo lo que había significado para ti. Pero allí sentado con Thena, a quien creía haber perdido, y cuya grandeza y carácter se habían amplificado gracias a lo que me había contado Kessiah, sentí que ahora tenía una segunda oportunidad y decidí que no iba a desperdiciarla.

—Me equivoqué —le solté sin más. No tenía excusa alguna. No sabía qué otra cosa hacer.

Los sentimientos del año anterior me habían venido completamente de nuevo, y en muchos sentidos yo seguía siendo un niño que no entendía cómo había que sobrellevar aquellos sentimientos. Pero sí sabía que habían quedado muchas cosas sin decir. Y ya no podíamos dar por sentado que íbamos a pasar tiempo juntos.

—He venido a disculparme por lo mal que te hablé la última vez que te vi, por lo mal que te he tratado, a ti, que eres la única familia que tengo, más familia mía que nadie que haya vivido en esta casa.

Al oír esto, Thena levantó la vista un momento y la volvió a bajar, sin dejar de canturrear. Y aunque en su mirada no había compasión, sino que era una mirada fría como el hielo, interpreté incluso aquella mirada de escepticismo como una señal de progreso.

—No me resulta fácil decirlo. Me conoces de toda la vida. Sabes que no es fácil. Pero lo siento. Y llevo muchísimo tiempo viviendo con el miedo a que aquellas palabras fueran las últimas que te dijera. Y verte aquí otra vez..., verte..., escúchame. Me

equivoqué. Y lo siento.

Thena había dejado de canturrear. Volvió a levantar la vista y dejó la prenda, que entonces vi que eran unos pantalones, sobre la cama. A continuación me cogió la mano derecha con las suyas y la apretó con fuerza, evitando mirarme en todo momento, y la oí respirar hondo y después expulsar el aire. Por fin me soltó la mano, recogió la prenda y me dijo:

—Pásame ese retal de pana.

Caminé hasta la cajonera, cogí el retal y se lo alcancé. Y al hacerlo sentí que algo se me arreglaba por dentro. Había perdido a mi madre, era cierto. Pero ahora tenía delante a alguien que había sufrido las mismas pérdidas que yo y que se había unido a mí debido justamente a esas pérdidas, debido a esa misma necesidad, y de esa forma se había convertido en mi única familia indudable en Lockless, tal como me había señalado ella misma. Y aunque había temido que me recriminara mis palabras, lo que yo veía ahora incluso en sus gestos más ariscos era alegría porque hubiera vuelto sano y salvo. No me hacía falta que sonriera. No me hacía falta que se riera. Ni siquiera necesitaba que me dijera cuánto me había querido. Solo quería, en realidad, que me cogiera la mano.

—Bueno, ahora me alojo en el piso de arriba —dije—. En la antigua habitación de Maynard. No me gusta, pero es lo que ha mandado el señor Howell. Si me necesitas, llámame.

Su única respuesta a aquella información nueva fue reanudar su canturreo. Pero mientras estaba saliendo por la puerta oí que decía:

—No has cenado.

Me giré y le dije:

—Hay muchas más cosas que no he hecho.

Regresé a mi antigua habitación y recogí unas cuantas cosas: mi jarra del agua, mis libros, mi ropa vieja y hasta mi antigua moneda de confianza, que seguía sobre la repisa tal como yo la había dejado. Metí aquellas cosas en la palangana y subí la escalera secreta hasta el estudio, donde mi padre dormitaba en silencio.

Llevé mis cosas a la antigua habitación de Maynard y regresé al estudio. Luego acompañé a mi padre hasta su habitación, pasando un brazo por debajo del suyo, lo ayudé a cambiarse y a meterse en la cama y le di las buenas noches.

A la mañana siguiente me vestí, volví a ayudar a mi padre y conduje la calesa hasta Starfall para recoger a Corrine, Amy y Hawkins. Corrine y mi padre almorzaron y pasearon por la propiedad a solas. Al cabo de una hora volvieron y servimos el té. Al anochecer, después de que se marcharan las visitas, le serví la cena a mi padre y bajé a los Túneles a ver a Thena.

Antaño los Túneles habían rebosado de humanidad, de sirvientes cruzándose de un lado para otro, cantando sus canciones, intercambiando historias y desahogando sus quejas, de tal forma que el lugar había sido casi un mundo en sí mismo, y si lo intentabas, podías olvidarte de que estabas cautivo allí. Pero una vez desaparecida toda la calidez humana de los viejos tiempos, los Túneles habían quedado expuestos como lo que habían sido siempre: las mazmorras subterráneas de un castillo, grises y frías, una sensación intensificada por el gran número de fanales que habían ido averiándose y ahora dejaban largas secciones de los Túneles a oscuras.

Cuando llegué, Thena no estaba. Decidí sentarme a esperarla. Llegó al cabo de unos minutos, me miró y dijo:

—Buenas noches.

—Buenas noches —le respondí.

—¿Has cenado?

—No.

Cenamos verduras, tocino y tortas de maíz. Comimos en silencio, como hacíamos siempre cuando yo era niño. Luego, después de limpiar, le di las buenas noches a Thena y volví a mi habitación. Continuamos con esa misma rutina durante una semana. Y luego, una velada exageradamente calurosa, le sugerí que nos lleváramos los platos al final del pasadizo de los Túneles, por donde hacía muchos años yo había entrado con ella. Nos sentamos a comer allí, mirando cómo se ponía el sol sobre el paisaje.

—¿Ya has visto a Sophia? —me preguntó Thena.

—Todavía no —respondí—. Imagino que debe de pasar la mayor parte del tiempo en casa de Nathaniel.

—Pues no —dijo Thena—. Está aquí, en la Calle. Ahora Nathaniel casi siempre está en Tennessee. Así que no hay razón para que Sophia vaya allí. Pero Howell, Corrine y Nathaniel tienen una especie de acuerdo en relación con ella. No puedo decir que lo entienda, pero la dejan bastante en paz.

—¿En paz? —pregunté.

—Hasta que decidan qué hacer con ella, supongo. No tienen costumbre de explicarme las cosas, como ya sabes.

—He de ir a verla —dije.

—Solo si estás listo. Esas cosas es mejor no precipitarlas. Ha cambiado mucho todo por aquí.

El día siguiente era domingo, mi día libre. Esperé hasta la tarde. Entonces, consciente de que en algún momento tenía que verla, y con la sensación de que nunca iba a estar listo, bajé caminando hasta la Calle, hasta el lugar que me había visto nacer. Y tal como me esperaba, la Calle también sufría los efectos del abandono. No había pollos sueltos, y los viejos huertos estaban invadidos de maleza. Eran los últimos días de la sección del enorme imperio sureño que había tenido en Virginia su sede ancestral. Y se ha dicho que la caída de ese imperio es culpa de sus amos, que hicieron que la Alta Cuna se aferrara a las virtudes vacías de antaño, de otra manera quizá aquel imperio habría durado un millar de años. Pero la caída siempre había estado anunciada, porque la esclavitud provocaba que los hombres fueran libertinos y derrochadores en su pereza. Maynard había sido un hombre tosco y aquel había sido su gran crimen. Pero en realidad no era más que un reflejo de la mayor parte de la Alta Cuna. Simplemente le faltaba la astucia necesaria para esconderlo.

La primera mordida del aire invernal ya había alcanzado el condado de Elm, de manera que me entró la nostalgia de los domingos de verano y de los tiempos en que mis amigos de la infancia salían al aire libre para jugar a las canicas y al pillapilla. Thena me contó que Sophia había ocupado la misma cabaña

apartada donde ella y yo habíamos vivido después de la marcha de mi madre. Mientras contemplaba la hilera de cabañas, vi salir a una mujer con una criatura apoyada en la cadera. La mujer acunó unas cuantas veces a la criatura y después levantó la vista y me vio. Me dedicó una mirada de perplejidad y volvió a entrar. Me quedé un segundo allí esperando y por fin la mujer volvió a salir de la cabaña, ya sin la criatura, y solo entonces caí en la cuenta de que era Sophia.

Cuando Sophia volvió a salir, su actitud había cambiado. Se quedó allí, a unos metros de mí, al final de la calle, Sophia, mi Sophia, sin sonreír. No supe qué significaba aquello. ¿Estaría enfadada conmigo porque la había llevado con los hombres de Ryland? ¿Era posible que yo hubiera soñado aquella velada entera en que habíamos estado allí los dos, unidos? ¿Acaso todo había sido un flirteo infantil entre nosotros? ¿Acaso ahora Sophia amaba a otro hombre? ¿Y quién era aquella criatura?

—¿Te vas a quedar ahí plantado todo el día? —me gritó. Y volvió a entrar.

La seguí hasta la antigua cabaña de Thena y me asaltaron los recuerdos del día en que me había presentado allí sin nada más que mis raciones. Pero no había mucho tiempo para esas cosas. Y cuando me asomé al interior, vi que Sophia volvía a tener a la criatura sujeta a la cadera, meciéndola como había hecho fuera y cantándole una canción.

—Hola —le dije.

—Vaya, hola, Hiram —dijo Sophia.

Tenía un aire petulante, aunque no conseguí entender si era su habitual actitud provocadora o bien algo más profundo. Se sentó en una silla junto a la ventana y me invitó a tomar asiento en la cama. La criatura tenía la piel más o menos del mismo tono que la mía, y estaba balbuceando por lo bajo en los brazos de Sophia. Solo entonces empecé a hacer cálculos. Habían cambiado muchas cosas. Debí de dar alguna señal de aquella consciencia, quizá enarqué una ceja o abrí mucho los ojos, porque Sophia chasqueó la lengua, puso los ojos en blanco y dijo:

—No te preocupes. No es tuya.

—No estoy preocupado —contesté—. Ya no estoy preocupado por nada.

Cuando le dije esto vi que se relajaba un poco, como si estuviera intentando mantener la misma distancia fría que me había mostrado al llegar. Se puso de pie y se acercó a la ventana sin dejar de mecer al bebé.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Caroline —me dijo, todavía asomándose a la ventana.

—Es un nombre precioso.

—La llamo Carrie.

—También es precioso.

Ahora se sentó delante de mí, pero evitando mirarme a los ojos. Se concentró en la criatura, pero lo hizo de tal manera que me di cuenta de que la niña era una excusa para no mirar en mi dirección.

—No pensaba que fueras a volver —me dijo—. Nadie vuelve aquí. Oí que Corrine Quinn se había hecho con tu propiedad. Alguien dijo que estabas en las montañas. En las minas de sal, se decía.

—¿Y quién lo dijo? —pregunté, riendo por lo bajo.

—No tiene gracia —me respondió—. Estaba preocupada por ti, Hiram. Te lo digo de verdad, estaba muerta de preocupación.

—Bueno, no me escondía en ninguna mina. Es verdad que he vivido en las montañas —le dije—. En Bryceton. Pero no había minas. No estaba nada mal, de hecho. Es bastante bonito. Tendrías que visitarlo.

Ahora fue Sophia quien se rio y dijo:

—Y has vuelto hecho un bromista, ¿eh?

—Hay que reírse, Sophia —le dije—. He aprendido que en esta vida hay que reírse.

—Pues sí. Aunque a mí cada vez me cuesta más. Necesito pensar en cosas buenas y tiempos mejores. ¿Sabes que hablo de ti, Hi?

—¿Con quién hablas de mí?

—Con mi Carrie. Se lo cuento todo.

—Ajá. No parece que haya mucho más de lo que hablar. Todo

está vacío.

—Sí —dijo Sophia—. Se han ido muchísimos. Hemos perdido a muchísimos. Se los ha llevado Natchez. Tuscaloosa. Cairo. Se los han llevado a esa gran nada. Y la cosa empeora a diario. Solo hace dos semanas estuvo aquí Long Jerry, el que trabajaba en casa de MacEaster. Yo estaba segura de que era demasiado viejo para que se lo llevaran. Estuvo aquí, aquí mismo, con una cesta de boniatos, trucha y manzanas que nos había traído de regalo. Hasta vino Thena. Lo freímos todo y celebramos una buena cena todos juntos. Solo hace dos semanas. Y ahora ya no está.

»Se han ido muchísimos, Hi. Muchísimos. No sé cómo mantienen a flote este lugar. Había una chica llamada Milly que estuvo por aquí hace unos meses. Una chica preciosa, esa fue su desgracia. No duró más que una semana. Se la llevaron a Natchez. A la trata de mujeres.

—Pero tú sigues aquí —le dije.

—Ciertamente, ciertamente —respondió.

Ahora Caroline empezó a moverse y a retorcerse en brazos de su madre hasta que consiguió girar la cabeza y echarme un buen vistazo. Se me quedó mirando, con unos ojos cargados de intenciones profundas, contemplándome de esa manera en que lo hacen los niños pequeños cuando les ponen delante a alguien a quien no conocen. Yo nunca había sabido qué hacer con aquella mirada. Me incomodaba. Pero no era solo eso, porque aquella mirada, con toda la intensidad de su examen, también era la herencia de su madre. Quizá fueran todos los momentos que yo había pasado evocando aquella cara, recreando sus detalles. Y ahora se le añadió algo más, un cálculo nuevo. Caroline tenía la misma caída de ojos que su madre, pero el color —un gris verdoso nada común— le venía de otra parte. Lo supe porque mis ojos eran del mismo color, un color legado de los Walker, que no solo había heredado yo, sino también mi tío Nathaniel.

Mi expresión debió de volver a traicionarme, porque Sophia chasqueó la lengua, se pegó a Caroline al cuerpo, se puso de pie y se dio la vuelta.

—Ya te lo he dicho. No es tuya.

Ahora sé lo que es sentir cosas que no tienes derecho a sentir, aunque en realidad ya lo sabía entonces, por mucho que no supiera describirlo. Lo que recuerdo de aquel momento es que una mitad de mí quiso alejarse de Sophia, no volver a hablar con ella nunca, desaparecer en el Tren Subterráneo y olvidarme de aquella chica que no quería ser *mi* Sophia. Pero otra parte de mí, concebida en las penurias de mi madre y criada en el Tren Subterráneo, la misma parte que había quedado deslumbrada por la «universidad» de los bosques de Nueva York, la misma parte que había encontrado la sabiduría necesaria para decirle a Robert que no existe nada puro y que hay que dar gracias a Dios, se quedó escandalizada de encontrar aquel resentimiento todavía cuajado en mi interior.

Miré cómo Sophia observaba un momento al bebé, me aparté un poco y le dije:

—¿Cuántos quedamos, pues?

—No lo sé —respondió ella—. Nunca supe cuántos éramos, para empezar. Y por el bien de mi corazón, hace tiempo que dejé de contar a los que se iban. Está claro que vivimos los últimos días de Lockless. Nos están matando, Hi. Y no solo aquí. Por todo el condado de Elm. Nos están matando a todos. —Se volvió a sentar con Caroline—. Pero tú has vuelto. Y parece que te ha ido bien. Ha sido una bendición para mí verte volver con nosotros, renacer por segunda vez en tu vida; la primera, escapando del Goose, y la segunda, de las fauces de Ryland. Esto debe de tener un significado poderoso, porque no estamos en Natchez, sino aquí el uno delante del otro. Debe de haber un significado en nosotros, pienso. Un significado muy muy poderoso.

Pero el descubrimiento de aquel significado tendría que esperar. Aquella noche volví andando a casa para atender a mi padre y darle la cena. Luego bajé a los Túneles y me reuní con Thena para cenar. No había ningún movimiento, ni en los pasadizos ni arriba en la casa. Me dio la sensación de que estábamos solos en algún confín remoto del mundo, y entendí un poco mejor cómo debía de

haber sido la vida durante los primeros días de Lockless, cuando solo estaban el patriarca y su equipo de sirvientes rodeados de naturaleza.

Al terminar, salimos y nos sentamos al final del túnel principal.

Thena me echó un vistazo y dijo:

—O sea, que has ido a verla.

Miré el suelo y negué con la cabeza.

Thena se rio para sí misma.

—Me podrías haber avisado —le dije.

—¿Igual que me avisaste tú entonces?

—Aquello fue distinto —repliqué.

—No, fue lo mismo. Tú juzgaste que no era asunto mío. Yo no estaba de acuerdo. Pero no veo cómo el hecho de contarte que a la chica la habían abandonado con la cría me podría convertir en otra cosa que en una fisgona. Hay cosas entre vosotros dos que no son asunto mío.

Tenía razón. Me volví a acordar de la última vez que la había visto antes de escaparme. Rememoré la aspereza de mis palabras y supe que, por mucho que me disculpara ahora por el dolor que le había causado, la ruptura era real. El niño se había marchado de casa. No podía regresar.

—Ni siquiera estoy enfadado con ella —le dije—. Tampoco es que fuera mía.

—No.

Caroline debía de tener, según mis cálculos, unos cuatro meses, lo cual quería decir que Sophia ya estaba embarazada cuando me intenté escapar con ella. Y conociendo su intelecto y su independencia, y acordándome de todas nuestras conversaciones, entendí que no era solo que hubiera estado embarazada al escaparnos, sino que probablemente se había escapado justamente porque estaba embarazada.

—Thena, me da la sensación de que por entonces tenía razones para escaparse, razones que no quiso compartir conmigo.

—Pues sí.

—Y eso me ha provocado... sentimientos. Por ejemplo, me

acuerdo de que le abrí mi corazón a esa chica. Y cuando me escapé, lo hice exponiendo todas mis motivaciones. Sin olvidarme de ninguna.

—Sin olvidarte de ninguna, ¿eh?

—Exacto.

—Ya veo. Escucha, te voy a decir algo. Nadie es sincero al ciento por ciento, Hi. Y mucho menos dos chavales como vosotros. Los dos colados el uno por el otro.

—No mentí —le dije.

—Ja. «Sin olvidarte de ninguna...» —Thena negó con la cabeza—. ¿Estás seguro de eso? ¿Seguro que lo estás contando todo? Porque te aseguro que no me da la sensación de haberlo oído todo. Y me apuesto mis raciones de la semana que viene a que Sophia tampoco.

29

El otoño dio paso al invierno y nuestros días se volvieron grises y fríos; nuestras noches, solitarias y tristes. En aquellos primeros días, yo hacía el mismo trabajo que había tenido Roscoe, aunque mis deberes eran más livianos porque el número de invitados que pasaban por la casa era menor. Los viejos tiempos de la realeza del condado de Elm, de los parasoles y las caras empolvadas, del pastel de almendras y las partidas de naipes, aquellos viejos tiempos en que yo asombraba a fiestas enteras con la magia de mi memoria ya se habían terminado. De vez en cuando visitaban a mi padre sus amistades de más edad, tan ancianas como él. Se pasaban horas denunciando a los jóvenes de la Alta Cuna, que se dejaban deslumbrar por las historias de las tierras sin límites del oeste y abandonaban sus derechos de nacimiento virginianos. Todavía quedaba mi tío, Nathaniel Walker, que retenía a Sophia y por alguna razón conservaba todas sus tierras. Pero aparte de un pequeño equipo de mantenimiento, todos sus sirvientes se habían marchado al oeste. Harlan seguía en Lockless, presionando a los sirvientes para que le extrajeran todo lo que pudieran a la tierra agonizante. Pero su mujer, Desi, ya no gobernaba la casa, porque las tareas domésticas se habían reducido tanto que ya no hacía falta su intervención. La compañera más constante de mi padre era Corrine, a quien, sin importar que Maynard hubiera muerto, él seguía considerando la hija que no había tenido nunca. Llegaba con su atuendo de viuda, a bordo del carruaje que conducía Hawkins. Consolaba a mi padre. Y le dejaba que la entretuviera con historias de aquella otra era previa a los campos yermos, cuando las cosechas incesantes de tabaco engalanaban todo el año las haciendas.

Pese a todo, la obligación de hacerle compañía a diario recaía

sobre todo en mí. De forma que todas las noches, después de prepararle la cena, y de comerme la mía con Thena, atendía a la chimenea del salón, servía sidra caliente y escuchaba cómo el último señor verdadero de Lockless desgranaba sus pesares. Empezamos a caer en un arreglo extrañísimo, que de hecho había sido mi deseo secreto de juventud. Yo le servía, pero la naturaleza de nuestra relación había cambiado hasta el punto de que ahora, durante aquellas noches tristes, con la lámpara de aceite proyectando sus largas sombras sobre los antiguos bustos familiares, mi padre me pedía que me sentara y bebiera con él. Y en aquellos momentos me daba la impresión de que el mundo entero se había derrumbado, de que se había desplomado en el foso de Natchez y de que yo era el último y único testigo. Durante una de aquellas veladas, y después de haber consumido bastante sidra, mi padre se puso a hablar del más grande de sus pesares: Maynard Walker.

Al principio parecía que estaba hablando sin ton ni son, pero luego su discurso se centró y de él salió un lamento que iba mucho más allá de Maynard.

—Mi padre nunca me quiso —dijo—. Corrían otros tiempos, hijo. No era como hoy, cuando ves a los jóvenes divirtiéndose por ahí. A mi padre lo único que le preocupaba era la posición social. Todos mis actos tenían que honrar mi linaje. Por supuesto, me casé con una dama, que en paz descanse, aceptablemente atractiva. Pero no era la chica de mis sueños, y ella lo sabía. De forma que cuando nació Maynard, decidí que no lo pondría nunca en esa misma situación.

»Quería que hiciera con su vida lo que le dictara su naturaleza. De forma que le di manga ancha, y resultó que fue demasiado ancha. Era imposible de manejar. No estaba hecho para la alta sociedad, y yo, que tampoco amaba precisamente aquellos ambientes, no hice nada para persuadirlo. Y cuando murió su madre, en fin..., fue hijo mío.

Hizo una pausa. Ahora tenía la cabeza apoyada en las manos y noté que estaba haciendo todo lo posible para no romper a llorar. Por fin apartó las manos y se quedó mirando el fuego un momento

largo.

—Casi me da la sensación de que morirse fue lo mejor que le podía pasar al pobre May. Sé que fue un alivio para mí. Es terrible decirlo. Pero aquí ya no había nada para él, ¿me entiendes? Yo no lo había educado para esta vida. Incluso yo a duras penas había sido educado para ella. Y además ahora todos los jóvenes se están yendo al oeste. Lo habría desollado un indio o lo habría dejado sin blanca algún estafador. Lo sé: el chaval no estaba preparado, y la culpa era mía.

»No soy un buen hombre, Hiram. Tú lo sabes mejor que nadie. No he olvidado lo que se te ha hecho.

Recuerdo que mi padre todavía estaba mirando el fuego cuando me dijo aquello. Estaba todo lo cerca que podía estar de una confesión, de una disculpa, por un acto que yo conocía pero que no recordaba. Y a pesar de que estábamos los dos allí sentados, con nuestras respectivas sidras, lo más cerca que podían encontrarse en Virginia la Alta Cuna y la Servidumbre, aun así no fue capaz de mirarme ni hablarme con sinceridad. Estaba tan poco preparado para el arrepentimiento como Maynard para gobernar la hacienda. Su mundo —el mundo de Virginia— estaba construido sobre unos cimientos de mentiras. Y seguramente si los hubiera hundido ahora, a su edad, eso lo habría matado.

—La tierra, la gestión de los negros, requiere una mano especial —me explicó—. Siempre se me dio mal. Y lo extraño es que siempre me pareció que eras tú quien tenía esa mano. Eras más frío que todos nosotros, más frío que Maynard y más frío que yo, quizá por lo que se te había hecho. Pero tenías la madera necesaria, y estoy convencido de que en otra época se podrían haber intercambiado nuestros destinos y tal vez yo habría sido el hombre de color y tú habrías sido el blanco.

Esto lo oí igual que un hombre anciano oye que un amor suyo de juventud que nunca lo correspondió le confiesa sus sentimientos verdaderos de aquella época ya remota: con la misma mezcla de indiferencia y nostalgia, como cuando la lluvia reabre una antigua herida, el fantasma de un sentimiento antaño profundo pero que ya no es más que un recuerdo perdido de lo que parece otra vida.

Y en la presente vida miré a mi padre y noté que se estaba quedando adormilado. Cogí mi vaso, todavía medio lleno de sidra, y subí a su estudio de la segunda planta. Allí seguía el sifonier de caoba, el mismo que había reparado hacía un año. Di un trago de sidra, la dejé en la repisa de la ventana y me puse a abrir cajones. Dentro encontré tres gruesos libros de contabilidad. Me pasé la hora siguiente leyéndolos con detenimiento, memorizándolos. Los tres juntos formaban una imagen, una imagen bastante lóbrega que me ayudaría a completar mi misión, de acuerdo con Corrine, y a evaluar la situación que vivía Lockless.

Cuando terminé, cerré los libros y los devolví al sifonier. Me acordé de cuando Maynard y yo éramos chicos y él hurgaba entre las cosas de nuestro padre. Me reí para mis adentros y abrí un segundo cajón. Dentro hallé una caja de madera pequeña pero bien decorada. Se me ocurrió sacarla y abrirla, pero me volví a acordar de Maynard y de lo avergonzado que me sentía yo cuando lo veía hurtar cosas de nuestro padre. Así que cerré el cajón y volví abajo. Mi padre estaba roncando un poco. Lo desperté para llevarlo a la cama.

—Tengo planes para ti, chico —me dijo—. Planes.

Asentí con la cabeza y me moví para ayudarlo a levantarse del sillón. Pero él me miró como si fuera un condenado a muerte, o como si tuviera miedo de que si se dormía, nunca más se volvería a despertar.

—Cuéntame una historia —me pidió—. Por favor, la historia que sea.

De forma que me retiré y fui a sentarme en mi sillón, reclinado hacia atrás, y de repente me sentí envejecer de golpe, porque la sala se llenó de los espectros de los Caulley, los Mackley y los Beacham, de todas las familias de la Alta Cuna que alguna vez me habían pedido una historia o una canción. No, pensé. No estoy yendo lo bastante lejos. Y con mis palabras cogí a mi padre de las manos y retrocedí en el tiempo, de vuelta al monumento de piedra que había en los campos, de vuelta a los cuchillos de monte, a los gatos monteses y los osos, a los sirvientes que cargaban piedras y desviaban arroyos, de vuelta a los tiempos de nuestro patriarca.

Al día siguiente Hawkins trajo a Corrine de visita desde Starfall, donde se había instalado una temporada. Bryceton había quedado en manos de Amy y de los demás agentes capaces de mantener la coartada. Durante aquellas visitas yo hablaba con Hawkins y le entregaba toda la información que había podido recoger. Y eso hicimos aquel día. Bajamos hasta la Calle, la mayoría de cuyas cabañas estaban abandonadas, creyendo que eso nos proporcionaría la intimidad que necesitábamos. Conservaba la esperanza de ver a Sophia, aunque había empezado a guardar las distancias con ella. Me sentía dividido por dentro. Los intensos sentimientos de hacía un año no se habían apagado, y de hecho se habían intensificado, hasta el punto de que me ponía enfermo saber que ella estaba en Lockless pero no conmigo. Y esa enfermedad me asustaba, porque ahora sabía que una parte de mi bienestar se encontraba en manos de alguien que tenía sus propias motivaciones y planes secretos.

—¿Cómo lo ves, entonces? —me preguntó Hawkins.

Estábamos sentados en una de las cabañas abandonadas más cercanas a la mansión y más alejadas de la casa de Sophia. Veíamos los campos de tabaco, ahora casi todos en barbecho.

—No muy bien —le dije—. No demasiado bien.

—Sí, ya sé —repuso Hawkins, contemplando los campos—. Esto parece muerto.

—El condado entero parece muerto. No viene nadie de visita. Nadie acude a tomar el té, ni a cenar, ni participa en reuniones sociales.

—Sí, no estoy seguro de cómo piensa Corrine que esto nos va a llevar a ninguna parte. Quizá termine siendo bueno que no se haya casado con el chaval.

—Una cosa sí te digo: se habría casado con una montaña de deudas.

Hawkins me miró.

—¿De cuánto hablamos?

—Bueno, de los círculos sociales no se puede extraer mucha

información porque no los hay —respondí—. Pero anoche eché un vistazo a los libros de contabilidad. Howell está con el agua al cuello. Hasta el último palmo de sus tierras tiene intereses. Está intentando ganar tiempo. Esperando que le llegue alguna ayuda.

—Vaya, vaya —dijo Hawkins—. Supongo que tiene lógica. La riqueza estaba en la tierra, y ahora la tierra se ha convertido en polvo. Mi padre solía contarme historias de la tierra y de lo roja que era. Pero la agotaron para sacarle todo el tabaco que pudieron. Es una lástima, te lo aseguro. En este condado tenían todas las tierras que querían y más, y ahora que ya no queda nada, se largan al oeste.

—Y se llevan a sus sirvientes —le dije.

—Así es.

—¿Qué pasa con su hermano, con Nathaniel? ¿Le está echando una mano?

—Por lo que se ve en los libros, le ha echado varias manos. Y Howell no le ha devuelto nada. Era una inversión a fondo perdido, sospecho.

—Ja —dijo Hawkins—. Nathaniel es listo. Todo lo listo que se puede ser en este negocio. Ya se ha ido a Tennessee. Se mudó allí cuando era el momento de mudarse. De eso trata el juego, ya sabes. De agotar la tierra y seguir avanzando. Un día se les acabará la tierra y entonces no sé lo que harán.

Caminamos de vuelta a la casa para reunirnos con Corrine. Justo antes de llegar al camino de entrada de la hacienda, Hawkins se detuvo.

—No puedo parar de dar vueltas a algo que has dicho ahí —expuso—. Su propio hermano lo ha dejado en la estacada, ¿no?

—Eso parece.

—Sigue mirando los libros. Puede que saquemos algo de ahí.

Pero había quien sacaba beneficio de la nueva situación, y de las formas más insospechadas. Ahora Thena ofrecía sus servicios y hacía la colada no solo para Lockless, sino también para un buen número de viejas haciendas vecinas que habían vendido a sus

lavanderas. Y había llegado a un acuerdo con mi padre que le permitía dividirse las ganancias con él con tal de comprar algún día su propia libertad.

—¿Y adónde irás? —le pregunté. Me encaminaba con ella hacia los establos, porque ahora me habían reclutado como conductor para aquella asociación.

—Más lejos que tú —dijo con una sonrisa sarcástica.

Nos encajonamos en una de las calesas antiguas, que era recia pero databa de los años mozos de mi padre, y nos alejamos por el camino. En el cruce con la carretera principal de la hacienda vi a Sophia allí de pie, cubierta con un chal de cuello para abajo. Del chal asomaba la cabecita de Carrie. Thena me pidió que parara. Obedecí y me apeé del carruaje.

—¿Viene con nosotros? —le pregunté a Thena.

—No te pongas tan contento —dijo Sophia.

—Ha estado viniendo conmigo —dijo Thena recogiendo a Carrie de brazos de Sophia, que a continuación, sin esperar a que la ayudara nadie, se subió a la parte de atrás.

Volví a mi sitio en el pescante, cogí las riendas para azuzar al caballo y le pregunté:

—¿Cuánto tiempo lleváis haciendo esto?

—Una gran parte del tiempo que estuviste fuera —me dijo Sophia—. Cuando volví, necesitaba ayudar de alguna forma distinta de como ayudaba antes. Empecé a echar una mano a Thena con las coladas, hasta que llegó Caroline y ya no tuve manos para ayudar.

—Resolvimos algunos asuntos —dijo Thena—. Tuvimos bastantes conversaciones.

—¿Sobre qué? —pregunté.

—Sobre ti —respondió Thena.

Negué con la cabeza, solté un soplido despectivo entre dientes y todo quedó un rato en silencio, hasta que doblamos por Hookstown Road y a Thena empezaron a brotarle los viejos recuerdos:

—Tenía familia por toda esta zona —nos contó—. Tíos, tías y primos. Necesitaba saber con quién me podía casar y con quién no.

Había muchísimos lazos. Era la gente de más edad quien los recordaba. Sabían quiénes estaban emparentados y quiénes no.

—Para eso servían —dijo Sophia—. Para conservar las historias. Para mantener la sangre limpia.

—Pero ya no están —repuso Thena—. Todos los que tenían ese conocimiento se han marchado, y ahora nos vemos reducidos a hacer conjeturas basadas en una nariz o en unas cejas o en una conducta determinada. Supongo que no importa demasiado. Teniendo en cuenta los pocos que quedamos, como venga otro año como este en Elm ya solo quedará el polvo.

Seguimos nuestro camino, haciendo paradas para recoger la colada de todas las viejas mansiones. Los árboles habían cambiado de color y depositaban alfombras marrones en el suelo del bosque. La luz invernal le confería un resplandor fantasmagórico a las viejas mansiones, donde hacía solo un año habían palpitado sus últimas energías y sentimientos. Ahora la mayoría era como Lockless, reducidas a unas nóminas minúsculas de empleados, y me dio la sensación de que el invierno no solo estaba marchando sobre Virginia, sino especialmente sobre el condado de Elm, y de que no tenía intención de volver a irse.

Noté que Carrie se inquietaba en la parte de atrás del carro. Thena me pidió que parara y los dos nos quedamos mirando cómo Sophia cogía a la criatura en brazos y se la llevaba meciéndola y cantándole a un campo cercano. Thena desenvolvió un pedazo de cerdo en salazón y lo compartió conmigo.

Sophia volvió con Carrie, todavía meciéndola y cantándole:

Who's been here since I been gone?
A pretty little girl with a blue dress on.

Seguimos adelante y Thena retomó sus reminiscencias:

—Ese camino de ahí solía llevar a la granja de Phinny —nos contó—. Ahí tenía yo a un montón de familia. Tenía una tía que había sido cocinera del primer Phinny, del original. Y en los tiempos en que yo era una renacuaja montaban unas reuniones sociales enormes en los barracones de la granja.

—He oído decir —intervine— que, ya en mi época, Phinny Segundo era conocido sobre todo por sus maldades. Cuentan que disparó a Pap Wallace y lo llenó de plomo por no querer someterse a un castigo.

—¿Y quién te lo contó? —preguntó Thena.

—Mi tío Creon —respondí.

Nos quedamos un rato callados a bordo del carruaje. Ya era media tarde y todavía teníamos que parar en casa de Granson antes de volvernos para Lockless.

—¿Creon era tu tío? —me preguntó Thena.

—Ya lo creo.

—Solía bajar a la Calle por las noches. Rondaba la casa de tu madre para llevarse cualquier sobra que ella tuviera. No fueron sus mejores tiempos. Me acuerdo bien de él.

—Yo también me acuerdo de él. Pero es lo único que recuerdo de aquella época. Lo veo en la puerta y el resto es niebla.

—Quizá sea mejor así —dijo Sophia—. Nunca se sabe qué acecha detrás de esa niebla.

—No puede ser mejor de ninguna manera —dije yo.

Paramos en casa de Granson. Caroline estaba durmiendo y Sophia la envolvió en su chal y le hizo un hueco entre la colada, que venía en forma de fardos hechos con sábanas atadas. Luego se agachó para recoger un fardo del suelo y echarlo al carro.

—Yo lo subo —la detuve.

—Déjame ayudar —protestó.

—Ya has ayudado bastante —le contesté, con más pasión en mis palabras de lo que pretendía.

Sophia abrió mucho los ojos pero no dijo nada. Se volvió a la calesa y Thena y yo seguimos cargando la colada.

Llegamos de vuelta a casa cuando el sol todavía estaba suspendido sobre los árboles. Sophia se apeó del carruaje, se despidió de Thena y por fin se giró hacia mí. Solo entonces me di cuenta de que algo le había sentado mal.

—Así que esto es lo que hay, ¿no? —me dijo. Ahora llevaba a Carrie atada a la espalda con su chal.

—¿Cómo? —le pregunté indignado.

—¿Esto es lo que eres? ¿Así has vuelto?

—No entiendo qué...

—No te atrevas a mentirme. No te atrevas después de volver aquí. No te atrevas. Se suponía que tenías que ser mejor. Te dije que fueras mejor. Te dije que no pensaba cambiar a ningún hombre blanco por uno de color. Y ahora mírate, amargado por lo que no tienes, por lo que ningún hombre debería intentar poseer. Se suponía que eras mejor.

Echó a andar por el camino y su rabia quedó de manifiesto en su forma de temblar mientras se alejaba.

Cuando volvimos a la casa, descargué la colada mientras Thena empezaba a hacer la cena. Luego fui a la cocina, recogí la cena de mi padre y se la llevé. Mi padre quería compañía mientras cenaba, de manera que me quedé allí viéndolo cenar mientras él me interrogaba sobre la jornada. Me retraje en mí mismo hasta que mi cara fue una máscara servil. A continuación bajé por la escalera secreta hasta la habitación de Thena. Nos sentamos a su mesa y cenamos en silencio como siempre. Cuando terminamos, me miró y me dijo:

—Estás castigando a esa chica.

—Yo...

Thena me interrumpió.

—La estás castigando.

Volví a subir y me encontré a mi padre en la biblioteca, hojeando un libro. Fui al comedor y le recogí el plato. Luego le calenté la sidra, se la llevé y me retiré a mi dormitorio de arriba. El viejo caballito de madera que le había tallado al hijo de Georgie estaba en la repisa. Lo recogí y lo acaricié con los dedos. Pensé en las palabras de Sophia, en su mandato de que fuera *mejor*. Salí de mi habitación, crucé la biblioteca, pasando junto a mi padre ya adormilado, bajé a los Túneles y salí por el pasadizo. Me alejé por el largo sendero hasta el otro lado de los huertos y del bosque, hasta llegar a la Calle. Y caminé hasta el final, donde me encontré a Sophia sentada en los escalones de la entrada, sola.

Sophia me clavó la mirada más gélida que se pueda imaginar y entró en la cabaña. Caminé hasta la puerta y me asomé al

interior, donde Carrie dormía en la cama. Sophia estaba evitando mirarme. Me senté a su lado.

—Lo siento —le dije—. Lo siento muchísimo. Siento todo lo que te he hecho pasar, lo siento muchísimo.

Entrelacé los dedos con los suyos. Todos los días que me había pasado soñando con ella, todas las horas que había pasado preguntándome si estaría perdida por el mundo, y todo mi asombro al enterarme de que había vuelto a la casa, todo el tiempo que había dedicado a preguntarme qué sería de ella en la casa y a quién querría y quién la querría a ella, todas aquellas horas de sueños y fantasmas y susurros tristes, ahora todo se había hecho realidad, todo estaba allí, entre mis dedos.

—Quiero ser mejor —le dije—. Estoy intentando ser mejor.

Y Sophia se llevó mi mano a sus labios y la besó y luego se giró hacia mí y me dijo:

—Quieres que sea tuya, lo entiendo. Lo he entendido siempre. Pero lo que tienes que comprender es que para que pueda ser tuya, nunca debo ser tuya. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? Nunca debo pertenecer a ningún hombre.

Sophia, mi Sophia... Las ideas que yo tenía y las vidas que había creído que podíamos construir juntos eran unas ideas y unas vidas que habían existido solo en mi cabeza, formadas a partir de mis ambiciones solitarias e individuales. Me quedé allí sentado mirándole la caída de ojos. Era preciosa, igual de preciosa que decían que había sido mi madre. Y supe, viéndola allí, que aquellas ideas y vidas nunca habían tenido en cuenta a Sophia, a la mujer que ella se consideraba. Porque, para mí, *mi Sophia* no había sido una mujer. Había sido un emblema, un adorno, el símbolo de algo perdido largo tiempo atrás, de alguien a quien ahora solo vislumbraba en la niebla, de alguien a quien no podía salvar. Oh, mi querida madre de sombras. Los gritos. Las voces. El agua. Te perdí, madre, te perdí, y no pude hacer nada para salvarte.

Pero tenemos que contar nuestras historias y no dejarnos atrapar por ellas. Eso pensaba yo aquella noche, en aquella vieja cabaña de la Calle. Y por eso me metí la mano en el bolsillo y saqué el caballito de madera que había recogido de casa de

Georgie y se lo puse en las manos a Sophia.

—Para Carrie —le dije.

Sophia se rio por lo bajo.

—Es un poco pequeña para esto, Hi.

—Lo estoy intentando —respondí sonriente—. De verdad.

30

Al final, Thena, Sophia, la pequeña Carrie y yo éramos lo único estable que quedaba en Lockless. Nos ataban los poderes de la sangre. Sophia era la elegida de Nathaniel y Carrie era su hija. Yo era el hijo de mi padre, y en cuanto a Thena, en fin, mi padre la veía como el símbolo de unos tiempos pasados. Él había vendido a sus hijos, un acto que en su mente era la vuelta de tuerca que había marcado el fin de la Virginia que él había conocido. Nunca lo admitiría, pero mi padre evitaba hablar mucho con Thena, y si iba caminando por la propiedad y la veía acercarse, daba media vuelta. Ahora creo que su intención al mandarla a hacer la colada de otras casas era aliviar de alguna forma la culpa que le producía haber vendido a sus hijos en el hipódromo.

Fuera o no por culpa, había conservado a Thena, y los cuatro juntos acabamos formando una especie de unidad familiar en aquellos días grises. Adoptamos una especie de rutina. Cenábamos juntos. Al terminar yo atendía a mi padre y después acompañaba a Sophia y Caroline de vuelta a su cabaña en la Calle. Una noche las estaba acompañando a casa cuando Sophia me dijo, refiriéndose a Thena:

—Ya sabes que se está haciendo vieja.

—Así es —le dije.

—Tiene una vida dura, Hi, una vida dura para una mujer: hacer la colada, cargar con ella, hacer jabón, preparar la sosa cáustica. Yo la ayudo como puedo, pero es duro. Me alegro de que hayas vuelto. La pobre necesitaba un respiro. Dile que descanse mañana. La colada la podemos hacer tú y yo. Y podemos hacer la recogida el lunes también.

A la vuelta le conté nuestro plan a Thena. Me miró e hizo un intento de protestar, que solo remitió tras insistir en que ella

cuidaría de Caroline mientras nosotros trabajábamos. El día siguiente era domingo y Corrine vendría a llevarse a mi padre a la iglesia. Como Hawkins los estaría sirviendo a ambos, yo podía asumir el trabajo extra. Aquella noche me quedé despierto en la cama pensando en Thena y en sus planes. Todavía conservaba la esperanza de que el dinero de sus coladas le comprara sus últimos días en libertad. Yo no seguía su plan sino el mío, el plan del Tren Subterráneo. Había llegado el invierno y las noches se alargaban. Pensé en Kessiah y en la cara que se le pondría cuando se enterara de que le habíamos traído a su madre. Y pensé, ya entonces, que en aquella cara yo no solo veía el cumplimiento de una promesa, sino también la curación de una antigua herida que había en mí.

La colada no era una tarea fácil. Nos encontramos a primera hora de la mañana, con el cielo todavía negro e iluminado por los puntitos de las estrellas y la tajada de luna. La primera hora nos la pasamos sacando agua del pozo y llenando los calderos. Después, mientras yo reunía la leña y encendía los fuegos, Sophia separó las prendas y buscó las que tenían desgarrones. Aquellas se las dio a Thena, a quien no habíamos conseguido mantener ociosa del todo, para que las remendara. Con los fuegos encendidos y los calderos negros calentándose, tendimos las prendas y las sábanas y las azotamos para quitarles la suciedad. Mientras Sophia terminaba de azotarlas, llevé tres tinas grandes de los Túneles al costado de la casa, donde estábamos calentando el agua. Las estrellas ya se habían apagado y pude ver cómo la pálida tajada de luna se disolvía en el azul oscuro de la última hora de la madrugada. Cuando las tinas estuvieron en su sitio, nos pusimos los guantes de trabajo, levantamos los calderos y vertimos el agua caliente. Luego nos pasamos las horas siguientes frotando, enjuagando y escurriendo, y por fin frotamos, enjuagamos y escurrimos dos veces más.

Para cuando terminamos, ya hacía rato que había anochecido. Después de tender toda la ropa, caminamos hasta la pérgola, como habíamos hecho en lo que me parecía otra vida. Nos dolían los brazos y las espaldas. Teníamos las manos en carne viva. Nos pasamos veinte minutos sentados allí, sumidos en el silencio de la

naturaleza. Por fin volvimos a pie para cenar con Thena.

—No es fácil —nos dijo, y nuestro silencio agotado fue la afirmación más estruendosa posible.

Cuando terminamos acompañé a Sophia de vuelta a la Calle y me quedé mientras lavaba y cambiaba a Caroline para ponerla a dormir. Salí y golpeé con los nudillos los agujeros que había en el barro que rellenaba las rendijas de los tablones de la cabaña. Se soltó un pedazo.

Volví a entrar y le dije:

—Se te está cayendo la quincha a trozos. Creo que te la voy a rehacer un día de estos.

Sophia estaba envolviendo en tela el trasero del bebé y canturreando por lo bajo. Dejó de cantar y me dijo:

—¿Te supone un problema la niña?

Me reí nerviosamente.

—Cuesta hacerse a la idea.

—Pero ¿te vas a hacer a la idea o no?

—Ese es mi plan —le dije.

Entré y me senté en la cama junto a Sophia.

—Acuérdate de adónde nos llevaron tus planes la última vez —dijo ella.

—No me he olvidado de nada. Pero lo que recuerdo no son los perros ni lo que pasó después. Te recuerdo a ti. Lo que recuerdo es que estábamos encadenados a aquella verja y yo ya había aceptado la muerte, pero cuando te miré no vi ni un ápice de muerte en ti; daba igual lo que nos hubiera hecho Georgie.

—Georgie —repitió ella. Le noté una expresión de rabia cuando mencionó aquel nombre—. Cuando volví aquí, ya no estaba. Y es una suerte que no estuviera. No te imaginas los pensamientos viles y vengativos que albergaba hacia aquel hombre.

—Quizá sí que fuera una suerte, pues —respondí.

—Para él —me dijo—. Para él.

Nos quedamos un momento callados. Ahora Sophia tenía a Caroline echada al hombro y le estaba frotando con suavidad la espalda.

—Hiram —dijo—. ¿Por qué te fuiste?

—No es que me fuera. Me agarraron y se me llevaron —le expliqué—. Ya lo viste.

—Conque sí, ¿eh? ¿Se te llevaron?

—Ya sabes cómo funciona. No fuimos los primeros. Los perros te atrapan y se te llevan.

—Vaya, me daba la sensación de que había algo más. Algo que quizá no puedas decir, algo de lo que en teoría no se puede hablar. Tal vez fuera el hecho de que eres pariente de Walker. Pero me da la sensación de que tiene que haber algo más, porque sé que esos hombres, los hombres que creen en la Servidumbre como Howell Walker, están dispuestos a vender a su propia sangre sin pensarlo, aunque solo sea para no tener que ver más el fruto de sus hábitos pecaminosos.

—Pero yo soy un Sirviente —le dije—, igual que lo eres tú. Eso no lo puede cambiar la sangre. No hay ninguna explicación oculta. Corrine tenía una necesidad. Howell se sentía mal por la muerte de Maynard y me mandó a modo de consuelo. El hecho de que nos escapáramos facilitó todavía más las cosas.

—Bueno, eso es otra cosa. Mientras tú no estabas, he visto mucho a Corrine. Más todavía que a Nathaniel. Venía aquí cada pocas semanas, y no sé qué razones podía tener para verme. Y tampoco sé por qué no me mandaron a Natchez. ¿Por qué estamos aquí, Hiram? ¿Por qué seguimos aquí?

—Parece una pregunta para Nathaniel.

—Hi —me dijo—, no creo que Nathaniel sepa siquiera que nos escapamos. Las veces que lo he visto después, que no han sido muchas, no se ha molestado en mencionarlo.

—No sé. No le leo el pensamiento a la gente.

—No estoy diciendo eso.

—Ya. Bueno, siempre estás diciendo algo.

Me dio una palmada en el hombro con la mano libre y frunció el ceño. Nos quedamos callados un momento largo. De repente pensé en Corrine y en por qué había sentido la necesidad de visitar a Sophia. Me pregunté también por lo que me habían contado a mí. Y luego miré a Sophia, que ahora tenía a Carrie en el regazo y

le estaba cantando algo suave y relajante. La pequeña Caroline estaba dando manotazos al aire, combatiendo el sueño, luchando por no cerrar los ojos.

Por un momento me vi de vuelta en Filadelfia, en compañía de Mars, y me acordé de cómo me había abierto su corazón, de cómo me había abierto su corazón la familia White entera y de lo que eso había supuesto para mí, de cómo me había abierto su corazón Bland, y de cómo sus palabras me habían liberado de la culpa por la muerte de Maynard. Y ahora sentí que le debía aquello mismo a Sophia:

—Sé que una criatura no es solo una bendición, lo he visto. Pero también he visto a menudo a mujeres que no querían una criatura y aun así han terminado construyendo su vida entera en torno a ella. Y veo que tú has construido tu vida alrededor de esta pequeña, que ya lo habías hecho antes incluso de que llegara. Estuviste dispuesta a escaparte por ella. Dispuesta a matar por ella. Ahora veo cómo miras a la niña y me acuerdo de lo que me dijiste: «Va a pasar, Hiram, y tendré que ver cómo se llevan a mi hija, igual que se me llevaron a mí». Hay que reconocer que lo dijiste. Y, aunque me acuerdo de todo, no puedo decir que siempre haga caso. Pero ahora sí te escucho y oigo mucho más.

»Y sé que los hombres les hacen muchas cosas espantosas a los niños que les caen encima y que no son suyos. Quizá yo sería uno de esos hombres. Quizá estaría tan ensimismado, tan sumido en mi cólera y mi odio que... —Negué con la cabeza—. Lo que intento decir es que ella no me supone ningún problema, ni tú tampoco, el problema aquí soy yo.

Hice una pausa y Sophia me dio un apretón cariñoso en la mano.

—Estoy diciendo que supe quién era su padre desde el primer momento en que la vi. Eran las reglas. Y ahora vuelvo y te veo aquí con la pequeña Caroline, que no es de mi sangre...

Y juro que en aquel momento fue como si la pequeña pudiera entender mis palabras, porque me miró y extendió el brazo hacia mí. Saqué mi mano de debajo de la de Sophia y se la ofrecí al bebé, que me agarró el meñique.

—Pero la cuestión es que sí es de mi sangre —le dije—. Tiene la piel clara como yo y tiene los ojos de tonalidad verde grisácea como los míos, pero no solo como los míos. Tiene los ojos de los Walker y el pelo de los Walker. Son rasgos que se remontan al mismo patriarca, por lo que he leído en todas las descripciones de él que hay en los libros de historia local de Elm.

»Y es gracioso, porque esos ojos de color gris verdoso se saltaron a Maynard. Pero se han manifestado prominentemente en Caroline, en la pequeña Caroline.

»Y es algo doloroso. No está limpio. Es el lodo. En el pasado les he dicho lo mismo a otros hombres y ahora me toca a mí sufrir mi propia medicina. Quiero que sepas lo que he visto y que conozcas a los hombres a los que he conocido desde que me fui. Hombres que han tenido que decidir qué amaban más: todo lo que tenían delante, fuera encantador o mezquino, o bien su propia cólera y orgullo. Y yo he elegido el lodo de este mundo, Sophia. He elegido el lodo.

Ahora había lágrimas en sus ojos.

—¿La puedo coger? —le pregunté.

Y ella se rio con los ojos llorosos y me dijo:

—Ten cuidado. Es más que capaz de robarte el corazón.

Luego sonrió, se levantó a Caroline del regazo y, cogiéndola con una mano ahuecada en la espalda y la otra en los hombros, me la ofreció. Y vi que la pequeña Caroline levantaba la vista con aquellos ojos entre verde y gris y con la misma fijación de bebé. Estiré los brazos, intentando imitar la forma de hacer de Sophia, poniendo las manos directamente debajo de las suyas y después retirándolas. Y acerqué a la niña a mi cuerpo hasta apoyármela en la parte interior del codo. Y cuando sentí que se acomodaba allí, y que no lloraba ni chillaba, cuando sentí su calidez en mis brazos, me acordé de mi padre, de que mi padre nunca me había cogido así, ni de forma simbólica ni literal. Y me acordé de que durante toda mi juventud lo había perseguido en pos de aquel momento. Y me acordé de la mujer que sí me había regalado aquel momento, porque me lo había contado todo el mundo, que mi madre me había amado más que nada en el mundo, que había construido su

vida en torno a mí, hasta que la habían arrancado de mi lado, a aquella madre a quien yo no podía recordar.

Con Lockless prácticamente vacío, con los Túneles grises y fantasmagóricos, y con aquella estación agonizante convirtiéndose ya en invierno, Caroline era una luz en nuestro mundo. Había sido Thena —dado que no había nadie más presente y dispuesto— quien había atendido el parto de Carrie y, por tanto, movida por el mismo impulso, a veces ahora cuidaba ella del bebé para dejar descansar a Sophia. Y eso mismo hizo el domingo siguiente, cuando bajé a reparar la quincha de la cabaña de Sophia. Estuve trabajando una hora más o menos y luego entré. Sophia había encendido un fuego. Iba toda arrebujada con varias capas de ropa y estaba sentada frente a la chimenea, con las manos extendidas hacia delante.

Me miró y me dijo:

—¿No tienes frío?

—Pues sí —contesté—. ¿No se me nota?

Y le puse las manos en las mejillas y luego las bajé hasta su cuello. Ella se rio y chilló:

—¡Para, chaval!

La perseguí afuera y luego por la Calle unos minutos, hasta que nos desplomamos riendo al suelo.

—Ahora sí que tengo frío —dije.

—Ya te lo decía yo —repuso.

Entramos otra vez y nos sentamos junto al fuego.

—En un día como hoy —me dijo— no me iría nada mal una jarra de cerveza. En Carolina, mi Mercury siempre tenía cerveza. —Me miró y dijo—: Perdóname, Hi. No era mi intención hablar de cosas de antaño.

—Para ser mía, tienes que no ser mía —dije—. Además, me has dado una idea. Espérame aquí.

Volví a la casa y entré en los Túneles. Me paré delante de la habitación de Thena y noté que la puerta estaba entreabierta. Cuando me asomé al interior vi que Caroline dormía sobre el

pecho de Thena, igual que Kessiah me había dicho que hacía cuando era pequeña. Entré en mi habitación y cogí la botella de ron que Mars me había dado como regalo de despedida. Cuando volví, me encontré a Sophia sentada con los brazos cruzados, y cuando le enseñé la botella me sonrió y me dijo:

—Ya sabía yo que me escondías cosas sobre los sitios donde has estado.

Abrí la botella y ella siguió hablando:

—No eres el mismo que se marchó. Puedes intentar engañarme todo lo que quieras, pero no eres el mismo, lo puedo ver, Hi. No me lo puedes esconder.

Le pasé la botella. Ella se la llevó a los labios, echó la cabeza hacia atrás como si estuviera intentando que le cayera lluvia en la cara y por fin bebió.

—Ooh —dijo, secándose la boca con la manga—. Has visto mundo, ya lo creo.

—Pero he vuelto —repliqué, y di un trago—. Y, por cierto, ¿qué ha sido de ti?

—¿Qué ha sido de mí? ¿Qué quieres saber? Te lo cuento todo con pelos y señales.

Di otro trago y dejé la botella en el suelo.

—¿Qué pasó? —le pregunté—. ¿Qué pasó después de la noche que nos tuvieron allí?

—Ajá —me dijo—. Bueno, pues me encerraron en aquel calabozo, igual que imagino que hicieron contigo. Y supe que todo se había acabado para mí. Se me llevaban a Natchez. Y a una chica como yo, con o sin bebé, la mandarían directamente a la trata de mujeres. Estaba aterrada, te lo aseguro. Sé que aquella noche intenté ser fuerte, Hi, pero lo fui porque te tenía a ti y sentía que debía preocuparme por ti. Y, mientras tuviera eso, no quedaba mucho tiempo para atender a mis propias preocupaciones.

»Pero aquel día en que los perros me tiraron al calabozo, fui consciente de todo, de toda la maldad que estaba a punto de caerme encima. Quise llorar, pero sabía que tenía que ser fuerte. Así que me dediqué a hablar con mi Caroline durante todo el tiempo que pasamos ahí. Estuve hablando con ella, y te aseguro

que eso me dio paz, porque ya no me sentía tan sola. Es lo que tú dices: no había pedido tenerla, pero en aquel momento me sentí muy feliz de que estuviera conmigo, por mucho que solo fuera algo minúsculo creciéndome dentro.

»Y creo que ese fue el momento en que me convertí en madre para ella. Estaba furiosa por lo que me había hecho aquel hombre. Por lo que me había impuesto. Y aunque doy gracias por mi hija, nunca le estaré agradecida a él. Caroline nos pertenece a mí y a mi Dios. Le puse el nombre de mi tierra perdida, de mi Carolina, la tierra de la que me arrancaron sin que yo hubiera hecho nada para merecerlo. Y esa es toda la historia: en aquella cárcel, con el cuchillo de Natchez en la garganta, Caroline, mi hogar, me salvó.

Le pasé la botella y ella dio otro trago, se estremeció y murmuró: «Mmmm». Se secó la boca con la manga. Se quedó un momento callada y yo me la quedé mirando en silencio. Cuando se dio la vuelta para pasarme la damajuana parecía distinta, como si se le hubiera grabado en la cara la textura misma de su relato.

—Pero en realidad esa no es toda la historia —me dijo—. Aquella noche, mi primera noche en la cárcel, me acababa de ir a dormir, acurrucada en un rincón de la celda, con las ratas correteándome alrededor y bajo una corriente de aire frío, cuando levanté la vista y advertí una sombra que me miraba. Y luego la sombra se alejó un momento y me quedé preguntándome si habría sido un sueño. Pero la sombra regresó con uno de los perros, que abrió la puerta de mi celda y me dijo: «Fuera».

»Y no tuvo que decírmelo dos veces, ¿sabes? Así que me levanté y descubrí que no era ninguna sombra. Se trataba de Corrine Quinn con su ropa de viuda. Y cuando salí de la cárcel, me encontré con su calesa y sus criados. Me hicieron sentarme en la parte de atrás con ella y me dijo que sabía lo que me esperaba, lo que se avecinaba si Nathaniel se enteraba de que me había escapado. Pero que estaba convencida de que no hacía falta que se enterara de nada. Que nadie necesitaba saberlo. Podía volver a mi vida de siempre. Lo único que me preguntó era si ella podía pasar de vez en cuando por la Calle para hablar conmigo.

—¿Para hablar contigo de qué? —le pregunté.

—Sobre todo, de lo que pasaba por aquí —respondió Sophia —. Como te digo, de vez en cuando pasaba a verme y me preguntaba quién quedaba por aquí y quién se había ido a Natchez. Me parecía raro que lo hiciera, entiéndeme. Pero después de que naciera Caroline, mi único deseo ya solo era que mi bebé estuviera a salvo. No me importaba gran cosa todo lo demás.

»Pero sí que le pregunté por ti —siguió Sophia. Y me cogió el brazo mientras me lo decía—. Y le pregunté qué iba a hacer contigo. Me dijo que no me preocupara. Que pasarías una temporada fuera pero que volverías. Que volverías.

»Admito que no la creí, Hi. Ya sabes que en la vida he perdido muchas cosas y he descubierto que todo lo que desaparece, al final lo hace sin más, y no hay vuelta atrás.

»Salvo tú. Tú has vuelto —soltó. Y lo dijo mirándome, atravesándome con unos ojos como puñales. Sentí que la habitación entera me daba vueltas alrededor—. No me lo puedo creer, pero has vuelto. Has vuelto conmigo.

Yo había dejado de pensar. Sentí que se combaban las vigas y los travesaños y la quincha de la cabaña, y que nos envolvían las vigas y los travesaños y la quincha del mundo entero y nos encerraban a los dos juntos. Y toda la naturaleza pareció hacerse cómplice, porque cuando probé el ron de su boca, sentí que era el azúcar de la vida misma.

Solo entonces entendí que en realidad no me acordaba de todo, de que mi madre no era lo único que había decidido olvidar; no hablo de las imágenes, sino de los sentimientos que había detrás. Me había olvidado de cuánto echaba de menos a Sophia, de cuánto la deseaba; me había olvidado de aquellos días en Filadelfia en que lo único que yo había querido era que Raymond y Otha me dejaran empezar para poder quedarme a solas con mi recuerdo de ella, bailando junto a aquella gran hoguera de Navidad. Y me había olvidado del dolor sordo y profundo que era la añoranza que me recorría las venas, igual que un tren recorre las vías. Me había olvidado de cómo había aceptado aquel dolor, igual que una tos que no te puedes quitar de encima, me había olvidado de todas aquellas veces en que me quedaba a solas y me rodeaba el vientre

con los brazos y me doblaba hacia delante, sintiendo que me consumía la soledad. La amaba, y quizá consciente ya por entonces del enorme peligro que entrañaba aquel sentimiento bajo la Servidumbre, bajo la esclavitud, por mucho que estuvieras en el Tren Subterráneo, me había olvidado de aquel amor en la medida en que había podido, aunque el amor no me había olvidado a mí. Y ahora estaba allí, con nosotros, entre nosotros, y cuando Sophia me acarició la cara con la mano, cuando me estrechó la cara entre sus manos, no fue con suavidad, sino con firmeza y deseo, y supe entonces que todo lo que yo sentía, toda la añoranza que tenía dentro, todas las ansias refrenadas durante mi juventud ciega y violenta, así como la necesidad sorda de desahogarlas, no estaban solo en mí.

Horas más tarde estábamos en el altillo, mirando el techo. Sophia descansaba el brazo sobre mi pecho y me estaba tocando el hombro con los dedos como si pulsara las teclas de un piano.

—Por Dios, eres tú —me dijo—. Tus manos. Tus ojos. Tu cara.

Ya hacía mucho que había oscurecido, tanto que yo era consciente de que pronto llegaría la mañana y entonces las vigas del mundo se relajarían y se nos devolvería a nuestros lugares habituales y a nuestras tareas normales de Lockless. Pero había cosas que no tenían vuelta atrás, y entre ellas se contaba un conocimiento nuevo que yo estaba experimentando, el mismo conocimiento que había impulsado a Otha White, la misma obsesión que se había adueñado de él, diciéndole que nunca más podría dormir sin Lydia. Por primera vez entendí la Conducción, la entendí como una correa de transmisión del sentimiento compuesta de momentos tan impactantes que se volvían igual de sólidos que la piedra y el acero, igual de sólidos que una locomotora que bramaba por las vías ahuyentando a los mirlos de los toldos.

Mientras me vestía, con Sophia mirándome desde el altillo, me fijé en la repisa de la chimenea y vi el caballito de juguete que había cogido de la casa de Georgie Parks, y os juro que

prácticamente relucía. Sophia bajó del altillo y se me puso detrás, rodeándome la cintura con los brazos y apoyándome la cabeza en la espalda mientras yo examinaba el caballito de madera que tenía en las manos.

—Adelante —me dijo—. Llévatelo. Ya te dije que es un poco pronto para regalarle esas cosas.

—Sí —acepté—. Supongo.

Me giré hacia Sophia, con el caballito de madera todavía en la mano, y una vez más, allí a oscuras, el mundo acercó mis labios a los suyos y nos abrazamos como quien se aferra al mástil de un barco en medio de una enorme tormenta.

—En fin —le dije—. Seguramente debería marcharme.

—Seguramente sí —contestó.

—Muy bien —le volví a decir, y cuando por fin salí a un mundo distinto, lo hice caminando hacia atrás a fin de retener su imagen bajo aquella luz de madrugada, de preservarla el máximo tiempo posible.

Todo habría resultado más fácil si me hubiera limitado a volverme entonces a los Túneles, embetunarme las botas y limpiarme. Pero aquella lucidez que acababa de venirme, aquel desbloqueo de antiguas ideas, se impuso sobre mí. Así pues, lo que hice fue alejarme por un sendero que me llevó a oscuras hasta Dumb Silk Road. Corría el riesgo de encontrarme con los perros, que todavía patrullaban aquellos caminos en busca de los que debían de ser los últimos fugitivos de un diezmado condado de Elm. Pero mientras caminaba me dediqué a manosear el caballito de madera y entendí que, aun en sus mejores tiempos, los perros jamás habían supuesto una verdadera amenaza para mí.

Al cabo de veinte minutos ya estaba otra vez allí, de vuelta en el río Goose, que en aquel momento no se manifestó como un río, sino como una ancha masa oscura que se extendía por el paisaje. Caminé hacia aquella masa hasta que pude oír las olas suaves del río contra sus márgenes. Estaba nublado, o sea, que no había luz de luna. Pero al llegar a la orilla sostuve la mano en alto, la misma mano en que llevaba el caballito de madera, y vi que se encendía la luz azul de la Conducción. Y cuando volví a mirar el río, noté

que se me acercaba esa niebla tan familiar.

No hizo falta que nadie me enseñara el resto. Lo hice casi siguiendo un instinto animal. Fue el más simple de los movimientos, le di un apretón firme al caballito de madera y vi que la niebla que acababa de aparecer sobre el río se extendía hacia mí, como los tentáculos blancos de alguna bestia mítica, y me atrapaba en sus fauces.

31

La evocación de una historia, el agua y el objeto que le daba al recuerdo la solidez de un ladrillo: eso era la Conducción. Lo que yo sería capaz de hacer con aquel poder no me preocupaba tanto como sobrevivir el resto de aquella jornada. La fatiga me golpeó con fuerza, la misma fatiga que había experimentado en otras ocasiones y que había visto sufrir a Harriet. Conseguí completar como pude mis tareas, pero me quedé dormido antes de la cena y no me desperté hasta el día siguiente, cuando me levanté para vestir a Howell, servirle el desayuno y ayudarle con los pequeños rigores de su jornada. Y al llegar la hora de la cena, hubo una parte de mí que resplandeció tanto como la Conducción misma, porque supe que iba a encontrarme con Sophia. Y cuando la vi aquella noche, sentí que me despertaba en otro mundo. Me pregunté si lo habría soñado todo. Pero Sophia estaba allí, con Thena y con Caroline, y al verme me sonrió y me dijo simplemente:

—Has vuelto.

Pasamos las semanas siguientes felizmente juntos. Al principio intentamos esconder nuestra relación a los demás. Después de cenar, y después de que Sophia se dejara ver por todos marchándose con Caroline, y después de que yo le llevara la sidra a mi padre, me sentara con él y lo acostara, yo bajaba hasta la Calle. Poco antes del amanecer me volvía a mi cama, me acostaba media hora y empezaba mis tareas. No era tan extraño como parece. Para muchos sirvientes de Lockless que tenían esposas e hijos en otras mansiones, aquel había sido tradicionalmente el ritual. Pero mi versión era más grotesca porque parecía depender de que Thena fuera ciega. Y no lo era. De manera que no debería haber sorprendido a nadie que una noche después de cenar, y teniendo en brazos a Caroline, nos dijera:

—Me alegro por vosotros. —Y no se volvió a hablar del tema.

Pero Thena no era lo único de lo que nos teníamos que preocupar. Nathaniel Walker todavía conservaba un título personal de propiedad sobre Sophia y Caroline, y yo sabía muy bien lo que les pasaba a los sirvientes que interferían con aquella clase de títulos. Puede que Corrine nos hubiera salvado una vez, pero nada nos salvaría a ninguno de los dos de la cólera orgullosa de Nathaniel. Fue una época hermosa, una de las mejores de mi larga vida, pero todavía estaba erigida sobre las arenas movedizas de la Servidumbre, y ambos sabíamos que tarde o temprano las arenas se terminarían moviendo otra vez.

A principios de diciembre oímos que Nathaniel Walker regresaba y al cabo de una semana convocaba inevitablemente a Sophia. Mi padre, que seguía sin enterarse de nada de lo que pasaba a su alrededor, me pidió que llevara en carruaje a Sophia. No puedo decir que la tarea me resultara agradable. A aquellas alturas, sin embargo, ya había asimilado mi lección: para que Sophia fuera mía, nunca debía ser mía. Y lo que había entre nosotros no era un contrato de propiedad, sino la promesa de estar en compañía del otro, por el medio que fuera y durante el tiempo que pudiéramos. Y conservar aquella ilusión era nuestra estrategia aquel día de invierno en que la llevé a casa de Nathaniel Walker.

Salimos temprano. Sophia durmió durante la primera parte del trayecto y charlamos durante la segunda.

—¿Y cómo era el día a día con Corrine? —me preguntó—. ¿Una bañera con patas de garra? ¿Cinco doncellas blancas desnudas como Dios las trajo al mundo?

Nos reímos.

—No te oigo negarlo.

—No niego nada, Sophia.

—Salvo cualquier información sobre el tiempo que pasaste fuera —me dijo—. Por el amor de Dios, ¿qué te hicieron?

—Pues nada. O sea, no hay gran cosa que explicar.

—No eres tú lo que me interesa, Hi, sino el interés de Corrine por mí. Todavía no entiendo, por más que me rompo la cabeza, cómo es que no me mandó a Natchez.

—No lo sé. Quizá te tiene simpatía.

—¿Blancos que tienen simpatía por la esclava de otro hombre? ¿Cuándo has oído algo parecido?

No dije nada.

—He oído que viaja bastante. Y que siempre le está contando a tu padre historias de las cosas escandalosas que ha visto en el norte. Supongo que no debe de llevarse a nadie de color a esos viajecitos.

—Quizá. No lo sé.

—Claro que lo sabes, Hi. O has ido o no has ido.

Seguí mirando al frente, con la vista clavada en el camino.

—Anda ya. No me vengas con esas. Nunca has salido de este condado, y mucho menos para ir al norte. Si hubieras ido, no me cabe duda de que no te habría vuelto a ver.

—¿Por qué?

—Pues porque si hubieras estado allí, con la gente libre, tendrías que ser más tonto que un zapato para volver aquí. Te aseguro que, si yo pusiera el pie en un palmo de tierra libre, nunca más sabrías de mí.

—Ajá. Y se terminaría lo nuestro, imagino.

—Venga ya, sabes muy bien que no has nacido para escaparte. Lo intentaste una vez. Pero estás atado a Lockless. Lo demuestra el mismo hecho de que hayas vuelto.

—No fue decisión mía. No fue decisión mía.

Llegamos a casa de Nathaniel Walker a media mañana y seguimos por el camino lateral, donde debíamos esperar al correo que vendría a recoger a Sophia y se la llevaría para que aquellos dos hicieran sus cosas en privado. ¿Cómo me sentía? Ciertamente, hay tareas más elevadas que entregar a la mujer que amas a otro hombre. Pero tenía años de práctica en esconderlo casi todo, y sabía que cualquier agonía que sufriera yo debía de estar sufriéndola doblemente Sophia. Y también me había hecho mayor. Entendía cosas que ni me podría haber imaginado hacía unos meses, y sentí que mi prioridad en aquel momento era tranquilizarla. Así que cuando percibí el silencio tenso que reinaba entre nosotros, vacío de sus habituales bromas, intervine para

decir:

—¿Cómo venías hasta aquí cuando yo no estaba?

—A pie —respondió.

—¿Venías a pie?

—Sí. Con todo mi atuendo y emperifollada. Gracias a Dios que tenía a Thena. Aquel fin de semana se quedó con mi Caroline. Solo tuve que hacerlo una vez, aunque te aseguro que cuando recibí la llamada me quedé hecha polvo. Pero lo hice. Me arreglé la cara, el vestido y las partes pudendas detrás de esas matas de ahí.

—Dios mío...

—De todas las cosas que hice, esa fue la que me hizo sentirme más baja. Tuve que ponerme como Dios me trajo al mundo entre esas matas, con miedo a que pasara alguien y a lo que me pudiera hacer ese alguien. Lo único que me ayudó fue cantar para mí misma mientras me cambiaba, cantar por lo bajo, para darme valentía. —A continuación, Sophia soltó un suspiro largo y pesado y dijo—: No dudes jamás del odio que les tengo. No te atrevas a dudarlo.

Y mientras lo decía, la cara se le convirtió en una máscara de verdugo. No frunció el ceño ni enarcó una ceja. No se le ensanchó la boca. No le brillaron los ojos castaños. Su rostro se limitó a reflejar la pureza del odio que estaba transmitiendo. Negó con la cabeza y dijo:

—Las cosas que les haría, Hi... Las cosas de las que sería capaz. Ahora me ves así, con este cuerpo pequeño... pero si tuviera manos y brazos de hombre, no te imaginas lo que haría con mi fuerza. Lo he pensado, ¿sabes? Lo he pensado incluso con este cuerpo, Dios mío, lo que le haría mientras duerme, con un cuchillo de cocina, o echándole una tintura en el té, o polvos blancos en el pastel... Lo he pensado muy a menudo, pero en fin, después tuve a mi Caroline y ahí se acabó todo. Y soy una buena mujer, Hi, te aseguro que lo soy. Pero lo que les haría si tuviera ocasión, lo que les haría...

Y se le apagó la voz mientras se perdía en sus pensamientos. Al cabo de unos veinte minutos emergió del sendero del bosque un sirviente bien vestido. Se acercó a la calesa y nos dedicó una

mirada severa de desaprobación.

—Hoy no puede recibirte. Ya te avisará cuando pueda.

Luego dio media vuelta y se volvió a marchar por el sendero.

—¿Ha dicho algo más? —le preguntó Sophia levantando la voz.

Pero el hombre no se giró, y, por mucho que hubiera oído a Sophia, estaba claro que no tenía intención de contestar.

Nos quedamos allí unos momentos sentados, sin saber muy bien qué hacer. Luego Sophia se giró hacia mí con una sonrisa burlona.

—Te alegras de esto, ¿verdad?

—No me parece mal —dije—. Y a juzgar por cómo estabas hablando hace un momento, me ha parecido que tú también te alegrarías.

—Me alegro, me alegro —repuso—. Pero es raro. Esto no había pasado nunca.

Se quedó un momento callada, pensando, dándole vueltas a alguna teoría reciente.

—¿Qué? —exclamé.

—Seguramente es cosa tuya —dijo—. De alguna forma seguro que esto lo has causado tú.

Me reí por lo bajo, negué con la cabeza y le dije:

—Es asombrosa la imagen que tienes de mí, como si tuviera algún poder sobre esos blancos. O como si fuera una especie de hechicero.

—Eres una especie de algo, eso seguro.

Nos reímos. Cogí las riendas de la calesa y di media vuelta para poner rumbo a Lockless.

—Lo siento, Hiram —me dijo—. Ya sabes que no quiero ir ahí. Quiero estar lo más lejos posible. Pero si tengo que hacerlo, prefiero hacerlo de una vez y olvidarme. Odio la espera. Cuando estoy con él soy una esclava. Pero desde que has vuelto, me siento más libre de lo que he sido nunca. Y aunque sé que esto no es la libertad de verdad, ya es algo. Y lo quiero.

Luego se inclinó hacia mí y me dio un beso suave en la mejilla.

—Y quiero tanto de esto como pueda.

Oh, quién pudiera estar de vuelta allí y ser joven otra vez. Permanecer sentado en las horas matinales de mi vida, con el sol de todas las cosas asomando sobre el horizonte, y con todas las promesas y tragedias por delante. Estar allí en aquella calesa, con un salvoconducto y en compañía de una chica a la que amaba más que a nada en el mundo, en los últimos y tristes días de la vieja y desolada Virginia. Oh, quién pudiera estar allí con tiempo de sobra, con tiempo para soñar en marcharnos tan lejos como nos llevara la carretera del condado de Elm, hasta que la fortuna nos abandonara.

Seguimos cabalgando, hablando de los viejos tiempos y de todos los perdidos del condado de Elm: Thurston, Lucille, Lem, Garrison. Hablamos de cómo se habían ido, de cómo Natchez se los había llevado. Algunos guardaron silencio. Otros cantaron canciones. Otros reían. Otros se mecían.

—¿Qué fue de Pete? —le pregunté.

—Lo mandaron al otro lado del puente, más o menos un mes antes de que volvieras —dijo Sophia.

—Pensaba que Howell no se separaría nunca de él. Qué mano tenía ese hombre con los huertos.

—Pues se fue —me dijo ella—. A Natchez. Igual que todos los demás. Igual que nos iremos todos los que quedamos, y pronto. Todos nos iremos. Para siempre.

—No —le dije—. Creo que somos supervivientes tú y yo. Aunque sea por medios diabólicos, somos supervivientes. Quizá no seamos mucho más que eso. Pero lo somos, estoy convencido.

El invierno todavía no había llegado a su momento más extremo, y viajábamos durante una mañana fría y despejada. Subimos a lo más alto de la carretera y pude ver el Goose y la orilla opuesta hasta Starfall, y a lo lejos el puente desde el que me había conducido a mí mismo hasta esta otra vida.

—Pero ¿qué pasaría si no fuera así, Sophia?

—¿Así cómo?

—Si no estuviéramos condenados —le dije—. ¿Qué pasaría si hubiera una forma de elevarnos por encima de toda la tristeza que

hemos visto aquí?

—¿Qué es esto, más sueños tuyos sin fundamento? Todo tonterías. Te acuerdas de cómo te salió la otra vez, ¿verdad?

—Me acuerdo bien. Pero estamos conectados, como dices. Hemos vivido mucho. Este lugar nos ha hecho así, este lugar y todo lo que hemos visto. Estamos fuera del tiempo tú y yo. Lo que para ellos fue glorioso se está desplomando ante nuestros ojos. Pero imagínate que no tenemos por qué hundirnos con ellos. Sabemos perfectamente que ellos se están hundiendo, Sophia. Pero imagínate que no tenemos por qué acabar como ellos.

Ahora me estaba mirando directamente.

—No puedo, Hiram —me dijo—. Así no. Otra vez no. Sé que hablas de algo que hay en ti. Y cuando estés listo para contarme qué es, entonces te acompañaré. Pero no puedo apoyarme solo en tu palabra otra vez. Ya no estoy sola, de manera que si tienes algo que ofrecer, necesito saberlo todo. Ya te lo he dicho. Mataría por estar fuera de aquí. Mataría por salvar a mi hija de esto.

—A ese hombre no lo puedes matar.

—No —replicó—. Solo puedo escaparme. Pero necesito saber cómo y saber adónde.

Después de aquello no hablamos mucho, dado que nos habían quedado las mentes ocupadas por todo lo dicho y por los acontecimientos del día. Pero cuando llegamos de vuelta a Lockless, nos encontramos a Thena sentada en la entrada del túnel y con la cabeza apoyada en la mano. Nos dimos cuenta de que llevaba la cabeza vendada y el vestido de trabajar sin chaqueta. Caroline no estaba con ella.

—¡Thena! —exclamé.

—¿Sí? —respondió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sophia—. ¿Dónde está Caroline?

—Dentro, durmiendo —dijo Thena.

Sophia entró como una bala en el túnel. Me puse en cuclillas y le toqué a Thena el lado de la sien, donde se le había formado

una mancha de sangre en el vendaje.

—Thena, ¿qué ha pasado? —le pregunté.

—No lo sé. No... no me acuerdo.

—Bueno, cuéntame lo que recuerdes —le pedí.

Ella entrecerró los ojos.

—No..., no...

—Vale, vale —le dije—. Venga, entremos.

Me pasé su brazo por detrás del cuello, me levanté y en aquel momento vi que Sophia volvía a salir del túnel.

—Está bien. Durmiendo, tal como ha dicho Thena —me contó —. Parece que Thena la ha acostado en tu cama, y... no me extraña. —De repente rompió a llorar y añadió—: Hiram, se lo han llevado. Sé lo que ha pasado. Se lo han llevado.

Dimos unos pasos y sentí que Thena empezaba a arrastrar los pies. Así que la cogí en brazos y cargué con ella.

—Un momento —le dije.

Primero pasamos frente a la habitación de Thena, donde había media silla en el suelo y astillas por todas partes. Seguí caminando hasta mi antigua habitación, donde Caroline se empezaba a despertar. Sophia retiró la manta y la cogió en brazos. Dejé a Thena en la cama y la volví a tapar con la manta.

Me giré hacia Sophia.

—¿Qué demonios ha pasado?

Ella negó con la cabeza. Todavía estaba llorando.

Volví a la habitación de Thena. Parecía que alguien se hubiera liado a hachazos con todo: la cama, la repisa, la única silla, todo estaba hecho pedazos. Y luego me fijé mejor y descubrí el verdadero objetivo: la caja fuerte de Thena, que estaba partida en dos. Cuando me arrodillé vi unos cuantos viejos recuerdos: cuentas, gafas y un par de naipes. Pero lo que no estaba era el dinero de las coladas que Thena había ido guardando con diligencia todas las semanas a modo de pago por su libertad. Me quedé un momento allí intentando entender quién podría perpetrar algo semejante. Había oído historias de amos que hacían aquellos pactos y después renegaban de ellos y se quedaban con todo el dinero. Pero aquello no tenía sentido en el caso de Thena, que era

vieja y estaba dispuesta a compensar a Howell por su libertad y a dispensarlo de hacerse cargo de ella. Y la violencia del robo y los hachazos hablaban de alguien que no tenía otro medio para imponerse a Thena, y en aquel momento supe que el artífice de aquello tenía que ser un Sirviente.

Nunca te das cuenta de cuánto necesitas a tu gente hasta que esta se marcha. Para entonces ya no debían de quedar más de veinticinco almas en Lockless. Pero no era como antes, cuando, aunque hubiera más gente, nos conocíamos todos. Ahora yo apenas conocía a un puñado de sirvientes en la Calle y a menos todavía en los Túneles. En los viejos tiempos habíamos tenido a esclavos que eran médicos y que podrían haber atendido a Thena. Pero ya no estaban, se los habían llevado, así que nos teníamos que apañar solos. Me acordé de Filadelfia y de lo arropado que me había sentido allí sabiendo que siempre había alguien a quien acudir, y me dio la sensación de que había descendido una especie de anarquía sobre Lockless. ¿A quién podía avisar del asalto a Thena? ¿A mi padre? ¿Y cuál sería su reacción? ¿Mandar a más gente al otro lado del puente? ¿Y qué garantía teníamos de que fueran a enviar al verdadero culpable?

Durante la semana siguiente hicimos bastantes cambios. Nos fuimos de los Túneles y nos mudamos a la vieja cabaña de Thena en la Calle. Era donde más seguros nos sentíamos, y para mí tan solo suponía que me tenía que levantar un poco más temprano por las mañanas para llegar a tiempo de atender a mi padre. Nunca dejábamos sola a Thena. Sophia se hacía cargo de las coladas y yo las ayudaba como podía los domingos, cargando con el agua, recogiendo la leña y escurriendo la ropa mojada. Thena volvió más o menos a su vida normal al cabo de una semana. Pero el terror del asalto la había cambiado, y por primera vez desde que la conocía le vi miedo de verdad en la cara, miedo a lo que podía pasar si nos quedábamos allí en Lockless. Y fue entonces cuando me acordé de Kessiah y supe que había llegado el momento de cumplir promesas.

Thena no era mi única preocupación. Más adelante me enteré por

mi padre de que Nathaniel no había vuelto de Tennessee, pese a haber convocado a Sophia, y de que lo habían retrasado unos asuntos urgentes. Yo no sabía qué asuntos podían ser aquellos. Pero se me ocurrió que quizá sus intenciones con Sophia fueran más allá de lo que yo había imaginado hasta entonces. Y no era el único que lo creía.

—¿Alguna vez piensas en que quizá se me lleve allí? —dijo Sophia.

Estábamos en el altillo, mirando las vigas a través de la oscuridad. Caroline seguía dormida entre nosotros mientras abajo, al nivel del suelo, Thena roncaba suavemente.

—Pues sí —contesté—. Sobre todo, últimamente.

—¿Sabes qué he oído? —me preguntó.

—¿Qué?

—He oído que las cosas son diferentes en Tennessee. Que es muy distinto de nuestra sociedad y que hay otras costumbres, y que hay hombres blancos que toman a mujeres de color como esposas. Y me he estado preguntando por Nathaniel y sus caprichos, como por ejemplo su deseo de que me vista y me maquille como...

La voz se le apagó, como si estuviera intentando completar un pensamiento, y luego añadió:

—Hiram, ¿no me estará preparando ese hombre para algo? ¿Acaso tiene la intención de renunciar a sus costumbres e instalarme finalmente como su esposa en Tennessee?

—¿Es eso lo que quieres? ¿Tennessee? —le pregunté.

—¿Es eso lo que crees que quiero, carajo? —me preguntó—. ¿Es que todavía no lo sabes a estas alturas? Lo que quiero es lo que he querido siempre, lo que te he dicho siempre que deseaba: que mis manos, mis piernas, mis brazos, mi sonrisa y hasta la última parte de mí sea mía y nada más que mía.

Ahora se giró hacia mí y, aunque yo seguía observando el techo, noté que me estaba mirando directamente.

—Y si siento una necesidad, y si deseo dárselo todo a otra persona, tiene que ser mi necesidad y mi deseo de darlo. ¿Lo entiendes, Hiram?

—Sí.

—No, no lo entiendes. No lo puedes entender.

—Entonces, ¿por qué no paras de decírmelo?

—No te lo estoy diciendo a ti. Me lo estoy diciendo a mí misma. Me estoy recordando las promesas que me hice a mí misma y a mi Caroline.

Nos quedamos allí tumbados en silencio hasta caer dormidos. Pero no olvidé ni una palabra de aquella conversación. Estaba muy claro que había llegado el momento. Yo había realizado bien mis tareas y había mantenido informado a Hawkins. Y lo que es más, había desbloqueado por mi cuenta el secreto de la Conducción. Pensé que era el momento de que Corrine Quinn cumpliera con su parte del trato.

Llegó la Navidad. Prometía ser un momento de gran soledad. Aquel año no iba a venir el clan Walker, y ahora que no estaba Maynard, mi padre afrontaba la perspectiva de pasar completamente solo aquella estación de dicha. Pero Corrine Quinn, que había estrechado cada vez más sus lazos con él, alivió su soledad yendo a Lockless y llevando esta vez a todo su séquito en vez de solo a Hawkins y Amy. Corrine trajo consigo a cocineros de confianza, doncellas y otros criados. Y también incluyó a un contingente de primos y amistades para que entretuvieran a mi padre, que estaba muy mayor. Y aquella congregación de gente lo alegró mucho, porque le proporcionaba una audiencia fascinada y deseosa de oír las historias de la Virginia de antaño.

Era todo una farsa, por supuesto. Hasta el último de aquellos cocineros, sirvientes y primos era un agente del Tren Subterráneo; a algunos yo los conocía de mi época de formación en Bryceton y a otros porque trabajaban en la célula de Starfall. Ahora entendí con claridad el plan. A medida que el condado de Elm declinaba y caía en la obsolescencia, y que la Alta Cuna abandonaba la región, el Tren Subterráneo llevaría a cabo sus actividades y extendería su guerra en el espacio que iba quedando vacío. Recordando ahora todo aquello, con la perspectiva que dan los años, me confieso lleno de admiración. Corrine era atrevida, implacable e ingeniosa, y mientras Virginia vivía con miedo a otro profeta Gabriel o Nat

Turner, la persona a quien debería haber temido estaba en sus propias filas, disfrazada de dama, paradigma de la buena crianza, de la elegancia de porcelana y de la distinción imperecedera.

Pero yo no podía ver esa genialidad, no en aquellos momentos, porque aunque nos unieran nuestras metas, estábamos demasiado comprometidos con rutas opuestas. Para mí los sirvientes eran personas, no eran armas ni cargamento; eran personas con vidas, historias y linajes propios que yo recordaba, y a medida que servía más tiempo en el Tren Subterráneo, esta convicción se reafirmaba en vez de atenuarse. De forma que aquel día, a finales de año, cuando insistí en lo que había que hacer, Corrine y yo nos encontramos en posiciones enfrentadas.

Estábamos en la Calle. Nuestra coartada era simple: Corrine había pedido que la llevaran a ver los antiguos barracones y yo le estaba haciendo de guía. De forma que la acompañé desde la mansión y estuvimos charlando de cosas intrascendentes hasta que dejamos atrás los jardines y los huertos y nos encontramos en pleno camino serpenteante que llevaba a la Calle.

—Cuando volví a casa de Howell fue porque me prometiste que se conduciría a una familia al norte —le dije—. Y el momento de ese traslado ha llegado.

—¿Y por qué ha llegado? —me preguntó.

—Pasó algo hace un par de semanas —le expliqué—. Alguien atacó a Thena. Le golpeó en la cabeza con el mango de un hacha y le destrozó la habitación. Y se llevó todo el dinero que había estado ahorrando de las coladas.

—Dios mío —dijo, y una expresión de preocupación genuina traspasó su máscara de dama—. ¿Encontrasteis al agresor?

—No. Y ella no se acuerda de quién fue. Además, teniendo en cuenta la forma en que la gente viene y se va hoy en día... Es complicado. Sé más de esta gente que te has traído contigo que de la gente que trabaja aquí a diario.

—¿Quieres que lo investiguemos?

—No —contesté—. Tenemos que sacarla de aquí.

—Pero no solo a ella, ¿verdad? Hay otra: tu Sophia.

—No es mía —le repliqué—. Sophia a secas.

—Vaya, vaya —dijo Corrine con una ligera sonrisa—. Cuánto has crecido en un solo año, ¿eh? Es un prodigio. Realmente eres uno de nosotros. Perdona, pero es digno de verse.

Se quedó contemplándome con asombro, aunque ahora creo que en aquel momento no me estaba contemplando a mí tanto como admirando el fruto de sus esfuerzos, o sea, que no era yo quien asombraba a Corrine tanto como sus propios poderes.

—¿Te acuerdas? —me preguntó.

—¿Si me acuerdo?

—De tu madre —me dijo—. ¿Ya han vuelto tus recuerdos de ella?

—No —respondí—. Pero tengo otras preocupaciones.

—Por supuesto. Perdóname. Sophia.

—Me preocupa que Nathaniel Walker reclame su propiedad y se la lleve con él a Tennessee.

—Oh, de eso no tienes que preocuparte.

—¿Por qué no?

—Porque hace un año que llegué a un acuerdo con él. Dentro de una semana, su título de propiedad pasará a mis manos.

—No lo entiendo —le dije.

Corrine me miró con cara de preocupación socarrona.

—¿Ah, no? —me dijo—. Sophia ha tenido un hijo con él, ¿verdad?

—Sí —contesté.

—Entonces ya lo entiendes. A fin de cuentas, también eres un hombre, una criatura simple con intereses intensos pero breves, sometido a rachas de lujuria que vienen y se van. Y lo mismo le pasa a tu tío, ese hombre de la Alta Cuna, Nathaniel Walker. Y ahora que está en Tennessee tiene allí un terreno abonado para sus pasiones. ¿Para qué va a necesitar a Sophia?

—Pero la llamó —dije—. No hace ni dos semanas que la llamó.

—No me cabe duda —repuso—. Como recuerdo, ¿quizá?

Corrine Quinn se contaba entre los agentes más fanáticos que yo me había encontrado en el Tren Subterráneo. Y todos aquellos fanáticos eran blancos. Se tomaban la esclavitud como un insulto o

una afrenta personal, como algo que mancillaba su nombre. Habían visto a mujeres llevadas a la trata de blancas, o habían presenciado cómo se desnudaba y se vapuleaba a un padre delante de su hijo, o habían visto familias enteras encerradas como puercos en vagones de tren, en barcas de vapor y en calabozos. La esclavitud los humillaba, porque ofendía un sentido básico de la bondad que creían poseer. Y cuando sus primos perpetraban aquellas prácticas inmundas, eso servía para recordarles la facilidad con que ellos podrían hacer lo mismo. Despreciaban a sus bárbaros parientes, pero aun así eran parientes suyos. De forma que su oposición era una especie de vanidad, un odio a la esclavitud que iba mucho más allá del mero amor a los esclavos. Corrine no era distinta y por eso, por muy implacable que fuera su lucha contra la esclavitud, también era capaz de condenarme tranquilamente al hoyo, de condenar a muerte a Georgie Parks o de burlarse de las atrocidades que le hacían a Sophia.

Pero en aquel momento yo no había atado estos cabos. Lo que me guiaba no era la lógica sino la rabia, y no por las calumnias a algo que yo poseía, sino a alguien que me había servido de sostén en la noche más oscura de mi vida. Pero no di rienda suelta a aquella rabia. Llevaba practicando el hecho de llevar puesta la máscara desde mucho antes de conocer a Corrine. De manera que me limité a decir:

—Las quiero fuera de aquí. A las dos.

—No hace falta —dijo Corrine—. Tengo el título de propiedad de la chica, o sea, que ya está salvada.

—¿Y Thena?

—No es el momento, Hiram. Hay muchas operaciones en marcha, y hemos de tener cuidado de no ponerlas en peligro. Los poderes del condado de Elm se han reducido y nosotros nos hacemos cada día más fuertes, pero aun así hemos de tener cuidado. Y ya he llevado a cabo muchas cosas que pueden levantar sospechas. Está lo que hemos realizado en Starfall. Está el hecho de que los dos os escapasteis, de que la chica se escapó. ¿Te ha contado que he estado cuidando de ella?

—Sí.

—Entonces debes entenderlo. Hay demasiadas cosas de las que nos estamos ocupando al mismo tiempo. Si nos descubren, mucha gente sufrirá. —Había abandonado el tono de burla y ahora estaba al borde de la súplica—. Escúchame, Hiram —me dijo—. Tus servicios al Tren Subterráneo han sido de gran valor. Tus informes sobre tu padre nos han abierto posibilidades que ni siquiera nos habíamos planteado. Aunque nunca llegues a dominar la Conducción, has demostrado ser más que digno de los riesgos que asumimos al sacarte. Pero tenemos muchas cosas que sopesar y tener en cuenta. ¿Qué impresión va a causar que yo haya comprado el título de propiedad de la consorte de Nathaniel Walker si a continuación desaparece de inmediato? Y esa mujer, Thena, ha montado un negocio de hacer coladas. ¿A la gente no le extrañará que deje de pasar de repente por sus casas? Necesitamos tener mucho cuidado, Hiram.

—Hiciste una promesa —le dije.

—Es verdad —convino—. Y tengo intención de cumplirla. Pero ahora mismo no. Necesitamos más tiempo.

Le clavé una mirada de acero. Era la primera vez que la miraba sin el respeto que exigía Virginia. No es que ella no estuviera siendo razonable. De hecho, tenía razón. Pero me sentía rabioso porque se hubiera burlado de Sophia, y a eso se le añadían mis sentimientos y mi vergüenza por haber entregado a Sophia tantas veces a su propio ultraje, por haber dejado a Thena para escaparme y por haberla dejado después en manos de su asaltante, por no haber podido proteger a mi madre de ser vendida y por no haberla vengado. Todo aquello me bullía por dentro y me salió de golpe ahora en mi mirada a Corrine.

—No lo puedes hacer —me dijo Corrine—. Nos necesitas y no te vamos a dar el consentimiento. No nos vamos a poner en jaque todos por tus breves y nimios caprichos.

Y luego se le dibujó en la cara una expresión de reconocimiento que se transformó en horror mientras lo entendía por fin.

—O quizá sí que puedes —añadió—. Hiram, vas a desatar un infierno sobre nosotros. Piensa. Piensa más allá de tus emociones.

Piensa más allá de toda la culpa que sientes. No tienes derecho a poner en peligro a toda la gente a la que se puede rescatar. Piensa, Hiram.

Pero yo ya estaba pensando. Estaba pensando en Mary Bronson y en sus hijos perdidos. Estaba pensando en Lambert destruido por Alabama y en Otha cruzando el país en pos de la libertad de Lydia. Y en Lydia, que había soportado tantos ultrajes con la esperanza de reunir a su familia.

—Piensa, Hiram —insistió.

—Una vez me dijiste que la libertad era un amo —le recordé —. Me dijiste que era un conductor. Me dijiste que nadie puede volar y que todos estamos atados a los raíles. «Yo lo sé. Y como lo sé, debo servir», me dijiste.

—Ya sabes que no es que no te entienda. Sé lo que te pasó.

—No, no lo sabes —le dije—. No lo puedes saber.

—Hiram. Prométeme que no nos condenarás.

—Prometo que no nos condenaré.

Pero el juego de palabras no la engatusó, y cuanto menos cuente del resto de nuestra entrevista, mejor, porque aun después de tantos años la sigo teniendo en muy alta consideración. Ella estaba hablando con una fe y una honradez totales. Y yo también.

32

Ahora estaba solo y, si había que realizar la Conducción, la tenía que realizar yo por mi cuenta. Y me pareció que mi partida ya era un hecho inevitable. Iba a tener que comunicárselo a las dos, a Sophia y a Thena. Decidí que se lo diría por separado, porque mi confesión a Thena abarcaba cuestiones mucho más importantes que el Tren Subterráneo. De forma que empezaría por la que me parecía la confesión más sencilla: la de Sophia.

Thena había empezado a tener pesadillas desde que la habían atacado. De forma que adoptamos la costumbre de dejar a Caroline abajo con ella en las noches difíciles, para que se le durmiera sobre el pecho y la tranquilizara. Y fue en una de esas noches cuando creí que había llegado el momento.

—Sophia, estoy listo para decirte adónde y estoy listo para contarte cómo.

Ella había estado contemplando las vigas a dos aguas y ahora rodó sobre el costado, se cubrió con la manta de arpillera y se giró hacia mí.

—Tiene que ver con el sitio donde estuve —dije—. Con el sitio donde estuve y con lo que pasó mientras estaba allí.

—¿No estuviste en Bryceton?

—Sí. Pero solo los primeros días.

Incluso a oscuras pude verle los ojos, y fue demasiado para mí. Me giré hasta darle la espalda. Respiré hondo y solté el aire.

Y a continuación le conté que, durante el tiempo que había pasado fuera, había visto otro país, había respirado el aire tranquilo del norte, me había despertado cuando quería y había ido adonde me placía, que había viajado en tren a Baltimore, había paseado por el carnaval de Filadelfia y había ido en coche por las tierras del norte de Nueva York, y que había hecho todo esto

gracias a mi afiliación con aquella agencia de liberación que ella solo conocía por los rumores y las historias: el Tren Subterráneo.

Y le conté cómo había pasado, cómo me había encontrado Corrine Quinn, cómo me habían entrenado en Bryceton y que Hawkins y Amy estaban implicados. Le conté que habían matado a Georgie Parks y que yo había sido cómplice de su muerte. Le hablé de la familia White, le conté que me habían querido, que habían salvado a Mary Bronson y que Micajah Bland había dado su vida por la causa. Le conté que había conocido a Moisés, que Kessiah había sobrevivido al hipódromo, que ella recordaba a Thena y que yo le había prometido conducir a Thena y ahora también tenía planeado conducirla a ella.

—Prometí que te sacaría de aquí —dije—. Y tengo intención de mantener esa promesa.

Me volví a dar la vuelta y me encontré aquellos ojos esperándome. Ahora había en ellos una especie de vacuidad, una ausencia de asombro o de sorpresa o de cualquier otra emoción.

—Para eso has venido —me dijo—. Para cumplir con tu promesa.

—No. He vuelto porque me lo mandaron.

—¿Y si no te lo hubieran mandado? —me preguntó.

—Sophia, pensé en ti todo el tiempo que estuve allí —le dije. Estiré el brazo y le acaricié la cara con la mano—. Estaba preocupado por ti, por lo que te podían haber hecho...

—Pero mientras tú estabas preocupado —replicó—, yo estaba aquí. Sin saber qué iba a pasar. Sin saber nada de las intenciones de esa tal Corrine.

—Le ha comprado tu título de propiedad a Nathaniel —le expliqué—. No te vas a ir a Tennessee.

Ella negó con la cabeza y dijo:

—¿Y cómo me tengo que tomar eso? Vuelves con esa historia, y yo me la creo, de verdad, pero, Hiram, te conozco a ti, no los conozco a ellos.

—Pero a mí sí me conoces, y siento mucho cómo ha ido todo, pero ahora te he escuchado, he escuchado todo lo que me dijiste desde el principio. Y entiendo que ya no estás tú sola porque ahora

tienes a Caroline. Os voy a sacar. Y también a Thena.

—¿Y tú? —me dijo.

—Yo me quedo aquí hasta que me lo digan —respondí—. Ahora formo parte de esto. Es más grande que yo y que mis deseos.

—Y también más grande que yo —me dijo—. Y más grande que esta niña que dijiste que era de tu sangre.

Hubo un silencio largo y luego Sophia se volvió para mirar las vigas.

—Y todavía no me has dicho cómo —me reprochó—. Te dije que necesitaba un cómo.

—¿Cómo, eh? —le pregunté.

—Sí, cómo —repitió.

—Ven, pues —le dije.

—¿Qué?

—Has dicho que quieres saber cómo. Bueno, ¿lo quieres saber o no?

Para entonces yo ya estaba bajando la escalera de mano. Cuando llegué a la puerta me puse las botas de trabajo y me enfundé mi chaqueta a prueba de todo. Recuerdo que Sophia se quedó mirando a Caroline, que seguía roncando por lo bajo sobre el pecho de Thena.

—Vamos —le dije.

Recorrimos aquella ruta que ya se había vuelto sagrada para mí. Yo había estado practicando, experimentando como había podido con los poderes y con el alcance de la memoria, de tal manera que cuando llegamos a orillas del Goose, al cabo de unos minutos, ya me sentía dueño de la situación.

Me giré hacia Sophia y le dije:

—¿Lista?

Ella puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Le cogí la mano y agarré el caballito de madera con la otra.

Luego la guie en el descenso hasta la orilla, y mientras caminábamos le hablé de aquella noche, de la última Navidad que habíamos pasado todos juntos, y cuanto más hablaba de ella, más la sentía, más real la hacía para mí mismo: Conway y Kat, Philipa y Brick, Thena furiosa frente al fuego. «¡Es la tierra, negros, es la

tierra!», nos decía. Y me acordé también de Georgie Parks, de Amber y de su niño. Y me acordé de los libertos: Edgar y Patience, Pap y Grease. Y nada más acordarme de ellos noté que a Sophia le venía un sobresalto y me apretaba con fuerza la mano y supe que había empezado.

Un banco de niebla cubría el río, y por encima de ella los vimos: espectros parpadeando delante de nosotros en medio de aquella luz azul fantasmal, todos los que habían estado presentes en aquella noche de Navidad. Georgie Parks tocaba su guimbarda, Edgar el banjo, Pap y Grease cantaban y el resto de los espectros formaban un círculo y bailaban en torno al fuego. Podíamos oírlos, aunque no con los oídos, sino en algún lugar muy por debajo de la piel. Parecía que el banco de niebla estuviera vivo, porque sus dedos etéreos se movían al compás de la música, parecían estirarse hacia nosotros y, siguiendo el ritmo, hacernos señas para que nos uniéramos a ellos.

Era muy fácil aceptar la invitación: solo necesitaba apretar con la mano aquel caballito de madera. Cuando lo hice, aquellos mismos dedos se estiraron en nuestra dirección, nos agarraron, tiraron de nosotros hacia delante y nos soltaron. Sentía que Sophia trastabillaba y la cogí de la mano. Cuando recuperó el equilibrio, me miró estupefacta. Y luego, con la vista al frente, nos dimos cuenta de que teníamos delante el bosque y que ahora el río, el banco de niebla y los fantasmas nos quedaban detrás. Al volvernos hacia el otro lado pudimos ver lo que había pasado: habíamos sido conducidos hasta la orilla opuesta del río.

Cuando bajamos la vista vimos cómo se alejaban de nosotros los tentáculos azules de la niebla y oímos que se reanudaba la música, cada vez más fuerte; Georgie seguía a la guimbarda y Edgar al banjo, mientras los demás cantaban a pleno pulmón y bailaban, y volvimos a ver los dedos de la niebla extenderse en nuestra dirección y hacernos señas rítmicas para que nos acercáramos. Me saqué el caballito de madera del bolsillo, lo sostuve en alto y vimos que emitía un resplandor azul en mi mano. Miré a Sophia, le di otro apretón al caballito y la niebla salió disparada, nos levantó del suelo y nos llevó hasta el otro lado del

río. Cuando nos soltó, Sophia perdió el equilibrio y se cayó. Cuando la ayudé a levantarse, nos dimos la vuelta otra vez, oímos elevarse la música y volvimos a ver cómo nos llamaban los dedos de la niebla.

—Es como bailar —le dije.

Y volví a apretar el caballito, pero esta vez Sophia se apoyó en la niebla con todo su peso, entregándose a ella, cabalgándola para aterrizar firmemente de pie. Volví a apretarlo y nos vimos conducidos de nuevo. Y lo repetí una última vez. Luego, acordándome de la vieja casa que había compartido con Thena, de todo el tiempo que había pasado allí y de lo que había significado para mí a lo largo de aquellos años, di otro apretón y los tentáculos azules nos levantaron del suelo y esta vez, cuando nos soltaron, nos encontramos de vuelta en la Calle. Y al retirarse la niebla, la última imagen que vimos fue la de una mujer haciendo el baile del agua, con una jarra sobre la cabeza, alejándose de nosotros con su baile hasta que, con una elegancia increíble, ladeó la cabeza para que la jarra se escurriera y levantó la mano para atraparla por el cuello, se rio, bebió de ella y se la ofreció a alguien invisible mientras desaparecía.

Cuando regresamos a la cabaña, Sophia subió al altillo. Intenté seguirla pero me caí redondo, haciendo tanto ruido que desperté a Thena.

—¿Qué demonios hacéis? —nos gritó.

—Hemos salido a tomar el aire —respondió Sophia.

—El aire, ¿eh? —dijo Thena en tono escéptico.

Sophia estiró el brazo y me ayudó a subir la escalera, y en cuanto llegué arriba caí en un letargo sin sueños. A la mañana siguiente me desperté temprano e hice mis tareas soñolientamente.

La noche siguiente estábamos acostados en el altillo como de costumbre, enfrascados en una de nuestras conversaciones nocturnas.

—¿Dónde viste por primera vez el baile del agua? —le pregunté.

—Ni siquiera me acuerdo —dijo Sophia—. En mi tierra lo hace todo el mundo. Algunos mejor que otros. Pero allí nos lo

enseñan de pequeños. Está unido al lugar, ¿sabes?

—No lo sabía —respondí—. Nunca he sabido de dónde viene.

—Tiene su historia —me explicó—. Había un gran rey que vino de África junto con sus súbditos en el barco de los esclavos. Cuando ya estaban cerca de la costa, su gente y él tomaron el barco, mataron a todos los blancos, los tiraron por la borda y trataron de navegar de vuelta a casa. Pero el barco encalló, y cuando el rey se asomó vio que el ejército de los blancos venía a por él con sus armas de fuego y todo. De forma que le dijo a su gente que se metieran en el agua y que cantaran y bailaran mientras caminaban, porque la diosa del agua los había traído hasta allí y la diosa del agua los devolvería a su hogar.

»Y cuando bailamos así, con el agua en equilibrio sobre la cabeza, estamos alabando a aquellos que bailaron sobre las olas. Le hemos dado la vuelta, ¿lo ves? Igual que estamos obligados a hacer con todo: sacamos partido de lo que nos dan. ¿No es eso lo que hiciste anoche? ¿No es eso lo que dices que haces? Dar la vuelta a la situación. Es lo que hacía Santi Bess, ¿verdad? No pude pensar en nada más que en ella cuando volvimos anoche. En ese rey. En el baile del agua. En Santi Bess. Y en ti. «Es como un baile.» ¿No es lo que dijiste? Era lo que hacía Santi Bess. No se sumergía en el agua. Bailaba. Y ahora te ha legado ese baile a ti.

»Y por eso vino a por ti el Tren Subterráneo —concluyó.

—Pues sí —le dije—. Lo había hecho antes, aunque no por voluntad propia. Y les llegó la voz y se dedicaron a vigilarme. Y después de lo de Maynard, en fin...

—Así es como pasó, ¿no? Así es como te escapaste del Goose. Y así es como nos vas a sacar de Lockless.

—Sí —contesté—. Pero hay un problema que todavía no he resuelto. El poder funciona a base de recuerdos, y cuanto más profundo es el recuerdo, más lejos puedes llegar. Mi recuerdo de aquella noche de Navidad está ligado a Georgie y a este caballito que les regalé a él y a su hijo. Pero a fin de conducirnos tan lejos necesito un recuerdo más profundo y otro objeto ligado a ese recuerdo que me sirva de guía.

—¿Por qué no usas esa moneda que siempre llevabas encima?

—Sí, ya lo he intentado. Pero no me puede llevar lo bastante lejos. Una cosa es cruzar un río y otra muy distinta es cruzar un país. Tiene que ser algo más profundo.

Sophia guardó silencio un momento y por fin dijo:

—Es un poder tremendo. Debes de ser un hombre muy importante para ese Tren Subterráneo.

—Eso dice Corrine.

—Por eso no deja que te marches.

—No solo por eso —repuse—. Pero esa es la razón principal.

—Así pues, Hiram —me dijo—, ¿qué intenciones tienes conmigo y con mi Caroline? ¿Cómo va a ser nuestra vida?

—No lo sé —le dije—. Supongo que os puedo instalar en alguna parte. Y os puedo pasar a ver de vez en cuando.

—No —dijo ella.

—¿Qué?

—Que no vamos —zanjó.

—Sophia, es lo que queríamos. Es la razón de que nos escapáramos.

—«Escapáramos», Hiram. «Escapáramos», ¿lo entiendes?

—Nada me gustaría más que irme con vosotras, que marcharme de este sitio. Pero has de entender por qué no puedo. Después de todo lo que te he contado, después de lo que te he explicado de esta guerra en que nos encontramos, tienes que entender por qué no me puedo marchar.

—No te estoy diciendo que te marches. Te estoy diciendo que nosotras, mi Carrie y yo, no nos iremos sin ti. He vivido en este sitio el tiempo suficiente como para ver destrozadas a sus familias. Y luego he formado una, contigo, con un hombre que tiene, como tú mismo has dicho, la misma sangre que mi Caroline. Es pariente tuya, y sé que es horrible decir esto, pero lo estoy haciendo, eres su padre, eres lo más parecido a un padre que podrá tener nunca.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —le solté—. ¿Sabes de qué te estás escapando?

—No —me respondió—. Pero un día lo averiguaré y cuando lo sepa, lo sabré contigo.

En aquel momento sentí algo sordo y hermoso. Algo nacido

allí en la Calle, y en todas las Calles de Norteamérica. Algo criado y nacido en los Túneles. Era la calidez del lodo. Era el consuelo de los nacidos en el arroyo. Era afrontar la realidad, la huida de la Alta Cuna, la gravedad y el excremento del mundo verdadero en que vivimos todos.

Me di la vuelta para dormir y sentí que Sophia se me acercaba y que pasaba un brazo por debajo del mío, hasta que su mano encontró la parte cálida y blanda de mi cuerpo.

—Sabes que te estás encadenando a algo.

Durante un momento largo, la única respuesta fue su aliento suave y cálido en mi nuca, y luego me dijo:

—Si la elijo yo, no es una cadena.

Al día siguiente, Thena y yo salimos a hacer nuestra ruta de recogida de ropa para lavar. Luego nos dedicamos a sacar el agua del pozo, traer las tinas, azotar las chaquetas y pantalones y por fin colgarlos en el secadero que había en los Túneles. Sophia no venía con nosotros, había dicho que estaba enferma para así poder quedarse con Caroline. Pero no estaba enferma: era parte de nuestro plan, un plan que no estaba nada bien pensado, porque ahora, al final de la jornada, con las manos doloridas y los brazos agotados, Thena se sentía irritada por esa ausencia.

—¿Qué te pasa, Hi? —dijo Thena. Estábamos volviendo lentamente a pie a la Calle. El sol se había ocultado hacía rato y avanzamos como sombras por el camino, dejando atrás los frutales y entrando en el bosque—. Ojalá hubieras escogido a una chica con más aguante. Esa Sophia no sabe lo que es trabajar de verdad.

—Trabaja bien —repliqué—. Cuando yo no estaba, trabajaba para ti.

—Si a eso lo llamas trabajar… —dijo Thena—. Por lo que yo vi, solo empezó a trabajar de verdad cuando llegaste tú. ¿Cómo vas a salir adelante con una mujer así, Hi? Todo lo que tiene que hacer un hombre en la vida, ¿cómo lo puede conseguir con una mujer que solo finge que trabaja? Cuando yo era joven trabajaba más que todos los hombres de la hacienda, más que todos, el mío incluido.

Era un terror en los tabacales y también llevaba la casa. Por supuesto, a veces me pregunto adónde me ha llevado todo; a que me abran la cabeza y me roben mis ahorros para comprarme la libertad. Así que quizá esa chica sea más lista que yo.

—He visto a Kessiah —le dije. Llevaba todo el día intentando encajar de alguna manera aquel tema en nuestra conversación. No había encontrado ninguna manera decorosa de conseguirlo y, consciente de que necesitaba hacerlo, me había decantado por la ruta más directa.

Thena se detuvo y se giró hacia mí.

—¿A quién?

—A tu hija —le dije—. Kessiah. La he visto.

—¿Qué pasa, que estás enfadado por lo que he dicho de esa chica?

—La he visto —le repetí con toda la firmeza que pude.

—¿Dónde? —dijo Thena.

—En el norte —le expliqué—. Vive en las afueras de Filadelfia. Después de quitártela se la llevaron a Maryland. De allí se escapó al norte. Tiene una familia. Tiene un marido que la trata bien.

—Hiram...

—Quiere que vayas con ella —le dije—. Te quiere allí con ella. Thena, esto no es ninguna broma. Cuando la dejé, le aseguré que te devolvería con ella. Se lo prometí y ahora tengo intención de honrar esa promesa.

—¿De honrarla? ¿Cómo?

Y allí en el bosque, igual que había hecho con Sophia, le expliqué lo que me había pasado y en qué me había convertido.

—O sea, que esto es el Tren Subterráneo...

—Pues sí —repuse—. Y no.

—¿En qué quedamos?

—Soy yo —le dije—. Soy yo. Y te estoy pidiendo que te conformes con eso.

—¿Kessiah? —le preguntó a nadie en particular—. La última vez que la vi era muy pequeñita. Terca como una mula. Quería mucho a su padre, ¿sabes? Con lo duro que era él. Teníamos

camelias. Eran otros tiempos, otros tiempos. Así que íbamos detrás de la casa y las recogíamos hasta que...

Se detuvo ahí y su cara adoptó una expresión de confusión.

—Kessiah... —repitió en voz baja. Y entonces acudieron las lágrimas, lentas y silenciosas, sin un sollozo ni un gemido. Repitió el nombre de su hija, se giró hacia mí y me preguntó—: ¿Has visto a alguno de los otros?

Negué con la cabeza y dije:

—Lo siento.

Y fue entonces cuando llegó el sollozo, que fue bajo y profundo y gutural y acompañado de un lamento:

—Oh, Dios, oh, Dios. —Negó con la cabeza—. ¿Por qué me vienes con esto? ¿Por qué? Tú y tu Tren Subterráneo. Qué carajo me importa a mí. Cuando ya estoy hecha a esta vida. ¿Por qué me vienes con esto?

—Thena, yo...

—No, tú ya has hablado, déjame hablar a mí. ¿Sabes lo que he hecho? Tú justamente deberías saberlo. Tú, a quien acogí en mi casa, y ahora me vienes con esto. Ahora me haces esto.

»En esta misma casa donde te acogí, cuando no eras más que un mocoso, ¿y ahora vienes y me haces esto? ¿Sabes lo que me costó hacer las paces con esta vida?

Ahora estaba apartándose de mí, retrocediendo hasta salir de la cabaña.

—Thena...

—No, no te me acerques. Ni tú ni tu chica, no os acerquéis a mí.

Salió corriendo hacia la negrura de la noche y la perseguí, intentando agarrarla del brazo. Me quitó de encima, dándome codazos y puñetazos y soltándose de mí.

—¡Que no te me acerques, digo! —me gritó—. ¡No te me acerques! Cómo te atreves a venirme con todo esto. ¡Ni se te ocurra acercarte a mí, Hiram Walker! ¡Estás muerto para mí!

No debería haberme sorprendido. Por entonces ya sabía cuánto

pesa el pasado sobre nosotros. Lo sabía mejor que nadie. Conocía a hombres que habían sujetado a sus propias mujeres para que les dieran latigazos. Conocía a hijos que habían visto a aquellos hombres sujetar a sus madres. Conocía a niños que retozaban en el barro con los cerdos. Y lo peor de todo, sabía cómo nos alteraba el recuerdo de esas cosas, sabía que nunca podíamos escapar de él, que se convertía en una parte espantosa de nosotros. Y debía de saber todo esto ya en mi juventud. Si no, ¿por qué seguía aquel único recuerdo, el recuerdo de mi madre, robado y encerrado en una caja fuerte?

Así pues, ¿quién era yo en aquel momento, mientras veía a Thena desaparecer en la noche, para recriminarle su deseo de olvidar? Oh, lo entendía todo. Entré en la cabaña y me pasé horas en silencio, consciente de que entendía perfectamente la rabia de Thena. Y toda la noche le estuve dando vueltas a aquello, hasta que, acostado allí con Sophia y con la pequeña Caroline entre nosotros, supe lo que tenía que hacer. Kessiah siempre sería un recuerdo de lo que Thena había perdido, de lo que le habían robado, de manera que, con tal de volver a ver a su hija, Thena debía recordar. Y sabía que no le podía pedir esto de ninguna manera si no estaba dispuesto a hacer lo mismo yo también.

33

A primera hora de la mañana siguiente me levanté, saqué agua del pozo y me lavé. De camino al palacio blanco a aquellas horas de la madrugada, pensé en todas las piezas que se habían ensamblado frente a mí, en las migas de pan que me marcaban el camino. Me acordé de aquel viejo rey africano que le había dado la vuelta a la situación y se había metido bailando en las olas, igual que había hecho mi abuela, y que con la bendición de la diosa del agua se había llevado bailando a su gente de vuelta a casa. ¿Y qué significaba el hecho de que yo hubiera visto a mi madre allí aquella noche con Maynard, bailando sobre el puente, palmeando una yuba, bailando por encima y por debajo del agua, dándole la vuelta a la situación?

Aun en el caso de que Thena cambiara de opinión y decidiera marcharse, haría falta un recuerdo muy poderoso para trasladarla. De manera que aquella mañana, tras servirle el desayuno a mi padre y llevármelo a inspeccionar la propiedad, y mientras él descansaba en el salón, entré en su estudio, donde guardaba su correspondencia, y escribí unas cuantas líneas a la atención del Tren Subterráneo de Filadelfia. Necesitaba tener cuidado, por supuesto. Hice uso de un alias local y dirigí mi misiva a uno de los locales seguros que teníamos en los muelles meridionales del Delaware, y por medio de claves y amagues le hice saber a Harriet lo que estaba a punto de intentar. No sé qué esperaba de ella. Es más, tampoco sabía de qué lado de la pugna se pondría Harriet, por mucho que hubiera familia en juego. Pero me había dicho que se lo hiciera saber si alguna vez necesitaba ayuda. Y le tomé la palabra.

Cuando terminé, fui a recoger a mi padre y revisé con él toda su correspondencia, que en los últimos tiempos venía casi toda del

oeste. Se le habían debilitado mucho la vista y las manos, así que se las leía en voz alta, transcribía sus respuestas y las preparaba para echarlas al correo. Cuando acabamos, volvimos a su habitación y lo ayudé a ponerse una indumentaria adecuada para trabajar. Después bajé a los Túneles y me puse el mono de trabajo, me reuní con él en el jardín de detrás de la casa y estuvimos trabajando juntos con la pala y la horca hasta que empezó a descender el sol. Entramos, nos volvimos a cambiar y le serví a mi padre su licor de la tarde. Y como era tradición en él, enseguida se quedó dormido. Había llegado la hora.

Subí al piso de arriba, entré en el estudio de mi padre, miré el sifonier de caoba y me volví a acordar con vergüenza de aquella manía que tenía Maynard de hurgar entre las cosas que no eran suyas. Era absurdo sentir vergüenza, porque no había nada en aquella casa, ni en aquellas tierras, ni de hecho en el mundo entero, que se pudiera considerar propiedad legítima de Howell Walker. Y, sin embargo, como era de la Alta Cuna, y como era un pirata, esto nunca le había impedido reclamar las cosas como suyas. Era natural que Maynard hiciera lo mismo. Quizá yo también debería.

Cuando tiré del pequeño cajón de debajo del todo y vi la elaborada caja de palisandro con sus resplandecientes cierres plateados, no puedo decir que supiera qué había dentro, pero mientras acariciaba la tapa me dio la sensación de que si decidía abrirla, ya nada volvería a ser lo mismo. Y así fue.

Lo que encontré dentro fue un collar de conchas, y de inmediato supe a ciencia cierta que era el mismo que yo había visto la noche de la muerte de mi hermano, agitándose en torno al cuello de la bailarina, agitándose en torno al cuello de mi madre. Y lo que hice fue acercarme el collar, cogerlo y llevarme las manos detrás del cuello para ponérmelo, y nada más encajar las dos partes del enganche, como piezas de un puzle perdido, una onda me recorrió primero los dedos, después las muñecas y los brazos y por fin me llegó a lo más hondo, haciéndome trastabillar hacia atrás. Cuando me recuperé, supe que la onda, que solo ahora empezaba a remitir, era la fuerza del recuerdo. Del recuerdo de mi madre. Y, de

repente, todo lo que yo había conocido como simples palabras ajenas se transformó en retratos e imágenes. La niebla y el humo de mi pasado se disiparon y me permitieron ver la figura completa de mi madre, en aquellos años escasos que habíamos pasado juntos, y vi también su final, y vi con exactitud cómo había acontecido aquel final y quién lo había causado.

Y os aseguro que necesité todo mi autocontrol para no bajar corriendo la escalera y salir al jardín donde todavía estaban plantadas en el frío suelo la pala y la horca, sacarlas y eximir a mi padre del breve lapso de vida que le quedaba en este mundo. Y el hecho de que no lo hiciera solo da fe de mi conciencia de cuánto estaba en juego para mis seres queridos, que yo sabía que contaban conmigo para recordar, y para recordar que tenía que seguir con vida.

Cerré la caja y la volví a guardar en el sifonier. Luego me metí el collar de conchas por debajo de la camisa. Bajé la escalera otra vez, comprobé que mi padre se había despertado y, al mirar por la ventana, me di cuenta de que ya había atardecido. Así que lo que me habían parecido unos pocos segundos había sido mucho más. Fui a la cocina, donde ya le estaban preparando la cena a mi padre, y me acordé de que aquella noche no cenaba solo. Subí el primer plato —pan con sopa de tortuga— y me encontré a Corrine Quinn esperando con él en la mesa de la cena. Durante la velada no me comentó nada, pero al terminar, cuando estaban yendo al salón a tomar el té, me mencionó que creía que Hawkins quería hablar conmigo.

Salí y bajé a los establos, sospechando ya lo que me diría. Hawkins estaba atado al Tren Subterráneo de Virginia y, por tanto, a la palabra de Corrine Quinn. Y ella debía de haber pensado, no me cabía duda, que aunque no me pudiera detener ella misma, quizá me haría entrar en razón alguien que antaño había visto el mundo igual que yo. Ya era tarde. El aire estaba muy frío. La luna resplandecía alta en el cielo. Encontré a Hawkins sentado dentro de la calesa, dando caladas a un puro. Cuando me vio, me sonrió y extendió la mano para invitarme a que me sentara.

—Sé por qué estás aquí —le dije—. Y nada de lo que me digas

puede cambiar lo que va a pasar.

—Ajá. —Se metió la mano en el bolsillo y añadió—: Mi intención solo era ofrecerte un puro.

—Esa no es tu única intención —le dije.

—No, la verdad es que no.

Me tendió el puro.

—Me da la sensación de que he sido duro contigo —me dijo —. Es por mi cargo, pero también por las cosas que he visto y por cómo he llegado a ese cargo. Sabías que a mi Amy y a mí nos sacó Corrine, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y sabías que antes de que llegara ella ya vivíamos en Bryceton?

Asentí con la cabeza.

—Entonces supongo que lo que quiero contarte es el infierno que era aquel lugar. No era un infierno normal de poca monta. No era solo la Servidumbre. Edmund Quinn era el blanco más mezquino que ha habido nunca, estoy convencido. ¿Y has visto cómo es la casa ahora? ¿Ves cómo Bryceton monta esa farsa cada vez que viene la Alta Cuna? Parece la Virginia de antaño, ¿verdad? Y cuando se marchan, volvemos a lo nuestro.

»Bryceton siempre fue así, un sitio con dos caras, pero Edmund Quinn se dedicaba a otros asuntos. Me pasé muchos años viéndolo hacerse pasar por hombre de Dios y de honor, brindando en los eventos sociales, mandando dinero al asilo de los pobres, dinero que ganábamos nosotros con nuestro sudor. Perdóname, Hiram, porque no puedo hablar de lo que hacía aquel hombre. Lo que sí te diré es que habría hecho lo que fuera para escapar de sus garras, para salvarme a mí y a los míos de la cólera de Edmund. Y esa oportunidad solo nos la brindó Corrine Quinn.

»Doy gracias por Corrine. De verdad, doy gracias por lo que ha hecho por mi hermana y por mí, y por todas las demás almas que han pasado por el Tren Subterráneo de Virginia. No hay muchas cosas que no haría a su servicio, porque fue su conjura la que nos libró de aquel demonio, y no solo eso, sino que también nos brindó esta nueva misión de deshacernos del demonio todavía

mayor al que Edmund servía.

Hawkins se reclinó hacia atrás y dio una calada a su puro de tal manera que la punta emitió un resplandor anaranjado en la oscuridad y despidió volutas de humo blanco.

—De manera que ahora que viene a mí y me dice que uno de los nuestros, a quien rescatamos de la Servidumbre, igual que hemos rescatado a tantos, está planeando ir contra ella, ir contra los nuestros, y me pide que hable con él y que lo convenza con verdad y sabiduría, solo puedo aceptar la petición.

—Es inútil —le dije—. No sabes lo que he visto.

Pero él siguió hablando como si yo no hubiera dicho nada.

—He visto a mucha gente pasar por la célula de Virginia, y, colega, no hay ni uno solo que no se traiga sus problemas. En los rescates nunca hay nada que salga como debería. Ya lo has visto. Bland en Alabama. El tipo que se trajo a su hija el año pasado. Ya me entiendes. Nunca sale nada como lo planeas. Y cuando estás aquí sobre el terreno, puede ser duro para ti que la gente no actúe como necesitas que actúe.

»Mírate a ti, por ejemplo. Lo que nos dijeron era que lo ibas a cambiar todo. Que abrirías la puerta. Que chasquearías los dedos o menearías la nariz y desaparecerían plantaciones enteras. —Hawkins se rio para sí mismo—. No ha salido exactamente así.

—Lo he intentado —le dije—. En serio... —Y volvió a interrumpirme.

—Pero creo que esta es la lección de todo. A veces nos olvidamos de que estamos al servicio de la libertad y de que es contra la Servidumbre contra la que luchamos. Y la libertad significa el derecho de cada cual a hacer lo que quiera, no lo que nosotros supongamos. Y aunque tú no seas el que suponíamos, has sido el que supuestamente has de ser.

Hawkins guardó un momento de silencio y nos quedamos allí sentados fumando, con el viento frío golpeándonos.

—No sé qué es lo que has visto, Hiram. No sé qué le ha pasado a esa gente a la que quieres sacar. Y me encantaría decirte que lo que estás haciendo no es lo que haría yo. Pero no puedo hablar así de ninguna forma justificada, porque ¿quién sabe qué

habría hecho yo también para escapar o para sacar a mi Amy? Eres libre y tienes que actuar de acuerdo con tu juicio. No puede ser de acuerdo con el mío. Ni tampoco con el de Corrine.

—No importa —le dije—. Parece que no quieren irse.

Hawkins se rio por lo bajo.

—Sí que quieren —dijo él—. Todo el mundo quiere. No es cuestión de si quieren escaparse. Todo el mundo quiere. Es una simple cuestión de cómo.

El domingo siguiente me encontré con Thena a primera hora de la mañana para repartir la colada, que ya estaba doblada y metida en cajas. Hicimos la ronda en silencio, y cuando devolví la calesa y até el caballo, se marchó sin decir palabra. La seguí por el túnel y la encontré en su antigua habitación, donde había estado viviendo durante la última semana.

—¿Qué? —me preguntó sardónicamente, levantando la vista para mirarme.

—¿Eso es todo, pues? —le dije.

—Eso parece.

—Muy bien —respondí, y bajé hasta la Calle.

Pero al día siguiente, cuando subí para atender a mi padre, me la encontré esperándome justo delante de la escalera secreta que subía de los Túneles a la casa. Pude ver a la luz de los fanales que había estado llorando. Cuando me vio, negó con la cabeza y se secó las mejillas.

—Es demasiado para cualquiera, Hi. Es una carga enorme. Es como otra Servidumbre.

—Lo sé —le dije—. Por fin lo he visto todo, lo recuerdo todo y lo sé.

—¿Ah, sí? —me dijo—. Pues yo no lo creo. Creo que conoces tu parte, que es la parte del hijo arrancado del regazo. Pero ¿conoces la otra parte? ¿Sabes cuánto me costó quererte como te quise, Hiram? ¿Volver a ocupar ese lugar después de lo que les hicieron a mi Silas, a mi Claire, a mi Aram, a mi Alice y a mi Kessiah? Fue durísimo. Pero te veía en ese altillo, mirando hacia

abajo, y sabía que los míos no iban a volver nunca, y que los tuyos tampoco, y que aunque no tuviéramos nada propio, al menos teníamos eso.

»Y te quise, Hi. Volví a ese lugar. Y cuando me abandonaste allí, cuando te escapaste con tu chica, me pasé un mes entero llorando todas las noches. Estaba muerta de miedo por lo que te harían. No me lo podía creer. Había perdido a otro, pero ni siquiera por culpa de la Servidumbre. De forma que debía de ser culpa mía. Había algo en mí que expulsaba a todos mis seres queridos. Aquello me destrozó. Y luego volviste, pero no lo hiciste solo. Regresaste trayendo historias, historias de ese lugar donde yo había sido atacada y ultrajada. Y ahora me estás diciendo que tengo que volver allí.

»¿Y qué le voy a decir, Hi? ¿Qué voy a ser? ¿Y qué haré cuando la mire y lo único que pueda ver sea a todos los que he perdido?

Tenía la cabeza apoyada en la mano y estaba llorando suavemente y por lo bajo. La atraje hacia mí, le apoyé la cabeza en mi pecho y nos quedamos así abrazados, y así empezó la cuenta atrás de nuestras últimas horas en Lockless.

No nos podríamos haber quedado de ninguna manera, no en lo que se había convertido Lockless, ni tampoco en el Lockless que creíamos que se avecinaba. Ahora Sophia contaba con protección, la protección de Corrine, que pese a todos sus deméritos siempre había sido fiel a su palabra. Pero en el caso de Thena, su edad avanzada y el asalto del que había sido víctima habían acelerado las cosas en mi mente. Para entonces mi padre ya no se dedicaba a vender a sus criados ni a comerciar con ellos, sino que se limitaba a hacer todo lo que se podía imaginar para no hundirse y eludir a los acreedores que parecían rodearlo por todas partes. No podía seguir así, y de hecho no seguiría, aunque yo todavía no lo sabía. Pero por mucho que lo hubiera sabido, le había hecho una promesa a Kessiah y estaba decidido a cumplirla.

Esperé dos semanas a que Harriet me contestara. Como no me

respondió, deduje que no podía esperar su ayuda, aunque no conseguí que esto me produjera rabia ni inquietud. Solo llevaba un año en el Tren Subterráneo y, conociendo la intensidad del trabajo, entendía la necesidad de conservar las lealtades. Me había quedado solo, era una célula individual del Tren Subterráneo. Ya lo había sido a muy pequeña escala en las orillas del Goose, pero conducir como lo había hecho el antiguo rey africano, como Santi Bess, como Moisés, me parecía una fantasía. De todos modos, conservaba mis recuerdos. Los guardaba todos. Y tenía el objeto con el que esperaba concentrar las energías de aquellos años perdidos y recién encontrados.

La última noche que pasamos todos juntos fue la más fría de la estación. Era sábado, una elección deliberada porque me daba un día para recuperarme y volver a mis obligaciones el lunes sin despertar sospechas. Juntamos lo que por entonces debió de parecernos un banquete: tortas de maíz, pescado, cerdo en salazón y berzas. Cenamos juntos en silencio y luego nos sentamos en la cabaña, adonde Thena había regresado. Thena estuvo entreteniendo a Sophia con historias de su juventud, que provocaron muchas risas. Y por fin llegó el momento. Fue una despedida apresurada. Le dije a Sophia que me esperara en la cabaña y que si no había vuelto al amanecer, me fuera a buscar a la orilla del río.

Al salir de la cabaña levanté la vista para contemplar el cielo nocturno, que estaba claro y despejado, con una luna que resplandecía como una diosa y las estrellas como su descendencia, todas sus hadas y dríadas y ninfas extendidas por el cosmos. Le cogí la mano a Thena y salí con ella de la cabaña, adentrándonos por los senderos del bosque, con la tierra crujiendo y chasqueando bajo nuestros pies, hasta llegar a orillas del río Goose. No le había contado a Thena lo que le esperaba. No había sabido cómo contárselo. Lo único que ella sabía era que yo había encontrado la ruta de Santi Bess y que Sophia había dado fe de que era verdad. Por eso fue comprensible que, al llegar al río, Thena me cogiera con fuerza la mano y se detuviera en seco. Cuando la miré, ella estaba mirando hacia arriba, y cuando seguí su mirada estupefacta

vi que el mismo cielo nocturno que hacía unos momentos había sido tan amplio y luminoso ahora estaba cubierto de nubes. Subían volutas de niebla blanca del río, que ahora solo era perceptible por el ruido que hacían sus olas al lamer suavemente la orilla. Sentí el collar de conchas caliente sobre la piel.

Y seguimos adelante caminando rumbo al sur por la orilla hasta que las volutas que manaban suavemente del río empezaron a cuajar en forma de una espesa niebla, y por encima de todo se recortaba en la oscuridad el mismo puente que se había llevado a tantos de nosotros a Natchez. Habíamos tomado la ruta secundaria para evitar a los hombres de Ryland, que, aunque su número se había reducido y tenían agentes infiltrados, seguían rondando por la región. Ahora dimos un rodeo hasta llegar al acceso al puente, y al levantar la vista vi que la niebla se había espesado tanto que parecía que las nubes hubieran caído del cielo y lo hubieran envuelto todo. O casi todo, porque a lo lejos, elevándose de donde debería haber estado el agua, o de donde solía estar el agua, descubrí el resplandor azul de los halos, resonando como recuerdos, y sentí que el collar me quemaba por debajo de la camisa, que ardía con el resplandor de la Estrella Polar. Me lo saqué para llevarlo por encima de la camisa.

Era la hora.

—Por mi madre —dije—. Por todas las madres robadas en este puente del que no se regresa.

Miré a Thena, que estaba suavemente iluminada por la luz azul que emanaba del collar de conchas.

—Por todas las madres que se quedaron aquí —seguí, cogiéndole una mano y acariciándole la mejilla—. Y que han seguido adelante en nombre de quienes no vuelven.

Me giré hacia el puente y eché a andar, y al hacerlo vi los tentáculos de la niebla lamiendo la piedra y las luces azules danzando suavemente a lo lejos, en lo que habría sido el otro lado del puente, aunque aquella noche yo sabía que aquel otro lado no sería nuestro destino.

—Thena —le dije—. Querida Thena. Te he contado muchas cosas de mí, pero nunca te he revelado la esencia de todo lo que

me ha guiado, porque todo ha estado muchísimo tiempo guardado, escondido en una niebla tan espesa como la que nos rodea. Tenía que ser así, porque yo era demasiado joven para sobrevivir con el recuerdo.

»Ya sabes que mi madre fue Rose. Y mi padre es Howell Walker. De su atroz unión nací yo. No estuve solo. Mi hermano, Maynard, vino al mundo dos años antes que yo, hijo de la señora de Lockless, y se creía que su sangre llevaba todo lo bueno y noble de la vieja casa, y que algún día se convertiría en un heredero sabio y metódico, porque la sangre era magia, ciencia y destino. Pero yo desafié esa sangre, de manera que desafié el destino, y ahora, sabiendo todo lo que sé, creo que la responsable de esto fue mi madre perdida.

»Durante mucho tiempo no pude ver, no pude recordar, pero ahora lo veo todo con claridad. Sus ojos luminosos y llenos de gozo, su sonrisa, su piel rojiza oscura. Y me acuerdo de sus historias del mundo de antaño, de sus relatos traídos del otro lado del mar, relatos que solo me contaba de noche, antes de irme a dormir, si aquel día me había portado bien. Me acuerdo de cómo me brillaban aquellas historias en la mente, de cómo llenaban de colores nuestras noches. Me acuerdo de Cuffee, que se guardaba su timbal en los huesos. Y de mami Wata, que vivía en el paraíso que hay bajo el mar, adonde todos llegaremos después de nuestra Servidumbre y donde recibiremos nuestra recompensa.

Y ahora la niebla se cerró en torno a nosotros y sentí que el puente desaparecía bajo mis pies. Thena todavía tenía cogida mi mano y sentí que el calor emanaba del collar de conchas en todas las direcciones y que las olas que habían marcado la ubicación del río se habían aquietado y guardaban silencio.

—Pero Cuffee, con el timbal escondido en los huesos, vivía en el tiempo de ahora, en plena Servidumbre. Y mi madre tenía un timbal que tañía en todos y cada uno de los huesos. Al bailar contaba historias, quizá más ciertas que las que contaba con palabras. Recuerdo cómo palmeaba la yuba con su hermana Emma, cómo traqueteaba el collar de conchas y cómo la jarra de agua permanecía inmóvil sobre su cabeza. Y aquellos fueron los buenos

tiempos, los mejores tiempos de la Servidumbre. Pero la Servidumbre es lo que es, y estoy convencido de que mi madre y mi tía Emma bailaban como bailaban porque sabían que las cosas buenas de entonces no podían durar.

Y nada más decir esto aparecieron los fantasmas que yo había visto aparecer aquella noche fatídica. Nos rodearon por todas partes, y supe que era Navidad, una Navidad que yo recordaba de cuando tenía cinco años y todavía reinaba la bonanza en el condado de Elm, y que Howell Walker había hecho llevar damajuanas de bebida a la Calle. Y cerca de la hoguera las vi, a mi madre y a mi tía Emma, compartiendo baile tras baile. Me detuve para observar, porque, aunque era yo quien había conjurado aquel momento, lo quería saborear, pero cuando lo intenté, vi que su imagen empezaba a desaparecer de mi vista, igual que desaparecen la vida mortal y los recuerdos mortales, y supe que tenía que seguir contando la historia.

—El mundo cambió. El tabaco decayó. Recuerdo a hombres desconocidos con cara de preocupación. Recuerdo la tierra endurecida y las viejas mansiones del margen del Goose invadidas por las zarigüeyas y las ratas de campo. Y recuerdo que empezó a haber menos tíos y que nuestros primos y primas emprendían largos viajes de los que ya no volvían. Y me acuerdo de cómo se nos llevaban por el puente rumbo a Natchez. Y me acuerdo porque estuve allí.

Y ahora, en el mismo sitio donde habían danzado los fantasmas frente a nosotros, vimos caminar a todas aquellas mujeres y hombres, y donde antes había rostros alegres ahora mostraban dolor y una añoranza tan profunda como el mismo río, y también pude advertir que los mismos brazos y piernas que antes habían danzado ahora llevaban cadenas de las muñecas a los tobillos.

—Me acuerdo de mi madre, arrodillada junto a la cama, despertándome y llevándoseme en plena noche. Y durante tres días y noches vivimos en el bosque con los animales, durmiendo de día y corriendo de noche. Y lo único que mi madre me dijo fue que teníamos que escaparnos para no terminar como la tía Emma. Y

aunque yo era pequeño, entendía que a mi tía Emma la habían vendido. Llegar a las ciénagas, esa era su meta, llegar allí para huir, porque ella no podía correr por el agua como su madre.

»Pero nos cazaron los hombres de Ryland. Nos pillaron y nos llevaron de vuelta. Y nos encerraron en su cárcel de Starfall. Yo estaba allí con mi madre y no lo terminaba de entender del todo. Tan perdido me encontraba que cuando llegó mi padre realmente creí que había venido a traernos la salvación. Se mostró muy tierno, Thena. Me puso la mano en la mejilla y cuando miró a mi madre parecía angustiado.

»—¿Por qué te has escapado? —le preguntó—. ¿Qué he hecho yo para empujarte a hacer algo así?

»Pero en la mirada de mi madre solo hubo silencio, y cuando le repitió la pregunta, ella siguió negándose a hablar. Y entonces la expresión angustiada de mi padre se retorció hasta convertirse en rabia, y lo que supe entonces fue que aquel dolor que sentía no era por mi madre, ni tampoco por mí, sino por él mismo. Porque mi madre lo había visto, había visto el otro lado de su noble fachada y sabía lo que era. Aquel era el significado de su huida: que entendía que él la iba a vender igual que había vendido a su hermana, igual que iba a vender a su propio hijo.

»Mi padre se alejó y mi madre entendió lo que estaba pasando. Se sacó del cuello el collar de conchas, me lo dio y me dijo: “Pase lo que pase, ahora estás en mi recuerdo. No olvides nada de lo que has visto. Pronto seré un fantasma para ti. He hecho lo que he podido para ser una buena madre. Pero ha llegado nuestra hora”.

»Y entonces mi padre volvió con los perros y me separaron de ella, gritando y llorando, me arrancaron de mi madre y la dejaron allí para ser vendida mientras a mí me llevaban de vuelta a Lockless.

Y ahora, por primera vez en nuestro viaje, sentí a Thena como una carga en mi brazo. Fue extrañísimo, como si alguna fuerza estuviera intentando soltarla a la fuerza de mi brazo y arrastrarla

de vuelta al hoyo. Las palabras que yo estaba pronunciando eran poderosas. Más que caminar, flotábamos a través de la niebla. Notaba el calor de mi pecho y el resplandor azul irradiando. No podía soltarme de ella.

—Regresamos a Lockless con un caballo, que era el precio por el que habían vendido a Rose. Howell Walker me había quitado a mi madre. Pero con eso no le bastaba. También me robó mi recuerdo de ella, porque cuando nos fuimos de la cárcel, con mi padre más encolerizado de lo que yo lo había visto nunca, me quitó el collar de conchas. Y me escapé corriendo de él. Y a la mañana siguiente bajé corriendo a los establos, donde vi el mismo caballo por el que habían cambiado a mi madre, y junto al abrevadero sentí mi primer atisbo de lo que ahora te estoy dando: la Conducción.

»Me quedé allí sentado en los establos, llorando. Me llenó un dolor tan fuerte que se me desgarró la piel, los huesos se me desencajaron y los pequeños músculos se me desprendieron de los tendones. Me abracé a mí mismo para mantenerme de una pieza. Pero una ola me recorrió entero, me sacó de los establos y me llevó más allá de los frutales y de los campos, de vuelta a mi cabaña.

»El dolor del recuerdo, de un recuerdo tan claro y nítido, fue más de lo que pude soportar, de forma que en aquel momento olvidé, pese a que no me olvidaba nunca de nada. Me olvidé del nombre de mi madre, me olvidé de la justicia por mi madre, me olvidé del poder de Santi Bess y de mami Wata y volví la vista hacia la gran mansión de Lockless.

Ahora un escalofrío me recorrió el cuerpo, y Thena se había vuelto una carga tan grande que tuve la sensación de que se me iba a desprender el brazo. A mi alrededor ya no había más que niebla y luz azul.

—Tanta gente... tanta gente me dio palabras..., pero no podían darme recuerdos. No podían darme historias...

Las palabras se me entrecortaron. Y sentí que volvíamos a hundirnos... a hundirnos en algo, en la niebla.

—Pero prevaleceré... y Sophia prevalecerá... Y la niña, Caroline, conocerá la Estrella Polar, que...

Y me quedé sin palabras. El calor de mi pecho las aplastó y tuve la sensación de haber sido arrojado desde un precipicio. Y durante mi caída, un puñado de recuerdos caían conmigo como las hojas amarillentas de septiembre. Me vi comiendo galletas de jengibre bajo el sauce. Vi a Sophia pasarme la damajuana. Vi a Georgie Parks diciéndome que no me escapara. Y caí.

Luego una voz reverberó de la niebla, porque a medida que se apagaba la luz en mí, pude ver otra, verde y brillante, que nos llamaba a lo lejos.

—... que dice que ningún hombre extenderá su red cuando vea pájaros, que es lo que somos, Hi, aunque nos hayan robado de nuestro nido y nos hayan instalado en el valle de las cadenas.

Y entonces volví a flotar. Thena estaba cogida de mi mano.

—¿Qué es esto? —le gritó a la niebla.

La luz verde se acercó y le contestó:

—Es la Conducción, amiga. Son las viejas costumbres, que han de prevalecer y prevalecerán.

Miré hacia la luz y allí apareció Harriet, apoyada en su bastón. Y cogida de su otra mano, Dios mío, iba Kessiah.

—Siento llegar tarde, Hiram Walker —dijo Harriet—. Pero ha costado lo suyo.

No pude hablar. Sentí que sus palabras eran una cuerda de la que yo ahora colgaba. Miré hacia el lugar del que venía Harriet. A través de la niebla reconocí los muelles del Delaware.

—No pasa nada, cariño —dijo Kessiah—. Vuélvete. Ya nos ocupamos nosotras de ella. Todo irá bien.

Hubo más, os lo aseguro. Pero no puedo describir la fatiga ni el dolor que me cayeron encima. Me gustaría daros alguna noción final, una imagen de la cara de Thena al reunirse con aquella hija suya rescatada del mundo de la gente perdida. Pero estaba cayendo otra vez, desplomándome, en medio de todos los recuerdos de mi vida, cayendo a través de los años, entre los Micajah Bland y las Mary Bronson, cayendo a través de mis muchas vidas, entre los practicantes del amor libre y los esclavos de las fábricas, cayendo

frente a los hermanos White, cayendo de vuelta al mundo.

34

Me desperté en una cama desconocida e, igual que la mañana de hacía un año en que la Conducción me había llevado al fondo del río con Maynard, sentí una gran fatiga en todos los músculos. Me asomé por entre las persianas cerradas y me deslumbró la luz del sol. Me hallaba en ese estado agitado y confuso en que uno se encuentra a menudo cuando se acaba de despertar, pero poco a poco regresaron a mí los recuerdos de la noche anterior. Thena se había ido.

Me puse de pie y, a fin de averiguar qué hora era, me acerqué con cautela a la persiana, tiré de la barra y dejé entrar la luz del sol. Era una mañana clara y rutilante de enero. Cuando me di la vuelta para alejarme me caí al suelo, y seguramente me habría quedado allí de no haber entrado justo entonces Hawkins.

—Te la has llevado, ¿verdad? —me dijo. Me tendió los brazos para ayudarme a volver a la cama. Conseguí sentarme y sentí que me regresaba la vida a las piernas—. Te la has llevado —me repitió.

Me froté los ojos, estiré el cuello para mirar a Hawkins y le dije:

—¿Cómo?

—Pues eso lo sabrás tú mejor que yo —respondió.

—No, ¿cómo? —le repetí—. ¿Cómo he llegado aquí?

—Nos avisó tu chica —me explicó—. Tu Sophia. Dijo que te había encontrado ayer por la mañana justo delante de su cabaña, temblando de frío en el suelo, con fiebre y balbuceando. Vino a buscarnos a Starfall. Sabíamos lo que había pasado. Hablamos con Howell. Nos dijo que debíamos llevarte al pueblo para darte tratamiento médico, claro.

—Claro.

—Ya te imaginas que no teníamos forma de controlar lo que podías decir en tu estado, con quién podías hablar o a quién podía llegar. Así que se nos ocurrió retenerte aquí. Y fue una buena idea, porque la tal Thena ya no está, y aunque Howell no se da cuenta exactamente de todo, se acabará enterando. Y es bastante extraño que su desaparición coincida exactamente con tus fiebres. Pero nosotros no sabemos nada al respecto, ¿verdad? Ni siquiera aquí. Porque es imposible que tú hayas tenido algo que ver con lo sucedido. Es imposible que hayas desobedecido las órdenes de Corrine. Es imposible que hayas puesto en peligro al Tren Subterráneo de Virginia.

—Imposible —dije.

—Justo lo que yo pensaba. En cuanto recobres las energías, puedes vestirte y decírselo en persona a Corrine.

Al anochecer ya me encontraba mejor. Me vestí y fui andando hasta el salón de la taberna de Starfall. En una mesa alejada había tres hombres, tres agentes, disfrutando de unas cervezas. En la otra punta del salón, un camarero conversaba con Corrine, que se estaba riendo de alguna broma o anécdota. Llevaba su indumentaria de dama: maquillaje, vestido con miriñaque y bolso. Me quedé al margen, junto a la escalera, contemplándola un momento, preguntándome por qué ella. Qué había en Virginia, o en el norte, que le había despertado el espíritu revolucionario. Y qué hacía que aquella mujer, aquella dama, que lo tenía todo lo arriesgara también todo. Contemplé el salón de la taberna, maravillado de lo que había creado Corrine allí, en el corazón mismo de Starfall, plantando sus raíces en el corazón mismo de la esclavitud.

Por fin levantó la vista, me vio y le desapareció la expresión alegre de la cara. Señaló con la cabeza una mesa que había junto al fuego. Fuimos allí y mientras nos sentábamos me dijo:

—O sea, que lo has hecho.

No contesté.

—No hace falta que contestes. Sabíamos lo que eras, y la posibilidad de que hicieras algo así llevaba en boca de todos desde las historias de tu abuela. Hawkins lo sabía.

—Yo no lo sabía —le dije—. Y tampoco ha salido como yo quería.

—Pero se ha ido.

—Se ha ido —le dije.

—No me gusta —dijo Corrine—. Es un problema. Necesito poder fiarme de mis agentes. Necesito saber lo que piensan.

Negué con la cabeza y sonreí.

—¿Alguna vez te oyes a ti misma?

Ella se quedó un momento callada y por fin sonrió.

—Sí —me dijo—. Me oigo. Pero necesito que me lo recuerden de vez en cuando.

—No te cuestiono —le dije—. Pero mi abuela, Santi Bess, ya estaba aquí antes de todo esto, y la Conducción pertenece a algo más antiguo que el Tren Subterráneo. Y de la misma manera que tengo que serte leal a ti, también tengo que ser leal a eso otro.

—¿Y la otra chica, la tal Sophia? ¿También la vas a conducir a ella?

—Le voy a ser leal —dije—. Eso es lo que puedo decir. Leal a lo que ella ha hecho por mí. Es la segunda vez que me salva. No puedo olvidar para qué estoy trabajando, y no puede haber distancia alguna entre aquello para lo que estoy trabajando y la gente para la que estoy trabajando.

El camarero nos trajo dos sidras calientes. Los agentes seguían charlando. Bebí un trago de la mía y dije:

—Para mí, esas personas no son ningún cargamento. Son mi salvación. Me han salvado, y si se me presenta cualquier situación en que siento que las tengo que salvar yo a ellas, pienso hacerlo.

—Bueno, pues entonces simplemente tendremos que asegurarnos de que no se presente esa situación —dijo Corrine.

—¿Y cómo lo vas a impedir? —le pregunté—. Estamos aquí, en el corazón del sur, en las fauces de la bestia. Por mucho que tengas su título de propiedad, ¿qué más se puede hacer?

Ahora le tocó a Corrine quedarse callada, y eso mismo fue lo que hizo, bebiendo un trago de su sidra y contemplando el salón de la taberna, maravillándose de su propia obra.

Tardé otro año entero en entender qué significaba aquel comentario críptico de Corrine, pero ahora creo que ya entonces debería haberme hecho una idea general. Mi padre se murió el otoño siguiente, y en la investigación forense salió a la luz lo que había acontecido en sus últimos días. Había dejado Lockless ahogado en deudas, pero lo había rescatado Corrine Quinn a condición de que la mansión entera y todos los que quedaban en ella se convirtieran en propiedad suya.

Así pues, un mes después de su muerte iniciamos una transformación de la propiedad para asimilarla en forma y función a Bryceton, es decir, para convertirla en una hacienda de la antigua Virginia por fuera, pero en una célula del Tren Subterráneo por dentro. Organizamos las cosas para que los Sirvientes que quedaran fueran repartidos discretamente por la campiña del norte del estado de Nueva York, por Nueva Inglaterra y por algunas zonas del noroeste donde había hombres del Tren Subterráneo provistos de tierras.

Y cada vez que transportábamos a unos cuantos de aquellos sirvientes, los reemplazábamos por agentes que seguían trabajando por todo el estado, e incluso más allá de sus confines, en los estados vecinos. De cara al mundo de fuera, Lockless era la propiedad de Corrine. Pero la administración de la hacienda recaía en mí. No tal como yo me lo había imaginado en el pasado. Pero allí estaba yo, señor putativo de la casa y agente de la célula de Lockless.

Dos días después de la partida de Thena, Hawkins me devolvió a Lockless. Ya era de noche cuando llegamos, y a mi padre le estaban sirviendo la cena. Lo miré y me sonrió.

—Ya te encuentras mejor, ¿no? —dijo.

Me incliné de forma exagerada a su lado, de tal manera que el collar de conchas de cauri, que yo todavía llevaba, se agitara un poco y se me saliera de debajo de la camisa.

—Estoy mejor —le dije a mi padre.

No me molesté en mirarlo a los ojos mientras lo decía. No me interesaba su respuesta. Pero quería que supiera que ahora yo sabía todo lo que sabía él, que perdonar era irrelevante, pero que olvidar era la muerte.

Luego caminé hasta el final de la Calle. Encontré a Sophia en la cabaña, junto al fuego, preparando la cena. Carrie estaba en la cama, tirando suavemente de la manta y emitiendo diversos balbuceos infantiles. Mientras Sophia terminaba de hacer la cena, jugué con Carrie. Cenamos juntos en la esquina opuesta, la misma esquina donde yo había comido antaño con Thena. Me puse a Carrie en el regazo y fui arrancando pedacitos de torta de maíz para dárselos. Sophia se quedó sentada mirándonos un momento, con una sonrisa, y por fin comió.

Aquella noche todos dormimos en el altillo, porque aunque Thena ya no estaba, nos parecía apropiado respetar y preservar su lugar en la casa. En mitad de la noche seguíamos despiertos. Sophia estaba contemplando el techo a dos aguas mientras Carrie dormía sobre su pecho. Yo tenía los dedos enredados en el tupido pelo de Sophia, retorciéndole con suavidad los mechones sin darles ninguna forma en particular.

—¿Y qué pasa con nosotros? —le pregunté—. ¿Qué somos ahora?

Sophia se bajó a Carrie del pecho para colocarla entre los dos y se puso de costado para mirarme.

—Somos lo que hemos sido siempre —dijo—. Subterráneos.

El baile del agua
Ta-Nehisi Coates

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Water Dancer*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la portada: © Calida Rawles

© 2019 by BCP Literary, Inc.
This translation published by arrangement with One World, an imprint of
Random House, a division of Penguin Random House LLC

© de la traducción, Javier Calvo, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2022

ISBN: 978-84-322-3974-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!